

REYES CALDERÓN

**LA
VENGANZA
DEL ASESINO
PAR**



Lectulandia

El helicóptero del hombre más rico de Argentina se estrella durante una tormenta. Aunque todo apunta hacia un accidente, la policía recibe pruebas de que es un asesinato. Lo extraño es que las pruebas las envía el recluso Ernest Wilson desde una prisión federal aislada por la nieve. Asegura que alguien va a cometer un crimen perfecto para robarle la gloria, y ofrece su colaboración. Sólo una condición: entrevistarse con la juez que lo detuvo, Lola MacHor. Pero ella rehúsa. Pronto descubrirá que el asesino par la está retando. Pero ¿qué es un «asesino par»?

Lectulandia

Reyes Calderón

La venganza del asesino par

Lola MacHor - 5

ePub r1.0

Titivillus 29.01.15

Reyes Calderón, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Sobre el recóndito pabellón D ha caído la noche.

Las luces llevan tiempo apagadas y los ecos remotos van cesando lentamente. Sólo permanece la habitual sinfonía: los gemidos, los llantos ahogados y los gritos histéricos del interno 13B, el que nunca duerme. Nada de esto parece amedrentar a los guardias. De su garita salen aplausos y vítores. Los Red Sox acaban de anotar una nueva carrera, la séptima.

A escasos metros de allí, una sala se ilumina. Dos hombres se sientan en silencio alrededor de una mesa de fórmica gris. Uno de ellos está esposado de pies y manos. Se diría que ha nacido con cadenas y grilletes, porque parece no notarlos, ocupado en comerse una enorme chocolatina grasienta. Lo hace con fruición y apresuradamente. El segundo hombre le observa sin moverse. Cuando la termina, recoge el envoltorio y lo guarda en el bolsillo de su bata blanca. Después, comprueba el reloj. Ya es la hora.

—La glucosa es buena para el cerebro —susurra.

Habla con una voz suave y melodiosa, lo bastante poderosa para que se oiga por encima del rumor exterior y lo suficientemente sugestiva para envolver el ambiente.

Con movimientos lentos, el interno levanta la barbilla y clava los ojos en el médico. La expresión golosa ha desaparecido por completo de su gesto. Vacila y vuelve a mirar hacia la mesa, al tiempo que se frota el brazo derecho. El pinchazo le ha dolido mucho esta vez.

—¿Está preparado?

Asiente. Cierra los ojos y escucha. Sabe que eso es lo que se espera de él. El médico continúa hablando.

—Estamos entrando en el ascensor. Es un ascensor muy bonito, grande, de cristal y sin techo. Todo queda a la vista. Nada se oculta. Aprieto el botón y comenzamos a ascender. Cada vez se encuentra más relajado. Se siente seguro. No hay amenazas aquí arriba. Y luce un sol precioso. ¿Nota el calor en las mejillas? Es agradable. También lo es la brisa. El aire es limpio y fresco. Huele a hierba. Respire hondo. Sienta cómo la paz lo invade todo. Estamos solos usted y yo. Nos sentamos. Aguardaremos aquí a su amigo. Se está bien en este sitio. Muy bien. Sólo hay tranquilidad, y usted cada vez está más relajado. Su amigo está al llegar. ¿Por qué no lo llama? Dígale que le esperamos. Dígale que queremos oír sus historias, las historias del maestro.

El hombre esposado vuelve a abrir los ojos. Inclina levemente la cabeza, como saludando, y sonrío.

—Gracias por esperarme, doctor. Siento el retraso. Me he entretenido con la nueva misión —dice.

El cambio en el tono de voz resulta sorprendente. Lo que se oye es una voz profunda y extraña; densa, como si emergiera directamente de sus entrañas. Pero al observador le llama mucho más la atención la metamorfosis del rostro. Está fascinado con el fenómeno: el recluso parece haber rejuvenecido de pronto. Lo observa con atención. Sus ojos arden. Su espalda se yergue.

Carraspea para llamar su atención y le dice:

—¿Puede decirme quién es, por favor? Me refiero a su nombre.

El interno le contesta:

—Naturalmente, doctor. La gente me conoce como Rodrigo, el merecedor de alabanza. Pero prefiero que me llame maestro, pues lo soy. ¿Ha oído hablar de mí?

—Por supuesto, Rodrigo. ¿Quién no? Es usted un famoso asesino.

—Y más que lo voy a ser, querido doctor, mucho más...

—¿Más todavía? Ha matado usted a nueve personas.

—No se equivoque, doctor. El número no es tan importante: nueve, doce, treinta y seis..., ¿qué más da? Lo importante es el modo. ¿Cree usted en los crímenes perfectos?

—Nunca he pensado en ello. ¿Qué me aconseja usted? ¿Debo creer en ellos?

—Debería, sí. Cuando lleve a cabo mi nueva misión podrá comprobarlo. Existen, pero deben ser pares.

—¿Pares? ¿Se refiere al número de víctimas?

—¡Por supuesto que no! Las víctimas no son importantes. Me refiero al autor. El asesino de un

crimen perfecto debe ser par.

La puerta se abre de improviso y da paso a uno de los guardias. Blande la porra. El médico se asusta y se apresura a aplaudir. El ruido de las palmadas hace que el preso despierte y recupere su gesto habitual. Sorprendido, mira alternativamente al médico y al guardia. Éste se dirige al responsable de aquella transgresión:

—¡Doctor, le hemos advertido cientos de veces que no puede hacer estas cosas! ¡Aquí hay reglas, y éstas dicen que la terapia se hace por la mañana y con luz! Y no lo dicen porque sí. Lo dicen porque, en un descuido, uno de estos malnacidos le va a rebanar el pescuezo y, luego, nos echarán la culpa a nosotros.

—¡Lo siento, Jimmy, no volverá a pasar!

—Más le vale, porque la próxima vez doy parte. ¡Se lo juro por mis muertos! Los internos no pueden estar fuera después de las siete bajo ningún concepto. ¡Y tú, venga, a la celda!

El guardia lo agarra por el brazo y lo levanta de la silla. El preso arrastra las piernas. Las cadenas resuenan en el suelo de cemento pintado de gris. A lo lejos se oyen los gritos histéricos del interno 13B, el que nunca duerme.

Todo parece volver a la normalidad. Aunque las apariencias engañan.

PRIMERA PARTE

—

LOLA MACHOR

Cuando abrí los ojos aquella mañana, tenía el convencimiento de que iba a ser un día inolvidable. Hasta los elementos se sumaron: amaneció radiante. Ni una nube. Once grados. La casilla del almanaque llevaba semanas bordeada por círculos concéntricos. Rojos. Como si el hecho de señalar la fecha con rotulador consiguiera meter prisa al tiempo. Porque tenía prisa. Eran tantas las expectativas depositadas en aquel 6 de abril que no podía esperar.

Me levanté canturreando antes de que sonara el despertador. La víspera había planchado el traje oscuro, que pintaba mejor para la ocasión, pero lo dejé colgado y, saltándome todos los cánones, me tapicé de primavera en vez de gravedad judicial: vestido azulón, pendientes largos y tacones de aguja.

En mi imaginación había preparado un gran día. No el mejor (me gusta pensar que ése está por venir), pero sí uno especial, plagado de horas alegres. Para recordar. De hecho, en eso acerté: fue un día del todo singular. Ningún vídeo o fotografía inmortaliza la ocasión, pero lo recuerdo todo: la sensación de vómito en la garganta, la temperatura de la noche, aquellos acordes lejanos, el aroma dulzón del miedo... Puedo reproducir sus trazos y contornos con los ojos cerrados. Creo que los detalles acapararán mis pesadillas por los siglos de los siglos.

—Lola —suele decirme Jaime, mi marido—, te empeñas en controlarlo todo. Haces planes, diseñas estrategias, negocias, pero te dejas el azar.

Es cierto. Suelo extraviar ese factor entre renglones. También aquel día olvidé facturar al destino y a su maldito cabo suelto... No era más que eso, un descosido, una hebra deshilachada, una nimiedad, pero fue suficiente para amargarme aquel día y los sucesivos. Como un beso de león. Por él, mi vida quedó seccionada en dos. Y todo lo que ocurrió hasta ese día simplemente se convirtió en *antes del 6 de abril*.

Recibí el primer zarpazo a eso de las nueve y media, en el pomposamente llamado salón de belleza Dafne, una peluquería mixta de poco más de veinte metros cuadrados situada cerca de mi domicilio. Del impacto, el suelo se agrietó bajo mis pies y empecé a temblar como si fuera una hoja muerta. Pensé que se me reventaba el corazón. «No puede ocurrir nada peor», me dije. ¡Qué equivocada estaba! El día habría de coger carrerilla. No me había recuperado del susto, y ya estaba llegando la siguiente bofetada: en plena línea de flotación. Porque si lo de Jaime resultó un hachazo sordo y terriblemente doloroso, la reaparición de aquel demente consiguió que la sangre se me helara en las venas.

Un antiguo caso. Todos son malos. Pero si la muerte sopla a su vera son mucho peores, porque la vanidad de un asesino no conoce límites. Movería Roma con

Santiago con tal de vengarse y salir airoso. Éste se hacía llamar Rodrigo y había matado tanto que ya formaba parte de la negra leyenda de los asesinos en serie. Hasta contaba con página propia en la Red y entrada en Wikipedia. Llevaba dos años bajo siete cerrojos en una prisión federal norteamericana. Era improbable, por no decir imposible, que escapara de aquella celda de tres por dos. Sin embargo, dijera lo que dijera el sentido común, estaba segura de que antes o después volvería. Y no sólo porque los asesinos en serie nunca tienen bastante. Tenía ese convencimiento porque me lo había prometido mirándome a los ojos, con esa extraña voz que parecía salirle de las entrañas. Y que diera señales de vida precisamente el día en que tomaba posesión de mi nuevo cargo, como si me siguiera los pasos, me machacó. Si lograba regresar, no bastaría con unos puntos de sutura (me dieron seis la última vez) y una buena dosis de tila. Cuando Rodrigo volviera, lo haría como se había ido: pintando de sangre todo lo que tocara.

Confieso que tenía, desde hacía tiempo, el miedo metido en el cuerpo, pero no había compartido aquel sentimiento con nadie, ni siquiera con el inspector Iturri, quizá el único que hubiera podido escucharme sin endosarme un nuevo antidepresivo. Me había resultado imposible. Firmé un extraño pacto de silencio conmigo misma y me guardé la certeza. ¿Desconfianza, obstinación, alguna otra razón incomprensible? No lo sé, aunque el detalle carece de interés. Lo trascendente es que sabía que volveríamos a encontrarnos. Tras escuchar su voz sólo me cupo una duda: el cómo y la forma en que ese cómo me afectaría a mí. Ahora, varios meses después, veo con mayor claridad la solidez de mi argumento. Debía volver (tanto él como yo éramos conscientes de ello) porque el asunto estaba sin cerrar: quedaba un cabo suelto; pequeño, pero definitivo.

Si algo he aprendido en los juzgados es que las historias que cierran en falso no mueren; hibernan. Los ecos de la noticia van atenuándose, sepultados por la siguiente novedad. El expediente se archiva y las capas de polvo hacen labor de mortaja. A los ojos de los profanos, el suceso aparece muerto y enterrado, olvidado. Pero se trata de un cadáver dormido. No sé qué truco de magia negra, qué suerte de encantamiento, le hace despertar de su extenso letargo. Pero sea cual sea la causa, por pintoresca o rocambolesca que parezca, la consecuencia es siempre la misma: lo latente y oxidado renace. Y un buen día asoma. Quizá sólo una esquina, un hilo insignificante... Suficiente, empero. Porque, de pronto, alguien lo detecta y, en un gesto infantil, tira de la hebra con inevitables consecuencias. Y, una vez abierto un boquete, es preceptivo cerrar los asuntos pendientes. No hay salida. La trampa está dispuesta.

Y tu memoria, que nunca olvida, empieza a grabar.

Aquel 6 de abril me corté el pelo. Un detalle insignificante, aunque no para mí. Habiéndolo llevado largo desde pequeña, fue como deshacerme del pasado. Lola MacHor dejaba de ser una melena pelirroja. Uno tras otro, los mechones rodaban hasta el suelo. Sin estrépito, con timidez, como las hojas en otoño. Los miraba resbalar ensimismada cuando, de pronto, como un fogonazo, me asaltó la imagen de Sansón. Y, por un instante, mi corazón perdió el compás. Iba a recordar esa fecha hasta el final de mi vida.

La peluquera (metro y medio bien aprovechado, encerrado en una minúscula falda de cuero) respetó mis rizos naturales, los que yo me empeñaba en anular a base de planchas calientes. Eso resaltó aún más el cambio. Incluso Jaime, mi marido, se hubiera dado cuenta. Él nunca se fija en esas cosas, pero no le hubiera quedado otro remedio. Sin embargo, no tendría posibilidad de hacerlo. Nuestra extraña situación (veintinueve años juntos, varias semanas sin dirigirnos la palabra; yo viviendo en casa; él, en un hotel) saltó por los aires en aquel salón de belleza provinciano, pintado de verde manzana y artificialmente hinchado bajo el nombre de Dafne. Una dolorosa implosión con que empezar el día.

El móvil sonó cuando Concepción, la peluquera, me bautizaba generosamente con laca extrafuerte. Era Jaime. Me contó que estaba en Barajas, a la espera de embarcar hacia Boston, vía Londres. El avión llevaba retraso y se había instalado en la sala vip, desde donde me llamaba. Le noté raro, forzado, cohibido. Hablaba bajo y de prisa. De hecho, no comprendí muchas de las cosas que decía, aunque no me perdí lo esencial: con un tono de voz pastoso, muy distinto al habitual, me explicó que se marchaba; pasaría los siguientes tres meses en América. Tendría su base de operaciones en la Universidad de Harvard. Desde allí visitaría nueve países dando conferencias, firmando acuerdos y fichando a cerebritos para el CSIC.

Fruncí el ceño y el gesto se me descompuso. Recuerdo mi dolor, pero también mi extrañeza. Estaba atónita. Había ensayado aquella conversación infinidad de veces. Me había entrenado ante el espejo e incluso había considerado escenarios alternativos. Pero, desde luego, no ése. No hubo negociación, ni tira y afloja, ni gritos ni nervios. Nada. Todo fue cordialidad y educación.

T4, Business... ¿De dónde emergía tal nivel de civilización? Parecíamos americanos del norte, enfrentándonos al tercer divorcio. No tengo nada contra ellos, los admiro profundamente. Son gente eficiente y trabajadora. Pero yo soy española y pelirroja. La sangre caliente bulle en mis venas. Debería haber montado en cólera, haber soltado a los toros bravos. Sin embargo, no dije nada. Él no dio opción y yo me

abstuve de hacer comentarios.

Suelo extraviar el móvil, es uno de mis defectos congénitos: perder las cosas. Antes perdía las llaves o los pañuelos. Ahora pierdo el móvil. Lo olvido en los bolsos, en la mesilla, en las faltriqueras de los abrigos. En una ocasión, lo encontré en el frigorífico, junto a la mermelada, aunque aquello fue excepcional. Lo habitual es que permanezca durante días sepultado en la mesa del despacho, bajo toneladas de sentencias. No obstante, desde que forcé a Jaime a abandonar nuestra casa e instalarse en un hotel, lo custodiaba como oro en paño. Porque esperaba con ansia su llamada. Nunca pensé que tardaría tanto, ni que lo usara para despedirse, como quien dice adiós a un amigo pesado, con la excusa de una mala cobertura o de la salida inminente del vuelo. Tres meses son muchos meses; demasiados, dadas las circunstancias. Bajando el tono, y sin lograr contener completamente mi amargura, aproveché para recordarle que aquella mañana tomaba posesión de mi nuevo cargo. El presidente del Tribunal le había enviado una invitación una semana antes. Debía recordarlo. Su obsesión por investigaciones e investigadores no podía ensimismarle tanto: mi fotografía llevaba unos días en la primera plana de los periódicos.

Esperaba de todo corazón que asistiera. De hecho, alimentaba el deseo de que aquel acto protocolario sirviera, de algún modo, para desbloquear la situación en la que nos encontrábamos y nos uniera de nuevo.

—Magistrada del Supremo, Jaime... Por la cuota, ya sabes —dije con toda intención.

Hemos discutido largamente sobre el tema (yo a favor; él, en contra) y pensé que la alusión rompería el hielo. Pero, en aquella ocasión, no entró al trapo.

—Sea por lo que sea, me alegro por ti. Lamento muchísimo no poder estar contigo y tener que despedirme por teléfono... El viaje ha surgido de forma inesperada...

Enmudeció. Un silencio casi maleducado, incomprensible por lo extraño. Pese al desaire (sería la primera vez que un marido, y todavía lo era, no acudiera a un acto como ése), no intenté disuadirle. Me moría por decirle que no se fuera, que le quería. Que le quiero. Pero la pelota estaba en su tejado. De modo que yo también me mantuve callada. Y me tragué las lágrimas, junto a la laca suspendida en el aire.

Es necesario ser práctica, incluso en situaciones extraordinarias. Por eso, al cabo de unos segundos, viendo que no arrancaba, sugerí:

—Si te parece, Jaime, echaré la culpa a Iberia. No tengo ganas de dar explicaciones a los que me pregunten por ti, que seguro que son muchos.

—Mejor échasela a British Airways, aunque con la fusión tanto da —replicó.

Hubo algo en su respuesta que me hizo palidecer. No hacía falta poseer el don de la clarividencia para darse cuenta de que aquello no pintaba bien. El edificio se desmoronaba sin que yo supiera por qué. No obstante, lo que me hizo perder el color fue darme cuenta de que aceptaba la situación con normalidad. Por un momento, sopesé la posibilidad de que aquélla fuera mi última oportunidad, pero no supe qué

decir. Como si lo usara de parapeto, Jaime se escondió de nuevo tras el silencio.

—Me acabo de cortar el pelo —mascullé espontáneamente, al ver mi imagen reflejada en el espejo.

—¡Vaya, seguro que estás muy guapa!... ¿Se lo dirás a los chicos? Me refiero al viaje... Ha sido tan repentino que no he tenido tiempo de despedirme.

Era demasiado, incluso para mi recién adquirida flema británica.

—No, ni hablar. Escríbeles. O mejor llámales desde Londres o desde Boston. Son noticias para conocer de primera mano, ¿no crees?

—Tienes razón, Lolilla, como siempre.

¡No me lo podía creer: dijo Lolilla! Lolilla, un apelativo cariñoso que emplea a menudo. Una de esas palabras de lenguaje exclusivo, privado, nuestro... Un lapsus; el subconsciente, supongo. Rectificó enseguida, a mi pesar.

—Lola, me hubiera gustado... Hubiera... En fin, el tiempo corre y había tantas cosas por hacer que no he podido llamarte. Hubiera querido hablar contigo despacio, con calma, como cuando los muebles estaban en su sitio...

Se le quebró la voz. Yo continué muda, muy quieta. El corazón se me iba a salir del pecho, pero permanecí impasible, con gesto mayestático. Como si la laca también me hubiera petrificado el alma. Aun así, algo debí de transparentar porque Concepción tuvo el detalle de apartarse y dejar, por fin, de recolocarme los rizos de la nuca.

Deseaba con todo el corazón que continuase hablando. Que mencionase alguna palabra de antaño antes de partir, que dejara una puerta entreabierta.

«¡Dilo, por favor, di que me echas de menos, que me prefieres al CSIC y a tu laboratorio y a las células madre!»

Pero no dijo nada. British Airways debió de pensar que extender el retraso por encima de una hora dañaba su reputación, y llamaron al pasaje. Embarque inmediato. Y Jaime colgó sin decir más que adiós y suerte, como si yo fuera su prima tercera, o, lo que era peor, su pasado. Y yo me quedé sentada ante el espejo, viendo a otra persona. Porque Lola MacHor ya no tenía una larga melena pelirroja, anchas caderas de matrona y una preciosa familia a la que adorar. Todo acababa de saltar por los aires. Y yo me había limitado a comportarme como una anglosajona civilizada.

Los chicos han crecido, mucho más rápido de lo que me hubiera gustado. María se ha casado; los otros dos trabajan y estudian fuera; y al pequeño lo había mandado de intercambio a Irlanda. Ninguno de ellos necesita ya una madre; al menos, no como antes. Y Jaime... Jaime huía tras sus sueños, fueran los que fueran. Y yo pasaba a engrosar el gremio de las señoras solitarias, seres de pelo corto y cardado que terminan confiando sus secretos, tan íntimos como insulsos, a la Concepción de turno.

Sentí que me fallaban las fuerzas. En un mísero instante, todo mi aplomo se vino abajo, poniendo al desnudo lo que soy: una mujer débil e insegura, envuelta en una cáscara que parece de acero, pero que no es más que papel de plata.

«Como Sansón —recordé—. No debería haberme cortado la melena».

El teléfono, apoyado en el estante de cristal, junto al secador y el bote de laca, sonó de nuevo. Me abalancé sobre él como una posesa. Pero no era nadie. Nadie para mí. Otro colega que me felicitaba por el ascenso. ¿Y qué me importaba a mí ese ascenso? Ya no tenía con quién compartirlo.

Cuando colgué, la peluquera se acercó.

—¿Qué le parece, señora MacHor, le gusta?

—Me veo... distinta. Debo acostumbrarme. Pero está muy bien, gracias.

Concepción miró a ambos lados. Luego se agachó y pegó su boca a mi oído. Su perfume era fuerte. Acababa de tomarse un café y combatía el olor con un chicle mentolado.

—El coche espera fuera. Como le aseguré, en Dafne la puntualidad es nuestro lema: tres cuartos de hora exactos, masaje y ampolla incluidos. ¡Le deseo lo mejor!

Me re Coloqué el zapato (mi juanete y mis tacones de aguja no se llevan bien, y los separo siempre que puedo), me sacudí la falda, llena de restos de la poda, pagué con la tarjeta, dejé una propina y salí a la calle.

La puerta trasera del vehículo ya estaba abierta. Era un día precioso, soleado, con una pizca de viento. Pero mis ángeles de la guarda no me permitieron contemplar el cielo, azul inmaculado; ni el sol de abril, que brillaba todavía sin quemar. Me metieron en el coche como si fuera un paquete y cerraron la puerta. En cuanto me hallé sentada en el asiento trasero, el mundo se desmoronó. Naturalmente, saqué mi gesto camaleónico y durante el trayecto mantuve erguida la espalda y pétreo el gesto. Abrí ligeramente la ventana y respiré el aire fresco: todavía tenía laca en las pituitarias.

Andrés, mi fiel guardaespaldas (un tipo serio, hijo de guardia civil y funcionada de Hacienda, que me acompaña hasta que me sea asignada una nueva escolta policial), es un hombre de pocas palabras. Pero en aquella ocasión, quizá porque sabía que era de las últimas, apoyó el brazo izquierdo en la trasera de su asiento, se giró y me echó un piropo:

—Está usted muy guapa, si me permite opinar, doña Lola. Mucho más joven.

Me sonrojé. Sabía que era cierto. También yo había notado que el cambio me había sentado bien. Pero no tenía ganas de hablar. Sólo quería llegar a un sitio privado en el que poder lamerme a solas las heridas. Aún quedaban varias horas para la gran cita.

—Gracias, Andrés, eres muy amable.

Hasta ahí llegó su expansión. Luego, su agradable rigidez retornó.

—¿Quiere volver a casa o prefiere que vayamos directamente al Tribunal?

Tan sólo necesité un instante. Hubiera podido regresar al calor del hogar, tenía tiempo de sobra: el acto oficial de toma de posesión estaba previsto para las doce. Sin embargo, no dudé al optar por el Tribunal. Tengo despacho en mi domicilio. Dispongo de ordenador, biblioteca y acceso online a Aranzadi. Pero casi siempre lo

empleo de noche. No me gusta trabajar con el ruido del aspirador y la radio de la asistente sonando a todas horas. Para concentrarme necesito un ambiente recogido, casi aséptico, alejado de distracciones y tentaciones. Ya kilómetros de distancia de la despensa más cercana; en otro caso, me pasaría el día tomando café con galletas.

Además, aquel día quería apartarme de la fuente del dolor, cuanto más lejos mejor. Eran tantos los recuerdos pegados a sus paredes, tantos los sentimientos (me llevaría horas describirlos con palabras), que temí ir a casa y entrar en barrena.

—Al Tribunal, gracias.

—Creo que hoy no tendremos atasco.

—Me alegro —respondí maquinalmente.

En realidad, tenía la cabeza en otro sitio. Pensaba en lo sorprendente que puede resultar la vida. El factor azar que siempre desprecio: en ocasiones una simple llamada de móvil puede cambiar el escenario hasta volverlo irreconocible...

En los edificios cargados de historia, belleza y funcionalidad suelen estar reñidas. Cuentan con enormes espacios infrautilizados pero faltan salas, despachos o aseos. El Supremo, ubicado en un céntrico palacete madrileño del siglo XVIII, no podía ser una excepción. Que los excelentísimos señores riñan por un metro cuadrado resulta, a todas luces, impropio, pero la realidad es que se trata de un factor capaz de crear tensiones innecesarias. Por ello, cuando un magistrado se jubila y vacía su despacho, comienza la reordenación, todo un movimiento de fichas que, en no pocas ocasiones, pone en un brete al pobre secretario del gabinete técnico, que ha de intentar contentar a todo el mundo.

A mí, que no me preocupan demasiado los metros cuadrados (me considero más valiosa que el espacio que ocupo), sí que me importa la orientación, la luz. La penumbra sostenida y los flexos encendidos desde primera hora me arruinan el ánimo. Pero, fuera como fuese, no tenía nada que decir: era la recién llegada.

Me tocó en suerte el espacio ocupado por el pobre Carlos Sanz Ruiz, víctima mortal de un accidente de tráfico seis meses antes. El reparto no incomodó a nadie. De hecho, se trata de un despacho tan exiguo como caluroso que, para mi regocijo, cuenta con una agradable ventana que da a la calle Bárbara de Braganza, en la fachada sur. Habida cuenta de que no iba precisamente ligera de equipaje, nada más ser nombrada fui organizando el traslado. Por ello, el día de la toma de posesión, mis libros llenaban ya las estanterías, y las fotografías la mesa.

Unas semanas antes, un pequeño camión de mudanzas había trasladado mis bártulos desde mi anterior destino, la Audiencia Nacional. Había necesitado nada menos que dieciocho cajas grandes, una barbaridad. De nuevo, me pregunté cómo era posible acumular tantas cosas. Será por mi manía de guardarlo todo o por la de no tirar nada, que para el caso es lo mismo. Lo cierto es que cada vez arrastro más bártulos, a veces tan viejos que yo misma llego a sorprenderme de los hallazgos. En esta ocasión, Carmen, mi secretaria, que había decidido venirse conmigo desde la Audiencia, encontró un sobre ajado, teñido de esa pátina amarillenta que sólo sabe dar el tiempo. Contenía las papeletas de calificación de la universidad. Mil y un recuerdos me inundaron. Ahora los estudiantes se enteran de los suspensos y las matrículas por la página web, un sistema discreto y confidencial. Antes, nos poníamos en cola ante la garita del bedel cruzando los dedos y observábamos la expresión de su rostro con el fin de leer anticipadamente las buenas o malas noticias. Moisés (así se llamaba el bedel de mi facultad) solía mostrar la calificación con el rostro, cabizbajo si suspendo; sonriente si apruebo. Y si por un casual habías

merecido un sobresaliente o una matrícula, lo cantaba. Sacaba su voz de barítono pasado de bemoles y lo proclamaba a los cuatro vientos, de modo que las buenas notas terminaban por vaciarte el bolsillo en la cafetería: todo el mundo quería celebrarlas contigo.

Desde la distancia, capté la silueta del edificio y volví a extrañarme de los caprichos del destino. Si alguien me hubiera dicho unos meses atrás que me abrirían la puerta principal, me hubiera echado a reír. Pero la vida es imprevisible y caprichosa, y no carece de un punto de cinismo.

Los hechos discurrieron más o menos así: en febrero, me invitaron a impartir una conferencia en Valencia. Un pequeño congreso organizado por el Colegio de Abogados de la zona. Casualmente, también habían invitado a un magistrado del Supremo, vocal del Consejo, a quien conozco desde hace tiempo (en esta profesión nos conocemos todos). No puedo decir que fuéramos grandes amigos (ahora lo somos), pero desde luego éramos más que conocidos, y nos respetábamos mutuamente.

Mi avión se retrasó debido a la niebla y llegué a la capital del Turia a altas horas de la madrugada, de modo que me instalé en el hotel sin cenar. Por la mañana estaba muerta de hambre y bajé a desayunar dispuesta a saltarme todos los límites. En realidad, para qué negarlo, me encantan los desayunos de los hoteles, haya o no cenado. Ya había probado la pina, el queso y el zumo de naranja, y estaba dando cuenta de un buen plato de huevos revueltos con beicon, cuando Fernando Serrano, el magistrado al que aludía anteriormente, entró en el comedor y se sentó a mi lado. Fernando es un hombre de modales exquisitos, pero esta vez se mostró especialmente encantador. Se interesó por mi familia, por el trabajo, por Jaime... incluso me recomendó la novela histórica que estaba leyendo. Yo no le prestaba atención: en lo único que pensaba era en la imagen que estaba ofreciendo, con tanto beicon crujiente y aceitoso, llenando el plato, como si nunca hubiera comido antes ni nunca más pudiera volver a hacerlo. A él, que sólo pidió café, eso no pareció importarle.

Tras vaciar una taza (café negro, sin azúcar) y servirse una segunda, se dispuso a hacer lo que había venido a hacer: sondearme. ¿Me avendría a formar parte de la terna que el Consejo estudiaría para ocupar la plaza vacante en la Sala Segunda de su Tribunal? Del *shock*, casi se me atraganta el desayuno. Para que se entienda, es como si jugando en el Baracaldo, Club de Baloncesto, me vinieran a buscar de la NBA. Pero el susto se esfumó pronto, justo en el momento en que Fernando me informó, con cortesía pero sin ambages, de que mi candidatura no tenía otro fin que completar esa terna. Lo que quiero decir es que me quedó perfectamente claro que formaba parte del relleno. Para ser sincera diré que, salvado el primer latigazo provocado por mi orgullo herido (a nadie le gusta ser plato de segunda mesa), acepté enseguida. Fuera por lo que fuera, el ofrecimiento me halagó y me presté encantada a desempeñar el papel de extra. Siempre está bien tener un sueño de ese tipo en tu haber. Luego, cuando eres vieja, puedes contárselo a tus nietos: «Una vez, vuestra

abuela fue candidata al Tribunal Supremo...» Pero hete aquí, ¡quién me lo iba a decir entonces!, que por distintas razones (a ellas me refiero cuando hablo de los caprichos del destino) el sueño se convirtió en realidad. Y el natural descarte acabó siendo la salida honrosa.

Todo empezó cuando una periodista decidió preparar un artículo sobre el peso de las mujeres en el mundo judicial. Al documentarse se topó con el dato de que nunca unas faldas se habían sentado en la Sala de lo Penal del Supremo... Y lo explotó. «Una vergüenza. La justicia debería sonrojarse por que exista una sala cuya historia nunca haya escrito una mujer», escribió.

El artículo era corto y estaba en páginas interiores, nada de importancia. Pero alguien que no tenía otra cosa que hacer lo leyó e interpeló en una comparecencia al ministro de Justicia. Éste, que no esperaba la pregunta, se quedó con la boca abierta. Y eludió responder alegando que no era de su competencia. Excusas y balones fuera: ésa fue su perdición. La periodista recibió un espacio mayor, aún en página par, que aprovechó hasta la última línea. Se fundamentó hasta enterarse de que el inmueble donde se encuentra el Supremo, un antiguo monasterio, había servido de internado para las hijas de los nobles de la zona. Las niñas entraban a la edad de cinco años y salían a eso de los dieciséis, derechas al altar. Y, como cualquiera puede imaginarse, se cebó sin contemplaciones. «Poco hemos avanzado desde los tiempos en que nos educaban para honrar a nuestros maridos. Servimos para parir y para procesar carteristas, pero no para meter en la cárcel a los ministros de Justicia», así concluyó el artículo.

Y siguió el peloteo de declaraciones. El ministro se defendió alegando que esos nombramientos dependían del Consejo General del Poder Judicial, pero que, en aquella ocasión, le constaba que en la terna había una mujer. A renglón seguido, la periodista recibió un espacio en la tercera página y varias entrevistas en la radio. De viva voz leyó un antiguo decreto que regulaba el Tribunal, según el cual se prohibía acceder al cargo de magistrado a los locos, a los sordos, a los mudos... y a las mujeres, salvo que fueran reinas, marquesas o señoras principales y, en ese caso, bajo el consejo de un hombre sabio. Pero la reportera fue más allá y aseguró en el periódico que me habían puesto en esa terna únicamente para guardar las apariencias. «No tiene pito y viene de provincias. Por eso creen que necesita estar bajo la supervisión de un hombre sabio... Pero mira por dónde que he visto su currículum y tiene tantos méritos o más que sus contrincantes ¡A ver quién es el guapo que da la cara y se niega a entregarle el cargo que en JUSTICIA merece!», aseveró.

Lo curioso fue que, tras escribir ese alegato feminista, la cuestión del género pasó a un segundo plano: ¡había dicho que ERA DE PROVINCIAS!

Pese a haber pasado más de la mitad de mi vida fuera, soy nacida y criada en Bilbao. Y llamar a Bilbao provincia a secas levantó tantas ampollas que los partidos vascos pidieron una comparecencia en el Congreso. Para entonces, las redes sociales ardían. Como puede figurarse cualquiera, yo contemplaba espantada el ambiente. Y

no porque no viera lo lejos que estamos de la igualdad, sino porque, sin comerlo ni beberlo, me había convertido en piedra de toque de una batalla que no era la mía. Recuerdo que me visitó un compañero magistrado una de aquellas mañanas y me dijo, guiñándome un ojo pero hablando en serio: «Si fueras negra o musulmana, mañana te ofrecerían la presidencia».

Sé que hubo algunos intentos de buscar un cuarto o un quinto candidato, pero no dieron resultado. Finalmente, tras varias reuniones fallidas se vieron obligados a escuchar el clamor popular y a dar por válida lo que, a todas luces, no era más que una operación de maquillaje. En fin, que me hubiera gustado poder decir que todo el mundo pensó en mí como la mejor candidata posible. Pero lo cierto es que terminé siendo nombrada por ser mujer y vasca (o vasca y mujer, si se prefiere) o porque un día una periodista pesada estuvo inspirada.

Fernando, el mismo magistrado que me pilló in fraganti en Valencia, pecando nada menos que con cuatro lonchas de beicon, me llamó al móvil un jueves por la mañana y me propuso que almorzáramos juntos en Época, en la calle General Castaños, un restaurante de tapas con un menú del día asequible. Últimamente ese local se está poniendo de moda, tanto que ha dejado atrás al Bar Supremo e incluso al mítico Riofrío, el local donde más intrigas políticas y judiciales se han tejido en nuestra joven democracia. La elección de Fernando era, cuando menos, curiosa: almorzar allí es como poner un anuncio. Mientras iba de camino no dejaba de pensar por qué quería que nos vieran juntos.

Ni que decir tiene que comí un pescadito a la plancha, que me abstuve de pedir postre y que regué todo ello con agua sin gas, para demostrar mi propósito de enmienda. Y casi mejor, porque cualquier alimento más fuerte se me hubiera indigestado.

—Bueno, Lola, ya imaginarás por qué te he llamado. —Levantó su copa de agua y añadió—: ¡Bienvenida al equipo!

Eso fue todo. Luego se levantó para devolver el saludo a un político de renombre del Partido Popular, cuya sede está muy cerca, en la calle Génova, y frecuentan los mismos restaurantes. Cuando volvió a sentarse, me sonrió y empezó a hablar de las futuras elecciones. En fin, que, como decía, sin comerlo ni beberlo estos tortuosos senderos, que ni controlo ni comprendo del todo, convirtieron al descarte en titular. Y vestida de mal menor (un traje que no sienta siempre bien) me dispuse a ocupar una honorabilísima silla. Como se comprenderá, estaba como unas castañuelas. Sólo había un pero. Un pero femenino, digamos, que me producía escalofríos. Si no hacen una ley que les permita destituirme (lo de la terquedad tiene dos caras), cuando abandone este despacho será para jubilarme.

Mi coche se detuvo en la entrada principal del edificio, en la plaza de la Villa de París.

—Mucha suerte, señoría. Ha sido un honor —se despidió Andrés, mientras me abría la puerta del vehículo y me tendía la abultada cartera.

—Gracias por todo —contesté, y le dediqué una franca sonrisa.

Luego, me lo pensé mejor, me acerqué, le cogí la mano y se la estreché efusivamente. Habían sido muchos años juntos. Me hubiera gustado darle un abrazo, pero no hubiera resultado conveniente.

El despacho que me habían asignado está, como todos los de la Sala Segunda, en la planta cuarta. Existe un ascensor, pero preferí subir andando. La bellísima escalera, flanqueada por Justiniano y Alfonso X, que sigue repasando sus Partidas, lo merece, pero tenía otros motivos. El primero era que quería detenerme en la primera planta para saludar al presidente (no pude hacerlo: no había llegado). El segundo, que por la escalera, poco frecuentada, sería más sencillo convertirme en un ser invisible, en humo judicial, y dirigirme directamente al despacho para llorar a gusto: la marcha de Jaime me había dejado hecha polvo.

No conseguí lo que pretendía. Tardé media hora en alcanzar mi meta. Todo el mundo se acercó a saludarme. En otras circunstancias hubiera disfrutado del paseíllo, pero no en aquéllas. Finalmente, casi escalando, logré fondear en mi garita.

Saludé a Carmen con cortesía, como siempre (la rudeza en el trato no sólo es de mala educación, denota una completa estupidez), pero también con un punto de frialdad. Ella, funcionaría avezada, que, como dije, se ha trasladado conmigo desde la Audiencia, me conoce lo suficiente para darse cuenta de que no tenía ganas de conversación. Me sonrió con dulzura, sin más palabras que un «buenos días» y una breve referencia a mi corte de pelo, y desapareció discretamente. Enseguida oí cómo aporreaba las teclas de su ordenador, algo que hace a una velocidad pasmosa, al menos desde el punto de vista de quien emplea sólo dos dedos, uno de cada mano.

Cerré la puerta. Dejé el bolso sobre una de las sillas y, de pie, contemplé lo que me rodeaba: las paredes blancas, recién lavadas, todavía olían a pintura; los muebles, a pasado. Eran de mediana calidad, de madera y de distinta hornada. El sillón y las sillas estaban tapizados en cuero verde y también tenían sus años. Mi portátil de última generación estaba sobre la mesa; la fotografía firmada por el rey, colgada. La bandera no había llegado, pero sí el correo (un sobre tamaño folio y varias cartas que desprecié) y los abultados dossiers de los casos abiertos en los que debía trabajar. Por la ventana rectangular entraban voluptuosos chorros de luz. Era un buen día, que aquella llamada de teléfono había trastornado completamente.

Me senté al escritorio y sin pudor me quité los zapatos, un placer que nunca disfrutarán los caballeros ni mis sensatas colegas que calzan zapatos anchos y sin tacón; un goce sólo superado por la llegada de esos mágicos momentos en los que los niños finalmente se duermen y puedes disfrutar de un rato de intimidad con tu pareja, aunque sea sin levantar la voz.

Supongo que debería haber dedicado aquella mañana a altos pensamientos sobre la responsabilidad o el valor de la Justicia, pero el caso es que, por mis extraños

vericuetos mentales, el juanete me condujo a los niños y los niños a la foto que tenía delante: Jaime junto a mis hijos. Y, sin poder remediarlo, estallé. Lloraba a moco tendido y no era para menos: justo cuando iba a ser nombrada jueza del más importante tribunal del país, mi marido se largaba sin explicación, y se despedía por teléfono desde el aeropuerto en poco más de tres minutos. Gracias a que no llevaba rímel que pudiera extenderse. Aunque no pude evitar que se me enrojecieran los ojos. Durante la toma de posesión del cargo, a todo aquel que me preguntó qué me pasaba le conté, pañuelo en mano, las desgracias de ser alérgica a la primavera. A mi hija mayor y a su marido, que acudieron en representación de la familia, trajeados y guapísimos pero circunspectos, no les dije nada. No había necesidad.

Me hubiera gustado deshacerme en lágrimas, como vulgarmente se dice. Desahogarme, al menos un rato. Pero ni siquiera ese barato solaz me fue permitido. Llevaba apenas diez minutos en el despacho, y estaba en pleno proceso cuando se abrió la puerta y entró Fernando, que iba a ejercer de padrino en mi toma de posesión... Reprimí las lágrimas con toda la rapidez de la que fui capaz, que no fue, sin embargo, suficiente, ya que me pilló con el pañuelo en la mano y los mocos colgando de la nariz.

Fernando es un hombre pequeño, más bien feo, y algo contrahecho: una enfermedad infantil (creo que una poliomielitis, aunque no lo sé con certeza) le causó una ligera cojera y una falta de alineamiento en los hombros, lo que hace que camine con un extraño vaivén. Su currículum es, sin embargo, el de un ganador. Siempre les ha sacado tres cuerpos a sus inmediatos seguidores. Fue el catedrático más joven de España, habla cinco idiomas, ha publicado al menos tres docenas de libros e impartido conferencias por medio mundo. Ejerció como decano y como vicerrector hasta que lo ficharon para el Supremo, apenas cumplidos los cuarenta y ocho. Desde entonces trabaja en esta casa. Hace algunos años, estuvo casado, pero el matrimonio sólo duró unos meses. Cuando dejó a su mujer, una guapísima y riquísima heredera andaluza, corrieron algunos rumores, que yo nunca he querido confirmar.

—Ya veo que empiezas a asumir dónde estás —me dijo al ver las lágrimas, lo que no le impidió tomar asiento.

Gracias a Dios, creyó que era la emoción del nombramiento lo que causaba mi desazón. Pensándolo fríamente, tener en tus manos una parte, aunque sólo sea una minúscula parte, de un poder último y residual hace que te estremezcas. Al menos a mí. Pero nunca lloraría por eso. No va con mi carácter. Una lágrima es una lágrima, no debe despreciarse bajo ningún concepto. Yo lloro por amor, por miedo, por odio, por dolor, por injusticia, por emoción... Puedo hacerlo en un cine, por un mal final, pero no lloro por un despacho, por muy exclusivo que éste sea.

—Bueno, impresiona un poco. De pequeña soñaba con cambiar el mundo —le dije, no sé por qué.

Se le dibujó una sonrisa algo cínica.

—Llevo suficiente tiempo en un despacho similar a éste para certificar que se

hacen muchas cosas en esta casa, pero no ésa. Somos algo así como un antibiótico, un elemento indispensable en un paciente que se acatarra con facilidad... Pero si lo que de verdad te preocupa es la forma en que has llegado hasta aquí, olvídalo. Lo importante es que estás y que tienes la capacidad necesaria... —Se arrellanó y cruzó la pierna. Su zapato de cordones y plataforma brillaba con los reflejos del sol. Como yo no reaccionaba, añadió—: ¡Venga, Lola, levanta ese ánimo! Puedes con esto y con mucho más. ¿No eres de Bilbao? Dicen que el único miedo que tienen los vizcaínos es a no tener prevista la comida.

Me hizo reír.

—No sólo soy de Bilbao, Fernando: ¡hasta tengo RH negativo!

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Calibré mis palabras unos segundos y finalmente le dije la verdad.

—Creo que no voy a encajar en este ambiente vuestro, tan selecto. Formas. Protocolo. Exquisita educación... Como sabes, Fernando, la corrección política no es uno de mis fuertes. Quizá no sea capaz de civilizarme y ser como tú, que sólo desayunas café negro.

Las carcajadas se oían hasta en el vestíbulo.

—¿Lo dices por aquel plato rebosante de huevos con beicon? —Enrojecí sin poder evitarlo—. Lo cierto es que te pusiste como el quico... Lo que no sabes, querida mía, es que yo había desayunado en la habitación: huevos con salchichas, fruta, café y croissant. Luego, cuando volví, mantuve las formas... Y respecto a las formas, no tendrás problema: he oído que provienes de una familia de abolengo. Creo que contáis incluso con algún título nobiliario...

—¡Y dale! ¿Quién se habrá inventado esa patraña? Te voy a contar la verdad: fui una niña bien, no lo niego. Bilbao, clase acomodada. Vivíamos en una bonita casa en la zona conveniente; disponíamos de servicio (cocinera, doncella y mecánico, amén de nuestra querida Edurne); veraneábamos en la costa; asistí a la universidad e incluso aprendí inglés en un internado en Sherborne, un pueblecito en el sur de Inglaterra... De no haber sido por el prematuro fallecimiento de mi padre, un reputado médico, hijo de reputado médico, quizá hubiéramos mantenido el pedigrí, pero el hecho es que murió. Y todo se vino abajo. El servicio desapareció y sólo quedó Edurne. Terminé la universidad con una beca y no tuve coche hasta que encontré mi primer trabajo, que me permitió adquirir a *Rolls* (un Ford Fiesta blanco, de tercera mano). Por aquel entonces, no tenía mucho en los bolsillos, y lo que tenía procedía de mis clases particulares a niños petardos, vagos y maleducados de la zona. Algo verdaderamente mortificante... De modo que no, no soy mujer de protocolo, por eso me preocupa no encajar aquí.

—Lo harás estupendamente. De lo único que tienes que cuidarte es de parecerme a mí...

—¿Por qué dices eso?

—¡Si supieras cuánto pesa el poder, cómo lo fácil, lo cómodo, lo bien visto tira de

nosotros! Es increíble lo que puede hacer un coche oficial, un guardaespaldas o no tener que aparcar. Todo eso se agudizará aquí, por eso debes inmunizarte. Sigue tomando huevos con beicon, pero hazlo sola. Luego, límitate al café negro.

Se levantó, y con una enorme sonrisa se despidió.

—Te veo dentro de una hora, con la toga puesta. Por cierto, estás estupenda con ese peinado.

La conversación con Fernando me animó. Y me hizo recordar mis primeros años. Empecé desde abajo, trabajando como instructora en un juzgado de provincias (hablo de Pamplona, aunque, a todos los efectos, el término se aplica a cualquier provincia que no sea Madrid). Malos tratos, robos de coches, menores con problemas, camellos de poca monta, algún que otro asesino (excepcional), borrachos al volante, falsificación de tarjetas de crédito... Policía judicial, agentes, forenses..., algunos comprometidos, otros hastiados, otros que sólo trabajan. En fin, la vida misma, en bruto.

Con el tiempo, llegué a ser la presidenta del Tribunal Superior de Justicia de Navarra. Me trasladé a un despacho más grande, me asignaron coche oficial y ángel de la guarda, y me alejaron de ladrones y maleantes. Y mi servicio a la justicia comenzó a cambiar. La toga tenía más terciopelo y menos uso. La sustituí por actos protocolarios, conferencias e inauguraciones que me obligaban a ir a la peluquería todas las semanas. Empecé a medir mis palabras y a preocuparme por mantenerme a distancia de regalos, dádivas y cualquier otra cosa que pudiera poner en entredicho mi honorabilidad.

Mi marido quería aceptar una suculenta oferta en Madrid, y accedí a abandonar mi cómoda plaza en Pamplona y trasladarme a la capital, en concreto a la Audiencia Nacional. Un cambio en muchos sentidos. Para quien no lo sepa, Madrid es Madrid, plaza donde los mentideros se multiplican exponencialmente, y donde cualquier acto (oficial o protocolario, bautizo o entierro) se convierte inexcusablemente en un lugar de encuentro entre los poderes que debieran, en buena lid, mantenerse separados. Por no hablar de la Audiencia, lugar donde he conocido a los probablemente mejores profesionales del Derecho y a los mayores políticos infiltrados. Disfruté mucho con los primeros y traté de mantenerme alejada de los segundos, con éxito dispar. Y ahora el Supremo, la *crème de la crème*.

Visto desde ese punto de vista, estaba suficientemente curtida, como decía Fernando; visto desde otro... En fin, sigo añorando Pamplona, y a los ladrones de bolsos, y a los ideales de mi infancia.

Empezaba a ponerme nerviosa, y decidí salir del edificio para conseguir un café y unas cuantas galletas (integrales, si era posible). Me dirigí al Timón, casi en la esquina de la plaza, una cervecería donde sirven unos berberechos estupendos. Pensé que a aquella hora no habría allí nadie de «los míos», mientras que en el resto de los locales la probabilidad de estar sola sería nula. Me llevé el sobre grande que había llegado con el correo. Tenía pinta de folleto de Congreso Científico. Quizá eso me

permitiera dejar de pensar en Jaime y en el lío en el que me iba a meter una hora después...

El Timón estaba vacío. Sólo un anciano, sentado al fondo, comía unas albóndigas con tomate sin levantar los ojos del plato. Pedí un café con leche con sacarina y pregunté si tenían galletas integrales. La cara del camarero (un chaval al que no conocía de otras veces) fue tan expresiva que pude leer en ella mejor que en un libro abierto. Lo que quería decirme era: «¿De qué vas, tronca? ¿Me has visto con cara de gilipollas?» Pero, muy castizo él, lo que dijo fue:

—Pues no, señora, galletas desnatadas no hay, pero no se preocupe, que le pongo una croqueta de roquefort que se va a chupar usted los dedos. El cocinero las hace tan suaves que casi no engordan. Y están recién hechas.

Nunca aprenderé... Pero, en efecto, estaba muy buena (y nadie me vio comerla).

Me senté y abrí el sobre, fechado casi tres semanas antes. Se ve que con el traslado se había traspapelado entre juzgados. Venía de Estados Unidos. Suelo ir allí una vez al año. Me atrae mucho su sistema judicial, tan diferente del nuestro, y acudo a congresos conjuntos. Pero en esta ocasión me equivoqué. Aquellos folios no hablaban de derecho global o de las soterradas luchas entre anglosajones y continentales. Versaban sobre algo mucho más oscuro.

Eran media docena de hojas unidas por un clip, que también sujetaba un tarjetón escrito a mano y en inglés. Lo firmaba Joe Lombardo, un inspector de la Interpol con sede en Washington. No eran precisamente unas letras de felicitación por el nuevo puesto.

Señoría:

Espero que tanto usted como su marido se encuentren bien de salud.

He dudado mucho antes de poner en su conocimiento lo sucedido en los últimos meses, y sobre todo la carta de Rodrigo/Wilson que adjunto. Al fin y al cabo, se trata de una mente terriblemente perturbada, y podría asustarla sin necesidad. No obstante, hay algo en lo que dice que... En fin, no quiero que nos ocurra como la última vez, cuando por no creerla a tiempo tuvimos algunas bajas.

La carta va dirigida a usted. Me la ha hecho llegar el doctor Hernández, psiquiatra de la prisión, quien se ha asustado al advertir que el preso volvía a hablar de crímenes. Juzgue usted misma, señorita, y si quiere que lo comentemos, no dude en llamarme. Por el tema de seguridad, tranquila: el preso está encerrando bajo estrictas medidas de seguridad.

Su seguro servidor,

JOE LOMBARDO

P. D. Envío también una copia de dicha carta al inspector Iturri.

Perdí inmediatamente la calma. Algo olía mal... No lo sé expresar de otra manera. Naturalmente, la mención a ese antiguo caso, en sí misma, resultaba terrible, pero se trataba de otra cosa, que fue la que me produjo la sensación de vértigo. Traté de sobreponerme, pero no pude evitar que las manos me temblaran.

Pedí una tila. El chaval me trajo otra croqueta.

Joe hablaba de un caso antiguo en el que me había visto involucrada dos años atrás.

Me fui a un congreso y, a petición de un periodista, hice unas declaraciones sobre las raíces del crimen. Ya se sabe: los genes, el ambiente, el placer... Pocas horas después, alguien me hizo llegar lo que parecía una novela negra. El texto narraba las hazañas de un tal Rodrigo, un joven y exitoso *broker* que, tras lograr todo en la vida, decide pasar a la historia descubriendo el origen del mal. *¿Me volveré loco si arranco vidas? ¿O acaso he de estar loco para matar?* Quería respuestas y, como no las encontró, optó por obtenerlas por sí mismo: decidió convertirse en un asesino. Aunque eso no era suficiente: debía contratar a un psiquiatra para que fuera evaluando su cordura. Tentó al elegido —el doctor Wilson, un reputado médico con consulta en Nueva York— con una gran cantidad de dinero. Como contrapartida, debía reunirse con él después de cometer cada asesinato para calibrar cómo le afectaba la sangre. El médico, tomándolo por loco, aceptó la oferta. No tardó en comprobar que la gente estaba muriendo de verdad. Su paciente, con el orgullo de quien firma una obra de arte, marcaba cada uno de los cuerpos con números romanos consecutivos y le regalaba las fotografías. Esposado por el secreto profesional, Wilson no podía hacer nada para evitarlo...

El texto que recibí narraba los cuatro primeros asesinatos. Me resultó demasiado aséptico para haber salido de manos de un escritor y demasiado preciso para ser ficción. De modo que empecé a investigar por mi cuenta y llegué al convencimiento de que aquello era pura realidad. Tardé en convencer a la policía y hubo una quinta muerte. Luego, fuimos a por él.

No fue sencillo darle caza. De hecho, tardamos tanto que Rodrigo tuvo tiempo de cometer nueve crímenes. Pero antes de que llegara al décimo, lo logramos. Porque, aunque en el texto se camuflaba bajo nombres fingidos y modificaba las pistas clave, nadie es tan listo ni tan humilde. Él cometió un error: su ego le impidió callarse algunas cosas. Y, entre ellas, este asesino nos describió su casa...

Era un lugar muy especial, una suntuosa mansión en una isla del Egeo. Y pensamos, con razón, que aquella casa debía contar con la firma de un gran arquitecto. Consultando a varios expertos, finalmente dimos con su autor: Nacho Vicens. A través de él, identificamos a los propietarios de la finca: el matrimonio Shibata, unos japoneses que vivían en Nueva York, de los que Jaime y yo terminamos haciéndonos muy amigos. (De hecho, los había invitado al acto de aquella mañana, aunque el trabajo les había impedido acudir). Por ellos supimos que el doctor Wilson se llamaba en realidad Marc Ross i Roví, y que le habían prestado la casa para que

descansara unos días. Con esta pista, logramos averiguar la fecha y el lugar de su siguiente sesión con Rodrigo. Y nos presentamos allí acompañados por Joe y su equipo. Fueron momentos de gran tensión, sin embargo, al llegar sólo encontramos al doctor Wilson hablando consigo mismo. Él era Rodrigo, aunque lo desconocía. Naturalmente, fue declarado loco de atar (no recuerdo el término médico que emplearon) y lo encerraron en un centro especializado.

Hasta ahí, todo discurrió dentro de la normalidad, aunque claro, lo de la normalidad es un decir. Sin embargo, hubo un hecho que lo cambió todo, un hecho que me obligó a estar cerca de un año tomando pastillas para dormir. Aún ahora, continúo despertándome asustada de vez en cuando. Porque, estando ya preso, Rodrigo me hizo llegar una carta informándome de que me había nombrado su biógrafa: debía escribir su historia para disfrute de la posteridad (una terrible palabra, ésta). De desobedecerle, me atendería a las consecuencias. Sería una obviedad señalar que nunca se me ocurrió escribir una sola línea, lo mismo que indicar que mi corazón se agita como una hoja en un vendaval cuando oigo su nombre. Aún puedo repetir de memoria sus palabras, escritas en letra tumbada y nítida:

He decidido que sea usted mi biógrafa. En otro caso, me enfadaré, e iré a grabar una esbelta equis en su tobillo pecos. No lo dude, lo haré. En cuanto salga (abandonaré este lugar pronto, muy pronto) le enviaré un *e-mail* a esa dirección que tan amablemente me ofreció...

Creo que después de esta explicación, se comprenderá por qué en ese momento perdí los nervios. Ciertamente, lo que debí hacer fue romper aquellos folios hasta hacerlos añicos. Sin embargo, me dio tanta rabia que lo que hice fue leerlos y comerme la segunda croqueta *light*. Esto es lo que decían:

A la atención de María Dolores MacHor. Jueza. España

Señoría:

Antes de intentar cortarme las alas metiéndome en este agujero infecto, debería recordar quién soy. De haberlo hecho, hoy no estaríamos así. Todo hubiera terminado si se hubiera limitado a admirar mi obra permitiendo que el mundo conociera a Rodrigo. En vez de eso, me ha sepultado bajo toneladas de porquería en las cloacas del mundo. Dígame una cosa, jueza: ¿de verdad creía que dejándome en manos de estos idiotas todo acabaría? ¡Qué equivocada estaba! Pero recuerde que se lo advertí: el tablero tiene las fichas dispuestas. Esgrima las excusas que quiera, meta la cabeza debajo del ala si eso le place: el reloj no se detendrá. El tiempo se agota y el alfil va a atacar. Porque Rodrigo, el que merece alabanza, está encerrado y le tratan como a un fracasado, cuando es el maestro...

Pero no se inquiete. Mi alma es magnánima y está llena de virtudes. Por eso, voy a pasar por alto su estupidez y a darle ocasión de rectificar. Quiero que me saque de aquí enseguida. Si recibo la alabanza que se me debe como virtuoso del crimen, estoy dispuesto a olvidarlo todo.

Me conoce: sabe que no me importa el elogio de la gente insignificante, esclavos a los que desprecio. Aunque merezco esa gloria, mi objetivo en la vida, querida jueza, es mucho más alto. Rodrigo se me ha quedado corto. Aunque, claro, no es más que un apodo. Rodrigo no es mi nombre... En realidad, carezco de nombre. No puedo tener nombre, al menos uno solo. ¿Puede el mar envasarse?, ¿puede el cielo cercarse? Cuando eso ocurra, cuando el cosmos se condense en un dedal, yo recibiré un nombre. Hay tantos prismas, tantas facetas en mi personalidad, que se necesitarían al menos una docena de nombres para abarcarlos... Y eso resulta un problema para ellos, los médicos. Soy polifacético, bien lo sabe usted. Lo soy de tal modo que no se atreven a acercarse a mí. Pero se equivocan: en mi mano están las llaves del abismo.

El responsable de esta unidad (un psiquiatra viejo, grueso y medio calvo que jadea cuando habla y

que suda con profusión) se reúne con el doctor Wilson los primeros martes de mes antes del almuerzo, una bazofia servida en platos de plástico. Sé que tiene por costumbre preguntarle por mí, aunque evita nombrarme. Sostiene con porfía que no existo, pero cuando desea interrogar al doctor Wilson emplea el plural.

«¿Cómo están sus amigos, Ernest?», le espeta, con un deje de ironía.

¿Qué puede esperarse de alguien así? En su supina incompetencia piensa que soy varios. Asegura incluso haber contado hasta diez yoes... Además, y esto es lo más indignante, me toma por *un amigo del doctor*, como su segunda piel; un personaje dependiente y sumiso que le va a la zaga. ¡Pobre estúpido! No se percata de su error: está tratando de medir el universo con su diminuta regla de colegial. Wilson podría aclarárselo si se lo propusiera, pero no lo hace. Ni siquiera lo intenta. Pone cara de grata placidez y le responde con cuatro palabras que no sabe por quién le pregunta. Se lo agradezco. No es que me importe, pero, ante seres tan obtusos, es preferible mantener el anonimato.

Hay otro psiquiatra, ayudante del primero, que nos visita con asiduidad. Es más joven, pero posee preparación suficiente e inteligencia. Físicamente, no vale gran cosa: bajito, esmirriado, de raza indefinida. A veces habla en inglés; otras se dirige a Wilson en castellano. Por el acento, parece sudamericano, pero los caracolillos de su pelo y el tono de su piel delatan sus genes africanos. Pese a todo, el doctor Hernández parece más competente que su superior. Según contó, cuando todavía era alumno de la Escuela de Medicina de Vancouver asistió a una conferencia impartida por Wilson, que le causó grata impresión. Por ello, le trata con deferencia y sumo respeto. Nunca le llama Ernest, sino doctor; se levanta cuando él entra en la habitación y evita emplear el tuteo. Su voz es suave y envolvente, quizá algo empalagosa, pero a mi amigo parece gustarle. Se nota que se siente cómodo en su presencia. Reconozco que a mí me ocurre algo similar. De hecho, esporádicamente, cuando puedo dejar por unos minutos el estudio de mis cuadernos, me animo a acudir a sus sesiones. Su conversación es agradable.

En una de esas ocasiones, creo que era un miércoles (lo digo porque en mis recuerdos huele a pasta, y eso es lo que se almuerza aquí los miércoles), Wilson y el doctor Hernández tuvieron una larga sesión. La conversación discurría en un tono afable. Hablaron de medicina, y del frío de Canadá; de esto y aquello. En un preciso momento, el joven psiquiatra se decidió a preguntar directamente por mí.

—¿Ha vuelto a tener noticias de Rodrigo, su antiguo paciente, doctor?

Wilson giró de forma casi imperceptible la cabeza hacia el lugar donde me encontraba, al fondo de la sala, tras el biombo blanco. Me miró de soslayo y volvió a la posición original sin mentar palabra. Desde mi escondite seguía expectante la escena, porque el doctor Hernández había captado el gesto y levantado su pequeña cabeza llena de rizos. Noté que sus ojos se clavaban en el biombo que me cobijaba. Los mantuvo fijos unos instantes, durante los cuales aguanté la respiración. Pensé que me había descubierto. Pero no. Inmediatamente, volvió a mirar a Wilson y ambos retomaron la conversación de relleno. Hablaban de un tratamiento experimental para no sé qué tipo de enfermedad.

En un momento determinado, me apoyé en el biombo. La madera produjo un leve crujido que delató mi posición. Entendí que era el fin, que había quedado expuesto. Me someterían a todo tipo de experimentos. Pondrían mi vida del revés. Aparentemente, el médico no lo percibió. Aunque en realidad sí lo hizo, porque enseguida añadió:

—Está aquí, ¿verdad? Para serle franco, hace días que noto su presencia, y me muero de ganas por conocerle. He tenido ocasión de leer algunas de las cosas que ha escrito y, la verdad, me han impresionado mucho. Me gustaría recabar su opinión sobre algunos aspectos que no me han quedado del todo claros.

Wilson se mantuvo mudo, expectante, con los labios apretados. Supongo que esperaba que yo tomase la iniciativa. La voz del doctor Hernández era acogedora y relajante. Sentí el impulso casi irresistible de ir hacia él, pero logré contenerlo y permanecí agazapado en mi escondite improvisado.

—Es una pena, doctor, que no podamos dar con él. Rodrigo es un maestro y todos necesitamos aprender. Sin su presencia, poco podemos hacer usted y yo. En fin, otro día será...

Era la primera vez que alguien me llamaba «maestro». Me gustó que pensara en mí en esos términos. De hecho, en el arte de la muerte, no sólo soy ducho y he sido probado largamente, sino que me elevo muy por encima de los de mi clase. Atraído por sus amables palabras, abandoné mi refugio y me acerqué hasta donde ellos estaban.

—Buenas tardes, doctor —le dije—. Me alegro de saludarle.

—¿Quién es usted? ¿Acaso se llama Rodrigo?

—Veo que las noticias circulan llenas de confusión. Rodrigo no es mi nombre, sino mi apodo. Pero puede llamarme así. O maestro, si lo prefiere.

Optó por Rodrigo. Me disgusté. Habría preferido que adoptara el título que él mismo me había conferido y que hubiese seguido llamándome maestro. No obstante, no lo manifesté. Desde entonces hemos hablado en media docena de ocasiones. Conversaciones interesantes, con enjundia: creo que empezó a apreciarme desde la primera. Se dio cuenta enseguida de mi valía.

En cada una de nuestras charlas, sin faltar una, me preguntaba por mi misión. Le expliqué que la única intención que me animaba era servir al mundo, probar la hipótesis ignota sobre la maldad humana.

—¿A qué hipótesis se refiere, Rodrigo? —inquiría una y otra vez.

¡Pobre doctor! Intentaba escalar posiciones, atisbar por entre las rendijas de mi mente, pero ¡le cuesta tanto comprender! He tenido mucha paciencia, he repetido desde distintos prismas los mismos argumentos. Pero no me importa: esos conocimientos sólo los entienden los iniciados, y, claramente, él no lo es.

—La hipótesis que el doctor Wilson y yo tratábamos de probar era que el acto de matar, de derramar sangre humana, no es, en sí mismo, el que daña la mente del hombre y le convierte en un loco...

—Ah, ¿no? ¿Me está diciendo que asesinar a otro hombre es un acto moralmente neutro?

—Lo que digo es que es el motivo que induce a matar, y no otra cosa, lo que pervierte al sujeto. El odio, la avaricia o la envidia son los que, al unirse a la sangre, mancillan la razón del hombre. No es la espada, sino la mano que la empuña, es decir, el motivo. Si ambas cosas no concurren, el mal no puede dominarte. —Como vi que no comprendía, le expliqué mi caso—. Verá, doctor, yo comencé a matar por el experimento, sin tener ninguna razón. Derramé, una a una, la sangre de seis víctimas inocentes; creé seis mártires... Cada vez que empuñé un arma lo hice con infinita pureza, sin tacha. Ni una milésima de interés propio, ningún móvil espurio, ni una sombra, sólo el experimento... Arranqué vidas porque era necesario, hay que pelar la fruta para llegar al corazón, pero no perdí la cordura. De modo que, ya ve, teníamos razón. Ya no habrá un juez penal que hable de la locura de la sangre. Ya no...

—¿Puedo fiarme de usted? —me preguntaba insistentemente—. No conozco bien sus límites.

—Puede hacerlo, doctor. Sin lugar a dudas —aseveraba yo, con voz seria.

Hace seis días, volvió a convocarme. Era tarde. Fue tras la cena. Había anochecido y todos dormían. Hernández quería una intimidad especial, de confianza. Charlamos los tres durante un rato, en semipenumbra. Cosas intrascendentes. Wilson, como siempre, casi no participó. Se mantuvo serio y silencioso. El doctor Hernández me preguntó por mi profesión (como sabe, antes de ser reclutado para la gloria fui un *broker* de éxito), por mis amigos (le hice saber que la amistad es simple y llanamente la tabla de naufrago de la gente débil, y que, por tanto, yo no necesito amigos), por mis gustos... Finalmente, se inclinó hacia adelante y repitió la eterna pregunta. Iba a responderle de nuevo cuando me di cuenta de que sus ojos, afilados como agujas, se dirigían al doctor Wilson, que, como digo, permanecía circunspecto a mi derecha.

—¿Puedo fiarme de Rodrigo, doctor Wilson?

La pregunta me molestó porque ya había contestado, pero la respuesta de Wilson me dejó perplejo:

—Me temo que no —contestó, sin dudarle un segundo.

Iba a intervenir pero el joven psiquiatra me detuvo.

—¿Por qué no, doctor Wilson?

—Porque todos los actos tienen consecuencias, aunque tarden en llegar...

—Lo siento, no le comprendo, ¿puede explicármelo? —inquirió el médico.

Pero Wilson se olvidó de él. Y, volviéndose, me interpeló con voz temblorosa.

—Ha de saber que esto no ha acabado, Rodrigo. Todavía no. Se avecinan malos tiempos... Muy malos.

—No sé de qué me habla —le espeté, nervioso. La duda me consumía—. ¿Qué no ha acabado?

—¿Acaso no se ha preguntado por qué sigue usted aquí, por qué lo mantienen a mi lado? Yo le voy a dar la respuesta: hay un asunto pendiente, un cabo suelto. Y no se podrá pasar página hasta que se anude...

Estudié su rostro, lleno de imágenes contradictorias, pero fui incapaz de leer en él.

—Necesito más datos, doctor. No logro seguirle.

—¿Recuerda lo que dijo aquella jueza española, Rodrigo? La pelirroja... —Dijo usted tantas cosas, señorita, que no sabía a cuál de ellas se refería, de modo que negué con la cabeza—. Ella aseguró que los crímenes perfectos no existen. Y tenía toda la razón. Ahora estamos pagando las consecuencias...

—¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias?

No me respondió. Acabó conmigo de un plumazo.

—Se lo advierto antes de que las cosas se desmanden: no contará con mi apoyo. Está solo.

Después de esto, Wilson se encerró en su mutismo y, pese a los esfuerzos de nuestro anfitrión y los míos propios, no logramos sacarle de su caparazón de silencio. Finalmente, el doctor Hernández hubo de suspender la sesión. Y cada uno volvimos a nuestra celda.

Seguí a Wilson por el pasillo oscuro, sólo titilaban las luces de emergencia, y, cuando nos alejamos un poco, le detuve. Pensé que, a solas, me abriría su alma. Pero tampoco logré que hablara más conmigo. La única frase que salió de sus labios fue ésta:

—Hable con ella, Rodrigo. Dígale a esa jueza que volverá a correr la sangre.

Regresé a mi celda, donde permanecí largo rato reflexionando. La impaciencia me reconcomía las entrañas, me sentía atribulado. Asunto pendiente. Cabo suelto. Crimen perfecto... ¿A qué se refería el doctor Wilson? He de confesar que a estas alturas sigo sin saberlo. Sus palabras han superado mi capacidad de análisis. Y, no obstante, presiento algo, noto vibraciones estridentes a mi alrededor, casi puedo ver al destino llamando de nuevo a mi puerta.

Nos guste o no, ese hado la ha elegido a usted también. La necesitamos para que dé fe. La mantendré al día. No se retrase.

Rodrigo

El sonido del móvil me hizo dar un bote en el taburete. Contesté de inmediato.

—¡Por favor, señorita, me va a dar un infarto: todo el mundo anda buscándola! Don Fernando se está impacientando. La secretaria del presidente ha llamado ya tres veces. Debería estar aquí, ataviada con su toga —me reprochó Carmen.

Miré el reloj. Se me había ido el santo al cielo y era muy tarde. Dejé un billete de cinco euros sobre la mesa y, sin esperar las vueltas, salí corriendo.

Los policías piensan como policías; los ladrones, como ladrones. Los jueces... Nosotros, antes siquiera de ponernos a pensar, nos preocupamos por el protocolo. Y el protocolo dicta que debía esperar con la vestimenta profesional de jueces y magistrados ante la magna puerta del Salón de Plenos, hasta que mi padrino acudiera a buscarme. Mi toga forense, recién salida de la tintorería, lucía unas puñetas nuevas tejidas en un finísimo encaje blanco del que estaba muy orgullosa. No puedo decir lo mismo del resto. Como mandan los cánones, lucía una pajarita negra sobre la camisa blanca. Un horror. No hay nada más antiestético que una mujer vistiendo ropa de hombre. A los otros tres compañeros, todos hombres, que tomaban posesión aquel día, sin embargo, les sentaba muy bien. Yo iba la primera.

En el interior del salón cada uno ocupaba su lugar. En los escaños laterales, los magistrados y fiscales de sala. En la bancada del público, al fondo, otras autoridades judiciales y no judiciales, junto a los invitados. Eran pocos, ya que la sala no tiene mucha capacidad. Aun así, asistían muchos notables del reino, amén de miembros del Consejo General del Poder Judicial y un largo e importante etcétera. Un lujo que hubiera cambiado por un instante con Jaime y por una pequeña aclaración...

En el centro de la sala, la presidencia. El secretario de gobierno dio lectura al texto del Boletín Oficial del Estado, y el presidente invitó al padrino, en mi caso Fernando Serrano, a salir de la sala para ir a buscarme (todo esto lo sé porque lo vi luego en el vídeo). Cuando la historiada puerta se abrió y vi aparecer a Fernando, cojeando ostensiblemente, estaba bastante alterada. Me faltaba el aire, pero logré sonreírle y acompañarle al interior con actitud solemne; la espalda recta, como el palo de una escoba, las manos juntas, la mirada fija en el infinito.

La carta me había hecho perder los nervios. Pero, sin ella, no hubiera estado mucho mejor. El salón impresiona. Escaños labrados en madera, paredes enteladas en seda carmesí, zócalos y columnas fabricados en mármol de Carrara de cinco tonalidades distintas, techos dignos del palacio de Oriente, escudos, emblemas, coronas... Un boato que quita el hipo y te hace sentir insignificante e incapaz.

La zona de escaños está separada de la que ocupan los invitados por un par de escalones, dos simples peldaños de mármol negro. No sé si fueron los nervios, los zapatos (aquel día mis tacones eran de gala: doce centímetros), el disgusto que arrastraba o las croquetas *light*, pero el caso es que tropecé. Un simple traspié, nada de nada... Pero la ceremonia se estaba grabando y ya se sabe que un periodista no puede dejar escapar una situación así. De modo que ésa, y no otra, fue la imagen que mostraron todos los periódicos. «El Supremo tropieza», tituló uno de ellos. «Justicia

arriesgada», señaló otro. «De Bilbao al suelo», indicó un tercero, lleno de acidez.

Me comporté como si nada hubiera ocurrido. Me re Coloqué el zapato, avancé hasta la presidencia y leí la fórmula del juramento con voz firme. Fernando me despojó de las insignias de segunda categoría y me adornó con las del Tribunal Supremo, estreché la mano del presidente y de los miembros de la mesa, y, finalmente, con las mejillas tan coloradas como el pelo, ocupé mi puesto en los estrados, signo de que ya era un miembro de pleno derecho de aquella casa.

El presidente pronunció una breve alocución contando mis méritos, me dio la bienvenida y pasó al siguiente. Eso fue todo.

Finalizado el acto, llegaron las fotografías, que inmortalizarían el recuerdo; y con el vino español, servido en el hall, las felicitaciones de rigor. En cuanto cumplí con el *rendez-vous*, me dirigí hacia María, mi hija, y su marido, que permanecían cohibidos, en una esquina. Él vestía traje y corbata; ella, que se había recogido el pelo en un moño alto, vestido negro. Daba gusto verlos. Di un beso a mi yerno (otra de esas horribles palabras); luego, me volví hacia ella. Me abrazó con emoción. Me hizo recordar la actitud que exhibía cuando, siendo un bebé, le mostraba el biberón (pese a los genes, pese a ser vizcaína y bien dotada, en eso soy de mala calidad: sólo biberón). Estaba guapísima. No había nadie como ella en aquel burladero plagado de celebridades. Era lo más importante del mundo, una razón ineludible para tirar hacia adelante.

María es un calco de su padre. Morena, esbelta, de bellísimos ojos azules. La misma prudencia, el mismo sosiego, la misma inteligencia. Quizá por ello sólo habló de mi nueva imagen y de lo orgullosa que se sentía de su madre. Ni de Jaime ni del tropezón. Se marcharon pronto, debían volver a Sevilla, y aquella reunión no era muy divertida para un médico y una abogada laboralista. Me dolió ponerla en un brete. Nunca resulta fácil presenciar las riñas de tus padres, y menos si llevan muchos años juntos. Pero me alegró que viniera y verla feliz con aquel chico tan sonriente como silencioso que parecía beber sus palabras como si fueran néctar de dioses.

Ellos se fueron y yo permanecí en mi puesto, muy a mi pesar. Estaba repitiéndole la misma mentira preparada al tercer magistrado que me preguntaba por Jaime cuando me fijé en una persona. De nuevo se me empañaron los ojos. Apoyado en una columna, con una copa de vino vacía en la mano, me hizo un gesto. En cuanto pude, me acerqué a él. Nos estrechamos la mano cortésmente (para un observador avezado, unos instantes más de lo necesario). Pese a nuestra larga amistad, en actos como aquél es necesario mantener las formas y evitar la efusividad. Juan Iturri es un inspector de la Interpol; yo, desde aquella mañana, una magistrada del Tribunal Supremo. Ambos sabíamos que era mejor así.

—¿Qué haces aquí, Juan?

—Quería felicitarte personalmente, acompañarte aunque fuera de lejos... Es un día glorioso. ¿Quién lo iba a decir? La jovencita de las pecas se ha convertido en una magistrada venerable. —Torcí el gesto al escuchar su inciso. Iturri se echó a reír—.

Venerable no quiere decir vieja necesariamente. Y, hablando de jóvenes, he saludado a tu hija María, está guapísima. Es la viva imagen de su padre... Respecto a la belleza, debo decir que estás impresionante con ese corte de pelo. Distinta, pero impresionante.

—¿De verdad te gusta?

Sonrió con descaro.

—Sigues siendo pelirroja, pecosa y tienes malas pulgas pero, dentro del género, eres sin duda la mejor...

No sé por qué conexión, su comentario trajo a mi memoria a nuestra aya Edurne, una enjuta mujer de Oñate, vasca hasta el tuétano, que nos educaba tan estrictamente que no nos dejaba pasar ni una. «Con esas pecas y ese genio, no haremos carrera contigo», me reprochaba cada vez que me veía al sol, con ese tono fuerte, de caserío, que emplean las mujeres que han tenido el castellano como segundo idioma. Luego, sin excepción, pasaba a augurarme un aburrido puesto de solterona (el peor de los males, según su concepción), empleada como dependienta en un comercio local (el segundo en la lista de los peores males del mundo). ¡Pobre Edurne, que en paz descansa! Si pudiera verme ahora se desmayaría.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Iturri, aunque probablemente conocía la respuesta.

—Se lo perdió... British Airways va siempre con retraso. Una lástima...

Lo tenía ensayado. Una frase suelta, sin detalles. Puedo asegurar que brotó espontánea y casi con naturalidad. Creo que hubiera podido engañar al más sofisticado detector de mentiras, pero no a Juan Iturri, que me observaba con mirada felina y seguía con atención cada una de mis reacciones.

—Lo que tú digas...

Cerré los ojos e intenté recuperar la compostura.

—Perdona, ¿qué decías? —Para qué expresarlo con palabras. Su gesto resultaba inequívoco. Olvidé mi atildamiento, y añadí—: No te metas, ¿vale? No es cosa tuya...

Levantó las manos, en señal de rendición. Luego enmudeció unos instantes. Cuando volvió a hablar, su voz era dulce, casi cremosa.

—Sé que últimamente Jaime y tú tenéis problemas. No voy a pedirte detalles de la situación, salvo que quieras hablar de ello. Tampoco voy a ofrecerte como premio de consolación. Pero quiero que sepas que, por encima de todo, soy tu amigo. Me tienes para lo que haga falta. Sólo debes llamarme.

Saqué el pañuelo y me situé de espaldas a la sala. No podía contener las lágrimas.

—Se ha ido a Estados Unidos. ¡Un trimestre! Tres largos meses... Se ha despedido por teléfono desde la T4... ¡Veintinueve años, y me ha dejado tirada un día como hoy! Ni siquiera ha llamado a sus hijos —agregué volviéndome hacia él.

Iturri me había cogido la mano y tenía los ojos clavados en mí. No supe comprender la expresión de su rostro, mezcla de compasión, odio, quizá perplejidad.

Tras unos segundos, me soltó y sonrió.

—Volverá, Lola. Recapacitará, no te quepa duda. Tu marido no es tan idiota... — Se detuvo un instante, dubitativo. Luego, sin andarse por las ramas, como es habitual en él, añadió—: ¿Hay alguien en Estados Unidos? —Negué con viveza. Pero mientras movía la cabeza a ambos lados, mi corazón titubeaba. Yo misma había sopesado hacía un rato esa posibilidad—. Comprendo. Mejor... Olvídalo, si puedes. Por cierto, Lola, ¿este sarao sigue por la noche o acabáis a una hora decente?

—Tengo una comida con los magistrados de la Sala Segunda. Que yo sepa, eso es todo.

—Perfecto. Te paso a buscar a las ocho y vamos a cenar a algún sitio.

—Dejémoslo para el fin de semana. Entre unas cosas y otras, estoy agotada...

—Deberíamos quedar esta noche. No puedo esperar hasta el sábado.

Me extrañó su impaciencia, que me reafirmó en mi contestación inicial. Cuando uno se siente débil, es cuando debe ser más fuerte.

—No creo que sea buena idea, Juan. Sería una pésima compañía. Además, desde que él se ha ido me he dado cuenta de que...

—Es una buena idea. Te he dicho que no me postulo como premio de consolación. No van por ahí los tiros, aunque debes saber que, en cuanto pase un poco de tiempo, lo intentaré... El caso es que tengo algo importante que contarte.

Fue lo primero que se me ocurrió. Una idea estúpida.

—Te casas...

Sé que es materialmente imposible, pero le oí sonreír, aunque no se movió.

—Seguiré soltero, gracias.

—¿No estarás enfermo? Siempre te digo que esa asquerosa pipa que fumas te matará...

—No sé cómo decírtelo, Lola...

—Pues directamente, es lo mejor. Y pronto, porque me estás poniendo nerviosa.

—De acuerdo; allá va: tengo nuevos datos sobre Rodrigo y el doctor Wilson.

Me hice la sueca.

—No me irás a decir que ha escapado del hospital, ¿verdad?, o que le han dado de alta...

—No a las dos preguntas: sigue encerrado. Se trata de otra cosa...

Respiré hondo y respondí a la defensiva.

—Si sigue allí, con la puerta cerrada y bajo llave, lo que le pase a ese chalado no es problema mío. No quiero saber nada.

Iturri arrugó el ceño y puso esa mirada imperiosa que tan bien conozco, porque logra amilanarme.

—Me temo que no vas a tener más remedio.

—¿Por qué? Dime, ¿es por esa estúpida carta? —No le di ocasión de responder. Había cogido carrerilla y no podía detenerme. Mis miedos desbordaron sin remedio las orillas de mi mente—. La he leído: Joe me la envió. Carece de envidia. No son

más que los desvaríos de un loco.

—No hablo de esos folios. Lo que ocurre es que Rodrigo ha vuelto a escribir... Y ya sabes lo que eso significa.

Esta vez fui yo la que arrugué el ceño, y con rabia, antes de responder.

—¡Pues que busque una editorial! Y nos deje en paz...

Iturri no se amilanó.

—Paso a las ocho por tu casa y te lo cuento todo. Luego, decides por ti misma.

—No. Deja las cosas como están. Me refiero a ese loco y a mí. —Respiré hondo—. ¡Por favor, Iturri!, ¿qué necesidad tenemos tú y yo de preocuparnos por lo que haga? Es un tarado que, gracias a Dios, se halla bajo custodia médica a miles de kilómetros de distancia y con el océano de por medio. Ni siquiera despierta mi curiosidad...

Me interrumpió.

—¿Me equivoco o tienes miedo?

—Pues sí, la verdad, ese tío me da miedo. No quiero saber nada más de él: es un asesino. Múltiple, para más señas.

—Lo fue. Ahora sigue un tratamiento y vuelve a ser lo que era: un pobre psiquiatra.

—Si no recuerdo mal, no era pobre, y vete tú a saber si toma el tratamiento o deja las pastillas bajo la lengua y luego las tira, como en las películas. —Me detuve un instante, pensativa—. Un momento, ¿cómo es posible que Rodrigo se ponga de nuevo a escribir? Es una figura ficticia, inventada por una mente enferma. Debería haberse esfumado con el tratamiento. ¿No son para eso las pastillas?

—Me temo que no es tan sencillo. Por lo que he podido comprender de las explicaciones forenses, en el tipo de trastorno que Wilson padece el sujeto posee varias identidades, que nunca terminan de abandonarle. Al parecer, permanecen latentes; en la recámara, por decirlo de alguna manera. Dos de ellas, en este caso Wilson y Rodrigo, toman habitualmente el control del comportamiento del sujeto, y su aparición va asociada a un cierto grado de amnesia. Es decir, que Wilson no recuerda lo que hace Rodrigo...

Su explicación no consiguió apaciguar mis dudas.

—Pero dices que ha escrito más cartas —insistí.

Iba a continuar preguntando cuando se nos acercó un congresista del partido en el gobierno. Uno de los nuevos jefecillos, crecido por las circunstancias. Por lo que yo sabía, no me tenía simpatía alguna. De hecho, había llegado a mis oídos que me había dedicado una de sus satíricas burlas subidas de tono. Pelirroja, pecosa... Es fácil imaginarlo. No obstante, en aquel momento traía puesta la piel de cordero. Me dio dos besos de plástico, sin rozarme la mejilla.

—¡Lola, mi más entusiasta enhorabuena! Que sepas que, si hubiera podido votar, lo habría hecho por ti, soy uno de tus adeptos. Tenemos que charlar un día de éstos. Una comida, quizá... Por cierto, ¿dónde anda tu marido?

—¡No me lo recuerdes! Sigue retenido en Londres. Puntualidad británica versión British Airways. Gracias a que se ha inventado el vídeo...

La llegada del político arrancó de Iturri un gesto de desprecio.

«No son casta de mi devoción», suele decir.

Sin mediar palabra, dio media vuelta y se alejó, pero antes, cuando el congresista, de espaldas, no podía verle, llamó mi atención con la mano y con pronunciados movimientos de sus labios me recordó que pasaría a buscarme a las ocho.

El diputado vio a alguien interesante a lo lejos y se despidió. En ese momento, sentí unos golpecitos en el hombro.

—¡Qué puñetas tan chulas te has agenciado, ni que fueras una magistrada del Supremo! Estoy muy orgulloso. Me encanta tenerte en el equipo —me susurró al oído, mientras me abrazaba. Fernando apretaba con fuerza, como tratando de transmitirme la consistencia de su cariño.

—También tú estás muy elegante —le comenté.

—¿Elegante? Me gustaría estarlo menos. Los pantalones son nuevos: he estallado la cremallera de los viejos por exceso de equipaje. ¡Y eso que sólo desayuno café negro!

Me reí de buena gana. Pero, entonces, llegó la temida pregunta.

—¿Dónde anda Jaime? No lo he visto.

No le hablé de la aerolínea británica. No fui capaz.

—Se ha ido a Estados Unidos. Tres meses.

—¿Se ha ido? ¿Cuándo?

—Hace cuatro horas...

—¡No me lo puedo creer; por favor, qué capullo! —Me sostuvo un segundo la mirada y añadió—: ¿Por qué? No lo comprendo. Marcharse un día como éste no tiene ni pies ni cabeza... Jaime no es de ese tipo de personas. No te digo que sea perfecto, pero... —Se detuvo de nuevo—. A no ser que...

Agachó la cabeza y su rostro adquirió un extraño gesto.

—¿A no ser qué?

—Nada, era una tontería —masculló—. Volverá, Lola, no te preocupes.

—Tú también lo piensas, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes lo imbéciles que podemos llegar a ser los hombres cuando pensamos con la entepierna...

Respiré hondo.

—Me hubiera enterado... —añadí.

Fernando cambió de tema. Nunca supe si aprovechó las habladurías para salir del paso o si hablaba en serio.

—Por cierto, Lola, ¿quién era ese tipo tan atractivo con el que charlabas? Me refiero al alto, delgado, de barbita corta. ¡Menudos ojos verdes!

—¡Pues sí que te has fijado! Es el inspector Iturri, de la Interpol. Creo haberte hablado de él...

Se puso muy serio.

—No estarás pensando en hacer una tontería, ¿verdad? Tenéis algo muy bonito Jaime y tú... No lo estropees.

Me enfadé. Aquello no era justo.

—¡Eso se lo deberías decir a él, Fernando! A la que han dejado plantada es a mí.

—Tienes razón, perdona. Pero hazme caso y piénsalo... No empieces algo de lo que luego tengas que arrepentirte.

—No hay nada que pensar. Mentiría si te dijera otra cosa: Iturri es un gran amigo, el mejor..., pero de otra manera.

—Me alegro de que me digas eso... Por Jaime, y por mí... Algún día me lo tienes que presentar.

Otro congresista se nos acercó. Fernando lo conocía y yo aproveché la ocasión para escabullirme y encerrarme en un cuarto de baño.

—Si hubiera alguien, lo sabría —me dije, con contundencia en cuanto me encontré sola, ante el espejo.

Debo reconocer que mi voz no sonó del todo convincente.

Tras el acto tuvo lugar el consabido almuerzo, esta vez en Riofrío, en uno de los reservados. Sólo miembros de la Sala Segunda. Entre el presidente, los magistrados en activo, los eméritos y suplentes sumábamos veinticuatro, de los cuales yo era la única mujer. Disfruté, no obstante, de la comida, muy agradable, y de una sobremesa no menos interesante, donde me di cuenta de lo mucho que me quedaba por aprender. De fondo y de formas.

Pasadas las cinco, regresé a mi cubículo.

Curiosamente, Carmen no estaba sentada ante el ordenador, mortificando a las teclas, sino apoyada en la puerta de mi despacho, que se encontraba entornada. Miraba hacia el interior y se abanicaba con una especie de tarjetón. Anudado al cuello, llevaba un pañuelo muy vistoso en tonos turquesa. No había reparado en él por la mañana. Iba a decirle lo bien que le sentaba cuando me di cuenta de su gesto. Su cara era todo un poema.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Se encogió de hombros y me tendió la tarjeta con la que se abanicaba. En aquel momento sentí un estremecimiento y la esperanza resurgió. Aquello quizá tenía que ver con Jaime. ¿Qué otra cosa podía ser? A lo mejor había enviado unas flores. No es muy detallista, pero dadas las circunstancias... Sin embargo, mi subconsciente me hizo detenerme cuando ya avanzaba hacia la puerta. Si se trataba de un detalle enviado por mi marido, ¿por qué Carmen parecía tan molesta? Debería sonreír, alegrarse por mí. ¿Y por qué la puerta estaba entornada? Lo lógico hubiera sido que la dejara abierta de par en par, para que lo viera nada más llegar. Tenía que tratarse de otra cosa. Cogí la tarjeta, y, sin leerla, empujé la puerta y me asomé.

Del nerviosismo a la estupefacción, sin solución de continuidad.

Cuando lo vi pensé que se trataba de una broma, de una burla de pésimo gusto al servicio de algún inconfesable objetivo. Nunca había oído hablar de bufonadas en los juzgados, y menos en uno tan serio como aquél. Pero lo que tenía delante lo parecía: la habitación estaba llena de flores, por lo menos había cinco centros. ¡Y también había globos! Globos rojos y amarillos, rosas, morados, de lunares, con corazones, con círculos, hasta con formas de animales... Algunos, los que contenían helio, habían ascendido hasta plantarse en el techo. Las cintas de colores colgaban de ellos como si fueran serpentinas y estuviéramos celebrando el nuevo año. Otros se movían por el suelo al son del aire acondicionado. Aquello no era propio de Jaime. Bueno, lo de las flores podría ser, pero, definitivamente, no lo de los globos. Pensé en mis colegas, todos barbados, todos con corbata, riéndose de mis tacones. Pero deseché la

idea por estúpida: nunca me hubieran hecho algo así. Arranqué con rabia la tarjeta del sobre y la leí:

Estamos muy orgullosos, Lola. Nos hubiera gustado haber podido acudir. Nos acordamos mucho de nuestros amigos de España. Desde Nueva York, un fuerte abrazo también para Jaime.

Sarah y Kimio Shibata

¡Sarah! ¡Naturalmente, tenía que ser Sarah! En Norteamérica las cosas se celebran de modos distintos. Y Sarah es una mujer algo excéntrica, entusiasta de los globos, los colores y las fiestas estrambóticas.

—Ni le cuento, doña Lola, el numerito del mensajero para pasar la colección por los controles y por el escáner... —dijo Carmen con cierta sorna.

—Me lo imagino... ¿Y ahora qué hacemos? No podemos dejar esto así...

—Llevo un rato pensándolo. De hecho, he intentado sacarlos por la ventana, pero con lo poco que se abre no ha sido posible...

—Las flores, al menos la mayoría, podemos enviarlas a alguna iglesia; a la de las salesianas, que está aquí atrás, por ejemplo... Lo de los globos... ¿Tienes un alfiler?

En cuanto la diferencia horaria lo permitió, llamé a Sarah a Nueva York y le di efusivamente las gracias. Nos quedamos con dos centros de flores, uno para Carmen y otro para mí, y despachamos el resto. Finalmente, logré sentarme.

La carta de Rodrigo estaba sobre la mesa. Y me vino de inmediato a la cabeza las extrañas casualidades que llenan la vida. Las flores y los globos de Sarah y Kimio habían llegado casi al tiempo que las cartas de quien nos presentó. Los amigos japoneses eran unos benditos; éste, un asesino. Y yo... Bueno, yo sólo pasaba por allí...

Barrí aquellos pensamientos y traté de concentrarme en el trabajo. Una hora después seguía como una estúpida, mano sobre mano, mirando sin mirar las carpetas que debía leer. La herida me escocía como si la estuvieran salando. Porque, en efecto, Jaime podría haber enviado unas flores. O cualquier otra cosa que compensara su ausencia.

Como creo haber dicho, sobre la mesa descansaba un marco de plata con una foto reciente: la familia al completo. Nos la tomaron en un bautizo. Quizá fuera en una comunión, no lo recuerdo con exactitud, pero, desde luego, era un acto religioso. Jaime mostraba su habitual imagen de *gentleman*: traje gris de raya diplomática; camisa azul cielo, con iniciales en los puños; corbata de marca, granate, y zapatos del mismo color, impecablemente lustrados. Sonríe, pero no como antes. Venir a Madrid y dirigir el CSIC le ha cambiado mucho. Nunca imaginé que un poco más de fama fuese a afectarle tanto. Al fin y al cabo, no es más que otro collar de cuentas.

Jaime es un hombre comprometido hasta la médula, y un gran enamorado de su

profesión. En cierto modo, se parece mucho a Iturri. Éste movería Roma con Santiago para sacar a un criminal a la luz, sin preocuparse del coste: horas, viajes, disgustos, fango que pisar... Bajaría al infierno si fuera necesario. Jaime no persigue mañosos ni asesinos camuflados, pero hostiga al mundo microscópico para arrancarle sus más escondidos secretos. Nunca en mi vida he visto a nadie hablar con tanta pasión sobre los linfocitos T, los receptores de angiotensina o los neurotransmisores. A su vera, el reloj parecía detenerse y el laboratorio se tornaba un paraíso.

Siempre he querido pensar que su comportamiento no fue totalmente consciente ni deliberado. Que se dejó arrastrar por los acontecimientos. Es un hombre sumamente inteligente y de trato afable, que se hace querer. Una cosa trajo la otra. Primero llegó la responsabilidad: personas que dependen de ti, proyectos que hay que sacar adelante, financiación que conseguir... Luego se sumaron las conferencias, los viajes al extranjero, las comisiones de expertos... Nuevas responsabilidades, nuevas metas, siempre contra reloj. Durante los primeros años, hasta hacía seis meses más o menos, me contaba sus proyectos, me hablaba de sus ambiciones, de los planes que deseaba emprender: vacunas, tratamientos, enfermedades olvidadas, patentes... Compartía conmigo incluso sus emociones más íntimas: lo ancho que se ponía al cruzarse con algún investigador joven y notar que volvía la cabeza, la deliciosa sensación en las entrañas cuando alguien le presentaba en una conferencia...

«Hablan de nosotros —confesaba—. ¡Nosotros, Lolilla, dando lecciones sobre receptores al mundo! ¿Te imaginas?»

Yo me lo imaginaba perfectamente. De hecho, no me extrañaba lo más mínimo. Siempre he sido consciente de su valor. Pensaba que él también lo era. A tenor de lo que he ido viendo, estaba equivocada. Pero recientemente, sin que ocurriera nada destacable, dejó de comportarse de esa manera. Fue guardándose cada vez más cosas para sí. Si le preguntaba, se salía por la tangente y contestaba con evasivas. Llegó un momento en que perdió la alegría y ese humor inglés que siempre le ha caracterizado.

—¿Qué te ocurre? Cada vez estás peor. ¿Por qué no lo dejas? —le preguntaba, quizá con demasiada frecuencia—. Estoy segura de que hay muchos otros centros, más pequeños, más manejables, que te harían ofertas interesantes.

Pero él insistía en que no ocurría nada, salvo que tenía que pagar el coste: demasiado trabajo, muchos viajes.

—¿Sabes cuál es la principal diferencia entre un hombre y una mujer? —le pregunté una noche, en la cama, a oscuras.

—El cromosoma Y —respondió, sabiendo que su mordacidad me irritaría.

—Pues no, listillo. La diferencia esencial es la curiosidad. Los hombres os limitáis a recibir la información que se os da. En el mejor de los casos, la escucháis. A veces, ni eso. Por el contrario, las mujeres repreguntamos, observamos. Si algún día tuvieras una aventura, yo lo sabría.

—Eso decís todas, pero sois las últimas en enteraros. Me tengo por un buen negociador. Sé manejar las mentiras piadosas.

—Lo sabría, Jaime. Tus ojos te delatarían. Y a mí también, si fuera al contrario; la diferencia es que tú no me mirarías.

Hubiera sido mucho más fácil si entre nosotros se hubiera interpuesto una rubia de curvas esculturales. Romper con una buena delantera puede llegar a ser tan fácil como cortarse las uñas. En el peor de los casos, una uña encarnada, que termina por no dejar rastro. Pero no se trataba de eso, sino de algo mucho más profundo. Acabar con lo sórdido y lo mezquino puede llegar a ser sencillo, pero ¿cómo matar una ambición? ¿Quién puede arrancarse medio pulmón, un riñón, el propio corazón?

Allí donde está tu tesoro... Le había obligado a escoger. Y había optado por el poder.

La cosa no surgió de repente. Empezó poco a poco. Cada vez llegaba más tarde a cenar y nunca venía a comer. Trabajo los fines de semana; cumpleaños y aniversarios olvidados; la cama, siempre vacía. Pero la gota que colmó el vaso fue la operación a la que tuvieron que someter a nuestro hijo.

—¡Por Dios, Lola, no magnifiques! Sólo ha sido una operación de apendicitis. Llegué en cuanto pude. Casi acababa de despertarse de la anestesia —me dijo.

—¿Casi? ¡Han pasado dos días! Mientras tu hijo pequeño era operado de urgencia por una peritonitis y le ingresaban en cuidados intensivos por no sé qué complicación, tú impartías una conferencia sobre cómo humanizar el trato con los pacientes. Ni siquiera respondiste al teléfono. Pediste a uno de tus ayudantes que llamara de tu parte.

—Sé que te resulta incomprendible, Lola, pero de esa conferencia dependía el dinero de la fundación. Lo que conseguí dará de comer a siete investigadores y a sus familias durante los próximos cuatro años.

—Pues espero que paguen también una habitación de hotel. No vengas por casa; si te falta algo, mándame un *e-mail* —le dije sin gritos ni llantos, envuelta en una extraña calma.

Al recordar aquella conversación se me saltaron las lágrimas. Saqué el móvil, dispuesta a marcar su número. Pero no lo hice. No pude, sonó el teléfono fijo: era Carmen.

—Disculpe, doña Lola. Le llama el inspector Juan Iturri. ¿Quiere ponerse?

—Sí, por favor. Pásamelo.

—¿Cómo ha terminado todo, pelirroja *suprema*?

Sonréí agradecida. Por fin una voz del presente.

—Protocolo, Juan. Ya sabes que no me gusta, pero he aguantado como una jabata.

—Me alegro. Oye, Lola, ¿mantienes el mismo *e-mail*?

—El mismo, pero con más filtros.

—Pues ábrelo. Te mando unos documentos. Léelos antes de la cena. Ahorraremos tiempo.

—Si te estás refiriendo a la carta de Rodrigo, no te molestes. No pienso leerla.

—A las ocho...

Colgó.

Me levanté y abrí la ventana batiente para dejar entrar el aire fresco de la tarde. El olor de las flores era muy denso. Con un leve pitido, el ordenador avisó de la llegada de un nuevo mensaje. Me di la vuelta y fijé los ojos en aquella máquina. Y sentí la inconfundible sensación que produce la mixtura de curiosidad y miedo. Me mantuve firme. No quería abrir ese correo. Me conozco; de hacerlo, estaría perdida, atrapada sin remedio.

Pero era demasiado tentador...

Un ruido. Un colega. Pasó sin darme opción, se sentó y habló sin parar durante media hora. Fue el primero de tres; me tuvieron enredada hasta bien entrada la tarde. De hecho, tuve que llamar a Iturri y pedirle que me recogiera en la sede del Tribunal a las nueve. Pero antes imprimí aquellos folios y leí lo que pude: no fue mucho, pero sí suficiente.

Esto es lo que decía la segunda carta que Rodrigo enviaba:

Señoría:

Hace días que no duermo. Los muros de mi celda (2,38 de ancho; 3,43 de largo) se mueven. Sólo unos milímetros cada noche, pero sin tregua. Si espero mucho tiempo, me emparedarán sin remedio... No crea, querida jueza, que me he vuelto loco. Sé que son de cemento, y que no está en su naturaleza moverse. Pero el resultado es el mismo, porque la impaciencia no deriva del confinamiento, sino de saber que la peonza que creía detenida sigue girando sobre su punta asesina, sin que yo pueda hacer nada para enmendar su errático rumbo.

Digo esto porque, tras días de insomnio y reflexión, he llegado al convencimiento de que el doctor Ernest Wilson está en lo cierto. Desconozco dónde, desconozco cómo. Ignoro sus contornos y su razón de ser, pero no dudo de que las cosas ocurrirán como él dice. La peonza pronto perderá su rítmico contoneo y saldrá despedida. Entonces volverá a llover sangre.

No crea que estoy ciego. El médico con el que me citaba periódicamente en Washington ya no existe. Este encierro forzoso le ha cambiado completamente. Ha dejado de ser el tipo resuelto que conocí. En estos largos meses (784 días; llevo minuciosamente la cuenta), se ha vuelto lento, torpe y sedentario. Ha engordado. Parece un rollito de primavera, listo para que lo sacrifiquen al dios del hambre. Su enorme barriga, la doble papada, su torpeza... resultan insultantes. Pero ni la grasa ni la suciedad ni el mal aliento afectan a la inteligencia. Sigue siendo un hombre brillante, que cuenta con una mente privilegiada, aunque esté enmohecida. Que lo está...

Es duro reconocer algo así, pero, en estas últimas jornadas, le he observado con detenimiento y me he dado cuenta de que cada vez se asemeja más a una mujer. Lloro como una mujer, se queja como una mujer... Creo que, dentro de poco, se le declarará la menopausia y empezará a tener sofocos. Usted debe de tener experiencia en eso, jueza... No me molesta su labilidad. Las lágrimas son comprensibles cuando uno lo ha perdido todo, como es su caso; lo que no soporto es que haya permitido que su razonamiento decayese hasta volverse poco menos que femenino.

Lo digo porque, con el tiempo, el doctor Wilson ha ido olvidando lo importante para fijarse sólo en lo accidental, en los detalles. No recuerda por qué estaba en tal o cual sitio o qué tenía que hacer allí. No retiene el cómo ni el dónde, pero evoca con facilidad la temperatura, el olor, los tonos de voz, la ropa que vestía... Eso me exaspera.

«Debo tener paciencia. Una gran dosis», me dije. Y, entonces, me di cuenta de que bien podría explotar ese lado débil.

Sí, ciertamente es fácil vencer a una mujer. Cualquier fruslería sirve. Por eso, ayer, me hice con una tableta de chocolate. Al doctor Wilson le gusta mucho el chocolate. Con esa triquiñuela conseguí que me acompañara hasta mi celda. Aquí no nos permiten beber, lo ha pasado mal hasta conseguir dejarlo, pero el dulce está permitido, aunque no resulta fácil de obtener. Un par de veces al año, en Navidad y el Cuatro de Julio, ponen un postre decente. El resto del tiempo hemos de conformarnos con bazofias que hacen con polvos y colorantes y que saben a matarratas. Pero el dinero tiene vida propia, poco importa si estás entre rejas de hierro o entre las paredes acristaladas de un rascacielos. Con él en el

bolsillo, se pueden conseguir las mercancías más difíciles: drogas, móviles, pornografía o incluso acceso a Internet... Creo que, salvo mujeres y alcohol, cosas que no verían con buenos ojos los de la Junta de Supervisión, es posible hacerse con cualquier cosa...

Como digo, obtuve una tableta de chocolate puro, de gran calidad: marca suiza. Y le convidé. Mi celda está situada en el último piso, bajo la cubierta del edificio. Entre sus paredes se oye caer la lluvia con tanta nitidez que la resonancia te hace sentir frío, y el realismo de ese sonido parece calarte, aunque no sea más que una ilusión auditiva. Ayer llovía. Wilson se envolvió con mi manta, se sentó en mi camastro y comenzó a comer con fruición; trozo tras trozo, casi sin masticar, atragantándose. Me dio lástima verlo en ese estado semianimal, pero no dije nada. Como había previsto, tras dar cuenta de la mitad de la tableta se le soltó la lengua.

—¿Recuerda nuestros almuerzos en Clyde, Rodrigo? —me preguntó.

Me di cuenta de que no esperaba respuesta y me limité a seguirle la corriente.

—Naturalmente, doctor.

—Añoro el sabor del cangrejo y del entrecot con gambas... Y el de aquellos panecillos tan crujientes que servían, junto con la mantequilla, mientras llegaba la comida...

—¡Magnífica memoria! —exclamé. Ése era invariablemente el menú que tomábamos en aquel restaurante.

—Es cierto, de nuestras reuniones recuerdo casi todos los detalles. Por aquel entonces, usted tenía mejor color. Ahora está pálido y ojeroso...

Su observación era rigurosamente cierta. En un instante, mi memoria evocó aquellos días pasados en mi casa del Egeo: la enorme piscina de vaso desbordante, donde solía nadar durante horas; el solárium sembrado de parejas de hamacas; la biblioteca colgada sobre el acantilado, con el mar al fondo... Habían sido unos días extraordinarios... De pronto, la lluvia cesó y comenzó el viento. Sus silbidos me hicieron volver de golpe a la realidad, pero el sabor de la sal permanecía en mi boca. Compartí con Wilson esa añoranza.

—En Santorini, el clima es benigno en invierno y agradecido en verano, por eso siempre estaba moreno. Y la casa era magnífica. Planifiqué allí las etapas de nuestra misión y, pese a que acudía al lugar para organizar los crímenes, fui feliz entre esas paredes...

Wilson dio un salto y bajó del camastro. Se le cayó la manta. La habitación era muy estrecha. Entre la cama y el váter apenas mediaba un metro. El pobre doctor se golpeó el hombro contra el muro. Frotándose para combatir el dolor, se situó a mi lado y me susurró al oído:

—¿Crímenes? ¿Qué crímenes? ¿Por qué habla de crímenes? Debe andarse con cuidado, o esta gente le meterá en el agujero.

El agujero es una celda acolchada, sin ventanas, que está en el sótano. Dispone únicamente de una camilla en el centro y de un soporte para sujetar sueros. Al recluso que se porta mal le tumban allí, le sujetan manos y pies, y una enfermera con cara de pocos amigos comienza a inyectarle extrañas sustancias que provocan dolor y atontan. A los pocos días, la piel se torna amarillenta, y la saliva se retira de su boca. ¡Hasta la ropa toma apostura de mortaja! Dicen que los dientes se caen debido a esos potingues. Al último que entró allí (un negro que mató a otro negro que pretendía robarle el reloj, aunque en realidad no usaba reloj), no le volvimos a ver hasta pasados dos meses. Desde entonces ha dejado de hablar y la baba le cae por la comisura de los labios. No es un buen sitio el agujero, pero en aquel momento poco importaba. Lo mío era una misión, no una colección de asesinatos.

—¿No se acuerda de nuestra misión, doctor?

—¿Misión? ¿De qué misión me habla? Sé que usted era mi paciente... Un paciente caprichoso, que se negaba a acudir a mi consulta en Nueva York y me obligaba a coger el tren hacia Washington para citarnos en ese restaurante donde olía a cangrejo...

Amnesia, otra vez. Respiré hondo y le pregunté con suavidad.

—Doctor Wilson, ¿recuerda por qué nos reuníamos usted y yo a almorzar?

Negó un par de veces con la cabeza.

—Lo cierto es que no. Últimamente, todo se me olvida. Pero sí recuerdo los panecillos crujientes. Y que usted estaba muy bronceado...

Como una mujer, ya lo estoy diciendo. Le hice volver a sentarse. Le cubrí de nuevo con la manta y le ofrecí los restos del chocolate. Mientras daba cuenta del dulce, le expliqué detenidamente cada uno de los extremos de nuestra misión. Me miraba fijamente, sin pestañear, como si le estuviera leyendo un cuento apasionante. Finalmente, añadió:

—Usted y yo, doctor, hicimos algo grande...

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Probamos una nueva hipótesis sobre el origen de la maldad... Nos habíamos propuesto saber cómo afecta a la mente de un asesino la sangre que ha derramado. Queríamos conocer si mantendría su cordura o, por el contrario, sus malas acciones le abocarían a la locura...

—Esas hipótesis no pueden probarse. No se hacen experimentos con seres humanos, y menos con criminales. La ley no lo permite.

Hablaba con la boca llena. Una baba marrón comenzó a mancharle los labios. No se molestó en limpiarse. Tuve que cerrar los ojos para poder sobreponerme y seguir hablando. Me desagrada profundamente la suciedad.

—Tiene razón, doctor Wilson. Pero jugábamos con ventaja: me ofrecí voluntario; yo fui el experimento...

—¿Usted... es un asesino?

—Técnicamente, sí; aunque en realidad no. Maté para que usted pudiera evaluar mi cordura y la ciencia pudiera avanzar. Diseñamos el experimento con todas las garantías. Las víctimas fueron escogidas al azar; cada arma, distinta; nada en común. Y lo principal: ningún motivo en mi corazón, sólo el aséptico pero ambicioso experimento. Elegimos a personas cuyas vidas poseían escasa consistencia e hicimos pasar su nombre a la historia. Una ladronzuela en Francia, un yonqui en Rusia, un capo de poca monta en Sudáfrica. Luego seguimos por Vietnam, una prostituta vestida de Marilyn Monroe, y Estados Unidos, una camello. Finalmente, España, donde el destino seleccionó a un exhibicionista... Todos esos crímenes pasaron por accidentes que no merecían el esfuerzo de estudiarlos...

Cuando abrí los ojos, el chorrete de chocolate ya no estaba en su boca. Había despertado. Los recuerdos olvidados, enterrados más bien, emergían.

—¿Y a qué conclusión llegamos?

—Estamos encerrados, doctor; eso no podemos negarlo. Pero usted sigue siendo médico y tiene a su experimento delante... Dígame qué ve.

—Veo a un hombre atlético, fuerte, inteligente y, por sus palabras..., aparentemente cuerdo.

Se detuvo. Fui entonces consciente de que el Wilson al que conocí en Washington hacía ya dos años regresaba, volvía en sí. Al notar que abandonaba definitivamente su antiguo letargo, no perdí el tiempo: me incorporé, le sujeté por los hombros y, hablando muy despacio, le dije:

—Ernest, el otro día, cuando charlábamos con el doctor Hernández, usted afirmó que nuestra misión no había acabado. Que se derramaría más sangre. No lo comprendo. Necesito que me diga por qué. ¿En qué se basa para afirmar algo tan serio?, ¿posee datos que lo corroboren y que yo desconozca?

Wilson se quitó las lentes, redondas y sucias, las depositó sobre la cama y se frotó los ojos con ambas manos. Luego, volvió a ponérselas.

—Mire, Rodrigo, no siempre podemos controlar lo que nos rodea. Se lo dije e insisto: los crímenes perfectos no existen. Así es, y así debe ser.

Estaba cansado, harto de tantas idas y vueltas, de los enigmas, de su inmadurez. Presentía que el tiempo se agotaba y necesitaba respuestas. Por eso insistí con algo de dureza.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor. Incluso los nuestros fueron imperfectos. Pero ¿qué tiene eso que ver con la misión?

—Lo tiene ante sus narices, Rodrigo. Resulta evidente. ¿Es que no lo ve?

Sonrió con un deje de cinismo. El mismo que empleaba antaño, en nuestras primeras sesiones. Un gesto que parecía querer decir: «Yo ya lo soy, a ti todavía te queda mucho para alcanzar mi estatus». Me mordí la lengua y, en un alarde de autocontrol, contesté con humildad:

—En honor a la verdad, no, doctor. Le ruego que me lo explique, para que pueda hacerlo.

Se levantó. Esta vez sujetaba la manta entre sus manos; la dobló meticulosamente y la dejó sobre la cama. Por un instante, temí que se alejara sin mentar palabra, y yo volvería a perderme en la noche. Tuve suerte. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa, junto al corazón, y sacó un papel doblado varias veces. Parecía una hoja de periódico, impresa en blanco y negro. Me la entregó.

—Me valora usted en exceso, Rodrigo: no soy tan listo como cree. En realidad, la noticia ha llegado a mis manos por pura casualidad: un guardia olvidó este ejemplar atrasado en el comedor. A partir de ahí sólo tuve que unir las piezas. Léalo. Y gracias por el chocolate, estaba delicioso...

Y sin dar más explicaciones, abrió la puerta y se marchó.

Desdoblé la página con nerviosismo, hasta me temblaban las manos. ¡Allí estaba la respuesta a mis muchas incógnitas! Sin embargo, con lo que me topé fue con un anuncio de cerveza mexicana. Wilson se había vuelto definitivamente loco o había querido tomarme el pelo. Enfadado, lo tiré al suelo. La hoja cayó del lado opuesto y noté que contenía alguna noticia. Me agaché, recogí la página y la leí de cabo a

rabo, atropelladamente. El suceso había acaecido semanas atrás, pero el tiempo no era un factor esencial y lo comprendí todo.

¡Wilson, el gran Wilson, el fabuloso doctor había dado en el clavo!

Ahora puedo afirmarlo con conocimiento de causa: todo ha vuelto a empezar. Debemos darnos prisa, porque llevamos retraso. Este hombre, si es que es un hombre, está verdaderamente decidido, tanto que sus manos están ya manchadas de sangre. Y una vez que ha comenzado, no se detendrá. Los cadáveres caerán como fruta madura y en orden alfabético. ¿Comprende la urgencia? El asesino es par.

Sí, estoy seguro de que lo comprende, señorita; es consciente de que debe ponerse en marcha y prepararse para lo que venga. Necesito que sea mis ojos y mis oídos... Supongo que estará asustada. No debe tener miedo. Confíe. Yo no albergo dudas: sé que es usted la persona idónea. Seré franco, conozco ciertos detalles sobre su vida. Para empezar, su nombre: se llama Dolores. Según el destino, debería usted estar acostumbrada a sufrir, pero me temo que hasta que me conoció vivió usted entre algodones. Se preguntará cómo lo sé. Podría decirle que he buscado la información, pero mentiría. No me ha hecho falta. La he visto. La he escuchado. Su voz denuncia su blandura. Aunque tengo que reconocer que cuenta con gestos decididos: pómulos marcados, labios finos, manos grandes... Y su pelo rojo, esencial. Eso (me refiero a su pelo) fue lo que inclinó la balanza y me hizo decidirme. Eso y su tozudez. Su perseverancia resulta encomiable. Y extremadamente valiosa en este momento.

Póngase en contacto conmigo, señorita. Mejor, venga a verme. Necesito que alguien dé fe. Y usted es jueza.

Rodrigo

Zarandear la memoria entraña riesgos que no deben despreciarse. Nunca sabes adonde puede conducirte. Yo, al menos, no entiendo a la mía y por inútil he desistido del esfuerzo de educarla. No obedece órdenes ni rituales. A veces intento evocar una pieza concreta de información, pero ella se las arregla para ofrecerte otra distinta. Cualquier cosa (olor, brisa, palabra o imagen) le sirve como instrumento de distracción. Sus datos caen en cascada sobre mí sin que pueda discriminarlos.

En mi memoria, aquella extraña tarde, llena de amargo éxito, la palabra «Rodrigo» provocó insólitas conexiones neuronales. Esa colección de letras no me hizo recordar su detención, en aquel restaurante de Washington. Tampoco me devolvió el regocijo que me produjo leer la escueta pero contundente sentencia del juicio. No se remedó la paz que me dio saber que ese loco pasaría el resto de sus días encerrado y no podría volver a hacer daño a nadie (incluyéndome a mí). Ni alegría ni sensación de seguridad. Cuando Rodrigo salió en la conversación y sus palabras llenaron el espacio, la imagen que mi mente reconstruyó fue la de Marilyn, la cuarta víctima de ese loco asesino. Y, sin saber el porqué, mi memoria me condujo hasta aquella autopsia, la primera en que logré estar ante un cerebro humano con los ojos abiertos y la boca cerrada (es decir, sin vomitar).

Lo había intentado otras veces. No por gusto, sino por el encomiable tesón de Ramiro, un gran tipo, fumador empedernido, entonces al frente de la sección de patología forense de los juzgados de Pamplona. No me dejaba ni a sol ni a sombra. Insistía en que, para saber juzgar su trabajo, debía conocerlo. A fondo. Yo replicaba que me fiaba de él, del mismo modo en que lo hacía de mi médico cuando me decía que tomara tal o cual medicamento.

«¿A que te lees los prospectos antes de hacerlo?», insistió.

Me había descubierto: lo hago. Y no porque desconfíe (es un buen profesional y una buena persona), sino porque no me gusta delegar completamente el control sobre mis cosas. De modo que tuve que asentir.

«Pues por las mismas tienes que venir: hay forenses buenos y malos. No siempre voy a estar yo, que soy de los primeros. Debes entender de la materia. Al menos, el forense debe intuir que no te vas a tragar cualquier informe. Que lo quieres detallado, milimétrico, exacto. Hasta el fondo».

He olvidado qué otros argumentos utilizó Ramiro para convencerme, pero puedo dar fe de que no cejó hasta que acepté entrar en sus dominios. Aquella primera vez no logré siquiera mantenerme en pie, y eso que únicamente crucé con el cadáver una mirada fugaz y de soslayo. Gracias a que Iturri se había colocado estratégicamente

detrás de mí, no me golpeé contra el suelo al desmayarme. Aquel traspie no desalentó a Ramiro, que siguió en sus trece. «Eso ocurre siempre la primera vez. A todo el mundo, pelirrojas incluidas», aseguró.

Así que, pasados unos meses, me encontré otra vez en su cueva metálica y blanca, donde nunca se pone el sol, porque dispone del suyo propio, unas lámparas potentísimas capaces de iluminar hasta los secretos de los muertos. Recuerdo el frío que hacía fuera, pero más el que sentí por dentro. Se trataba de un anciano que vivía solo. Había fallecido en su cama, una noche como otra cualquiera, sin ruido y sin dolor. La familia, que había venido desde Guipúzcoa, y que había tardado seis días en tomarse en serio que no respondiera a las llamadas de teléfono, se encontraba en la sala de espera. Olía especialmente mal, un hedor nauseabundo. Yo respiraba con lentitud y trataba de concentrarme en las notas de la música clásica con que Ramiro se deleita durante la primera fase del proceso, la menos «cruenta», y de ese modo logré mantener un poco de la dignidad que se me suponía. En realidad, aguanté erguida y de frente la observación exterior, el examen de los orificios corporales, el lavado... Poco más. En cuanto vi los instrumentos desplegados, metálicos, limpiísimos, y me fijé en la sierra, tuve que abandonar la estancia. Para mi vergüenza, vomité en la primera papelera que encontré en la sala de espera, ante la incrédula mirada de la familia.

La tercera vez fui atraída con engaños por Ramiro e Iturri. Se había hallado el cadáver de un joven en el salón de su apartamento, con un golpe en la cabeza. El hecho de que fuera el hijo menor de un político local había levantado cierto revuelo. El diputado quería culpar a la fatalidad y enterrarlo cuanto antes, algo comprensible tanto por el dolor (que no tiene cura hasta que el proceso cesa) como por el revuelo mediático. No obstante, enterrar el cadáver era también la forma más rápida de dar sepultura a los diez gramos de cocaína encontrados en el domicilio, convenientemente distribuidos en diez bolsitas iguales. Como puede adivinarse, dadas las circunstancias, el informe forense resultaba esencial para discernir si el golpe había sido accidental o si el chaval había muerto asesinado, que era lo que la policía sospechaba, pese a que no había signos de lucha.

Ramiro ya había comenzado a recibir las correspondientes presiones. Al tratarse de un miembro de un partido con asentamiento nacional, y sumarse la morbosidad del tema, el interés había desbordado el ámbito local. Los juzgados de Pamplona estaban literalmente tomados por la Prensa. Vi hasta una televisión extranjera.

—Tenemos que apoyarle personal y públicamente —me susurró el inspector Iturri al oído.

Tenía razón. De modo que me vi de nuevo caminando hacia el Anatómico Forense. Cuando entramos, lavados, con bata y mascarilla, y yo con una bolsita de plástico en la mano (regalo de Iturri), Ramiro había avanzado mucho. El cadáver se hallaba colocado en la mesa de autopsias en decúbito supino, con el cuello apoyado en una especie de reposacabezas de mármol que le permitía tener el cráneo elevado

por encima de la superficie de la mesa. Con un bisturí le había efectuado una incisión de un oído al otro y, con una sierra circular en la mano que llevaba adosada una especie de mecanismo de aspiración, se disponía a abrirlo. En cuanto empezó el ruido, me di la vuelta. Continuó durante unos minutos, que yo intenté acortar pensando en otra cosa. Lo único que se me ocurrió fue hacer mentalmente la lista de la compra: leche, cereales, café, magdalenas, chocolate (bueno, mejor no comprar chocolate)... Cuando llegaba a la sección de limpieza, oí mi nombre.

—Ven, Lola, quiero enseñarte algo.

La única Lola que estaba allí era yo. Iturri me palmeó en la espalda y me animó a su modo:

—No vomites, ¿vale? —me susurró.

Por si acaso, me cogió la mano izquierda y sacudió la bolsa transparente que seguía en ella. Respiré hondo y me volví. Para entonces, Ramiro había extraído el encéfalo completo. Lo había puesto sobre la balanza y decía en voz alta el peso: 1397 gramos. Nunca olvidaré ese número.

—Verás, Lola, hoy lo que tenemos que hacer es valorar si la fractura que tiene este cráneo se ha producido por causas accidentales o artificiales. Es decir, si el occiso tropezó y aterrizó involuntariamente sobre la mesa de mármol, o si alguien le golpeó con un objeto contundente. Quizá estaba oscuro, no vio una silla y se cayó; quizá estaba ciego de cocaína y se desvaneció. O quizá, como supone la policía, que no Iturri, aquí presente, estaba cortando droga, alguien le pilló, le golpeó y huyó dejándolo muerto... ¿Estamos?

—Estamos, sí.

—Este tipo medía metro ochenta y dos. Su cabeza pesaba aproximadamente cuatro kilos y medio. Ésos son ya datos ilustrativos. Lo que quiero decir es que, si un peso de casi cinco kilos desciende en caída libre desde una altura cercana a los dos metros e impacta contra una superficie dura, produciría energía suficiente para provocar una fractura, lo mismo que si fuera golpeado por otro. Es decir, que no se trata de que haya o no fractura, que ya te anticipo que la hay, sino de cómo es esa fractura. Mira esto —me dijo, con el cráneo partido entre las manos.

Lo hice, pese a que mi mente se había quedado enganchada a aquel extraño órgano que la báscula pesaba como si se tratara de mantequilla para un bizcocho. El forense siguió hablando:

—Cuando un cráneo recibe un impacto se comporta como un balón de playa: se deprime en la zona del impacto y se abomba en las zonas distantes. Un golpe moderado en una área amplia de la bóveda lo más probable es que produzca una fractura lineal: se verá una línea que se inicia en la zona que se abomba, es decir, lejos del impacto, que normalmente avanzará por las zonas débiles y eludirá las de refuerzo del cráneo. Si el impacto es más fuerte, y lo sería si fuera provocado por una mano humana, se produce una fractura conminuta, lo que significa que hay fragmentos de hueso comprometidos, que veríamos en la propia zona del

hundimiento. ¿Lo has comprendido?

—Más o menos, Ramiro. Yo soy de letras...

—No te preocupes, la práctica es más fácil que la teoría. ¿Qué ves aquí?

—Una línea, lejos de la zona de impacto.

—¡Exactamente! Estamos ante una fractura lineal, propia de un golpe accidental. Te ahorro lo demás, sólo te diré que el resto de los datos lo confirman: fue un accidente. Iturri tenía razón, lo cual, por otro lado, es lógico: si lo hubiera hecho algún colega, se habría llevado la droga. —Me miró a los ojos y sonrió—. Con eso vale por hoy, has aguantado como una jabata. —Entonces, se dio cuenta de que mis ojos se escapaban una y otra vez hacia la báscula, y me preguntó—: ¿Nunca habías visto un cerebro de cerca?

—No, nunca.

—Es curioso, ¿no crees?

Lo era. No sé de dónde saqué el valor, pero me acerqué hasta situarme apenas a un paso. Las arcadas se detuvieron, sepultadas por la intriga y la fascinación. Fue como vivir una extraña aventura en un mundo lejano, lunar, misterioso, grandioso en su simplicidad. Se trataba de una sustancia de color indefinido (entre gris y marrón, pese a estar manchado de sangre) y de forma peculiar. Sus promontorios, sus pliegues arrugados ocultaban a la perfección su grandeza, su genio o su maldad, su humildad o depravación.

«¿Cómo es posible que esta sustancia tan anodina encierre tanto poder?», me dije. Me volví hacia Ramiro y le pregunté:

—¿Todos son iguales?

—¿Los cerebros? No, son todos distintos.

—Lo imagino. Me refiero a si tienen huellas...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tipo de huellas?

—Huellas de la maldad o de la bondad. Si hay detalles en ellos que te permitan saber si alguien muerto era de tal o cual manera.

—Si es lo que preguntas, no se puede distinguir entre el cerebro de un criminal y el de un santo con hornacina. Muchas veces, nuestras malas acciones dejan vestigios físicos: la cirrosis hepática de un alcohólico, los pulmones podridos de un fumador como yo... Pero la mayor parte de las veces se trata de odio, de venganza; males del alma, en suma... Sus consecuencias no se ven a simple vista. El cuerpo, que sepamos, no los capta. Aunque no por intangibles son menos ciertos, mi ciencia no puede conocerlos... Y, la mayor parte de las veces, se dan las dos cosas juntas. Una prostituta tiene la vagina tocada y secuelas de enfermedades de transmisión sexual. Es posible que la hayan golpeado y que eso le haya dejado un par de recuerdos en los huesos y, de postre, un VIH positivo. No obstante, las derivaciones emocionales, que no son menores, se ven en los ojos con vida, no en el cerebro muerto...

Marilyn, la cuarta víctima de Rodrigo, no había pasado por las manos de un forense. Era una joven prostituta de Vietnam. Lo que quedó de ella fue enterrado sin

caja ni miramientos. Según detallaba el manuscrito, era delgada y menuda, y compensaba su exigua estatura con unos zapatos de tacón con enormes plataformas. Masticaba chicle y retaba a los clientes occidentales a ser John Fitzgerald Kennedy mientras aseguraba ser tan buena como la Monroe, o mejor. Rodrigo, su asesino, sacó un alambre del bolsillo, rodeó su cuello y apretó con fuerza. Sus pequeñas manos acudieron prestas a proteger su garganta, pero no fue lo bastante ágil. Sus ojos muertos, muy abiertos, quedaron inyectados en sangre; la cara, hinchada y azulada. Sus labios, ya inexpresivos, mantenían el tono rojo, pese a que ya no le hacía falta; no volverían a besar.

1397 gramos.

«¿Cuánto pesaría el cerebro de Marilyn?, ¿cuántas secuelas tendría su alma?», me pregunté antes de subirme al coche del inspector Iturri. Tenía claro que no quería hablar de Rodrigo. Y también que terminaría haciéndolo.

—¡No, no y no! Ni hablar. No cuentes conmigo.

El tono de voz y la expresión de mi rostro mostraban inequívocamente mi rechazo a aquella absurda proposición. Iturri, mudo, aguantaba el chaparrón con mirada condescendiente. Asentía en casi todas mis frases y de cuando en cuando intercalaba pequeñas cuñas, que no tenían otra finalidad que darme la razón y bajarme los humos: «Es natural que tengas miedo, Lola», «¡Por supuesto que está loco!», «Te comprendo, ¿cómo no voy a comprenderte?», y expresiones por el estilo. Conforme más indulgente y comprensivo se mostraba él, más me enfadaba yo. Le conozco casi tan bien como él me conoce a mí. Sabía que aquélla era una estrategia para convencerme. Si se hubiera opuesto a mí directamente, me habría cerrado en banda. Cuando eso ocurre, actúo exactamente igual que una mula: imposible moverme.

Eran cerca de las diez. Cenábamos en una tasca de tres al cuarto próxima al Banco de España, en una mesa de madera situada en una esquina, junto a un enorme tonel de cerveza que hacía las veces de mostrador para quienes preferían quedarse de pie. La comida era apañada; el local, limpio, aunque dejaba mucho que desear en cuanto a categoría y prestancia. La culpa fue toda mía. De no ser por mi lágrima fácil, estaríamos sentados en un lugar con página web, carta psicodélica y camareros uniformados.

Iturri había hecho una reserva en un bonito restaurante, en la zona de García Paredes. Mencionó el nombre cuando salíamos del Tribunal. Recuerdo que le dije que me parecía estupendo, pero lo cierto es que no prestaba atención. Estaba desganada y me daba lo mismo un sitio que otro. Además, en el momento en que lo mencionó pasábamos junto a un espejo, y me topé con mi imagen. Había olvidado el corte de pelo, y verme de aquella guisa me descolocó e hizo que dejara de escucharle. Aparcamos el coche con sorprendente facilidad y continuamos a pie.

Charlábamos amigablemente sobre la ceremonia de toma de posesión cuando mis ojos se toparon con la marquesina del restaurante. Entonces se me demudó la cara. Jaime y yo habíamos celebrado allí uno de nuestros últimos aniversarios. Ni siquiera necesité explicarme. Iturri, buen observador, lo captó al vuelo. Amablemente, me dijo que no me preocupara, que había otros buenos lugares por la zona. Pero luego lo pensó mejor. Supongo que, temiendo que nos ocurriera de nuevo, optó por cambiar de zona y llevarme a un sitio donde el riesgo de despertar viejos recuerdos resultara nulo.

Desde luego, no conocía aquella taberna. De no haber ido con Iturri, nunca hubiera puesto los pies voluntariamente en ella. Para empezar, yo era la única mujer,

a excepción de la camarera, que más me pareció la esposa del dueño que una empleada. Además, era la única no fumadora. Una nube de humo llenaba el local sin que a nadie pareciera importarle. Por no hablar de las barajas de cartas, el lenguaje o los temas de conversación. En cierto modo, aunque este local era mejor, me recordó al Kiosco das Almas Perdidas del puerto de Vigo, donde hube de practicar diligencias en una ocasión. El dueño me obligó a probar unos chinchos fritos, que comí por educación y que aún guardo en alguna parte del estómago. De todos modos, la nota pintoresca de la escena la ponía yo. No había podido pasar por casa y seguía llevando el vestido azulón de la mañana, los elegantes tacones de doce centímetros y los pendientes largos de brillantes. No hace falta que describa el modo en que los ojos de la mujer del dueño (o quien fuera) se me clavaron al entrar. Incalificable. Lo cierto es que Iturri y yo formábamos un dúo irrepetible, irrepetible por insólito y por difícil de entender. ¡Aquello parecía un encuentro clandestino de una película de tercera!

Juan era, más o menos, cliente habitual y, cuando el dueño se acercó, libretilla en mano, se encargó de elegir el menú: tortilla de bacalao y albóndigas. «Y una ensalada para la señora», añadió con cierto retintín. Luego sacó su cachimba y se sumergió en el humo que desprendía. Tras dar cuenta de la tortilla, magnífica, y de la ensalada (dejé las albóndigas para Juan), retomamos la conversación. Yo seguí en mis trece; Iturri, en su estrategia.

—Las cartas lo dicen todo, Juan. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que Rodrigo sigue hablando de Wilson como si fuera un idiota. Parece tomar distancia, pero en realidad lo aplasta. Creo que, en vez de antipsicóticos, los médicos le están suministrando un placebo. ¿Te has fijado en sus expresiones? Suenan cotidianas, como si nada hubiera cambiado. Es posible incluso que en la siguiente carta explique los pormenores del asesinato que ejecutó en sueños... En definitiva, que no veo ningún signo de recuperación en este tío. Y, del mismo modo, no me creo ni una palabra de lo que pueda decir. Me da en la nariz que lo que busca es prolongar sus hazañas pasadas, su momento de gloria...

Me miró con expresión seria y, finalmente, decidió llevarme la contraria.

—Siento tener que decírtelo, Lola, pero no estás siendo objetiva.

—¿Objetiva? ¿Me pides que sea objetiva ante unas cartas manuscritas por un tipo que no existe más que en la imaginación de un loco? No sé cómo llamarán a eso los médicos, pero, para mí, el doctor Wilson tiene todas las neuronas tocadas. Además, qué quieres que te diga, sólo pensar en verme obligada a escuchar esa voz me pone la piel de gallina... —Iturri fue a decir algo, pero le corté. Acercó otra vez la llama del mechero a la cazoleta, que se había apagado, y volvió a envolverme con su vaharada—. Por otro lado, y hablando objetivamente, no sé para qué escribe, ni qué es lo que quiere... Todo parece un absurdo. ¿Qué tontería es eso de un hilo suelto? Y achacarme que dije no sé qué sobre los crímenes perfectos es para que le den un premio al ingenio... Vamos, que no hay de qué preocuparse. Se aburre y se ha puesto a escribir: eso es todo.

—¿Has visto el recorte del periódico?

—¿Recorte? No sé nada de un recorte. Imprimí la carta que me mandaste, esa en la que dice que las paredes se mueven hasta ahogarle y que a las mujeres menopáusicas se nos compra con cualquier fruslería, y cerré el correo. No me fijé en que hubiera nada más.

Metió la mano en el bolsillo. Sacó un folio doblado y me lo tendió. Le miré sorprendida.

—¿Qué tiene esto que ver con Wilson?

—Léelo y lo sabrás.

Permanecí quieta; los brazos, cruzados. No tengo demasiada habilidad para la improvisación, pero esta vez creí haber salido bien parada.

—Mejor dime tú de qué se trata.

—¡Pero qué tonterías dices! No soy tu secretario.

Sonreí. Juan me miraba fijamente a los ojos. Supongo que intentaba comprender el porqué de mi extraño comportamiento. Pero era algo difícil de adivinar. Cogí la fotocopia del periódico e hice como si leyera. No coló.

—Pero ¿qué diablos te ocurre?

Presbicia, eso era lo que ocurría. Me he visto obligada a ponerme gafas. Las había comprado hacía un par de meses en una farmacia, medio a escondidas. Un modelo estándar, barato. La bruma que me enturbia la vista se amortigua mejor con las de dioptría y media; sin embargo, no estaba dispuesta a reconocer que mi vista era tan mala como la de Jaime, que las lleva desde hace tiempo. Después de años de tomarle el pelo porque se calaba las gafas para ver lo que comía, hubiera sido vergonzoso.

Sigo siendo coqueta. Sé que se me ha pasado el arroz. Y el pollo. Y todo lo demás. Pero, de puertas para adentro, me siento como la chiquilla de antaño, la que gente como Iturri conoció en mejores tiempos. Me gusta verme bien. Y las gafas me sientan fatal. Sin embargo, alguna vez había de ser la primera. Abrí el bolso con decisión, mantuve la cabeza alta y saqué las lentes de su funda. Me las calé y levanté la vista.

Iturri soltó una carcajada, tan sonora que todos se volvieron para mirarnos.

—Ni se te ocurra —le advertí, molesta. Pero no me hizo caso y continuó riéndose.

—Pelo corto, rizados, gafas... ¿Dónde has dejado a mi amiga Lola?

—¿Tan mal estoy?

De nuevo la chanza. Gruesos lagrimones rodaban por su mejilla, cuando empecé a enfadarme. Entonces, entre hipos, Iturri echó mano al bolsillo interior de la americana (pana marrón chocolate, sin corbata) y sacó unas gafas idénticas a las mías, transparentes en vez de plateadas. Entonces, nos reímos los dos. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Bueno, ni tanto ni tan poco. No me reía desde hacía meses.

—Nos hacemos viejos, Juan —comenté. Me salió sin pensarlo, como un súbito desahogo.

—¿Y eso qué importa? —me replicó—. Además, hoy estás especialmente guapa.

Jamás te cambiaría por una de veinte.

Enrojecí y agaché la vista. Y entonces llegó la pregunta, tan esperada como temida, la que yo había tratado de esquivar durante toda la velada.

—¿Cómo estás?

—Fatal, nunca me he sentido peor —confesé sin rodeos—. Hemos reñido más de una vez, nos hemos distanciado, pero siempre volvía..., volvíamos. Entre nosotros había algo especial, algo que nos unía irremediabilmente... La vida no será igual sin él. No, por supuesto que no será igual: ¡será mucho peor! Me siento completamente vacía, hueca. No puedo hacerme a la idea de que los días continúen así, y mucho menos de que sea para siempre.

Iturri me escuchaba con la cabeza baja. Revolvía con la cuchara los restos del café. De pronto pareció recordar algo. Levantó la vista y me miró con fijeza.

—Lola...

—Dime.

Se lo pensó mejor.

—Nada, era una tontería. No te preocupes, estoy seguro de que volverá. Cuando baje la ola, volverá.

—No logro comprender por qué ha tomado una decisión tan repentina... Y si ha sido por su carrera, creo que se equivoca. Debería haberse cubierto las espaldas. Siempre hay un listillo que busca ir de prisa... Tres meses fuera ofrecen un amplio margen para diseñar el asalto al poder...

De pronto, el rostro de Juan se volvió severo, policial. Su voz sonó extraña.

—Te acaba de dejar plantada, ¿y tú te preocupas por su carrera? No lo entiendo, de veras... No sé cómo te vendes tan barato. Eso me saca de quicio...

Me extrañó su exabrupto.

—Si se tratara de otra mujer, Juan, no hablaría así. Pero es otra cosa, está enfermo. Es como si le hubiera atacado el virus del éxito... Como a tanta gente. Podría haberme pasado a mí... Cuando empieza a recibir los golpes, y no será dentro de mucho, me temo, volverá. Eso espero, al menos...

—¿Le perdonarás?

Me encogí de hombros.

—Preferiría que volviese antes de que lo apaleen, pero le admitiré de todas formas. No sé vivir sin él. O sí, pero no quiero.

—¡Qué estúpido! —susurró al cabo de unos segundos. Luego, cambió radicalmente de tercio—. Lola, ¿qué hacemos con Wilson?

El nombre cayó a plomo sobre la tosca mesa de madera.

—¿Qué vamos a hacer? Nada. Si estamos a salvo, y creo que lo estamos, no tenemos que hacer nada... Por cierto, ¿qué opina Joe, tu colega norteamericano?

—Ha ido a investigar al centro penitenciario, pero no ha conseguido nada: Wilson se comporta como un corderito, es un paciente modelo... Su psiquiatra estaba enormemente satisfecho con su evolución. Rodrigo estaba controlado y Wilson

parecía haber vuelto a una aparente normalidad... Hasta ahora.

Cogí el folio, lo doblé y lo metí en el bolso, junto a las gafas.

—Lo miraré luego, Juan. Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

—Vamos, te acerco a casa. Mañana debo ir a Barcelona. Te llamo el miércoles o el jueves, ¿vale? Pero si necesitas a alguien con quien hablar antes, ya sabes...

Asentí mecánicamente. Enseguida me di cuenta del error.

—Oye, Juan, antes de nada quiero dejar clara una cosa: no voy a seguirle la corriente a ese asesino. Ahora soy una respetable magistrada de un honorable tribunal. Tengo que mantener las apariencias. No puedo andar enredada en asuntos como ése, ¿lo comprendes?

—¡Ah, misérrima vida la de los que tienen que mantener un nombre!

—Búrlate lo que quieras, pero hablo en serio: no cuentes conmigo.

—Lee esos folios. Hablaremos...

Hubo un momento, a eso de la una, cuando me desprendí de los tacones de aguja y del vestido azulón y me metí en la cama, en la que creí que dormiría eternamente. Estaba agotada. Me abracé con deleite a la almohada, mullida y fría, y sentí un escalofrío de placer. Cerré los ojos y dejé que el sueño me invadiera lentamente, con su habitual maestría.

Pero aquel delicioso momento duró poco. Estaba empezando a perder la consciencia cuando de pronto me atacó una imagen, terrible en su realismo. Fue como si me hubieran volcado un cubo de agua fría sobre la cabeza. Me incorporé. Tenía los ojos húmedos y el pijama empapado. Miré el reloj: las dos y media. Intenté volver a dormirme, pero fui incapaz.

Me levanté y me preparé un vaso de leche caliente. No recordaba con exactitud el sueño, pero, fuera cual fuera su contenido, me impedía relajarme. Decidí acudir al armario de las medicinas. Me tomé un somnífero y me senté a esperar. Como no sé estar sin hacer nada, encendí el ordenador y consulté el correo. Jaime no había escrito. Tampoco había llamado. Sí lo había hecho mi hija María, que había enviado un cariñoso mensaje.

«Acabamos de llegar a casa, mamá. El viaje bien... Ha sido muy emocionante. Quiero que sepas que me he sentido muy orgullosa, mucho... Por cierto, me gusta el corte de pelo. Estás mucho más joven. ¡Qué pena que papá se lo perdiese! Te he llamado, pero supongo que estarás en alguna cena de compromiso. Hablamos mañana. Duerme bien, y no pienses, ¿vale?... Te quiero».

No pienses...

¡Qué fácil resulta decirlo y qué difícil hacerlo! Había sido tan repentino. Tan incomprendible... A eso de las tres y pico, llegué a la conclusión de que la única manera de olvidar el asunto era concentrarme en otra cosa. Probé con el trabajo, pero claudiqué enseguida. Entonces fue cuando recuperé la hoja que había guardado en el bolso.

Era la fotocopia de una noticia incluida en una edición dominical del diario argentino *La Nación*. Lo leí con detenimiento.

DOMINGO, 28 DE ENERO BUENOS AIRES. J. P. D.

El magnate canadiense de origen argentino Jorge Mauricio Vadertucci murió anoche en San Antonio de Areca, al norte de Buenos Aires, junto con otras tres personas, al estrellarse el helicóptero en el que viajaban, según fuentes

gubernamentales. Además del empresario, de sesenta y dos años, en el accidente falleció su esposa, la conocida Miss Argentina, de treinta y uno, que estaba embarazada de cinco meses. Junto a ellos, también han perdido la vida la madre de ésta, de sesenta años, y el piloto personal de Vadertucci, un hombre de nacionalidad canadiense y muchas horas de vuelo a sus espaldas. Los hechos ocurrieron cerca de las siete y media de la tarde, hora local, cuando el grupo se dirigía a la capital federal procedentes de una finca de su propiedad. El helicóptero, modelo Augusta, con sólo seis años de antigüedad, era propiedad de una de las empresas que regentaba Vadertucci, según confirmaron fuentes próximas a dicha empresa.

«La baja altura y el mal tiempo, con fuertes ráfagas de viento, pueden explicar el suceso —indicó el portavoz de la policía en el lugar de los hechos. Descartó así los crecientes rumores de que hubiera sido un atentado—. Aunque todas las hipótesis permanecerán abiertas hasta que concluya la investigación, esa posibilidad resulta poco verosímil», señaló. Su comentario parece querer desmentir la versión de un testigo presencial que declaró haber oído una explosión y luego ver cómo la nave, envuelta en llamas, se precipitaba sobre el suelo. Identificado por las iniciales F. G. J., el citado testigo resultó ser un hombre de escasa credibilidad. En el momento de su declaración, su nivel de alcohol en sangre era diez veces superior a lo normal.

Los cadáveres, calcinados, fueron trasladados al Instituto Anatómico Forense de la capital, donde un equipo de seis profesionales identificó en tiempo récord a los fallecidos gracias a sus placas dentales. San Antonio de Areco, con cerca de veinte mil habitantes, se encuentra a poco más de cien kilómetros de la capital federal, en la ruta nacional número ocho. La zona donde se precipitó la nave resultó ser un bosque cercano al río en el que hay un camping cerrado por reformas.

En el lugar del suceso se personaron familiares cercanos, directivos de las empresas de Vadertucci, representantes de las organizaciones empresariales, el alcalde de San Antonio y miembros del gobierno federal, encabezados por el secretario de Estado de Economía. Todos lamentaron la pérdida de vidas tan valiosas. Vadertucci, escogido empresario del año en 2004, estaba considerado como el segundo hombre más rico de Argentina. Su fortuna ronda los diez mil millones de dólares.

«Aunque tenía domicilio en Vancouver, fue siempre un argentino amante de su patria, donde el destino ha querido que repose», declaró su primera esposa, la también Miss Argentina María Callado. Descansen en paz.

La crónica me dejó fría. Describía un trágico accidente y hablaba de un borracho que no sabe lo que ve. Y un loco como Rodrigo que se toma en serio la hipótesis del atentado y emplea el dato para continuar con su neurosis. Resultaba tan estúpido que

no me importó enfrentarme de nuevo a la carta de Rodrigo, que me había metido en el bolso al salir del Supremo. La releí un par de veces. Creo que lo que más me molestó de ella no fueron sus bravatas absurdas sino su absoluto desprecio hacia las mujeres.

En todo caso, por pura curiosidad, y a la espera de que el sueño llegara, escribí el nombre del empresario argentino en Google y esperé. 336 000 entradas. Un tipo importante: materiales de construcción, acero, petróleo... Dominaba, además, el mercado argentino de bebidas alcohólicas, y parte del canadiense. Su grupo era un complicado conglomerado que incluía desde la mayor embotelladora de Argentina hasta explotaciones petrolíferas.

Indagué un poco más. Vadertucci había recibido diversos premios y honores de todo tipo. Se decía de él que era un hombre implacable en los negocios. Los sindicatos lo odiaban pero también se destacaban sus labores filantrópicas. «Lo de siempre: una fundación para tapar pecados inconfesables», pensé. Me entró curiosidad y busqué su fotografía: en la fotocopia del periódico sólo figuraban imágenes del lugar del accidente y de los restos del helicóptero. No tuve dificultad para verle la cara: había bastantes fotografías suyas en la Red. El tipo no podía negar que era argentino. Tenía aspecto de saber bailar tango y de conquistar mujeres con una caída de ojos. Se había casado tres veces y era padre de cuatro hijos. La página de Google ofrecía también imágenes del trío de señoras Vadertucci. La semejanza entre las tres no dejaba de ser curiosa. Parecía como si el tipo se hubiera empecinado con el modelo y deseara replicarlo una y otra vez. Las tres mujeres eran como gotas de agua, salvo por los quince años de diferencia: largas melenas rubias, labios inflados con silicona, ni una arruga y enormes pechos cubiertos por telas tan escasas como carísimas.

Tras ver en la pantalla el nombre del empresario argentino en letras rojas, caí en la cuenta de un detalle que se me había escapado. En su carta, Rodrigo hablaba de que la nueva secuencia de muertes se desarrollaría por orden alfabético. Pero aquel tipo se apellidaba Vadertucci. Con V, una de las últimas letras del abecedario: si empalmaba muchas muertes se iba a quedar sin cancha.

Sonreí pletórica.

—¡Has metido la pata, querido! Y eso demuestra que estás como una cabra — exclamé con aire de triunfo.

Aquél fue el último pensamiento que recuerdo. Entre fotografía y fotografía (incluidos los desnudos integrales de las tres señoras y exseñoras Vadertucci, correspondientes a su época de juventud) debí de quedarme dormida. Me desperté sobresaltada, con el cuerpo entumecido y un punzante dolor de cuello. Aún permanecía sentada en el sillón giratorio del despacho. El sol cruzaba tímidamente los visillos e impactaba en mi cara. Miré el reloj: las siete. Decidí darme una ducha. Un buen chorro de agua caliente mantenido en la zona del dolor puede aliviar ese tipo de tirones.

Cuando salí del baño ya movía el cuello sin dificultad. Pero, entonces, me topé con la casa. Imperaba en ella un extraño silencio. Como si un sortilegio hubiera petrificado el lugar. Era del todo inaudito. En una familia todo escasea menos el ruido. Sin embargo, por una simple coincidencia, hasta junio todos los chicos estaban fuera: Erasmus, prácticas, intercambio... María vive en Sevilla.

Fui a toda prisa al dormitorio y encendí la radio del despertador. Me llegó la voz de Carlos Herrera, amable y conocida. Anunciaba unos minutos de consejos publicitarios. Anuncios familiares para una casa que no parecía la mía. Empecé a sentirme mejor. Nunca pensé que algo así me animara tanto.

Avisé a mis nuevos escoltas. Mientras llegaban, me preparé un café con leche y comprobé el contestador y mi *e-mail*. Jaime no había dado señales de vida. Me subí al coche y me dispuse a empezar mi nueva vida. Sola.

¿Qué podría decir de mis primeros días? El recuerdo que predomina es el agotamiento. Llegaba a casa exhausta, pero los expedientes no disminuían. Y no me quedaba suficiente tiempo para reflexionar, estudiar o pensar. Jaime y Rodrigo seguían allí, en estado latente, con momentos en los que el dolor se agudizaba, pero no podía regodearme en mi pena: no me daba tiempo. Por otro lado, el mundo se había empeñado en ofrecerme sus sesudos consejos. Los recibí hasta del ujier, y aunque los agradecí profundamente, especialmente los de este último, verdaderamente sabios, tenía ganas de pensar serenamente por mí misma.

—Cintura, ése es el elemento esencial —puntualizó mi primer consejero, un magistrado veterano con muchos años a sus espaldas al frente de algún tribunal y dos lustros en el Supremo—. Cintura, porque lo que aquí hacemos no son matemáticas exactas —insistió.

Siempre había pensado que las matemáticas eran exactas por definición. O, más bien, que no existían las matemáticas inexactas. Por algo son matemáticas; en otro caso, serían filosofía o arte. Un profesor te corrige el problema y te dice si está bien o mal. Nunca se me ocurriría negociar la solución. Pues bien, según mi colega, esa idea quedaba a años luz de nuestro trabajo.

—Ningún estudio exhaustivo de una causa te permitirá por sí solo llegar a una conclusión, Lola. Como bien sabes, existen muchos factores que afectan a la interpretación de la norma. Hasta las máquinas más sofisticadas son sensibles a los cambios de temperatura, presión o grado de humedad. Si pasa con las máquinas, que han sido meticulosamente diseñadas por ingenieros de cerebros enormes, ¿qué no ocurrirá con las personas y las instituciones de las que espontáneamente se dotan? El espíritu que alienta la norma: por él debemos velar. El mismo que nos obliga a tener cintura.

Desconocía si hablaba en general o si hacía referencia a mi papel en la Sala 61, y pensé que lo mejor sería mantenerme callada. Por eso, durante su monólogo, que lo fue en el sentido más estricto, me limité a sonreír y a asentir. Cuando concluyó se levantó con cara de satisfacción.

—Me alegra que nos entendamos tan bien, Lola. Me habían dicho que eras un hueso duro de roer, pero es evidente que no se puede uno creer todo lo que oye. —Añadió un buen apretón de manos a su despedida.

Me preocupó haberme comprometido a algo sin saberlo. Quizá no debiera asentir tanto. Lo estaba considerando, cuando apareció otro colega. Y, cómo no, tomó asiento. Me sentí como un cura encerrado en un confesionario, que no puede escapar

hasta que pasen todos los feligreses que aguardan en la cola: desde la viejecita escrupulosa al muchacho despistado, pasando por la joven pareja de novios.

—La clave reside en la distancia —sentenció mi segunda visita. Otro caballero. Éste procedía de la carrera académica; era catedrático de Derecho Procesal y llevaba ocho años en el Tribunal—. Te hablarán de la filosofía, del espíritu de la norma y de no sé cuántas historias... ¡Chorradas! Nuestra única defensa contra el subjetivismo de la política es la estricta objetividad. Una cuestión se atiende o no se atiende a Derecho. Ése es el principio: lo demás son componendas políticas que no nos conciernen y de las que tenemos que huir como de la peste. Distancia, objetividad, ésas son las claves.

Sorprendentemente, se despidió con un apretón de manos casi tan fuerte como el de su antecesor y con idéntica satisfacción. Alegó que, viniendo yo de la Academia, no esperaba menos. Debo decir que esta vez asentí con menor énfasis, para no dar lugar a equívocos, pero como si nada: mi autocontrol no cosechó ningún éxito. De pronto, estaba a favor de dos bandos contrapuestos. O a favor y en contra del mismo.

Me fui a tomar un café al Bar Supremo. Sola. Aquellos tejemanejes me sobrepasaban, yo soy una persona tan lineal como franca, una pésima jugadora de mus. Miento muy mal y se me ve venir a distancia. Además, mi lenguaje corporal me pone con frecuencia en evidencia. Cuando algo no me gusta, se me arruga el ceño espontáneamente. Hasta la zanahoria que tengo por pelo se tiñe de rojo pasión (eso es lo que decía mi suegra). En fin, ya vería cómo salir de aquel lío en el que me había metido sin comerlo ni beberlo. De momento, tenía que hacerme con el caso en cuestión, meter la cabeza en el asunto por el que todo el mundo quería reclutarme para su bando. Hablo, por supuesto, de la Sala 61.

La llamada Sala 61 (su nombre procede del artículo 61 de la Ley Orgánica del Poder Judicial) es una sala especial en la que se dirimen procesos, digamos, atípicos; entre ellos, la tramitación de declaraciones de ilegalidad y disolución de los partidos políticos. Habría elecciones municipales dentro de seis meses, y un partido anteriormente ilegalizado pretendía volver a presentarse alegando que los motivos por los cuales había sido excluido ya no concurrían. Decidir si se trataba de un proceso de maquillaje o, en efecto, de una formación política que mereciera ese nombre era nuestro cometido. La Fiscalía estaba recabando pruebas y yo me limitaba a estudiar tanto éstas como los antecedentes. En todo caso, no desconocía que en la Sala existían distintas sensibilidades sobre el tema, que pondrían en evidencia la diferencia entre la justicia y las matemáticas. Yo no había dicho ni pío, pero todos sabían que era de Bilbao, lugar de donde procedía la candidatura, e intentaban sonsacarme mis preferencias. Ni que decir tiene que me mantuve como una tumba.

Se pensará, y con razón, que cómo es posible que en dicha Sala estuviera incluida una persona recién llegada como yo. Pero no había opción. La ley indica que la Sala 61 debe estar compuesta por el presidente del Supremo, los presidentes de Sala, y el magistrado más antiguo y el más moderno de cada una de ellas. En este último punto estaba yo.

Regresé del bar renovada por la cafeína. La puerta no volvió a abrirse y logré pasar varias horas leyendo, estudiando. Pensé que las circunstancias (Jaime seguía sin dar señales de vida, a diferencia de Rodrigo, el omnipresente) me impedirían concentrarme, pero no fue así. Aproveché cada minuto.

Los días siguientes fueron más o menos iguales. Trabajaba todo el día, tomaba mucho café y dormía mal. El viernes sonó el teléfono fijo. Por fin, una voz cercana, con poca cintura.

—¿Cómo va mi magistrada preferida?

—Va de cráneo, Iturri. No sé si estoy a favor, en contra, o todo lo contrario. Pero al menos estoy aquí, ganándome el sueldo. Y tú, ¿en qué andas metido? El otro día monopolicé la conversación. Ni siquiera te pregunté por tu trabajo. Dijiste que te ibas a Barcelona...

—Bueno, te interesaste por mi estado civil. Algo es algo... —respondió Juan, en un tono que no supe identificar. Cada vez me pasaba más a menudo. Años atrás, leía perfectamente en su voz. O, al menos, eso creía.

—Lo siento. Fue una tontería. Cuéntame, ¿qué haces ahora?

—Operación Pan de Azúcar...

—¡Por favor, a quién pagáis por poner esos nombres! Cada vez resultan más ridículos.

—No juzgues, señora jueza; que te equivocas. Se llama así porque la base de operaciones está en Río de Janeiro. Se trata de un procedimiento de secado con remesas de emigrantes brasileños... Un peñazo, te lo aseguro. Y complicado, como toda la tintorería del dinero sucio. Hay tantas sociedades pantalla que he perdido la cuenta... Pero dejémoslo; como te digo, es muy aburrido...

De pronto se me cruzó una idea.

—Dime una cosa, Iturri, ¿también se plancha el dinero o vale con lavarlo y secarlo?

Lo preguntaba en serio, yo odio planchar, pero Iturri se echó a reír por mi supuesta ocurrencia.

—Bueno, y tú, ¿qué tal vas?

—Gano en cintura cada hora...

—Supongo que será uno de esos chistes judiciales tan graciosos —protestó con ironía—. ¿Sabes algo de tu marido prófugo?

—Nada, y no creas que no me preocupa. Es rarísimo. Ni siquiera se ha puesto en contacto con sus hijos...

—¿Ni un *e-mail*?

—Eso sí. Mandó anteayer un mísero correo en el que decía que había llegado bien. Apenas dos líneas.

—¿Le has llamado?

—No. Estoy esperando, dándole un poco de margen... Si esta noche no recibo noticias, lo haré. Ya ha pasado suficiente tiempo.

Iturri enmudeció unos instantes, en los que le oí suspirar.

—Me temo que debes ir pensando en la posibilidad de que haya otra mujer, Lola. Ese desapego repentino sólo se explica por un enconamiento superlativo. Sé que me vas a decir que es imposible, que tu Jaime no hace esas cosas, pero eres mujer: no puedes comprender lo que tiran dos tetas.

Negué con la cabeza, pero, claro, él no podía verme. Luego, con la lágrima asomando, cambié de conversación.

—La otra noche estudié los papeles que me enviaste. Me refiero a la segunda carta de Rodrigo y a la página del periódico. Luego, estuve navegando por la Red, a la caza de historias sobre el hombre fallecido...

—¿Y?

—Pues qué quieres que te diga: todo parece rigurosamente normal. Me temo que tendrán que aumentar a Wilson la dosis de lo que sea que le den... —Esperaba una respuesta. Pero no hubo más que un silencio. Largo—. ¡Iturri, que te conozco, dime algo! —Otro vacío—. Mira, Juan, lo he pensado detenidamente y he decidido pasar. Sentencia firme. No me vas a convencer, así que déjalo. Me ayudó a pasar el mal trago de la primera noche sola. Pero se acabó... —Continuó mudo. Me obligó a chillarle, sin darme cuenta de dónde me encontraba—. ¡No me tomes por una chiquilla estúpida, Juan! Sabes que me saca de quicio. Dime qué te guardas.

—Tenemos más material: otra carta...

Le corté, enfadada.

—¡Por todos los santos, cuánta diligencia! Llama a una editorial y que lo contraten.

Ni siquiera me escuchó.

—Junto a ella, Rodrigo envió una esquela. Da cuenta de la muerte de un norteamericano llamado Thomas Rodrick...

Frené en seco sus aspiraciones. Veía por dónde iba.

—Pues lo siento por el bueno de Thomas, fuera quien fuera, pero ni se te ocurra mandármela. No me interesa —insistí.

—Sería mejor que la leyeras. Dice que es la última...

—¿Por qué haces esto, Juan? ¿Es para tenerme entretenida? Mira, no creas que no te lo agradezco; sé que estás preocupado y que quieres ayudarme. Pero el agujero en el alma no se me va a curar porque me recuerdes que conozco a ese loco, y que él me conoce a mí. El hombre con el que he pasado veintinueve años de mi vida, con el que he formado una familia y he tenido hijos, el compañero con el que he construido un millón de ilusiones me ha dejado tirada sin explicación alguna. Quizá haya otra mujer. En ese caso, todo se ha ido al traste. O quizá sea sólo que le cegó su ego o que a mí me cegó el mío. Es igual. El caso es que estoy sola. Y me parece completamente injusto tener que vivir así. No he hecho nada para merecerlo...

—Lo sé, pero yo de eso no tengo la culpa: te lo envió en un PDF —atajó, con voz seria—. Cuando lo hayas leído, me llamas. Estaré despierto.

—No voy a leer ningún PDF...

—Hazme caso y fíjate en los detalles —dijo antes de colgar.

Desde que Jaime se fuera, alrededor de la casa se erguía una niebla espesa hecha de silencio y extremadamente desagradable. Parecía infiltrarse en el interior y oscurecía tanto el ambiente que me obligaba a dejar todas las luces dadas y la radio permanentemente encendida. La idea de un largo fin de semana en aquellas circunstancias me hacía sentir enferma.

Era viernes. Jaime y yo solíamos ir al cine los viernes. Cine y pizza. Y postre. No pude soportar la casa media hora seguida y decidí hacer sola lo que llevaba tantos años haciendo en compañía. En realidad, le hubiera pedido a Juan Iturri que me acompañara, pero su expresión de despedida fue tan severa como la de un amo, y no me atreví.

Conduje hasta el centro comercial y me acerqué a la taquilla para sacar la entrada. La cola era larga. Grupos de amigos, gente joven, parejas... Sólo había un *single*, justo delante de mí. Era corpulento, bastante más alto que yo, pero caminaba encorvado. Vestía mal. Rectifico, llevaba ropa cara y de buen gusto, pero parecía descuidado, casi sucio. Enseguida trató de entablar una conversación. «Qué película vas a ver», «Qué lleno está todo, y luego dicen que hay crisis», y cosas por el estilo. Ni siquiera había pensado en una película en concreto. Pero al verme como aquel solterón-divorciado-solitario caballero con cara de apaleado, di media vuelta y, sin mediar palabra, volví a casa. Obviamente, tras ver una peli antigua, terminé abriendo el ordenador y descargando e imprimiendo el PDF que Iturri me había enviado.

Empecé por la nota necrológica.

La leí con las gafas caladas ante una ensalada César que había comprado en el centro comercial, bolsita de salsa incluida. Acabé la ensalada y el recorte escaneado al mismo tiempo. Aquélla me dejó con un hambre espantosa; éste sólo me produjo indiferencia.

Se trataba de una especie de esquila (un panegírico, más bien) de un tipo llamado Thomas Rodrick, otro empresario; norteamericano esta vez, del gremio de la comunicación. Había fallecido en su rancho de California, a los setenta y un años, a causa de un infarto de miocardio. Miembro del Cuerpo de Marines, poseía la medalla de oro del Congreso. Sin embargo, ninguna de esas dos instituciones sufragaba el espacio. Quien firmaba era la Gran Logia Masónica de California, a la que el fallecido pertenecía desde hacía más de dos décadas. El recuadro anunciaba que en el acto de cremación, que se celebraría en el cementerio de Los Ángeles, al este de la ciudad, intervendría Tim Butterfield, el muy respetable gran maestro. Se trataba, por tanto, de un importante masón.

Para mi vergüenza, diré que, cuando me enganché a Internet para buscar más datos, había llamado a un chino y me estaba zampando unos rollitos de primavera completamente incompatibles con el régimen absoluto que mantengo desde hace no sé cuánto. Entré en Internet porque, a pesar de lo que Rodrigo hubiera dicho, un infarto de miocardio a esa edad no es algo raro. Y lo de que fuera inesperado... En fin, nadie espera un infarto como si se tratase del metro.

En la Red averigüé que Rodrick era un individuo atlético, obsesionado con el deporte, la naturaleza y la alimentación sana. Sus fotografías mostraban a un hombre bronceado, con la piel llena de manchas debido a las muchas horas pasadas a la intemperie y una frondosa mata de pelo blanco. Quizá el exceso de ejercicio le había provocado el infarto. Al fin y al cabo, no era un chaval. El cuerpo tiene su fecha de caducidad, y ésta no se estira más allá de lo previsto, por muchas pesas que hagas.

De lo que también me di cuenta era de que su apellido empezaba con R. Y la R, en el alfabeto, va antes de la V. Lo celebré terminándome la ración de fideos con bambú que acompañaban a la oferta de dos rollitos y una ternera con setas. Si en el caso anterior la declaración del borracho habría algún resquicio para la duda, en éste no había ninguna.

Finalmente, con mucha más confianza, cogí la carta. La tercera, la que Iturri había dicho que era la última, algo de lo que yo no estaba nada segura.

Esta vez, señorita, estaba al acecho. No he necesitado que el doctor Wilson viniera en mi ayuda y aportara la prueba definitiva (naturalmente, me refiero al cadáver que continúa la serie). Desde que comprendí que el tablero estaba de nuevo sobre la mesa y que el juego había vuelto a abrirse, me hallaba agazapado y a la espera. Esa previsión me ha permitido ahorrarme ese deje de orgullo con el que Wilson se reviste cuando sabe que le necesito.

Como puede ver en la nota que adjunto, ha fallecido otra persona. Los periódicos han comenzado a hablar de una epidemia que se ceba con hombres de casta y distinción. Naturalmente, la prensa los pinta como hechos tan fortuitos como lamentables: ley de vida. Una muerte accidental; otra, natural. Pero ambos sabemos que esas afirmaciones son falsas. Usted, porque tiene contactos policiales para comprobarlo; yo, porque tengo sobrada experiencia... ¿Quién mejor para distinguir un crimen de un accidente que aquel que ha camuflado seis asesinatos? Le recuerdo, querida jueza, que llegué a ser un maestro de la escena, como señaló con acierto el doctor Hernández. No se investigó ninguno de mis crímenes. Todos ellos pasaron por accidentes, por obra de delincuentes comunes, por violencia entre bandas o por extrañas coincidencias. Casos cerrados, guardados por falta de pruebas, o de ganas o de tiempo.

Sobre esa base he intentado realizar el perfil de nuestro hombre, si es que se trata de un hombre. No me está resultando fácil. Al estudiar su primer movimiento, le juzgué caótico: un tipo sin método ni regla. Sin escrúpulos. Debe conocer ya que el helicóptero no estalló al impactar contra el suelo. Lo hizo en el aire. Porque, en realidad, había una bomba. Se introdujo en el compartimento de carga, junto al resto de los equipajes. Pregunte, indague y comprobará que fue tan fácil como preparar una barbacoa... Una combinación sencilla, humilde, mortífera... e inhumana. ¡Cuatro cadáveres, entre ellos una mujer embarazada, para arrancar una vida! Una completa chapuza, que no puede más que caracterizar a un loco.

Ése fue mi primer veredicto: que se trataba de un loco. Alguien con un potente motivo en su corazón, con una fuerza impetuosa capaz de mover su mano e impulsarle a matar... ¿Quizá una venganza? Sí, era muy probable. Eso o algo muy turbio... Tanta rabia manifiesta un fuerte resentimiento. Eso es malo, pero también bueno. Quien está poseído por un motivo de ese calibre termina por volverse descuidado e inestable. Quizá no la segunda vez, pero seguro que a la tercera perderá los estribos, borrará mal sus huellas y caerá en el regazo de la policía como fruta madura.

En todo caso, mi perfil decía que el autor de este crimen pronto se embriagaría con la sangre. Lo sé

porque yo mismo he pasado por ello. He sentido esa fiebre, esa calentura que te sube por el cuello hasta llegar a las orejas y alcanzar luego la frente... Un volcán esperando para entrar en erupción. He notado esa sed, inmensa, como de vampiro, más dura cuando sabes que al alcance de tu mano hay una fuente que mana agua fresca. Toda para ti si pagas el precio...

Recuerdo a aquella chica menuda de ojos rasgados. Retengo en la memoria sus zapatos de plataforma y su cabellera rubia. «Llámame Marilyn», me dijo antes de ofrecerme su alma. El cable se hundió en su cuello como el cuchillo en la mantequilla. Hube de hacer esfuerzos para frenarme y dejar de apretar: la obra estaba consumada. Pero cuando me incliné para pintar el número vi en su tobillo, noté cómo un dolor sordo me atrapaba la entepierna y me incitaba a saborear mi arte. No lo hice. No podía, era impropio de un maestro, y eso es lo que soy. De haberlo hecho, mi misión habría fracasado.

Pero dejemos el pasado, el presente resulta interesante. Como le decía, me sorprende. A la vista del primer crimen esperaba otra cosa. ¿Quién arrasa una colmena para dar con la abeja reina? Un asesino torpe y estúpido. Sin embargo, el siguiente episodio (de cuya noticia envió copia) es distinto. Muy distinto. Muestra que nuestro hombre, si es que se trata de un hombre, no es torpe ni estúpido. Ha optado por la discreción...

Un infarto. Una limpia manera de morir... o de matar. Basta con una cierta cantidad de cocaína. Me dirá que la presencia de polvo blanco no se le escapa ni a un forense novato pasado de copas. Y tiene razón. Pero se trataba de un hombre añoso, extremadamente rico y respetado dentro de la comunidad. ¡Nada menos que un reputado masón! Nadie querría manchar su imagen si pudiera evitarlo. ¿Quién, en su sano juicio, permitiría que la familia sufriese esperando el resultado de la autopsia? Estoy seguro de que el médico de la casa firmó, sin dudar, el parte de defunción. «Mi paciente padecía severos problemas cardíacos que desgraciadamente le han llevado a la tumba», diría. Así de sencillo.

De modo que habremos de esperar al tercer episodio para trazar un perfil de nuestro asesino. Lo que podemos certificar hasta este momento es que ambos crímenes no se parecen. Puede que esté aprendiendo... Pero yo me inclino a pensar en otra cosa: ¿es posible (¡lo es, lo es!) que nuestro asesino sea par?

Ha de saber, jueza, que pronto, muy pronto, tendremos otra víctima. Otro varón. Sospecho que naciente, con una considerable cartera de valores y un ordenador de última generación. Lea bien lo que le digo, porque con esto he terminado mi discurso.

Usted está cómodamente instalada; yo, encerrado.

Usted disfruta de su agradable casa en Madrid; a mí no me gusta este lugar.

Usted debería estar aquí, a mi lado; yo debería estar fuera.

Retenerme en esta celda de nueve metros cuadrados, que huele a vómito y a metadona, es un error. La gente de aquí es muy torpe, pero la verdad es que usted, jueza, es estúpida. Resulta descorazonador ver cómo la humanidad se enfrenta a una nueva plaga de sangre y muerte, y en vez de intentar ponerle coto, mantiene usted aislada a la única persona capacitada para resolver el macabro enigma. Sabe muy bien que mi sitio está fuera, buscando, husmeando. Así lo ha decidido el destino, diligente a la hora de reclutarme de nuevo. Sabe que sólo yo estoy a la altura. Si no intervengo, seguirán muriendo. Uno tras otro, y sin remedio. Y todas esas muertes, señorita, caerán sobre su conciencia.

Enterrado en vida, atado a estas sucias paredes, yo no puedo hacer nada. Estoy terriblemente limitado. Por eso necesitaba un brazo en el exterior, por eso necesitaba que usted fuera mis manos y mis ojos. Pero es tan estúpida como parece. Le he enviado tres cartas. Le he mostrado la urgencia, pero usted no me ha tomado en serio. Por eso no recibirá ninguna más: ésta será la última. Iba a proporcionarle más pruebas; ya no lo haré. Pero no se engañe: nuestro hombre, si es que se trata de un hombre, no tendrá piedad. Y yo tampoco.

Vigile su nuca.

Rodrigo

Eran cerca de las dos, pero estaba segura de que Juan seguía despierto. Además, me había dicho que le llamara, algo que hice de inmediato.

—Ya lo he leído —dije en el momento en que contestó.

—¿Y bien?

—Bueno, mis conclusiones no han variado: este tío está como una cabra. Me amenaza y trata de crearme un cargo de conciencia que no merezco, pero, gracias a Dios y a la justicia norteamericana, está encerrado...

Me detuve. No quería hablar más de la cuenta.

—¡Suelta lo que quieres decir, Lola!

—No hay nada que soltar..., sólo que...

—Venga, dímelo...

—Seguro que es una tontería. Pero me ha parecido demasiado pródigo en detalles. Por ejemplo, cuando habla de la existencia de una bomba. No se limita a nombrarla: dice que se trata de un artefacto sencillo y menciona una barbacoa... Quizá no sea más que una casualidad, una forma de hablar, pero... Bueno, no sé por qué, pero la asociación entre bomba y barbacoa me resulta familiar...

Iturri estalló en aplausos, que oí perfectamente. Se ve que había conectado el altavoz.

—¡Mi querida pelirroja, eres mejor que muchos de mis agentes! ¡Muy requetebién! A lo que te recuerda es al 11-M. Se habló de que, en aquellos atentados, podía haberse empleado una sustancia de nombre infernal: triperóxido de triacetona: el $C_9H_{18}O_6$. Es un explosivo tan volátil como mortífero, que se fabrica con ácido sulfúrico, agua oxigenada y acetona, sustancias que pueden encontrarse en productos más o menos caseros, como el decolorante para el cabello, el concentrado de ácido cítrico y... ¡las pastillas para la barbacoa! De ahí que la llamen la bomba de los pobres. Los israelíes la apodan «la madre de Satán» porque los palestinos la utilizan habitualmente. Lo que sugiere Rodrigo es que fue ese compuesto lo que hizo caer al helicóptero.

—¿Y es cierto?

—El oscurantismo del gobierno argentino es notable. Pero tenemos datos que apuntan en esa dirección, sí. Naturalmente, ese dato no es público. Si Rodrigo lo conoce es porque dispone de información privilegiada.

—Me temo que hoy no voy a poder dormir ni con una pastilla. Dime, ¿sabes cómo obtiene esa información?

—No. Todavía no. En el hospital nos aseguran que han efectuado varios registros

y no han localizado ningún móvil. Pero Joe ha encontrado otra cosa... ¿Te acuerdas de que en alguna de sus cartas Rodrigo menciona que los asesinatos se producirán en orden alfabético?

—Me acuerdo, sí.

—Pues el departamento de Joe ha encontrado una extraña página web que lleva ese título: «Crímenes alfabéticos». Se trata de un blog donde la gente cuelga pequeños relatos de género negro. Los han leído detenidamente. Hay uno que describe el accidente del helicóptero y la muerte de un tal «señor V» y su familia. Y resulta también que hay un segundo relato donde narra la muerte de «míster R», un anciano rico al que un desconocido le inyecta una dosis mortal de cocaína. No tienen desperdicio. Pero lo más llamativo es quién lo firma. Nada de «El Vengador del Sur», «Vampiro Diurno» o estupideces por el estilo. La rúbrica pone los pelos de punta: «De Mission para Magister». ¿Qué te parece?

No pude responder. Me hallaba demasiado agotada. Quizá sólo era el miedo, una nueva dimensión con la que no contaba.

—Lola, ¿sigues ahí?

—Estoy cansada y me duele un poco el estómago: he cenado mucho. Creo que me voy a acostar.

—Lola, por favor... Escucha, voy para allá. Pasaré la noche contigo... No te preocupes por otras cosas: dormiré en el sofá.

—No, Iturri. Para mí este asunto está completamente cerrado.

—¡Mira que eres borrica! No podemos dejarlo así...

—Yo sí. Buenas noches.

«Cuando duerma me encontraré mejor», me dije. Pero mi mente mostró en todo momento una lucidez insultante. Y esa lucidez me exigió meter la cabeza debajo del ala.

No iba a pensar más en ello.

Nunca me han gustado los domingos. Demasiado cerca del lunes; demasiado rápidos: se te escurren entre los dedos sin poder hacer nada para evitarlo. Pero, sin Jaime y con un nuevo susto en el cuerpo, aquel primer domingo proyectó una sombra diferente. De hecho, cayó sobre mí como una losa, áspera y pesada. Sin trabajo, sin los ritmos y ritos del Tribunal, las horas se convirtieron en días, en eternidad detenida. El sábado tampoco fue agradable, pero, al menos, había tiendas abiertas por las que poder pasear. O comprar. Con vergüenza diré que en una sola jornada adquirí un bolso, una gabardina y un collar, amén de un juego de toallas, ropa interior y una olla exprés. (¡Una olla exprés, por todos los santos! ¿Hay algo menos apetecible que comprar una olla exprés?) Por suerte tuve la prudencia de optar por El Corte Inglés y, cuando la cordura retornó, pude devolver todo aquello sin dar explicaciones.

Pero el domingo... El domingo apestó a domingo desde el inicio de la mañana, y pasó a cámara lenta. En medio de aquel silencio tan denso, lleno de ruido procedente de la radio, mi cabeza era como un costurero lleno de retales, de agujas y de alfileres punzantes, más dolorosos cuanto más felices habían sido. Ni siquiera me quité el pijama. Desayuné y almorcé en la cama y me atiborré de pastillas para dormir. Ya que no podía borrar aquel día, al menos procuraría que pasara cuanto antes. Porque, en cuanto llegara el lunes, todo retornaría a la normalidad. Con la Sala 61 en la cabeza, no cabría en ella nada más. He de decir que no tuve demasiado éxito. Las pastillas me atontaron, pero seguí despierta y con un terrible dolor de estómago.

Me había puesto la manta eléctrica para ver si aminoraba y veía *Lo que el viento se llevó* en televisión cuando llamó Fernando, mi padrino del Supremo. La voz debió de delatarme.

—¡Vaya, tristeza de domingo!

—¿Cómo dices?

—Que pinta domingo. ¡No sabes lo bien que conozco esa sensación! Para los que estamos solos, los domingos son terribles. Dime, ¿estás en pijama?

Balbuocé una excusa.

—O sea, que estás en pijama. No puedes seguir así, no es sano.

—No sé qué podría hacer para evitarlo. Ya me has visto, he estado bien durante el resto de la semana, mientras me encontraba ocupada. Pero ahora... En fin, me apuntaré a clases de algo...

—Si me permites un consejo, necesitas un veredicto cuanto antes. Sea el que sea. La verdad es preferible a la incertidumbre.

—¿Incertidumbre? Creo que ya está todo claro. Se ha ido y no piensa volver.

—No me refiero a eso. Tienes que saber por qué lo ha hecho.

De nuevo me asaltaron las lágrimas y hube de guardar silencio.

—¿Por qué no vas a verle? Habla con él. Escúchale... Y si al llegar ves algo que no te esperas, al menos sabrás a qué atenerte. Por el Tribunal no te preocupes: yo te cubriré.

—Te lo agradezco infinitamente, pero no sé si podría...

—Al menos, prométeme pensarlo... Dime, ¿has comido algo hoy?

—De todo, la verdad...

—Pues súbete a la cinta y corre un rato. De lo contrario, te sentirás aún peor...

Cuando colgué, estaba más animada. Miré el reloj. Eran las seis y media. Sin pensarlo mucho, abandoné el sofá y, tal como estaba, me subí a la cinta y corrí (más bien anduve a buen paso) durante media hora. Luego, me metí bajo la ducha y dejé que pasara el tiempo. En el agua, que casi estaba hirviendo, las lágrimas no dejan marca. A eso de las ocho y media, me planté unos vaqueros y un jersey de rayas (confieso que lo compré en un mercadillo callejero, de imitación, algo completamente impropio para una jueza pero que suele darme muy buen resultado), y me dispuse a salir de casa.

Estaba con la mano en el pomo de la puerta cuando sonó el timbre. No esperaba visitas. De puntillas, me acerqué a la puerta y eché un vistazo a través de la mirilla. Abrí enseguida.

—¡Iturri! ¿Qué haces aquí?

Juan vestía media sonrisa y olía a colonia. Llevaba un jersey de cuello redondo verde carruaje sobre una camisa azul pálida. La americana era de pana azul, con coderas. Le sentaba muy bien, como casi todo lo que se pone. Lo cierto es que estaba muy guapo.

—Venía a verte. Ayer me quedé preocupado, pero tienes buen aspecto. Pensaba que estarías peor... —Se detuvo y me miró con esa fijeza que suele emplear; Iturri posee el don de acoquinarme. Luego, sonrió al añadir—: Veo que la procesión va por dentro. Tienes los ojos como tomates.

Me encogí de hombros.

—Estoy hecha polvo, es verdad. Llevo todo el día comiendo y llorando. Y, de no ser por el pesado de Fernando, seguiría en pijama, lamentándome con Escarlata O'Hara.

—¿Y qué ha hecho tu colega para que cambies de opinión?

—Me ha dado esperanzas.

—¿Esperanzas? ¡Qué bien, qué bonito! ¡Cuánto me gustan las esperanzas y las ilusiones! —replicó sarcástico—. Venga, vámonos: te voy a llevar a cenar.

—No me apetece, Juan, de verdad. Iba a salir a pasear un poco...

—No te dejes las llaves dentro. Vamos. Tengo el coche en la entrada.

En esto, sonó el móvil. Hurgué unos segundos en el bolso sin dar con él. Suelo llevar unos bolsos inmensos. Si me cogiera un psicólogo, seguro que encontraría la

razón en mi más tierna infancia. Seguía sonando. Empecé a ponerme nerviosa. Finalmente, decidida, lo volqué sobre el sofá. Revolví entre facturas, papeles y alguna cosa que no hubiera querido que Iturri viera, hasta que lo localicé. No era Jaime, sino un tipo llamado Raúl que se había equivocado.

Salimos de Madrid y nos dirigimos a la Sierra. No me acuerdo de cómo se llamaba el hotel, pero sí de que el *creativo* entrecot que nos sirvieron estaba duro como un leño. También recuerdo que Iturri se bebió él solito la botella de reserva de Cune y que, a los postres, pidió L'Esprit de Courvoisier.

La noche era agradable. Salimos con las panzudas copas a la terraza y nos sentamos en uno de los sofás, para que Juan pudiera fumarse una pipa, ya que dentro no estaba permitido. Mientras llenaba la cazoleta con una buena dosis de tabaco, di un sorbo a mi copa. Al notar cómo el calor atravesaba mi garganta y bajaba hasta el estómago, me entró la tos. No estoy acostumbrada a bebidas tan fuertes. Iturri torció el gesto, mordaz.

—No te burles —le pedí—. No todos contamos con tu experiencia.

Se ofendió, con razón. Debí haberme callado. Pero estaba bebiendo demasiado. Como respuesta, apuré el coñac, llamó al camarero y pidió una segunda ronda.

—¿Algo que alegar, señoría?

Su laconismo me saca de quicio. Pero me mordí la lengua y mascullé:

—Tú mismo.

Cambió el gesto y sonrió.

—Bueno, cuéntame qué te ha dicho ese tal Fernando.

Estaba deseando compartirlo con alguien, de modo que no me hice de rogar.

—Dice que la actitud de Jaime no cuadra. Que no es lógico que se haya ido sin avisar, justo el día en que tomo posesión de un cargo tan importante...

—Y, naturalmente, eso te ha hecho sentirte la mar de bien, sin darte cuenta de que no son más que frases vacías.

Confieso que al escuchar los razonamientos de Fernando había experimentado una suerte de regocijo interior. En los días que siguieron a la marcha de Jaime, dediqué muchos ratos a repasar punto por punto nuestra vida en común. Madrugaba, me sentaba en la terraza mirando al jardín, al abrigo de una manta, cubierta con mi ajada pabela de paja para evitar que ese primer sol de la mañana llenara mi cara de pecas. Y allí, en aquella magnífica soledad, paseando una y otra vez por mi colección de recuerdos, no encontré razones que justificaran su marcha.

Debo decir que, después de varios intentos, había logrado hablar con él. Me dijo que estaba a punto de entrar en una conferencia, que lo sentía pero que no se podía entretener. Me invadió una profunda tristeza y una inmensa perplejidad, porque, pese a darme con la puerta en las narices, volvió a llamarme Lolilla, otro lapsus que me confundió por completo.

Juan me sacó del ensimismamiento. Me había cambiado la copa porque la suya ya estaba vacía.

—Lo admito: a mí también me ha sorprendido. Pero si se incluye el otro factor...

—¡Y dale! Estás muy pesado, Iturri.

—Es lo que hay, hija. Las estadísticas no mienten: unas buenas tetas son el factor decisivo en la mayoría de los casos de rupturas matrimoniales no previstas y de desapariciones súbitas.

—Lo sé, pero Fernando me ha recordado que hay otras estadísticas que aseguran que los buenos padres (pongamos esa expresión entre comillas) que se largan con las vecinas, secretarias o ayudantes se vuelcan con sus hijos. Es por la culpabilidad —añadí—. Sienten remordimientos que combaten llenándoles de regalos y atenciones. Pero da la casualidad de que Jaime no ha hecho nada parecido, ni siquiera con María, su ojito derecho...

—Hasta que tengamos más datos, debemos seguir apostando por las tetas, Lola. Tienes que reconocer que las hay estupendas, naturales y artificiales, pequeñas y extragrandes, para todos los gustos. Es posible que Jaime se haya enamorado tan perdidamente que no le importen ni sus hijos...

Debió de ser tal la cara que puse que Juan se sintió en la obligación de disculparse. Apoyó la pipa en el cenicero y se volvió hacia mí. Como si sólo él y yo orbitáramos en el universo, me cogió las manos. Yo las tenía frías, así que se quitó la americana y me la echó por los hombros. Luego, me habló con insospechada ternura.

—Si eso es lo que ocurre, es preferible que lo sepas. Creo que tu amigo tiene razón: cuanto antes, mejor. Así podrás rehacer tu vida. Te ayudaremos... Yo te ayudaré...

Me arranqué enfadada la chaqueta y se la devolví. Con el dorso de la mano sequé las lágrimas, que habían empezado a rodar por mis mejillas y le espeté:

—Es posible que haya alguien, pero también que no lo haya...

Nos quedamos en silencio. Iturri se abrigó de nuevo, apuró la copa (mi copa), se reclinó hacia atrás y volvió a su mutismo.

—Quiero irme a casa... —le dije al cabo de unos instantes.

No me contestó. Se había quedado dormido.

—¡Maldito seas, Iturri! ¿Y ahora qué hago?

Estábamos en un hotel. Podía coger una habitación y acostarle. Pero la sola idea me hizo marearme. Lo zarandeeé hasta que despertó. Pagué (que la carne estuviera dura no bajó el astronómico importe de la factura) y fuimos a buscar el coche, que habíamos aparcado en el garaje del hotel.

Se suponía que Juan iba a llevarme a casa, pero los papeles se invirtieron nada más cerrarse la puerta del ascensor del hotel, momento en el que Iturri me abrazó. No era nada erótico sino una simple llorona fruto del coñac, o acaso de la mezcla (cava, vino, coñac y lo que trajera puesto), porque doy fe de que él aguanta lo que habíamos bebido esa noche y mucho más. Mientras bajábamos al garaje (habíamos aparcado en el sótano segundo), fue diciendo lo que uno dice en estos casos: «Cuánto te quiero», «No puedo vivir sin ti», «Soy un desastre», «No sirvo para nada», «Esta vida es una mierda», y otras lindezas que no recuerdo... Bajo los efectos de esa desinhibición que provoca el alcohol, mencionó también a una tal Beatriz, que vivía en París y trabajaba para alguna agencia estatal española. Reconozco que me escoció durante unas milésimas de segundo (quizá un poco más) y que con toda la intención le tiré de la lengua. Es más, al enterarme de que se trataba de una bibliotecaria, me alegré muchísimo, acaso porque ese dato me proporcionaba munición para muchos meses, ya que conozco a bibliotecarias muy poco atractivas...

Cuando el ascensor se detuvo, me las arreglé para quitarle las llaves: no estaba en condiciones de conducir. Protestó airadamente durante unos segundos. Me habría dado igual que lo hubiera hecho durante horas: no podía exponerme a que atropellara a alguien, o a que nos pararan en un control de alcoholemia, le hicieran soplar y nos inmovilizaran el vehículo. El titular del periódico sería mucho más succulento que el de mi tropiezo en la toma de posesión.

Me puse al volante; él se sentó a mi lado, echó la cabeza hacia atrás y se adormeció. Hasta que salimos del garaje lo único que me preocupó fue no rozar el coche mientras subía las dichas rampas, que parecían diseñadas para fastidiar a mujeres que, como yo, no conducen a menudo. Ya a ras de suelo, bendito suelo que conoce lo que es la línea recta, caí en la cuenta de que no sabía qué dirección debía tomar. Ignoraba dónde vivía. Nunca había (he) estado en casa de Iturri. Me hubiera gustado conocerla. El sitio donde vives dice mucho de ti. Pero no tenía ese dato. Entonces fue cuando constaté algo obvio en lo que nunca había pensado: lo poco que sabía de aquel hombre que dormitaba a mi lado. Juan seguía siendo para mí una incógnita, mientras que yo era para él un libro abierto.

En realidad, la intimidad entre Iturri y yo no ha dado para gran cosa. Su hieratismo no lo pone fácil: no suelta prenda. Yo soy expansiva, más dada a hablar de mis cosas, pero con Jaime de por medio había procurado cerrar la boca. De forma que, en una amistad de cerca de una década, nuestra lista de confianzas no ocupaba demasiadas líneas. Nos hemos limitado a vivir cosas juntos, y a dar por sentado que

esa caterva de situaciones estresantes nos unían. Aquella extraña situación, empero, me abrió los ojos. ¿Qué demonios sabía yo de Juan Iturri aparte de su nombre, su apellido y la inteligencia contenida en sus felinos ojos verdes? Nunca me había hablado de su infancia, ni de su familia. No me había dicho dónde vivía y, por descontado, había ocultado cualquier dato sobre el auténtico Juan Iturri, el hombre que tenía encerrado a cal y canto en esa dirección desconocida. Juan y su cremallera. Si hubiese sido un espía dormido al servicio de los rusos o un extraterrestre infiltrado, no me habría enterado. Y, sin embargo, hubo épocas en las que pensé que le quería casi tanto como a Jaime..., épocas en las que soñé con estar en sus brazos. ¡Yo sí que necesito una cremallera para el corazón!

Barrí esos pensamientos y le zarandé un par de veces.

—¡Mierda, Iturri, dime dónde vives!

Cambió de lado la cabeza, pero no dijo ni pío. Unas luces me enfocaron por detrás. Estaba en la puerta del garaje e impedía la salida a otro vehículo. De modo que emprendí el único camino que podía tomar: el de mi casa. Hacía buena temperatura y el cielo estaba estrellado. Bajé la ventanilla y traté de disfrutar de la noche, pero no fue fácil. Para empezar, el coche de Iturri es automático; el mío, manual. Tras dos frenazos, me vi en la obligación de poner los cinco sentidos. Pero había algo más importante en lo que pensar: qué hacer con Juan. Porque estaba sola en casa.

«Lo mejor será darle un café y, cuando confiese su dirección, meterlo en un taxi», me dije.

Vivo en una urbanización de las afueras. Tardamos poco más de veinticinco minutos, en los que Iturri no se movió. Al llegar, aparqué el coche y sacudí a Juan hasta lograr que bajara. Luego, sujetándolo por el brazo, recorrí el pequeño jardín delantero. Al llegar a la entrada lo dejé apoyado en la pared mientras localizaba el llavero en el bolso. Fue casi tan difícil como meter la llave en la cerradura. La luz del porche estaba encendida, pero era muy tenue. Además, no llevaba las gafas y no veía bien.

Cuando por fin logré abrir y me di la vuelta para recogerlo de donde lo había plantado, Juan se abalanzó sobre mí. Estaba tan cerca que le oía jadear. Yo también empecé a respirar entrecortadamente. Mi corazón andaba perdido en el pecho, buscando argumentos convincentes para no desbocarse. Y, como me ocurre con el bolso, me costaba encontrarlos.

En circunstancias como ésta resulta difícil apelar a la razón o a la prudencia, por no hablar de las buenas formas o las convicciones profundas. Un amasijo de emociones contradictorias hervía con fuerza en mi estómago. Unas me decían que ni se me ocurriera, otras que adelante. Pero todas remarcaban cómo de dura puede llegar a ser la soledad. Estaba sola, y esa sensación no me gustaba. ¡No soportaba estar sola! Ese vacío que tanto daño me hacía se quitaría simplemente dejando que pasara lo que tenía que pasar. Sólo tenía que disfrutar de su abrazo, de su compañía, de sus besos...

Cerré los ojos y noté su avance. Pero inmediatamente advertí el olor de coñac en su aliento y, sin necesidad de verlo, el brillo en sus ojos. Conocía en qué estado se encontraba. He visto en varias ocasiones ese aire decadente que invade a Juan cuando va bebido. El mismo Juan cuyo domicilio me era desconocido.

La razón volvió como por ensalmo. Al menos, me volvió a mí, porque Iturri me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia sí hasta que no hubo aire entre nosotros.

—¿Me invitas a la última, Lola?

—Juan, no empieces. Estás borracho...

Puse las manos en su pecho, para mantenerle a raya. Se aferró a mi cintura.

—¿Qué pasa? Somos adultos; yo, soltero; tú, abandonada. ¡Sí, no me mires así: ése es tu nuevo estado civil! ¿Cuál es el problema entonces? ¿Por qué no podemos tomarnos una última copa y pasarlo bien? Porque tú me quieres...

Su mano bajó de la cintura e inconscientemente pensé en la ropa interior que me había puesto: no lo recordaba. Mejor, no hacía ninguna falta.

Con ademán condescendiente, el mismo que se emplea con los niños, le aseguré que sí, que era mi mejor amigo, y empujé la puerta.

—Mejor te daré un café.

—No quiero café, quiero terminar esto ahora...

—Café, y llamaré a un taxi para que te lleven a casa, vivas donde vivas...

—Estoy bien.

—No, no lo estás. ¡Y estate quieto, pareces un pulpo!

Metió la mano en el bolsillo de mi vaquero. Perdí la paciencia y levanté la voz.

—¡He dicho que no! ¡Y suéltame de una vez!

En aquel momento, por el callejón que rodea mi casa, habitualmente desierto, apareció uno de los vecinos, que había salido con su perro a tirar la basura. El chucho, una cosa pequeña y fea que parece una rata, se puso a ladrar. Ladra como un perro afeminado, pero es capaz de despertar a toda la manzana. El vecino se fijó en nosotros lo suficiente para constatar que aquel hombre no era Jaime.

—¿Todo bien, Lola? ¿Necesitas ayuda? —me gritó. Iturri se dio la vuelta. Por un momento pensé que le increparía. Pero se mantuvo callado y bajó los brazos.

—Todo bien, gracias.

De perdidos al río. Lo metí dentro y lo llevé (más bien lo arrastré) al cuarto de Jaime. Al ver la cama se lanzó sobre ella sin dudarle y se quedó dormido boca abajo, con medio cuerpo fuera. Paseé unos instantes alrededor de la cama. Luego, me senté en la descalzadora y sopesé la controvertida decisión que acababa de tomar. No sé para qué: el mal estaba hecho. No había vuelta atrás: hiciera lo que hiciera, al día siguiente sería la comidilla del barrio. El chascarrillo llegaría al Tribunal a finales de semana. Y probablemente tendría dos efectos contradictorios: para un sector me volvería considerablemente más progre, y para el otro menos de fiar. No obstante, lo que estaba claro era que todos me verían más vulnerable.

Tengo un largo historial, para qué negarlo. Meto la pata con facilidad,

especialmente cuando tomo decisiones sin pensar, como era el caso. Un amigo empresario, banquero para ser más exacta, asegura que la agilidad en la toma de decisiones es una virtud. Que a él sólo le preocupa que el porcentaje de aciertos supere el de fallos. Yo sólo tomo ese tipo de decisiones cuando la sangre me bulle en las venas, y tengo la certeza de que, en esos momentos, los fallos ganan por cinco a uno. Por eso, siempre intento pensarlo dos veces antes de emprender con urgencia acciones difíciles.

En aquella ocasión no había sopesado pros y contras, pero tuve la seguridad de haber acertado.

La posición en que Iturri había caído era, a todas luces, incómoda. Se levantaría con el cuello molido, por no hablar de la ropa, que quedaría hecha un ocho. Me dije que debía darle la vuelta y quitarle, al menos, la americana y los pantalones. Así, cuando se levantara (esperaba que lo hiciese pronto) podría marcharse sin dar a la gente más motivos para especular (evitar la palabra «orgía» me parecía vital en aquel momento).

No sabría decir exactamente cuánto pesa Juan, pero no debe de ser poco. Me saca un palmo de altura y tiene una complexión atlética. Sin embargo, no me costó demasiado darle la vuelta. Empecé por zarandearle; luego pasé a las cosquillas. Sumido en los vapores del alcohol, empezó a maldecir, a soltar obscenidades (me tomó por una gitana que pretendía robarle la cartera) y a moverse para tratar de defenderse. Milagrosamente, se dio la vuelta sin caerse de la cama.

Tuve más dificultades cuando traté de desvestirle. Los zapatos salieron solos, pero no pude hacer nada con la americana. Era estrecha, y Juan tiene unos brazos larguísimos, que no cesaban de abrazarme o, alternativamente, de darme manotazos. Lo dejé por imposible y me dediqué a los pantalones.

Lo de desabrochar una hebilla, soltar un botón puñetero y bajar una cremallera es un proceso técnicamente sencillo. Salvo que yo estaba acostumbrada a hacer ese tipo de cosas con otra persona. Durante el tiempo que duró la operación no pude evitar el recuerdo repetido de Jaime ni las lágrimas. Quizá nunca más volviera a estar bajo aquella colcha con él. Quizá Jaime, en ese momento, ni siquiera tuviera los pantalones puestos.

Estuve a punto de dejar a Juan como estaba. Pero Iturri tenía un aspecto tan lamentable que decidí terminar aquella muda manifestación de amistad. Eso sí, lo hice con los ojos cerrados, mientras la figura de Jaime iba tomando forma en medio de la cama. Cuando los abrí de nuevo, la imagen se evaporó al instante. El tirón había dejado a la vista sus calzoncillos... ¡Dios mío, qué poco conocía a ése hombre! De habérmelo jurado, no me lo hubiera creído. ¡Ni en los más sórdidos sueños hubiera imaginado un modelo así! Eran..., eran... En fin, que me eché a reír a carcajadas. Juan soltó un eructo y se dio media vuelta.

La parte de atrás era casi peor que la delantera, pero en lo que me fijé en ese momento fue en el calcetín agujereado. No era un agujero pequeño, sino un tomate

tan grande que parecía de ensalada. Ese detalle me provocó una oleada de ternura. Y me recordó que, por encima de cualquier otra consideración, conociera o no su domicilio, supiera o no el nombre de su madre, o su extraño gusto para la ropa interior, Juan era mi amigo. Dijeran lo que dijeran las normas de urbanidad y el buen nombre, un amigo es un amigo. A un amigo no se le juzga, se le quiere. Por él has de olvidarte del qué dirán, de la vecindad y hasta de la honra.

Colgué sus pantalones en el galán de Jaime y lo arropé con la colcha. En medio del silencio, se oía el rítmico sonido de su respiración. Me acerqué y pasé mis dedos por su barba. Me encanta su barba. De pronto, me sentí tan incómoda que abandoné la habitación a toda prisa. En mi huida, pues de eso se trató, tropecé con el galán y los pantalones cayeron al suelo. Al recolocarlos, me di cuenta de que unos folios doblados en cuatro partes se habían caído del bolsillo.

Los recogí... Naturalmente, me pudo la curiosidad y me los llevé.

Salí cerrando la puerta suavemente.

Me dejé caer en el sofá del salón. Me sentía como si me hubieran dado una paliza.

Tenía que pensar en lo que iba a hacer, pero no tenía ganas. De pronto, me fijé en los folios que llevaba en la mano. Me levanté, recuperé las gafas del bolso y me puse a leer.

Se trataba de uno de los relatos colgados en un blog escrito en inglés, del que Juan me había hablado. No cabía duda de quién lo firmaba.

De: Mission

Para: Magister

Asunto: Número uno

El piloto aguarda paciente a los pies del esbelto aparato pintado de blanco. Tiene una sonrisa de compromiso en los labios y lleva la gorra azul bajo el brazo. Es un tipo alto y fornido, de tez olivácea y gesto condescendiente. Viste traje oscuro y corbata. Pese a que sus dientes, recientemente blanqueados, brillan con los últimos rayos de sol, no está contento. La razón no estriba tanto en la espera, que se alarga, cuanto en el cielo, que se oscurece con rapidez. Las predicciones son unánimes: señalan tormenta y gran carga eléctrica.

Es un buen aparato, fabricación italiana, uno de los mejores que ha pilotado, y eso que tocó muchos cuando trabajaba para el ejército. Su apodo lo dice todo: lo llaman «el Ferrari del aire». La casa asegura que el Augusta es capaz de acometer las condiciones más extremas, pero a él no le gusta la pinta que tienen esas nubes. Por eso está inquieto. Deberían haber salido hace rato.

De haber sido por el señor V, estarían en el aire. Lleva unos quince largos años a su servicio y sabe que es un hombre de puntualidad germánica, casi maniática. El fax que ha recibido por la mañana decía que despegarían a las seis, por eso ha llegado pronto. El aparato estaba dispuesto desde las cinco y media. Si hubieran seguido el plan previsto, habrían aterrizado en Buenos Aires antes de que la tormenta hubiese estallado. Pero el jefe no viaja solo... Y a ella le gusta hacer esperar a todo el mundo.

En este tiempo, le ha conocido tres esposas, a cual más estúpida. Parece mentira, por extraño, que un hombre de probada inteligencia pueda tropezar tantas veces en la misma piedra. E incluso empeorar, porque ésta es, con diferencia, la más insoportable de las tres. Tiene treinta años, más o menos, y pinta de estar cosida y recosida. Fue Miss Argentina, como la primera, pero ahora parece un pastiche, con esos labios gordos como cerezas. Por no hablar de los pechos, que recuerdan a ubres que ruegan que alguien las ordeñe. En público, la mujer se muestra como se espera de alguien de su clase: boba, soporífera, cargante en su tono afectado, casi ridículo. Pero, en alguna ocasión, al piloto le ha tocado llevarla sin su marido, o sola o con su madre, una insoportable mujer con cara de velatorio perpetuo. Por esos viajes sabe que lo suyo es faena de aliño. El señor V debería andarse con cuidado, ahora que está embarazada. Con un nuevo heredero en ciernes, esa arpía puede tener tentaciones peligrosas...

El viento sopla y eso le preocupa. Por eso recibe con alivio el sonido del motor del automóvil. Son ellos. «¡Por fin! —piensa, mientras se cala la gorra y rehace la sonrisa—. Con un poco de suerte podré sortear la tormenta».

Del coche desciende primero el señor V. Viste atuendo informal y mal humor. No es de extrañar, con tamaño retraso. Le sigue la suegra, pasada de kilos y de brillantes, como si la hija no fuera suficiente carga. No piensa en el peso (el aparato está preparado para dos tripulantes y seis pasajeros), sino en la concentración de brujas. La mujer baja en último lugar, con sus botas de piel de cocodrilo y su estúpido perro en brazos. ¡Menuda birria! Parece una rata con lazo.

La mujer camina haciendo ruido con los collares hasta que llega a su posición. No le mira, ni

siquiera le da las buenas tardes, pero le suelta al chucho como si fuera un fardo. El chófer trae la jaula detrás.

«¡Yo soy el piloto, imbécil, no el veterinario!», piensa con indignación, pero finalmente se traga la queja y no dice nada. Lo mete entre rejas y se lo entrega al mecánico, que está a su lado cargando los demás bártulos. No le conoce. En el corto rato que lleva allí, no ha abierto la boca. De hecho, es la primera vez que le ve: debe de ser nuevo. ¡Las malditas reducciones de costes! Contratan a cualquiera con tal de ahorrarse dos chavos.

Olvida ese pensamiento y mira al cielo, negro como un mal sueño; empieza a gotear. «No deberíamos volar», piensa. Definitivamente, la tormenta se encrespa. Pero cualquiera se lo dice a estas alturas, y con el mal genio que traen. Por ello se calla, aunque sabe que no debería hacerlo. Mientras asciende por la escalerilla metálica piensa en el viento, aunque lo que se oyen son los ladridos del maldito perro, que tiene miedo a volar, y las protestas del señor V, que está harto de aquel atajo de parásitos.

Sentado en la cabina, el piloto maldice en voz alta: en lontananza se empiezan a ver algunos destellos amenazantes. Lo que parece inofensivo, pero no lo es, es el bolso de mano que el mecánico introduce junto al resto del equipaje en el compartimento de carga, que está separado de la cabina, y el pequeño mando a distancia que se halla en el bolsillo derecho de su mono grasiento.

Las hélices se ponen en movimiento. Primero despacio, luego a buen ritmo. Las dos turbinas Pratt & Whitney de control automático suenan como música celestial. El piloto se tranquiliza: el aparato es una belleza. Suave, manejable, ágil... Comienza a elevarse. Su velocidad de ascenso es envidiable, alcanza los nueve metros por segundo. Una ráfaga le zarandea, pero logra estabilizarlo con facilidad y todos recuperan la calma, salvo el perro, que ladra como si lo estuvieran sacrificando. El piloto busca la velocidad de crucero y enfila hacia la capital. Su techo de servicio es de casi seis mil metros. Aunque nunca alcanzará esa altura, ni siquiera la mitad.

En tierra, el mecánico se dirige al hangar y allí aguarda a que el chófer de la limusina se aleje. Luego saca del bolsillo el pequeño aparato cuadrado. Lo sostiene en la mano, lo acaricia. Finalmente, cierra los ojos. No mira hacia atrás mientras aprieta el botón oscuro, ni tampoco después, cuando se oye la explosión. Mientras los empleados de seguridad salen a la carrera, se deshace del mono de trabajo, coge su coche, aparcado cerca, y se aleja.

¡Qué pena de helicóptero! El señor V debería haber contestado al teléfono. Hubiera sido más fácil. Y menos cruento.

Lo único que sentí al leer el relato fue sueño. Me metí en la cama.

Desde que mi marido se fuera, a menudo me despertaba en plena noche bañada en sudor, con las manos temblorosas y el rostro desencajado. El protagonista de mi sueño desabrido era invariablemente Jaime. Su cuerpo aparecía boca abajo, con los brazos en cruz, flotando en una enorme piscina que verdeaba llena de hojas y restos de poda. El agua que rodeaba su cabeza aparecía rojiza, sanguinolenta. Aturdida por la reiteración de aquel sueño, formulé cientos de conjeturas sobre qué podía significar. Llegué incluso a sopesar que se tratase de una especie de venganza: quizá mi subconsciente deseaba verlo muerto o, de algún modo, yo misma tenía ganas de matarlo. Intentaba paliar como podía aquel pensamiento, que para mí era todo un calvario, pero lo lograba a duras penas.

Aquella fue una de esas noches. Como en otras, me incorporé sobresaltada, temblando. Esta vez, sin embargo, tenía otro sabor en la garganta. La sensación, distinta, me señalaba que mis interpretaciones anteriores podían ser erróneas. Quizá no era yo quien deseaba hacerle daño. Quizá (como sugería Fernando) había una explicación. Era muy temprano, pero el realismo del sueño me impidió volver a dormirme. Además, me notaba especialmente cansada, como si estuviera incubando una gripe. Me levanté y me dirigí a la cocina. Procuré no hacer ruido. Juan continuaría durmiendo.

Puse un vaso de leche desnatada con Nescafé en el microondas y un par de galletas en un plato. Mientras la leche se calentaba, me acerqué al baño, donde guardo las aspirinas. Allí me topé con el espejo. Al ver mi rostro reflejado, me sorprendí. Era la pura estampa del desaliño. Con el sudor, mi melena corta se había convertido en un manojo de caracoles. No me había quitado el maquillaje y una mancha oscura cubría mis enormes ojeras.

Por un instante, me asaltó la idea de que no tendría nada que hacer si finalmente era cierto que había otra mujer. Cogí un algodón y me quité con rabia los restos del rímel, lo que dejó al descubierto mis patas de gallo. Sin embargo, sonreí. En mi fuero interno, algo me decía que no había otra mujer. Recuperé la taza y salí a la terraza.

Aún no había amanecido, pero la temperatura era agradable. Sólo hacía algo de fresco. Me dejé caer sobre el sillón. Levanté las piernas y las rodeé con los brazos. Me gusta esa extraña posición. La luz de las farolas me ofrecía una vista borrosa de mi rectángulo de césped. Me di cuenta de que pedía a gritos una poda (de eso se ocupa Jaime), pero resultó toda una terapia. Decidí que iría a hablar con él. No podía quedarme sentada aparentando llevar una vida normal.

Cuando me llevé el café a la boca ya estaba frío. Entré a calentarlo y de paso cogí

el ordenador. Me conecté a Internet y busqué un pasaje para Boston. Iberia tenía un vuelo a las once. Sólo quedaban plazas en clase preferente, a precio de oro, pero la ocasión lo merecía. Sin pensarlo dos veces, compré un pasaje y envié un correo a Fernando: «Salgo para Estados Unidos esta misma mañana. Gracias por todo. Espero volver dentro de un par de días. Te llamaré».

Olvidé el café, me levanté y volví a mi habitación para preparar el equipaje y avisar a mis escoltas. Pero antes contemplé de nuevo mi pequeño jardín, ya con las primeras luces del alba. No era gran cosa. El césped tenía varias calvas y zonas en las que crecían las malas hierbas y unas pequeñas flores amarillas. Las hortensias se habían abrasado el año anterior y los minúsculos brotes presentaban mal aspecto; el cerezo no crecía. Pero era mío. Como Jaime. Iba a conseguir que volviese.

Estaba metiendo un par de mudas en la maleta cuando sonó el teléfono. Faltaban unos minutos para las siete. ¿Quién podía llamar tan temprano? Iba a salir para contestar, pero dejó de sonar. Deduje que se habían confundido. Unos instantes después oí unos golpes en la puerta. Me dio un vuelco el corazón. Me quedé quieta, muda.

—Lola, ¿estás visible? ¿Puedo pasar?

Iturri. Su voz sonaba pastosa. Me puse una bata sobre los hombros, me acerqué a la puerta y abrí. Tenía un aspecto lamentable. Las piernas al aire, los calcetines bajados. En la americana se apreciaban restos de vómito. Menos mal que la camisa tapaba parte de sus vergüenzas rojo pasión.

—Te llaman por teléfono, Lola. Lo siento, estaba desubicado y he contestado... Espero no haberte puesto en un compromiso...

No pudo seguir y yo no supe qué decir. Resultaba embarazoso. Tomé el aparato que me tendía. Al otro lado, durante unos instantes sólo hubo silencio. Luego, oí una voz conocida.

—Lola, soy Fernando... Dime, por favor, que quien ha cogido el teléfono no es tu *amigo* Iturri, sino un primo lejano que está de paso...

La forma en que pronunció la palabra «amigo» me molestó. Se me clavó en la piel, como una espina de cactus e hizo emerger a la pelirroja agresiva que llevo dentro.

—No te has confundido, es Iturri. ¿Por qué?

—Pero ¿te has vuelto loca? ¡Estás enamorada de Jaime! Me envías un *e-mail* diciendo que vas a buscarle y, en el intermedio, te acuestas con ese policía... Lola, no sé qué te está ocurriendo, pero debes pensar bien lo que haces. No es propio... Tú no eres así.

Tragué saliva. Me volví. Juan seguía en la puerta, apoyado en la jamba, con cara de desolación. Hablé con voz pausada, pero firme.

—Te agradezco tu preocupación, Fernando. De no saber que lo haces pensando en mí, te colgaría de inmediato, porque precisamente tú deberías saber lo difícil que es juzgar a los demás...

—Cierto, pero un amigo debe decir lo que ve aunque sea desagradable...

—Los amigos, por encima de todo, confían. Como bien decías ayer, a veces las apariencias engañan...

—Si te he juzgado mal, lo siento muchísimo. Pero he llamado a tu casa tempranísimo y me ha cogido el teléfono un tipo que te tira los tejos. Porque eso se ve a la legua, lo mismo que tu... En fin, ¿qué hubieras pensado en mi lugar?

—No lo sé, probablemente lo mismo. Pero ambos nos hubiéramos equivocado. Iturri está aquí porque...

Me detuve. De nuevo, me picó el orgullo. Pensé, y era cierto, que no tenía que dar explicaciones.

—Lola, lo siento muchísimo... En fin, sólo llamaba para saber si quieres que te acompañe a Boston... Por si te topas con algo que no esperas...

—No hace falta, gracias.

—¿Me perdonas, Lola? Díselo también a Juan... Soy un estúpido...

—No hay nada que perdonar, Fernando. Gracias por el ofrecimiento.

Colgué. Luego me dirigí a Iturri.

—Date una ducha. En el armario de la habitación tienes ropa de Jaime y toallas. Supongo que sus camisetas te quedarán estrechas, pero no puedes salir así. Tus pantalones están en el galán. Te los quité anoche para que no se te arrugaran. Voy a vestirme y a preparar café. Te espero en la cocina.

—No sabes cómo lo siento. El coñac... En fin, que no puedo beber...

—No te disculpes. Ve.

—Lola, no me acuerdo de nada... ¿Me puedes decir qué pasó ayer?

No respondí a su pregunta.

—Te espero en la cocina. Tenemos que hablar. Hace mucho que tendríamos que haberlo hecho.

Cuando salió terminé a toda prisa la maleta (demasiado de prisa, como luego pude comprobar), me puse unos vaqueros, unas botas y la chaqueta de terciopelo negro que tanto le gusta a Jaime, y fui a la cocina. Encendí la cafetera. Con Juan, el Nescafé no hubiera funcionado. Al rato apareció. Iturri volvía a ser Iturri.

—Gracias por la ropa. Por cierto, la goma de la ducha está picada y pierde mucha agua. He dejado perdidos el baño y la primera camiseta que me había puesto.

Me di la vuelta. Le acerqué una taza y el azúcar; yo me quedé con la leche: Iturri lo toma solo.

—Siéntate. Venga, tómate un café...

Obedeció sin rechistar. Se sirvió tres cucharadas de azúcar.

—Lola, no sé cómo pedirte perdón. Ayer...

Le interrumpí.

—Lo de ayer no tiene importancia. Pero hay algo de lo que debemos hablar. Tengo que disculparme si me has interpretado mal... Rectifico, no se trata de eso. Verás, no me había dado cuenta hasta ahora, pero hace años que vengo nadando entre

dos aguas; quería a Jaime, pero sabía también que tú siempre estabas allí... Me resultaba muy estimulante saber que tú... En fin... Me halagaba, me hacía sentir joven, guapa, deseable...

—Lola...

—No, déjame terminar. Tienes que saber que no te quiero. Ni siquiera sé quién eres. ¡Por todos los santos, ayer no supe adónde llevarte! ¡No sé ni dónde vives! A lo que iba: he alimentado tu esperanza en mi beneficio, sin pensar en que lo único que iba a conseguir era hacerte daño a ti y a mi matrimonio. Jaime lo advirtió hace años. Pero dejó que yo me diera cuenta sola de lo que ocurría. Anoche lo hice... No podemos seguir así. Si no somos capaces de ser amigos, si no podemos dejar de soñar tonterías, es mejor que no volvamos a vernos. Porque, en otro caso, un día como ayer, o como hoy, terminaríamos en la cama... Y yo perdería a Jaime, y tú no ganarías nada...

—No quiero perderte. Eres lo más importante que...

Negué con vehemencia.

—No es cierto. ¿Recuerdas aquel expediente del Banco Mundial? Tuviste que escoger entre tu carrera y mi cariño, y elegiste lo primero... Estuve un año sin hablarte. No te echo nada en cara, yo he optado por Jaime y mis hijos muchas veces, sin pensar en cómo te afectaría a ti; lo único que digo es que las cosas no son como las pintas... Seamos claros: entre nosotros sólo puede haber dos tipos de relación: la lujuria o la amistad. Te pido de todo corazón que me ayudes a ser tu amiga. Sólo tu amiga... ¡Por favor!

En aquel momento sonó un pitido. Un mensaje. Iturri sacó el móvil del bolsillo y lo leyó. Noté de inmediato cómo su gesto cambiaba.

—Es Joe, desde Washington. Dice que sintonicemos las noticias en el canal internacional.

Fuimos al salón. Encendí la televisión y lo busqué. Nos sentamos, expectantes. Escuchar aquellas frases me dejó helada.

«Abrimos este telediario con una noticia de última hora que, al parecer, puede explicar en parte la caída de las Bolsas de Tokio y Nueva York. Según un teletipo de la agencia EFE, Tashi Tanizaki, considerado uno de los hombres más ricos de Japón, ha fallecido esta noche en su casa de la costa de Ishikawa. No ha trascendido la causa de la muerte, pero varias fuentes aseguran que padecía un cáncer. Según el último listado publicado por la revista *Forbes Asia*, la fortuna de Tanizaki ascendía a ocho mil quinientos millones de dólares. El fallecido era presidente del grupo GlolaKia, un emporio del textil, la informática y la comunicación. Según la citada revista, la carrera de este ingeniero de cincuenta y nueve años se inició con la creación y venta de un sistema informático. Empleado inicialmente en los simuladores de vuelo, posteriormente su uso se extendió a los videojuegos domésticos, nicho de mercado en el que cosechó sus mayores éxitos. Con el tiempo, el señor Tanizaki diversificó sus intereses y gracias a ello levantó un imperio. Los analistas creen que sus empresas

siguen siendo sólidas. Sin embargo, estiman que su enorme personalidad era la que sostenía el liderazgo y la innovación del grupo, y de ahí el desplome de las Bolsas. Soltero, en los últimos tiempos había reconocido a una hija ilegítima en un país africano que probablemente heredará toda su fortuna. Les ampliaremos la noticia en los próximos boletines informativos».

Inmediatamente, me volví hacia Iturri, que ya comentaba la noticia.

—En su última carta, Rodrigo aseguraba que moriría un hombre naciente. Podría referirse a un japonés. Japón es el país del Sol Naciente. Además, nos advirtió de que tendría mucho dinero y un buen ordenador...

—Pero acaban de decir que padecía cáncer.

—¿Tú te fías de los periodistas y los *brokers*?

Me tambaleé. Todo empezaba de nuevo.

Iturri me sujetó las manos.

—No te preocupes, lo arreglaremos...

Me solté.

—Lo que me preocupa es que no me has escuchado.

—Te he escuchado, perdona. Me puse de pie.

—A las once de la mañana cojo un vuelo para Boston. Me voy a buscar a Jaime... ¿Puedes ayudarme a arreglar el trámite de la embajada? Creo que hay que hacerlo con antelación. Si no puedes, me las arreglaré sola.

—Haré algo mejor. Iré contigo. —Enarqué las cejas, como pidiendo una explicación—. Buscaremos a tu marido. Luego iremos a ver al doctor Wilson. Su hospital está a pocos kilómetros de Boston. Tenemos que detener esta sangría.

—Ni hablar.

—Te veo en el aeropuerto... Por cierto, lleva esos folios que me robaste anoche del bolsillo del pantalón...

Milagrosamente, embarcamos a la hora prevista. Nada más ocupar nuestros asientos, una azafata de gestos amables vino a ofrecernos cava y zumo de naranja. Era temprano, pero acepté el cava. No bebo. No por nada. Es que engorda... Creo que cuando nací, en vez de partida de nacimiento me dieron un menú de mil calorías. Pero, qué demonios, en aquel momento me daba lo mismo. Con mi nuevo corte de pelo, unos vaqueros y la cara lavada me sentía otra persona. Podía pasar fácilmente por una artista irlandesa en busca de inspiración. Además, tras la conversación con Iturri la enorme losa de la espalda se había evaporado. Dejó un hueco, desde luego, un espacio que ya nunca llenaría, pero me sentía liberada y contenta. Por el contrario, Juan, que estaba sentado a mi lado, parecía hundido, cabizbajo. No dudé ni un momento: le pesaba la resaca. Bebía demasiado. A veces, como si la vida le fuera en ello...

Acepté el periódico. Ya sin complejo, saqué las gafas del bolso y empecé a leerlo mientras disfrutaba del cava. No era de gran calidad, pero estaba frío y entraba bien. Juan seguía con los ojos cerrados. Ni siquiera había aceptado el zumo.

—¿Has avisado a tu marido de que vamos? —me preguntó, sin moverse.

—El móvil estaba apagado. He dejado un mensaje en el buzón.

—¿Le has dicho que te acompaño?

—No, ¿por qué? ¿Debería?

—Depende...

—¿Depende de qué? —Cogí una bocanada de aire. No quería empezar una nueva discusión—. Mira, Juan, yo voy a Boston para ver si arreglo mi matrimonio. No hay más motivos. De modo que queda claro que vamos al mismo sitio pero no juntos...

Se incorporó, se volvió y me clavó la mirada. Parecía un zombi.

—¿Qué? —le dije.

Su gesto hostil se desvaneció de repente. Sin decir palabra volvió a su posición. Me mantuve en silencio y traté de concentrarme en el periódico. Con poco éxito, confieso. Pasados unos instantes, Iturri rompió el silencio sin abrir los ojos.

—¿Sabes a qué se refiere Rodrigo cuando habla de un cabo suelto? Yo no. ¿Sabes por qué alguien describe con todo lujo de detalles los asesinatos en un blog? Yo no. ¿Sabes qué significa asesino par? Yo no. ¿Y sabes lo más importante? Que no saberlo me pone muy nervioso. A ti te debería pasar lo mismo, porque, al fin y al cabo, a quien amenaza es a su señoría...

—Cierto: no tengo respuestas. Pero, a diferencia de ti, me importa un bledo. Está encerrado bajo llave y no puede hacerme daño.

—Pero ¿no te das cuenta, Lola, de que tenemos ya tres cadáveres? Han muerto muy lejos del psiquiátrico; eso quiere decir que Rodrigo no ha podido asesinarlos personalmente y que otra persona anda suelta por el mundo con un cuchillo en la mano. Y esa persona sabe tu nombre. No pretendo meterte miedo, pero no voy a cometer el mismo error dos veces... Y creo que tú tampoco deberías hacerlo.

—¿Qué error?

—El error de subestimar a Rodrigo. Cuando te hizo llegar su primer diario, le creíste. Y trataste de convencernos a tu marido y a mí de que era un asesino real. No te hicimos caso, y llenamos la morgue nada menos que con nueve cadáveres. Podríamos habérmolos ahorrado si hubiéramos seguido tu instinto. Esta vez no voy a equivocarme...

—Esta vez... Hablas como si se tratara de la segunda parte de aquella historia. No es así, Juan. Todo es fruto de su imaginación. Hay un tipo argentino que ha muerto en un accidente de helicóptero, y un venerable californiano masón al que le ha dado un infarto... Te aseguro que ninguna de esas cosas es obra de Rodrigo, un ser que, por si lo has olvidado, no existe...

—Te dejas al último, al japonés. Rodrigo fue muy preciso en su pronóstico: dijo que moriría un oriental, y ha sido un japonés. Dijo que sería un hombre muy rico, y está en el listado de *Forbes*. Dijo que tenía un buen ordenador, y ha resultado un empresario que fabricaba chips...

—Simples casualidades —contesté. Traté de imprimir un deje de convicción a mis palabras, algo harto difícil. De modo que seguí buscando argumentos—. Ese tipo puede haberse muerto de cualquier cosa; de cáncer, por ejemplo, como sugería la presentadora de televisión... Además, escúchame bien porque éste es el factor más importante: entre esos muertos no hay ninguna relación. Rodrigo coge las noticias de los diarios y las adoba a discreción. Y no olvides lo del orden alfabético. El apellido del primer fallecido empieza con uve, el del segundo con erre y el del tercero con te. Eso, en mi tierra, no es orden alfabético...

Iturri frenó en seco mi razonamiento.

—Lo del orden alfabético no puedo explicarlo. En cuanto a la causa de la muerte del japonés, me he informado antes de embarcar. Datos frescos y confidenciales: Tanizaki no padecía cáncer. Las autoridades dijeron eso porque temían que el pánico llegara a las Bolsas, que ya están por los suelos. Las primeras estimaciones apuntaban hacia un suicidio. Encontraron el cuerpo en la bañera. Presentaba un corte en la región anterior de la muñeca izquierda que le seccionó las venas. Una herida un poco más profunda de lo habitual, aunque no comprometió tendones ni troncos nerviosos. En dos palabras: murió desangrado... Ya ves, Lola, que el diablo vuelve a pacer a la vuelta de la esquina...

Sopesé la información que me daba. Siento verdadera debilidad por los suicidas, con quienes de alguna manera me siento identificada. Durante una época oscura de mi vida, casi me sumo al colectivo.

—¿Has dicho que únicamente presentaba una herida en la muñeca izquierda? — Iturri asintió—. Lo digo porque los suicidas suelen abrirse ambas muñecas. Es más rápido y menos doloroso... En todo caso, lo siento por él. Muchísimo. Pero, si se trata de un suicidio, no forma parte de nuestra lista...

—Tashi Tanizaki era zurdo —sentenció, sin dejarme terminar.

—¿Zurdo? No puede ser: en los zurdos las localizaciones se trasladan al lado derecho. Debería haberse abierto las venas de la muñeca derecha...

—Ahí tienes la prueba que necesitabas: nuestro hombre no se ha suicidado. Se lo han cargado. El informe preliminar menciona también pequeñas marcas en la cara palmar de la mano izquierda y otras de mayor tamaño en el borde interno del antebrazo y en ambos hombros. Estas últimas parecen dedos: heridas de defensa.

Masqué los datos hasta desmenuzarlos por completo. Y me mantuve en mis trece.

—Te estás precipitando, Juan. Supongamos que se lo han cargado. Dime, ¿eso qué prueba? ¡Nada! Un tipo con tanto dinero y tanto poder tendría muchos enemigos: novias despechadas, competidores o empleados cabreados... Lo que me preocuparía sería que descubriéramos que este hombre tiene algo que ver con el tipo del helicóptero y con el masón... —Respiré hondo, me incliné sobre él y le espeté muy seria—: ¿No me irás a decir que los tres eran pacientes del doctor Wilson?

—No había pensado en eso, pero diría que no. Cada uno vive en una punta del globo. Parece improbable que recorrieran miles de kilómetros para ir al psiquiatra. Wilson no tenía tanta fama...

—Pues eso es suficiente para mí. Te lo repito: lo último que voy a hacer en Estados Unidos es ir a ese centro penitenciario a entrevistarme con Rodrigo; con Wilson, quiero decir.

—Como quieras, Lola. En este momento me siento incapaz de mantener una discusión contigo. La cabeza me duele como si la estuvieran golpeando con un martillo.

—¿Te has tomado algo? Tengo paracetamol...

—He tomado de todo...

—¿Quieres una pastilla para dormir? Te vendría bien descansar un rato.

Aceptó con un gruñido. Rebusqué en el bolso hasta dar con un Orfidal. Se lo tomó con un sorbo de mi cava.

—Intentaré dormir, pero antes tengo que decirte algo importante...

Había puesto *esa voz*. Y no iba a aceptarlo.

—No creo que sea buen momento... Todo ha quedado claro...

—¡Déjame hablar, marisabidilla! Desde luego, dejaste clara tu posición. Ahora no estoy borracho, de modo que no tienes nada que temer... —Me disculpé con un gesto, que él no vio. Seguía con la cabeza inclinada y los ojos cerrados—. Como sé que no vas a dormir, voy a darte trabajo. ¿Puedes bajar mi cartera, por favor? No puedo moverme. La combinación es tres, cero, uno. Ábrela.

Hice lo que me pedía. Como siempre. Bajé la cartera del compartimento superior

e introduje los tres números. La cerradura cedió con suavidad.

—Ya está. ¿Qué necesitas?

—Dentro hay varios sobres. Busca uno marrón. Lleva escrito «Doctor Wilson» en una esquina.

Busqué el sobre y lo saqué. Al ver las letras mayúsculas, me puse en tensión. Se lo tendí, como si me quemara, pero no se movió.

—Dentro están los relatos que figuran en el blog. Entiendo que el primero ya lo has leído. Pero hay más...

—Te he dicho que no quiero saber nada de ese loco...

—Si quieres leerlos, léelos. De lo contrario, vuelve a guardarlos. Pero, haz lo que hazas, no me despiertes. La cabeza me va a matar...

Iturri se cubrió los ojos con el antifaz que incluía la bolsita de la compañía aérea. Reclinó completamente la butaca y se tapó con la manta. Yo permanecí en la misma posición durante un rato. La cartera sobre mi regazo y el sobre marrón en la mano. Luché para no abrirlo... Sabía que lo sensato era guardar el sobre en la cartera y ponerla en el compartimento superior. Pero también sabía que, sumisa como un cordero, o como un perro apaleado, abriría ese sobre y devoraría ávidamente su contenido, a pesar de saber lo que contenía. Porque Rodrigo sólo había nacido para hacer una cosa: matar.

Sabía lo que el blog iba a contarme porque mi trabajo me ha obligado a contemplar escenas similares. Desde luego, habría un cuerpo. Quizá en la bañera. Hundido en una agua oscura en la que reluce una cuchilla de afeitar, plateada como la luna. El resto del aseo suele estar limpio. Incluso hay un búcaro de cristal en la repisa, con un par de flores naturales, todavía frescas. Pero siempre hay una baldosa distinta donde la sangre ha dibujado un cuadro surrealista en rojo oscuro, casi negro. Quizá no fuera así y el cuerpo estuviera en el suelo, junto a un par de casquillos deformados, sobre un charco de orines con un olor ácido, que es el olor del miedo. O quizá hubiera tenido suerte y le hubiera correspondido una muerte burguesa, sobre la cama, con una colección de moscas plañideras. Las moscas nunca faltan. Sea quien sea el muerto, tarde o temprano aparecen, gordas y repelentes, e invitan a sus parientes, negros y gordos como ellas, que no saben parar quietos ante el banquete que se les presenta.

No, no es agradable ver un cadáver en su salsa. Nunca logras acostumbrarte. Creemos estar curtidos porque vemos las secuencias en televisión, repetidas una y otra vez. Pero en persona es muy distinto. Allí sólo son imágenes. No hay insectos ni huele a sangre, ni forenses de uniforme lanzan flashes a diestro y siniestro mientras hablan de fútbol. En la vida real, es otra cosa.

Una bocanada de aire. Dos. Y entonces, sentí el tirón de la curiosidad. No pude resistirme. Tragué saliva y lo abrí. Contenía por lo menos una docena de folios. Los saqué con cuidado, como si pudieran transmitirme el virus de su locura. Conocía el contenido de los primeros papeles: las cartas de Rodrigo, los recortes de los

periódicos y la copia del primer relato aparecido en el blog. Pero allí estaba el siguiente. Era muy corto, y estaba escrito como el anterior, en asépticas letras de molde con flema inglesa.

De: Mission
Para: Magister
Asunto: Número dos

T ha preparado unos lauritas y los lleva al porche, junto al lago. La tarde es agradable. Siempre lo es en aquel paraíso en las faldas de Santa Rosa, pero más aquel día: la temperatura es perfecta; el nivel de humedad y la brisa también.

Su acompañante sonríe al verle acercarse con las bebidas. Se acaban de conocer, pero a T le ha caído bien desde el primer instante. Su rostro refleja una serenidad antigua; sobria, como su vestimenta. Son muy pocas las personas que conocen su número particular. La mayoría, incluidos gobernadores y presidentes de empresas multinacionales, llaman al teléfono de su secretaria o de su asistente particular. Cuando recibió el escueto mensaje de texto se extrañó, pero tenía en gran estima a la persona que le recomendaba, alguien muy importante en su pasado, y al leer que se sorprendería de la propuesta, no apta para mentes estrechas y restrictivas, aceptó. Siempre está abierto a emociones desconocidas. Está convencido de que alimentar deseos nuevos ayuda a mantener la juventud.

La visita extiende el brazo para recibir el vaso alto, lleno de hielo, pero lo sujeta con torpeza y parte de la bebida se derrama sobre su brazo. El ambiente se llena de olor a ron y a coco. T se excusa, deja su vaso sobre la mesa y va en busca de una servilleta. Tarda un par de minutos en regresar, porque no sabe dónde la guarda la señora M, a la que ha dado el día libre, como le han exigido. Va poco por el rancho, pese a que es un remanso de paz en medio de la loca California. Doscientos cuarenta y nueve acres, dieciséis habitaciones, veintidós cuartos de baño. El rancho le costó cerca de ochenta millones de dólares, pero hace seis meses que no lo pisa. Cuando lo adquirió, seis años atrás, pasaba allí largas temporadas. La cuadra es magnífica, pero al principio lo que más le gustaba era ir a cazar e invitar a gente a jugar al golf: su campo estaba considerado uno de los mejores de California. Pero, ahora, la nueva finca junto al mar le tiene sorbido el seso. Como cualquier cosa nueva. Sin embargo, cuando le dijeron que el encuentro debía producirse en un sitio discreto, ajeno a miradas furtivas, no dudó. Tenía que ser en el Rancho Mirage.

La visita agradece la toalla con una inclinación de cabeza y prueba el cóctel. Hablan durante un rato sobre caballos y armas, y sobre golf. T tiene hándicap dos, y espera mejorarlo. Pero sobre todo miran el paisaje. La tierra roja que se despliega ante ellos, con las montañas al fondo. Se acaban los tragos. T se arrepiente de haber cargado tanto los lauritas. Demasiado ron, poco jugo de toronja. Está un poco mareado.

Sin preámbulos, su visita pone la propuesta sobre la mesa. Se la cuenta sin ningún atavío, desnuda. Al principio, a T se le corta la respiración y mira estupefacto a quien le habla, pero no dice nada. Vuelve la cabeza a un lado y a otro, como buscando a alguien que pueda espíarlos. Pero están solos. En ese momento comprende la exigencia de discreción. Escucha el resto de los términos del acuerdo. Debe decidirse de inmediato. No volverán a proponérselo jamás. Es una decisión inmediata e irrevocable. Y, acepte o no, se le exige silencio. Un pacto entre caballeros.

El dilema interno le reconcome. Su acompañante le azuza, exige una respuesta. Su voz suena imperiosa. T se excusa. Le dice que necesita algo más fuerte, quizá un whisky, y hace ademán de levantarse, pero su visita se ofrece a preparárselo. El bar está cerca. Solo podrá tomar su decisión con más libertad. Se queda sentado mirando al infinito. Cuando llega la bebida la toma de un trago, aunque cada vez está más mareado. Finalmente, sin dejar de mirar hacia las montañas, asiente. Primero tímidamente; luego, deforma inequívoca.

Dejan pasar el tiempo. Ambos en silencio, sin mirarse. «¡Qué paz se respira en el rancho!», piensa T, y se hace la promesa de ir más a menudo. Al cabo de un rato de silencio, expresivo y culpable, empieza a sentir calor. La frente se le perla; a continuación, le invade un sudor frío. Le siguen las náuseas.

«¿Qué me ocurre?», se pregunta en voz alta. Al escucharse, no reconoce su voz. Lo intenta de nuevo, pero las palabras ya no fluyen. Desconcertado, mira a su acompañante. Escruta su rostro buscando una respuesta, pero no lee nada en él, sólo frialdad. Entonces percibe que se levanta y se le acerca. Nota el pinchazo en el brazo y el líquido fluyendo por sus venas. Quiere moverse, pero no puede: está paralizado. Se acrecienta el calor. El pánico empieza a nublarle la razón; la vista lo está desde hace rato.

Pero enseguida le invade una sensación extraña, tan placentera y lejana que se deja ir. El mundo se ralentiza, y se torna verde, como su magnífico campo de golf, la envidia de sus amigos.

Ya no ve ni oye, ni tampoco padece. Su acompañante permanece a su lado hasta que deja de respirar. Luego, recoge la copa y la toalla, y las mete en una bolsa de plástico que se saca del bolsillo. Se encamina a su coche, negro, con los cristales tintados y sin matrícula, y se aleja.

Lo que queda de T permanece cómodamente recostado en el sillón del porche, con tres vasos sobre la mesa. Cualquiera diría que se está echando una siesta. Y lo hace. Una larga siesta. Perpetua.

Iba a enfrascarme en la lectura de los demás papeles cuando la azafata me trajo el menú. Al hacerlo, rompió mi ensimismamiento y me devolvió la sensatez. Guardé el sobre en la cartera, ésta en el compartimento, y me dispuse a cenar.

Cordero.

No suelo dormir en los aviones. La presión, un inconsciente miedo a volar, el estrés del viaje..., no lo sé. Pero en aquella ocasión estaba más cansada de lo habitual. Ni siquiera saber que Rodrigo había vuelto a escribir me desveló. Debí de sumirme en un dulce trance. Cuando Juan me despertó haciéndome cosquillas en la nariz con una servilleta, apenas quedaba una hora para aterrizar.

—Buenas tardes, dormilona. Te has perdido un desayuno medio decente y un mal café. —Me tendió un bombón—. Toma, te he guardado la chocolatina.

Me desperecé y le observé despacio. Seguía teniendo mal aspecto.

—Estaba exhausta. ¿Tú cómo estás?

—Hablas demasiado —me cortó.

Olía a coñac.

—¿Has bebido de nuevo?

—Una pequeña dosis de alcohol es lo mejor para la resaca.

Me abstuve de hacer comentarios. Iturri debía tomarse su problema en serio, pero no iba a ser yo quien se lo dijera: no me escucharía. Noté que tenía una manta azul sobre los hombros. No había rastro de los papeles. Me entró un extraño nerviosismo. Quizá se me habían caído y la azafata los había tirado. Me incorporé. Entonces recordé que había guardado el sobre.

—¿Qué impresión has sacado?

Fingí no haberle oído.

—¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—Venga, Lola, no te hagas de rogar. Dime a qué conclusiones has llegado.

—No he leído esos papeles —mentí—. Aun así, puedo darte mi conclusión, porque no hay más que una: ese tipo está loco. No hace falta ser muy perspicaz para saberlo. Su imaginación es calenturienta; su soberbia, inaudita. Cree que su voluntad dirige las órbitas del Sol y las estrellas; cree que puede colarse en mi vida y obligarme a seguir su juego. Pues se ha equivocado. Al menos, conmigo.

—No es soberbia ni falta de moderación. Se trata de un personaje ficticio, construido a medida.

Sonreí. Tenía razón.

—Un personaje ficticio cuya mano humana asesina a gente. Ninguno de sus

crímenes fue el ensayo de una obra de teatro. Todas esas personas eran reales: tenían nombre y apellido, madre, padre e historia. Están muertas y enterradas. Aunque, claro, el otro, me refiero a Wilson, es real... No sé, Juan, esta mezcla de realidad y ficción me produce escalofríos.

—Nosotros tenemos que separar el trigo de la paja...

—¿Tenemos? No, yo no tengo nada que separar. Como te dije, si estoy en este avión es porque quiero hablar con mi marido.

—Hay un asesino suelto, ¿no despierta tu curiosidad?

—Si te digo que no, mentiría. Pero es igual, no me dejaré llevar por la tentación...

—Como quieras. Seguiré solo. Mientras dormías pensaba en la enfermedad que sufre Wilson... He leído que se trata de una especie de huida. La mente de un niño que no logra aceptar sus sentimientos...

—No vayas por ahí, Juan. Ni siquiera apelando a mi condición de madre me vas a convencer. Al aterrizar, tú te vas por tu lado y yo por el mío...

—Y si hay otra mujer, ¿has pensado qué harás?

—No la hay...

—¿Y si la hubiera?

—Estoy segura de que Jaime es de ley. Ha tenido que irse para darme cuenta de cuánto le quiero, y de qué injusta he sido en tantas ocasiones. No sé lo que ocurre, pero pondría mi mano en el fuego.

—Compraré algo para las quemaduras...

Anunciaron por la megafonía que debíamos abrocharnos el cinturón y recoger la mesa plegable. Entrábamos en una zona de turbulencias. No hablamos más hasta llegar a la terminal. La siguiente media hora fue, digamos, complicada.

Turbulencias... Aquello no fueron turbulencias, parecía el Juicio Final. La tormenta zarandeo el aparato como si fuera de papel. Las azafatas tuvieron que recoger a toda prisa los carritos, que materialmente volaban. Pocos minutos después del primer aviso, el piloto cogió el micrófono para ofrecernos todo tipo de explicaciones, mezcladas con palabras de calma. En realidad, fueron demasiadas. A veces, un exceso de información resulta contraproducente. Sólo consiguió propagar por el avión un nerviosismo que rozaba el miedo. Los niños lloraban. Las luces bajaron su intensidad y entonces los niños lloraron más fuerte. Un compartimento superior se abrió y varias bolsas y abrigos volaron por la cabina... Un señor sentado en la fila anterior a la nuestra, que hablaba inglés y dijo ser pastor de no sé qué confesión religiosa, se desabrochó el cinturón y se puso en pie para entonar una oración. El pobre salió despedido. Se dio un buen golpe contra el techo y decidió rezar en silencio. Y Juan vomitó... Con la resaca que llevaba a cuestas, sólo necesitaba que le centrifugaran. Llegó a tiempo de coger la bolsita de papel. Pero poco importó. Le vi vomitar, y vomité yo también. Aunque yo no tuve tanta suerte: me manché el vaquero de arriba abajo.

Estaba limpiándome con un pañuelo de papel cuando oímos de nuevo la voz del piloto. Nos avisó de que íbamos a intentar aterrizar, aunque no nos aseguraba que lo consiguiéramos. Caía una intensa nevada en Boston. Nieve y fuertes vientos. Estaba a la espera de recibir instrucciones de la torre de control. Quizá recibiéramos el permiso o quizá nos desviarán. Comenzó a descender y, como por arte de magia, la cabina se llenó de silencio: incluso las criaturas callaron. Yo contenía la respiración y me aferraba fuertemente a los reposabrazos.

Logramos aterrizar. Fuimos el último avión que lo consiguió. Después cerraron el aeropuerto: las pistas laterales tenían más de medio metro de nieve. Tuvo que venir una especie de camión y arrastrar al avión hasta el hangar. Toda una odisea. Cuando tocamos tierra, el pasaje estalló en vítores. Mis nudillos estaban blancos, pero Juan me ganaba: parecía un muerto viviente.

Fui al baño antes de bajar y me pasé una toallita húmeda por los pantalones. El resultado, dudoso. Cogimos los bártulos y bajamos. Nada más pisar la terminal vi a tres hombres vestidos con traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Sin abrigo. Uno de ellos, alto y delgado, se nos acercó.

—Buenas tardes, inspector. Señora jueza, es un placer recibirla en Estados Unidos. ¿Es tan amable de acompañarnos, por favor?

Miré a Iturri, que iba poco a poco recuperando el color y estrechaba las manos a aquellos caballeros.

—¿Qué es lo que ocurre? —le susurré.

—Avisé a Joe de nuestra llegada. No habías rellenado los formularios de la embajada... Aquí a los jueces les tienen gran aprecio, y más si trabajan en tribunales tan importantes como el tuyo.

Pensé en mi pantalón, manchado y arrugado, en mi pelo rizado y en mi cara llena de pecas. ¿Qué pensaría aquella gente de los jueces españoles? Intenté remediarlo diciendo:

—Estoy en su país por vacaciones, caballeros. Son muy amables..., no deberían haberles molestado. El inspector Iturri y yo nos las arreglaremos.

—No es ninguna molestia. Además, el agente Lombardo nos habló de usted y de cómo ayudó a detener a un asesino en serie muy peligroso. Es un placer conocerla y acompañarla durante su estancia en Boston...

—De veras, no es necesario...

—Me temo que no tienen muchas más posibilidades de llegar a la ciudad. Cortarán las carreteras dentro de poco...

Miré a Iturri, que sonreía divertido. «¡Qué demonios!», pensé. Por una vez, no iba a pasar nada. Seguro que su Mercedes negro llevaba cadenas y contaba con buena calefacción.

Entonces, no sé por qué, me di cuenta...

—¡Vaya por Dios! —susurré.

—¿Qué te ocurre?

- He olvidado el pijama... Siempre me ocurre lo mismo: me dejo lo esencial.
Juan se echó a reír.
- Te prestaré una camisa; estarás muy guapa...
- Si te soy franca, espero ponerme una de Jaime...

Nuestras reacciones son impredecibles. Al menos, yo soy incapaz de prever las mías.

Nadie contestó a mi llamada telefónica, pese a que dejé que el teléfono sonara un buen rato. Era extraño; con medio metro de nieve cubriendo las calles, la gente no suele salir a pasear. Sin embargo, en vez de preocuparme, sentí un gran alivio. Me invadió una extraña sensación de placer y me eché a reír. Me daba tanto miedo toparme con una pizpireta voz femenina al otro lado de la línea que el rítmico sonido del aparato me pareció música celestial.

Estaba alojada en la habitación de un hotel de tres estrellas, próximo al aeropuerto de Boston Logan; un lugar funcional, decorado con poco gusto. El amable agente que nos recogió en la terminal del aeropuerto aseguró, tras intentarlo durante un par de kilómetros, que no podíamos avanzar más sin correr el riesgo de quedar atrapados. Era preferible esperar; además, el parte meteorológico aseguraba que al día siguiente mejorarían las condiciones.

Colgué el teléfono, entre aturdida y aliviada, y permanecí quieta, sentada en el sillón de la habitación, que estaba tapizado de flores, las mismas que las de las cortinas y el edredón: un auténtico campo de margaritas en medio de la nieve. Meditaba sobre cuál debía ser mi siguiente paso. Pero, sobre todo, buscaba una buena razón para llorar. Estaba cansada por el viaje, por la situación y por la dolorosa duda. Por eso, me hubiera gustado darme un buen atracón de lágrimas, y luego meterme en la cama y dormir como un bebé.

Pero Iturri llamó.

—¿Has localizado a tu marido?

Desde que había empezado este lío, Juan evitaba usar su nombre de pila. Prefería hablar de «mi marido».

—No contesta.

—Pues si con una nevada como ésta no contesta, es que está verdaderamente ocupado. El clima no anima a hacer *footing*, y es tarde...

—Supongo que estará en la biblioteca o en el comedor, o quizá en alguna de las salitas, viendo crepitar el fuego. Es una residencia de profesores; hay muchas zonas comunes. Insistiré dentro de un rato.

—Si lo quieres ver así, me alegro por ti. ¿Podemos quedar tú y yo en alguna «sala común» para preparar la estrategia de mañana? Me acercaría a tu habitación, pero supongo que preferirás un sitio neutral...

—¿De qué estrategia hablas?

—Lo sabes perfectamente.

Sentí cómo me invadía una extraña furia.

—Te lo he dicho ya en siete idiomas: no iré a ver al doctor Wilson. Bajo ningún concepto.

—Lola...

—Bajo ningún concepto —repetí, con voz seria. No estaba dispuesta a dejar que me convenciera.

—¿Por qué no lo hablamos despacio? Tomemos un café y...

—No hay nada de lo que hablar. No iré. En cuanto las quitanieves limpien la carretera, visitaré esa maldita residencia llena de salas comunes, buscaré en cuál está mi marido y volveré con él a casa.

—¿Por qué te pones así? Estás comportándote como una...

—Ibas a decir como una histérica, ¿verdad? Pues sí, mira: me pone histérica saber que hay un asesino loco de atar que me incluye en sus planes y que tú le sigues la corriente. He dejado eso atrás. Se acabó la patología forense, la sangre, los malos olores y las moscas. Ahora soy una respetable magistrada del Tribunal Supremo. No tengo que vérmelas con narcotraficantes sádicos, ni con terroristas fanáticos, ni con asesinos en serie. Y tampoco tengo por qué leer las cartas que me escriben; ¿me he explicado bien?

Colgué sin esperar la réplica. Las manos me temblaban. Me puse en pie y constaté que no eran sólo las manos. Acababa de darme cuenta de que estaba a apenas unos kilómetros de ese loco llamado Rodrigo y de su álgter ego, el doctor Wilson. Y esa cercanía me mordía el alma.

«¡Tengo que salir de aquí cuanto antes! —pensé—. Jaime, ¿dónde estás?»

Volví a marcar su número, otra vez en vano.

Llamaron a la puerta. No parecía el tipo de hotel en el que dos amables señoritas vienen a retirar la colcha y a dejarte un bombón en la almohada. Eché una ojeada por la mirilla; era Iturri. Durante unas décimas de segundo, se me encogió el corazón. No obstante, saltaba a la vista que estaba sobrio. En la mano llevaba su pijama, un modelo clásico: listas azul marino sobre fondo blanco. Abrí la puerta, pero la sujeté con la mano y no le dejé entrar.

—Sólo vengo a traerte esto. Póntelo, a mí no me importa dormir desnudo.

Me negué a aceptarlo. Él insistió. Se le veía extrañado, perplejo. Era la segunda vez en un día que le llevaba abiertamente la contraria.

Juan es un hombre: siempre cree tener razón. Además, es uno de los mejores inspectores con los que cuenta la Interpol. Es capaz de calibrar situaciones complejas, plagadas de interrelaciones incomprensibles, y decidir en un nanosegundo qué debe hacerse y cuál es el método más conveniente. Sus dotes de mando son, por otro lado, excelentes. Mentiría si dijera que no me siento segura con él al timón. Además, a diferencia de muchas otras personas, a mí no me gusta discutir. Me conozco, sé que soy mala negociando. O cedo, o chillo. Pero no sé apretarle las tuercas a mi contrincante. Carezco de paciencia y de temple. De modo que es casi una tradición

que Iturri tome las decisiones en los casos que llevamos juntos. Eso no quiere decir que yo me mantenga inactiva. Actúo a mi manera. Sugiero, comento, protesto..., e Iturri, que siempre dice que no al principio, termina haciendo suyos muchos de mis planteamientos, momento en el cual yo paso a obedecer sus órdenes con una amplia sonrisa.

Por eso se quedó de piedra cuando me negué en rotundo a aceptar su pijama.

Quizá parecía que le despreciaba, pero no era ésa mi intención: se trataba de una cuestión de principios. Era un pijama, no un abrigo o una chaqueta. Además, olía a Iturri. Si me lo pusiera, cogería mi olor: el perfume de las colonias buenas no lo quita ni la mejor lavadora del mercado. No deseaba que su olor me acompañara por la noche, ni que se llevara el mío después. Era una pieza demasiado íntima. Y los olores son pujantes archivadores de recuerdos.

Hace unos meses, no me hubiera importado lo más mínimo. Pero hace unos meses no sabía qué era el amor. Ahora que lo he aprendido (no hay nada más amado que lo que perdí) no voy a olvidarlo. He vivido entre dos amores: Jaime e Iturri. Jaime es mi marido, mi compañero de fatigas, el padre de mis hijos, el que duerme en mi cama. Juan y yo no hemos compartido nada de eso. Somos camaradas de peligros, de riesgos y de adrenalina. Y con el tiempo habíamos terminado construyendo un mundo paralelo, en el que sólo él y yo teníamos cabida. Un escenario tan duro (rodeados de crímenes, extorsión, dolor y sangre) como romántico, al modo de las novelas de Wilkie Collins: él conseguía que me sintiera viva, que volviese a ser joven... Y yo, simplemente, me dejaba hacer.

Ambos escenarios no me parecieron incompatibles hasta que Jaime se marchó. Entonces sentí en carne propia lo duro que resulta compartir a la persona que amas. Pensar que Jaime podía estar en brazos de otra me producía tanto dolor, tanta rabia, tal desgarró, que entendí perfectamente la injusticia que yo había estado cometiendo. Porque mi marido siempre fue consciente de que Iturri y yo vivíamos en el borde de ese particular abismo. Desde que me llamó antes de embarcar hacia Boston, supe que debía dinamitar el mundo que Iturri y yo habíamos construido y hacerlo saltar por lo aires.

Pude advertir su cara de sorpresa. Y captar el destello de su desilusión.

—¿Por qué te empeñas en llevarme la contraria? —No respondí. Finalmente, aún en la puerta de la habitación, me preguntó—: Va en serio, Lola, ¿verdad?...

Asentí.

—Muy en serio. No voy a ir a ver a Wilson.

Pero él hablaba de otra cosa. Y lo hizo en un tono vengativo, duro.

—¿Y si tu marido está con otra?

—Eso es cosa suya. Yo seguiré esperando. Pero hablábamos de Wilson...

—Yo también tengo algo que decir, ¿no? Nunca te he pedido nada... Respecto a lo del otro día, estaba borracho. No debes tenérmelo en cuenta. Me conformo con verte y con compartir tu amistad y tu cariño.

Alargó la mano y me retiró de la cara un rizo que, con la humedad, parecía un repollo.

—No, Juan. A partir de ahora todo será distinto.

Apretó los labios y se alejó con el pijama en la mano. Pero a medio pasillo dio la vuelta y me dijo:

—Cuando veas lo jovencita y lo mona que es la mujer con la que se acuesta tu marido cambiarás de opinión.

Cerré con un portazo. Una sensación de náusea se apoderó de mi estómago. No le di cuartel. Me metí en la cama, desnuda, y apagué la luz.

Dormir desnuda es una sensación incómoda. Desde aquel día, no he vuelto a olvidar el pijama.

Bajé a desayunar a eso de las ocho. El comedor, en la planta baja, daba a la calle. Me senté junto a una de las ventanas. Había dejado de nevar. El sol se asomaba tímidamente entre las nubes, que ya blanqueaban. La tormenta se alejaba definitivamente. Enormes máquinas quitaban la nieve y esparcían toneladas de sal. Uno de los empleados, con una enorme pala, hacía lo propio en la entrada del hotel.

«A las diez, la carretera estará despejada —calculé—. La suerte está echada». Al cabo de unas horas estaría en esa residencia que me quitaba el sueño. Y sabría, por fin, la verdad.

Iturri bajó poco después. Exhibía un aspecto infernal. Bajo los ojos, las bolsas eran oscuras y pronunciadas; la ropa estaba arrugada. Creo que tampoco él había usado el pijama. Se acercó a la máquina y pulsó el botón *espresso* dos veces seguidas. Luego se sentó a mi lado. Añadió azúcar y se bebió el café de un trago.

—¿Quieres que te acompañe o nos despedimos aquí?

No lo había pensado. La costumbre: Juan estaba siempre a mi lado. Pero tenía razón. No sería lógico que me presentara en busca de mi marido con él. Aunque, por otro lado, algo me decía que sería bueno no ir sola.

—Es preferible que nos separemos aquí. Nos veremos en Madrid, cuando vuelvas.

—¿No sientes curiosidad, Lola? ¿Ni siquiera un poco?

—¿Por Wilson? Ninguna. Me he pasado muchas noches temblando ante la posibilidad de que le soltaran o de que se escapara y viniera a pintarme el número diez en el tobillo... Con el tiempo he conseguido volver a dormir decentemente. No quiero perder eso.

Se levantó. Y dejó una carpeta marrón sobre la mesa. No la miré, pero sabía qué contenía.

—Como quieras. Si te encuentras con lo que espero y necesitas un hombro para llorar, puedes llamarme. No soy rencoroso... Los agentes te llevarán a donde quieras. Están fuera, esperando. Yo iré con Joe Lombardo, que viene para acá.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se marchó. No puedo describir lo que sentí. Sólo diré que las lágrimas rodaban por mis mejillas como si se me hubiera muerto alguien muy cercano. Un buen amigo...

Me limpié los ojos, cogí la carpeta y subí a la habitación. Allí me di unos retoques delante del espejo. No había tenido ánimo suficiente para emplear el secador y llevaba el pelo extremadamente rizado. Un pantalón de pana había sustituido al vaquero, y un jersey de cuello alto a la chaqueta negra. Calzaba botas altas e iba sin

maquillar. Nada que ver con mi atuendo habitual. Pensé que Jaime se sorprendería. Esperaba que sólo estuviera él. Me embutí en la cazadora, cogí la maleta y me dirigí a la puerta.

No eran los mismos agentes que la tarde anterior, pero eran un calco. El mismo traje, la misma corbata, la misma amabilidad ensayada. Y los dos sin abrigo y con zapatos de tafílete.

—Buenos días, señorita. Hoy no tendremos problemas para llegar a la dirección que nos facilitó. Está a pocos kilómetros, al noroeste. Tardaremos unos treinta minutos. ¿Me permite su equipaje?

Se lo entregué con una sonrisa y me acomodé en la parte de atrás.

No hablamos demasiado. Mejor dicho: no hablamos nada. Y no tardamos treinta minutos, sino una hora y cuarto.

Según la página web, The International Faculty Club es una encantadora casa de estilo Victoriano situada cerca de Cambridge, que sirve como sitio de reunión, restaurante y lugar de celebraciones. Cuenta con algunas espaciosas habitaciones «confortables y elegantes» que incluyen, amén de la cama, «tocador, cómodo sillón, escritorio y silla, tabla para planchar, conexión a Internet y máquina de café». Se requiere la recomendación de un socio y el pago del correspondiente precio (no precisamente barato) para ocuparlas. Desde luego, es un lugar con estilo, bostoniano hasta la médula. En Estados Unidos un profesor es un profesor y un juez es un juez; nada que ver con lo que ocurre en España.

Traté de despedir a los agentes. Les dije que de momento me iba a quedar allí y que, por tanto, no hacía falta que me esperaran. Naturalmente, no me hicieron caso, y se quedaron en el vestíbulo, leyendo un periódico atrasado.

Pregunté en la recepción. Si la señorita conocía la existencia del derecho a la intimidad y de la Ley de Protección de Datos, que impide facilitar información sobre un huésped, se la saltó a la torera. Quizá fuera porque vio a los agentes. Quizá porque me vio a mí (tengo cara de tozuda irlandesa). El caso es que me comunicó, sin dilación ni explicaciones, que la habitación de Jaime estaba en el ático, la segunda puerta a la derecha. La señorita (con un terrible acento de Boston) me comentó también que *el profesor* no salía mucho porque estaba terminando un artículo muy importante, por lo que era muy probable que le encontrara allí. «Ha dado orden para que la asistenta no le moleste. Algunos días ni siquiera baja a desayunar», añadió. Estuve tentada, pero no me atreví a preguntarle si ocupaba una habitación simple o una doble. Como no había ascensor, pedí que me guardaran la maleta.

He padecido arritmias, taquicardias y hasta una angina de pecho. Pero fueron muy leves en comparación con la forma en que me latía el corazón cuando estuve ante la puerta número once. Tras ella estaba la verdad. Toda la verdad. ¿Estaba dispuesta a conocerla? ¿Podría soportar lo que iba a encontrarme? Me re Coloqué el pelo y me estiré el pantalón. Revolví en el bolso hasta dar con la barra de labios, aunque en el último momento, no sé por qué, decidí no emplearla. Comencé a sudar. Mi mano se elevaba, pero los nudillos no alcanzaban a decidirse. Estaba en éstas, cuando la puerta se abrió. Si mi expresión se asemejó a la de Jaime, desde luego fue de sorpresa supina.

—¡Lolilla! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué te ha pasado? —pregunté espantada.

Lo menos había adelgazado cinco kilos. El cuerpo de Jaime, de por sí delgado,

acusaba aún más la pérdida de peso. El rostro había extremado sus ángulos. Me fijé en lo holgado que le quedaba el pantalón y en cómo se lo había apretado con el cinturón. Llevaba el pelo alborotado, y la camisa arrugada y con algunos lamparones... ¿Dónde estaba mi guapo y elegante marido? Sin mediar palabra, me abrazó. No lograba que me soltara. Finalmente, acerté a separarme y lo empujé con suavidad hasta conseguir que volviera a entrar en la habitación. ¡Maldita sea, allí las flores estaban incluso en el papel pintado de las paredes!

Le hice sentar y abrí la ventana. Olía rancio.

—¿Qué te ha ocurrido? —repetí.

Agachó la cabeza y continuó mudo. Noté que tenía los ojos vidriosos.

Yo me emociono con una facilidad pasmosa. Que yo lllore no tiene nada de particular, no es para preocuparse. Pero Jaime no lo hace nunca. De hecho, sólo le he visto llorar una vez. No puedo explicar los detalles; hay cosas tan privadas que no deben contarse. Sólo diré que lo hizo a puerta cerrada, solos él y yo, y que la ocasión lo merecía. Sin embargo, esta vez, su forma de llorar era distinta. Sonaba a agotamiento y a angustia, a desesperación.

Ver al hombre que quieres de esa guisa no es plato de buen gusto. Me hubiera cambiado por él sin dudarlo. Las mujeres encajamos mejor el dolor. Y la vergüenza. Será porque nos equivocamos a menudo y ya tenemos callo; será porque somos más duras o quizá porque, como tenemos muchas cosas en la cabeza, siempre somos capaces de encontrar alguna en la que apoyarnos: ¡qué hijos tan estupendos!, ¡qué día tan bonito!, ¡voy a estrenar una camisa!... Pero no podía cambiarme por él. Me limité a quedarme a su lado. Pasaron cinco minutos, y Jaime seguía sin decir nada. De modo que, para romper el silencio, le pregunté:

—¿Desde cuándo no comes?

—No lo recuerdo. Creo que anoche cené...

—¿Qué te parece si te das una ducha? Podemos bajar luego a almorzar. Charlaremos.

Sin decir palabra se metió en el baño. Mientras escuchaba cómo el agua corría, abrí el armario y busqué algo limpio. No había nada en buen estado. Llamé a la recepción y mandé que subieran a recoger ropa para la tintorería. Luego pregunté si podía adquirir algo de ropa. Como me había figurado, la residencia contaba con una pequeña tienda donde vendían recuerdos y algunas prendas de vestir con el escudo de la universidad. Bajé y compré lo que encontré: una camisa blanca, un jersey azul bordeado por una lista blanca y un pantalón beige, que, como supuse, le quedaba corto. Bastante decente si Jaime hubiera sido un chaval pijo de veinte años. Pero, en fin, no había otra cosa.

Cuando volví había salido de la ducha. Con la toalla anudada a la cintura, su cuerpo mostraba sin tapujos las huellas de la delgadez.

—Sé que no es de tu estilo, pero está limpio. Venga, póngelo y bajemos a la cafetería. Tenemos que hablar...

Volvió a entrar en el baño. Nada más cerrar la puerta, me empleé con los cajones de la cómoda; luego, con su cartera. Lo hice de prisa, pero meticulosamente, hasta que pude cerciorarme de que no había rastro de becaria, secretaria, doctoranda o similar.

Me sentí feliz. Pasara lo que pasara, tendría solución.

Me enamoré de Jaime de golpe. En un instante, de eso hace ya más de treinta años, me quedé prendida de sus brillantes ojos azules, enredada en su bella sonrisa. Repeinado, con su cuerpo espigado, su irónico humor y, sobre todo, con las palabras que no dijo, me ganó por la mano.

Cuando salió de la ducha aquella fría mañana bostoniana, vi que su cuerpo había adquirido un tono amarillento. Su pellejo desnudo no hubiera tenido precio en alguna película sobre campos de prisioneros. Estaba despeinado y su gracia natural se había evaporado. Pero fue entonces cuando me di cuenta de que el mayor atractivo de Jaime Garache era Jaime Garache. Ni sus ojos, ni su inteligencia, ni su belleza. Verle destartado, herido, hundido, perdido en aquel sembrado de flores cursis suscitó en mí una inmensa ternura. Recuperé aquel flechazo y me inundó la admiración, el magnetismo que años atrás me atrajo irremisiblemente. Entonces (recuerdo que era jueves y llovía a cántaros), yo esperaba mucho de él; en aquella habitación de Boston, no buscaba otra cosa que tenerle.

Sin contrapartidas.

Dicen, y es cierto, que el amor está sujeto a vicisitudes; que se atiene a días e incluso a minutos. Ahora te quiero; luego, te odio. Dicen, y es cierto, que pronto flaquea y se quiebra. Que los cuerpos se ajan y las almas se agrian. Puede ser. Pero lo que no dicen, y también es cierto, es que todo eso forma parte de su riqueza de matices. El amor tiene sus tiempos, como nosotros. Padece altibajos, ríe y llora. Envejece... ¿Qué importancia tiene? También lo hace el buen vino.

Bajamos. Acudimos al restaurante del International Faculty Club, un lugar elegante y caro, donde la vestimenta de ambos deslucía. Pedimos el plato del día (ensalada, pollo al curry y fruta) y comimos en silencio. Con el café, se le despertó la lengua.

—Me habías contado lo del corte de pelo, pero no imaginé que estarías tan cambiada. Pareces otra persona. Pareces...

—¿Más joven? —le ayudé.

—Sí, más joven. ¿Cómo fue tu toma de posesión?

—Solemne —respondí escueta, al notar que volvía a emocionarse.

—No pude acudir, Lola, no te puedes imaginar cómo lo sentí. ¡Qué dolor! Dejarte sola en un día como ése...

Le corté. Agua pasada no mueve molino. Hay que ser práctico.

—Lo sé, Jaime, me lo dijiste. María y su marido me acompañaron. Pero me gustaría comprender tus motivos. Necesito saber por qué viniste aquí, por qué estás

así...

—¡No sabes cómo lo lamento!

—Pues no lo lamentes tanto y cuéntamelo. —Siguió en silencio. Tragué saliva y decidí apostar fuerte—. Lamento tener que preguntártelo en estas circunstancias, pero no puedo continuar si no lo hago. Dime la verdad, por favor, ¿hay... ha habido otra mujer?

De inmediato, en su rostro apareció una extraña mueca de dolor. Extendió el brazo y me cogió la mano:

—Mírame, Lolilla, ¿de verdad me imaginas en brazos de otra que no seas tú? Un camino sin retorno. Eso fue lo que prometimos, ¿no lo recuerdas?

No lo recordaba, pero tenía toda la razón.

—Entonces, ¿qué te ha ocurrido? No entiendo nada.

—Es largo de explicar... Fue un error, Lolilla, totalmente involuntario. Estaba tan ofuscado, tan obsesionado con los proyectos, las patentes, los índices de impacto que me perdí...

Me lo explicó. Conforme iba desgranando los datos, la ira me invadía.

—No puedo volver hasta no tener una solución en la mano, ¿lo entiendes? —concluyó.

—Lo que entiendo es que hay que hacer algo.

—No se me ocurre qué. Llevo semanas pensando en una salida más o menos airosa, pero cualquier cosa que se me ocurre sólo empeoraría la situación. Me temo que tendré que ceder. Faltan sólo dos días.

—Siempre se puede hacer algo. Vamos, Jaime, subamos a la habitación. Pensaremos juntos una solución. Además, tengo que llamar por teléfono.

—¿A quién? —preguntó, asustado.

—Para empezar, a tu hija María, que lo está pasando fatal. Piensa que se ha quedado sin padre o, lo que es peor, que ahora tiene una madrastra de su edad... Luego llamaremos a Iturri; está aquí, en Boston.

Nos habíamos levantado de la mesa y estábamos en medio de la sala. Me sujetó del brazo con una fuerza inusitada. Tanto que los ocupantes de otra mesa le miraron con extrañeza. Sonreí para que se tranquilizaran. Sólo nos faltaba una denuncia por malos tratos.

—A él no le metas, ¿vale? No quiero que sepa nada de esto... —Me soltó—. En fin, lo que iba a decir es que no quiero que me vea así.

—¡Qué tontería, yo le he visto a él mucho peor!

El brillo de sus ojos se extinguió de pronto. Noté cómo el miedo avanzaba por todo su cuerpo, que se marchitó como una planta abrasada por el sol del mediodía. Finalmente, susurró:

—¿Habéis venido juntos?

—En el mismo vuelo, pero no juntos. Yo he venido por ti; él, por su trabajo.

Introduje la llave en la cerradura. Era un modelo antiguo y pesado, de ama de

llaves. Hacía tiempo que no veía uno de éstos. Entramos en la habitación.

—Eso era lo que más me preocupaba, Lolilla, que pensaras que te había abandonado y que Iturri aprovechara el momento para ocupar mi lugar...

—Pero ¿qué dices? —meforcé a replicar con tono convincente—. Tu lugar es tu lugar, no lo puede ocupar ningún otro.

Me gustaría poder narrar (o callar) una succulenta escena de reconciliación, pese a las malditas flores color añil que nos cercaban desde las cuatro esquinas de la habitación. En realidad, la hubo, pero no como esperaba. Mi ropa siguió en su sitio (me quité el jersey de cuello alto porque tenía calor, eso fue todo), y la de él en el suyo. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó dormido. Ni siquiera mi nuevo *look* consiguió mantenerlo despierto. Supongo que se relajó por primera vez desde hacía semanas. Roncó (aunque dice que no ronca) durante una media hora, tiempo que aproveché para llamar a María y a Iturri. Y, de paso, para volver a inspeccionar minuciosamente los cajones de la cómoda y el armario, y confirmar que por aquel dormitorio no había pasado ninguna doctoranda aprovechada.

No miré el reloj. Estaba tan deseosa de contárselo a mi hija que no caí en la cuenta de que en España no habían dado las siete. María contestó con voz pastosa. Era evidente que los había despertado.

—¡Mamá! ¿Qué ocurre, estás bien?

—Perfectamente. Estoy con tu padre, en Boston. Sólo quería que lo supieras. Todo va bien. Volveremos muy pronto... Juntos. María...

—No me lo cuentes, ¿vale? Es más fácil perdonar si no se tienen los detalles.

—No hay nada que perdonar, hija.

—Pero ¿y entonces?

—No te lo puedo explicar por teléfono, lo haremos cuando vuelva. Sólo quería que estuvieras tranquila. No te lo paso porque se ha quedado dormido. Está muy delgado, pero se recuperará.

—¿Está enfermo?

—Algo así. Te llamaré en cuanto pueda... Perdona por haberte despertado.

Nada más terminar, marqué el número de Iturri. Contestó al primer tono.

—¿Cuántos años tiene tu enemiga? —me dijo, como si disparara.

—No hay enemiga a la vista, Juan. Es enemigo.

—¡Vaya sorpresa! Del machote de tu marido no lo esperaba, la verdad, aunque, claro, eso explicaría muchas cosas.

—¡Pero qué boca más sucia tienes! Cuando estás enfadado no hay quien te aguante, ni siquiera yo. Escúchame, necesito que me ayudes.

—¡Cómo no! Me alejo diez metros y ya me pides ayuda, pero cuando soy yo el que necesita algo, te vas corriendo...

—¡No seas así! Son cosas distintas. Por favor, es importante. Jaime está metido en un lío y necesita que le ayudemos a salir de él.

—¿Qué tipo de lío?

—Es difícil de explicar en pocas palabras. Tiene que ver con experimentos y células madre...

—Pues si se trata de eso, no voy a poder hacer nada —me cortó.

—Si no me hubieras interrumpido, te hubieras dado cuenta de que tiene mucho que ver con tu trabajo. Voy a intentar resumirte la situación: como director del CSIC, Jaime lidera algunos proyectos importantes. Uno de ellos investiga tratamientos cardíacos con células madre, un asunto que está aún en fase experimental...

Me detuvo nuevamente. Estaba claro que no me iba a resultar fácil convencerle.

—Leerme de nuevo el impresionante currículum de tu inteligente marido no va a llevarnos a ningún sitio, Lola. —Rezongó. Volvió a emplear ese tono al mencionarle—. ¿Quieres ir al grano de una vez? Tengo otras cosas que hacer, como terminarme el almuerzo. La hamburguesa se está enfriando...

Me mordí la lengua para no mandarle a la porra. Y traté de contestar calmadamente.

—No te estoy poniendo al día de su currículum, sino contándote el problema. Pero me doy cuenta de que es preferible que sea él quien te lo explique. ¿Puedes venir..., por favor?

El muy cabrito se tomó su tiempo. A distancia, me pareció verle sacar la pipa y llenarla de hebras rubias. Me alegré de no estar a su lado y así no tener que soportar la vaharada.

—Es posible que haya una forma, Lola, pero tiene su coste...

Se me iluminó la cara. Ni lo dudé.

—Pagaremos lo que haga falta. Venderemos la casa si es necesario. ¿Qué tengo que hacer?

Respiró hondo. Y pronunció marcando mucho las letras.

—Tienes que venir conmigo a ver al doctor Wilson...

Eso no me lo esperaba; no, señor. Era un golpe bajo, demasiado. Monté en cólera.

—¡Cabrón, hijo de puta! ¿Y tú eres el que hace un par de días asegurabas valorar mi amistad más que todo el oro del mundo? ¿Tú eres ese Iturri? ¿Sabes lo que te digo? ¡Que no eres más que un cabrón!

—No soy yo el que te ha dejado tirada. Por partida doble...

—No he hecho tal cosa. Sólo te he dejado claro que no quiero acostarme contigo. ¡Ni hoy ni nunca! Y que tampoco deseo visitar a alguien que quiere matarme. Ambas cosas son fácilmente comprensibles, si piensas un poco en ello. Lo que ocurre es que tú no lo haces. Si por eso dejas de ser mi amigo, vale. ¡Ahí te quedas!

Colgué hecha un basilisco. Pero no perdí un segundo. Inmediatamente empecé a pensar en opciones alternativas. Para empezar, en Andrés, mi antiguo guardaespaldas: como número de la policía nacional seguro que podría ayudarme.

La verdad es que, en momentos como el que describo, me arrepiento de tener principios. Cuando careces de ellos, a priori todo resulta más fácil. Lo digo porque al

instante se me ocurrieron cientos de vías ilegales (inmorales, también; algunas, simplemente estrambóticas: no me atrevo ni a mencionarlas) de resolver el problema de Jaime. Porque, a simple vista, podía bastar con buscar a alguien que hiciera una visita muy amable a esos tipos. Seguro que Andrés se avendría a ayudarme, si no personalmente, sí facilitándome un nombre (falso) y un teléfono (robado) de alguien que nunca existió...

Sacudí la cabeza, arrepentida.

—¡Pero qué estoy pensando!

Estaba sopesando estas cosas cuando sonó el móvil.

—De acuerdo, sólo amigos. Te ayudaré con lo de Jaime. Pero necesito que tú y él me acompañéis en lo de Wilson. Háblalo con tu marido, seguro que me da la razón. Iremos, hablaremos con él y nos marcharemos. Luego, Joe y yo seguiremos con el asunto. No es para tanto...

—¿Y para qué nos necesitas?

—Es a ti a quien escribe. No sé por qué, pero es así. Creo que, si tú no vas, no avanzaremos. Se negará a hablar con nosotros.

—¿Y Jaime?

—Es médico y tiene mano izquierda. Nos vendrá bien su ayuda.

Lo medité unos instantes.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

—Lo harás, Lola, es tu deber: está muriendo gente.

—Sabes tan bien como yo que morirán de todas formas.

—Pues tu marido no tiene muchas opciones. Lo mismo que los que van a morir si no pillamos a ese cabrón...

Me ardía la sangre.

—El cabrón eres tú, Iturri. Mucho más que eso... Muy bien, de acuerdo, lo haremos. Y cuando esto acabe dejaré de hablarte.

Hubo un largo silencio. Largo y tenso. Y terriblemente doloroso. El día antes estaba arropándole y compadeciéndome del tomate en su calcetín.

—Vale. Voy para allá. Necesito conocer detenidamente cuál es el problema.

Dejé pasar diez minutos, que empleé para hacerme a la idea de que Rodrigo volvía y, sobre todo, de que Iturri quería cobrar la recompensa (aún tengo esa herida en el alma), y desperté a Jaime con un beso en los labios. No le hubiera gustado que Iturri lo encontrara en la cama.

—Qué guapo estás vestido de estudiante pijo —le susurré al oído.

Sonrió.

—Me he quedado dormido, lo siento. Estoy tan cansado...

—Lo sé. Pero he hablado con Iturri y dice que viene hacia aquí. Quizá quieras arreglarte un poco.

Al cabo de poco más de media hora, Juan me llamó desde el vestíbulo. Bajamos.

Nos sentamos en la biblioteca, a media luz, sólo había lámparas laterales y el resplandor de un magnífico fuego de leña. Estábamos solos.

—Jaime, Lola..., ya estoy aquí. Explicadme qué ocurre.

—Es complicado —repitió Jaime.

—Pues ve paso a paso, doctor. Si me pierdo, te pediré que me lo vuelvas a explicar.

El tono de su voz era cortante, casi despectivo. Jaime me miró de soslayo, como pidiéndome aclaraciones. No se las di. Resultaba difícil.

—De acuerdo, allá voy: todo este lío está relacionado con un medicamento experimental desarrollado por una empresa farmacéutica europea, que acaba de ser engullida por otra norteamericana. El fármaco en cuestión ha sido una de las razones clave para la absorción. La droga, conocida como SCMR-E3, pasó con éxito el estudio preclínico tanto in vitro como in vivo en animales de laboratorio. Los resultados parecían favorables, y sus niveles de toxicidad y efectos farmacológicos adversos fueron prácticamente nulos, de modo que la farmacéutica obtuvo los permisos de la FDA de Estados Unidos y de su homólogo europeo para iniciar la fase clínica, es decir, para probarlo en seres humanos. Los ensayos en una muestra de treinta pacientes voluntarios, lo que se conoce como fase uno, y el estudio clínico controlado en doscientos pacientes, la fase dos, confirmaron las buenas expectativas. Y, en colaboración con la FDA, la empresa planificó los protocolos de los estudios de la fase tres, último escollo antes de presentar la solicitud para su comercialización. Para ello se diseñó un estudio multicéntrico a escala mundial, cuyos gastos los sufragaba la empresa interesada. Se escogieron diez centros a lo largo del globo donde distintos equipos, trabajando de forma independiente, realizarán un test en una muestra de características y tamaño previamente definidos. Una vez concluidos los estudios, se reunirá toda la información y, entre otras muchas cosas, se comprobará si los datos continúan dando buenos resultados y si tienen unos efectos secundarios que no sean peligrosos. Yo lidero el equipo español.

—¿Y qué va a curar ese medicamento?

—SCMR-E3 son las siglas de *Stem Cells for Myocardial Regeneration*. Se trata de células madre adultas que intentan regenerar la necrosis producida por infartos agudos de miocardio. La muerte de las células cardíacas, hasta ahora, no tenía solución.

—¿El producto consigue la regeneración?

Jaime se tomó su tiempo.

—No tengo todos los datos, pero... —Se irguió y continuó con voz firme—: Rectifico: estoy convencido de que no lo consigue. He hablado con algún otro centro, y sus resultados parecen mediocres. Nosotros hemos experimentado con unos mil pacientes y los resultados son nefastos. El producto no produce efectos adversos, pero tampoco cura. No sirve para nada. Al menos, eso es lo que dice nuestro estudio. Lo terminamos hace un mes, pero tenía mucho trabajo y hemos tardado un poco más de lo previsto en redactar las conclusiones. Debería haberlas enviado al coordinador general. El plazo expira pasado mañana... Si no llegan antes de esa fecha, tomarán los resultados de los nueve centros restantes...

—¿Y por qué no lo has hecho?

—He ahí mi problema: no puedo.

A Iturri no le hicieron falta muchas más explicaciones.

—¿Cómo te han presionado? Por lo que cuentas, y por la forma en la que has salido corriendo, la intimidación ha debido de ser fuerte.

Se frotó la cara y se mantuvo en silencio unos instantes. ¡Pobre hombre! Debía de haberlo pasado fatal. Se sobrepuso y continuó.

—Uno de mis colaboradores, mi mano derecha, de hecho, ha estado enviando sin que yo lo supiera los resultados preliminares a la farmacéutica. Supongo que con el resto de los centros habrá ocurrido algo similar. Los demás resultados se muestran inconcretos, pero no negativos. Los nuestros, sin embargo, eran los peores. Afectaban de tal manera al conjunto que llegaron a la conclusión de que, si se eliminaban, el SCMR-E3 lograría la solicitud para su comercialización. Detrás de esa declaración, como podrás suponer, hay cientos de millones de dólares... Pero a lo que iba: mi colaborador modificó los datos a su antojo y trató de enviar por su cuenta los resultados al coordinador general, que no los admitió sin mi firma. Extrañado, éste me mandó un *e-mail* y yo descubrí el pastel. Eso fue un lunes por la mañana. Los investigadores trabajamos a todas horas, y el coordinador me llamó de madrugada. Por la tarde convoqué a mi ayudante. Estaba dispuesto a ponerle de patitas en la calle. Pero se presentó con un dossier y una sonrisa cínica. Sin mediar palabra puso sobre mi mesa un documento que demostraba que poseo una cuenta a mi nombre en Suiza con un saldo de dos millones trescientos mil dólares. Los papeles de solicitud tenían mi firma.

—¿La firma era falsa?

—Puede que lo sea o puede que no. Me pasan muchas cosas para firmar: impresos de proyectos, becas y cosas así. A veces, no las reviso detenidamente... — Me miró para excusarse. Siempre le digo que lea todo lo que firme—. En esos momentos se estaba hablando del nombramiento de Lola, y parecía, como así fue, que la cosa cuajaba. El muy cabrón me dijo que, si enviaba esos datos, filtraría a la prensa que me había dejado comprar por las empresas farmacéuticas, y que aportaría la cuenta como prueba. Lola figura como beneficiaría. Eso le hubiera costado el puesto. Las llamadas amenazadoras, las visitas de gente extraña, las notas en el coche

o en el despacho se sucedieron incluso cuando me trasladé al hotel... Cogí un avión y salí corriendo. Me quité de en medio antes de que malograrán tu nombramiento... Y me vine aquí, a un sitio que nadie conoce. No contesto *e-mails* ni teléfonos. El coordinador del ensayo me llama cada día. Me ha mandado no sé cuántos correos. Finalmente, enfadado, me ha dado de plazo hasta pasado mañana. Si no envío las conclusiones despedirán a mi equipo y la empresa obtendrá lo que quiere...

—¿Has hecho algo al respecto, Jaime?

—No. De haberse tratado de un producto peligroso, que pudiera matar a gente, no lo habría dudado: la vida va antes que los cargos. Pero el producto no hace ningún daño. Únicamente resulta ineficaz. Los sistemas de salud gastarán una fortuna para adquirir algo que no sirve para nada... Lo bueno es que, dentro de un par de años, alguien escribirá un artículo en *New England Journal of Medicine* o similar donde alertará sobre su ineficacia, y finalmente el medicamento morirá. Pero, mientras, esta gente se llenará los bolsillos... Son millones de dólares frente a una extorsión a un insignificante investigador español que se pasó de ambicioso.

Se me llevaban los demonios.

—¿Cómo vas a resolverlo, Iturri? —le interrogué. Mi tono era firme y cortante. Habíamos llegado a un acuerdo y quería que lo cumpliera.

—Algo habrá que hacer. Necesito los datos de esa cuenta, los de la empresa farmacéutica, los de tu colaborador y los de todas las personas con las que te hayas relacionado estos días... Y tu teléfono...

—Estoy seguro de que está intervenido. Por eso no he querido utilizarlo, ni tampoco emplear el *e-mail*...

—Vale. Me pongo a hacer llamadas... Lo arreglaremos, espero.

—Vamos contra reloj... —insistió Jaime.

—Lo sé. No te preocupes. Y ahora el otro tema...

Mi marido me miró con extrañeza. No le había explicado el asunto, ni siquiera se lo había comentado. Iturri se dio cuenta enseguida y le resumió los hechos.

—... de modo que tenemos que ir a verle... ¡Mira, ahí está Joe! —Se levantó—. ¡Estamos aquí, Lombardo!

¡Mierda! Eso fue lo que pensé. Ni que decir tiene que hicimos lo que Iturri quería. Aunque tardamos bastante en salir.

No sé cómo dejé que me convenciera. Lo que sí sé es cómo me sentí cuando acepté. Puedo decirlo con elegancia judicial: «Comencé a sentir calambres intestinales». Pero no reflejaría lo que fue en realidad. Lo cierto es que tuvimos que retrasar la partida hacia el psiquiátrico porque me resultaba imposible separarme del cuarto de baño. Aquello era miedo en estado puro, de ese que se te incrusta en las alcantarillas hasta provocarte dolorosos retortijones. Desde que la noticia de que iba a volver a enfrentarme a Rodrigo llegó a mi subconsciente, el nerviosismo se apoderó de mí. Volví a la habitación y traté de concentrarme en Jaime, en la nieve, en que debía volver al Tribunal, cuya Sala 61 hervía... Pero fue en vano. No podía dejar de pensar en Rodrigo y en su extraña e inquietante voz. Sólo imaginar que me observaría con sus ojillos de cordero y su rostro a lo Woody Allen me descomponía. Literalmente.

Desconozco cómo se enteró de un percance tan privado, pero lo hizo. Y, muy en su papel, la mujer que regentaba el Faculty Club (una norteamericana rubia y oronda, de buena facha y muy decidida) se personó en la habitación de flores, donde me había parapetado, y se apresuró a ofrecermé su ayuda.

—No se inquiete, señoría. No es la primera vez que un virus estomacal amenaza a alguno de los residentes con impedirle impartir una clase o una conferencia. Por eso siempre tengo a mano un tratamiento infalible. Podrá comprobar que su eficacia es completa y rapidísima. ¡Se sorprenderá!

Naturalmente, habló de un virus estomacal. Ni siquiera contempló la posibilidad de que algo de lo ingerido en el almuerzo me hubiera sentado mal.

—No se moleste. He tomado una manzanilla —contesté, con el gesto más amable que el malestar me permitió.

—¿Manzanilla? ¡No sirve para nada! —Rió con estrépito—. Hablo de otra cosa: un remedio que, si no es mágico, lo parece. —Bajó la voz y confesó—: Me lo trae mi marido de las misiones a las que le envían. Es teniente del Cuerpo de Marines —aclaró.

Para qué negarlo. El término «remedio mágico» me preocupó. Pero mucho más que lo utilizaran en el Cuerpo de Marines. Las malas lenguas, los reportajes de algunas ONG radicales, los mentideros de Internet e incluso películas hechas por norteamericanos para norteamericanos aseguran que los militares sirven de conejillos de Indias en muchas pruebas médicas. Por un instante (sólo una milésima de segundo), la imagen de un tapón de corcho me vino a la cabeza. Luego fue sustituida por una infusión de olor psicodélico. Enseguida me dije que estaba dejándome influir por las viejas bravatas de la era anti-Bush. Aun así, esperé su vuelta (a caballo entre

la cama y el baño) con cierto nerviosismo.

La mujer reapareció un par de minutos después con un vaso de agua (sólo agua) y puso en mi mano una pastilla de color marrón chocolate (el tono, desde luego, era muy adecuado para la ocasión), de un tamaño cuatro o cinco veces superior al de una aspirina. Me miró de arriba abajo, y, después de sopesarlo, llegó a la conclusión de que bastaría con un cuarto. Troceó la tableta con las manos y me ofreció la dosis adecuada. Sin pensarlo dos veces acepté ambas cosas. Sólo cuando me había medicado, la buena mujer me advirtió de que el producto tenía algún efecto secundario, muy ligero y de escasa importancia. Abandonó la habitación sin explicar en qué consistía.

Desde entonces he intentado, sin éxito, conseguir un envase de ese medicamento. La dosis fue suficiente; el efecto, prácticamente inmediato (de hecho, partimos hacia el hospital de Wilson pasada media hora). Y, desde luego, fue duradero, casi radical: a los cuatro días hube de emplear un laxante. Sin embargo, también padecí su anunciado efecto secundario: un agradable e intenso sopor, tan rápido como un anestésico.

Creo que, de no haber sido por ese potingue, hubiera salido corriendo. Mermó mi capacidad de reacción de manera tan acusada que, cuando quise darme cuenta, los acontecimientos se habían precipitado y ya no tenía escapatoria. Lo último que mis ojos vieron fueron los montículos de nieve de más de medio metro a ambos lados de la carretera, ya transitable, a las afueras de Boston.

Dormí cerca de dos horas, tiempo suficiente para que todos los ocupantes del coche pudieran comprobar que ronco. Bastante, a decir verdad. Supongo que Jaime tuvo que zarandearme o hacer esos ruidos que parecen ir dirigidos a un burro y que tan nerviosa me ponen. Aunque nunca se lo he comentado. Al fin y al cabo, poseo el título de excelentísima señora. Y éstas no roncan, aunque lo hagan.

Finalmente, un brusco frenazo me arrebató de aquel placentero estado. Abrí los ojos, todavía abotargada. Tenía la boca seca, con un extraño sabor. No sé a qué sabe el cemento, pero me pareció que había tomado varias cucharadas. No obstante, los «calambres intestinales» habían desaparecido. Me incorporé y me volví hacia Jaime. Estaba despierto. Me sonrió. Constaté de nuevo su delgadez. Su cuello parecía aún más largo en el interior de la camisa blanca.

Miré a mi alrededor. La coqueta Boston, con sus magníficas universidades y sus elegantes restaurantes, se había esfumado. En su lugar había una extensión desértica cubierta de nieve y, ante nosotros, un recinto gris. El purgatorio, como mínimo.

No era la primera vez que sentía ese zarpazo. Me refiero al desasosiego, al nerviosismo que produce saber que estás fuera de sitio, que te tienen calada mientras que tú no sabes nada de nada, excepto que llevas las de perder.

Visité hace ya tiempo un pequeño mercado árabe de una también pequeña ciudad africana. No me había adentrado en sus estrechas calles y ya podía predecir el empujón inocente, con disculpa incluida, destinado a birlarte la cartera, el móvil o ambas cosas. Tras los que intentaban conseguir mi atención podía percibir a sus compinches, a la espera de un descuido. Y tras los gestos amables leía el desprecio y el interés espurio. Ahora, lo que tenía delante era mucho peor. Porque en aquel mercado lo único que producía desasosiego era la catadura de algunos de los que trasegaban por sus calles. Y no hablo de los que te miran y escupen a tu lado, desafiantes, como deseando volverse hacia ti y pintarte de algodón negro el cabello, la cara y el cuerpo, para que vuelvas a la nada de donde saliste. Hablo de los otros rostros, tan amistosos como sibilinos.

Sin embargo, el aspecto amenazador de aquella cárcel, de cualquier cárcel, en realidad, se gesta mucho antes de ver a los encarcelados, antes incluso de toparse con los carceleros. Porque allí, en esas altas paredes de cemento, coronadas por alambradas, en esas garitas estrechas pobladas de uniformes gruesos, habita todo el mal que hay en nuestro mundo. Es como si te adentraras en otra galaxia, con su propia atmósfera, aislada de todo. En cuanto me vi ante esa puerta de hierro pintada de blanco, con los controles de seguridad a cada lado, supe que entraba en un submundo para el que yo era la extranjera, la infiltrada.

No estaba preparada para algo así.

—¿Dónde estamos? Tenía entendido que íbamos a encontrarnos con el doctor Wilson...

Iturri se volvió hacia mí. Su mirada era dura, y también lo fue su voz. Ni siquiera parpadeó.

—¿Y qué crees que hacemos?

—Pero esto es... En fin, pensé que íbamos a un hospital...

—Esto es una prisión federal, señorita —me explicó Joe, con extrema amabilidad. Supongo que querría compensar las ásperas maneras de Iturri—. Dentro se encuentra la unidad de hospitalización psiquiátrica, donde Wilson está recluido.

No repliqué. Esperamos pacientemente a que el agente Lombardo realizara los trámites de rigor y regresara al coche. Cuando volvió, la valla que daba paso a aquel mundo comenzó a moverse. Tardó una eternidad. Al abrirse emitía un sonido

estridente, desagradable, como si quisiera que lo pensáramos mejor. Yo no necesitaba advertencia. Hubiera vuelto encantada por donde había venido. Pero era imposible. En cuanto cruzamos el perímetro de seguridad, la verja comenzó a cerrarse tras nosotros. Esta vez, curiosamente, me pareció ligera, mucho más ligera; su sonido era como el de una risa ácida. «Os he cogido», parecía decir.

Avanzamos. La finca era grande; lo menos dieciocho o veinte hectáreas. Debía de haberse sembrado de césped años atrás, pero no la habían cuidado desde entonces. Algún árbol aislado y escuálido, plantado sin orden alguno, manchaba la escena y rompía la rutina. Al fondo se veían varias construcciones de aspecto sólido. Imaginé de pronto a un prisionero que corría por aquel campo sin un lugar donde ocultarse. Y en mi mente se oyó un disparo. Lo vi impactar en su espalda. Vi al hombre caer de bruces y continuar arrastrándose hasta oír un segundo disparo. El de gracia. O el de desgracia, según se mire. Me estremecí. Cerré los ojos y me obligué a pensar que aquella imagen era fruto de demasiadas horas ante pantallas de cine, una de mis grandes pasiones.

Tardamos en alcanzar la zona habitada: cuatro edificios construidos alrededor de otro más alto, con bandera, cartel y gente armada. Puede que fueran cinco minutos o quizá sólo uno: tengo la sensación de que en sitios como ése el tiempo discurre a trompicones. Finalmente, el coche giró a la izquierda y se dirigió a una aséptica estructura de cinco plantas, construida con el mismo perfil que las demás: ladrillo rojo, verjas blancas en las ventanas, guardias uniformados en los alrededores y, sobre todo, un profundo silencio.

Aparcamos en la entrada y descendimos.

«Pabellón D», rezaba el cartel. Me pregunté de quién fue la feliz idea de emplear letras para identificar sitios. ¿Por qué no nombres bonitos: psiquiatras famosos, inventores, escritores o ciudades? ¿Por qué letras o números, si lo demás cuesta lo mismo? Como los coches. GTI, TX, V8, SLS... Seguro que no fue una mujer quien escogió ese sistema. Yo ni siquiera sé de memoria la matrícula de mi utilitario.

Miré el reloj, supongo que por nerviosismo; fue un gesto maquinal. Eran casi las cinco. Anochecía con rapidez, aunque a mí hacía ya rato que todo me parecía negro. Tenía los nervios a flor de piel, la angustia instalada en la garganta y un terrible dolor pulsátil en la frente. No sé cómo me sobrepuse a todo eso, pero subí los tres peldaños que me alejaban de la libertad y mantuve las formas. Traté de entrar en el edificio con paso firme y la misma decisión que cuando llevo la toga puesta. Pero lo hice junto a Jaime e Iturri; detrás de ellos, para ser exacta. La diarrea había desaparecido pero no el miedo, que iba a peor.

Dos funcionarios de uniforme nos esperaban al final de la escalera, ante la puerta. El de mayor edad tenía los brazos en jarras y los pulgares en el cinturón, del que colgaban una porra y una pistola. El más joven, también armado, sujetaba con la mano izquierda la correa de un perro. Era grande, pero no sé nada de razas caninas, de modo que no puedo dar más datos. El animal parecía tranquilo, pero llevaba bozal:

señal de que las apariencias engañan. El primero de los funcionarios (un hombre rubio, con una evidente alopecia y una no menos evidente panza) se nos acercó y nos tendió la mano. Apretaba con fuerza. Omitió su nombre y el de su compañero, pero dibujó una media sonrisa.

No desconfío de la policía, son los buenos. Pero ¿quiénes eran los buenos en aquel universo paralelo? Hace mucho que aprendí que, cuando nada es lo que parece, lo mejor es no confiar en nadie. Y menos aún en los uniformes. Me puse en guardia.

—Bienvenidos a la Unidad. Creo que tienen una autorización judicial para interrogar a un recluso... Eso no nos agrada, para qué voy a negarlo. Cualquier cambio en sus rutinas, por pequeño que sea, los altera. Ustedes se van y no se enteran de lo que dejan atrás, pero nosotros hemos de sufrirlo. —Joe Lombardo fue a decir algo, pero el funcionario lo detuvo—. No me malinterprete, jefe, sabemos obedecer órdenes. Si hay que hacerlo, se hace y punto, pero eso no quiere decir que nos guste... Además, es mi deber advertirles de que su presencia puede ocasionar problemas... —Me señaló con el mentón. Como si sus pulgares estuvieran pegados a su desmesurada barriga—. Desde luego, la señora se tiene que quedar fuera. No puede entrar. Estos tipos son como animales, se mueven por instinto. Hace mucho que no huelen un perfume como ése. Y el tono de su pelo... No me malinterprete, señora, a mí me gusta, pero...

Hablaba un inglés muy cerrado y llevaba un palillo en la boca, pero le comprendí perfectamente. Cuando le oí referirse a mi perfume y al color de mi pelo, di un respingo. Por orgullo, pero sobre todo por sensatez. Porque ¿quién, en su sano juicio, querría adentrarse en esa jungla? Según lo pintaba el policía, parecía el escenario de una película de Scorsese. O, mejor, de un guión escrito por Scorsese y Tarantino. Porque yo veía maldad y peligro por todas partes. Le dije al funcionario que estaba de acuerdo con él. Resultaba mucho más razonable que ellos trasladaran al recluso y que nos reuniéramos con él fuera, en algún despacho que estuviera alejado de la zona en la que se encontraban los internos.

—No es tan fácil, señora. Pese a la autorización que traen, no puedo hacer lo que me piden si el médico responsable no da su autorización. Primero tienen que hablar con él. Y está dentro. Yo que usted esperaría aquí y dejaría que los hombres entraran solos... —insistió.

Fue entonces cuando el agente Lombardo impuso su autoridad. Su tono resultó inconfundible. Joe es un tipo normal, con sonrisa franca y aspecto afable, pero cuando da una orden nadie duda que es él quien empuña el bastón de mando.

—Su señoría es la jueza responsable; los demás sólo somos sus acompañantes. De modo que déjese de leches y vaya a organizar su casa. De prisa. Hágalo como quiera, pero sepa que no toleraré ni medio incidente, ¿me ha entendido bien?

Se encogió de hombros, como si no le importara. Pero lo había entendido. Lo sé porque, en cuanto Joe se puso serio, el funcionario se sacó los dedos del cinturón. Definitivamente, no los tenía pegados. Visto lo visto, me limité a ensayar una mueca

de jueza implacable, algo que resulta difícil cuando llevas pantalón de pana, jersey de cuello alto y cazadora de plumas. El hombre cogió su walkie-talkie y, escuetamente, dio una serie de instrucciones. Por lo que logré escuchar, ordenó encerrar a cuatro personas que podían ser conflictivas. Empecé a sudar, aunque hacía frío. ¡Por Dios, cómo había podido dejarme convencer!

—El médico jefe les recibirá ahora. Sin embargo, me temo que para hablar con ese paciente tendrán que esperar. Queda poco más de una hora para la cena. Y eso, entre estas paredes, es sagrado; está incluso por encima de la ley... Cuando vuelvan mañana, lo tendremos todo organizado.

—Debe ser hoy —insistió Lombardo—. Ha dicho que queda una hora para la cena. Hay tiempo de sobra...

De nuevo tomó el walkie-talkie y mantuvo una conversación telegráfica con alguien del interior. Luego, nos dijo que le siguiéramos, pero avisó que no se hacía responsable de lo que ocurriera si nos entreteníamos. Los internos tenían que cenar. Ese horario no lo podía cambiar ni un agente federal.

Empleó una llave grande, que se sacó del bolsillo, para abrir la primera puerta. La llevaba colgada de una cadena gruesa de metal. Entramos. No conocía el resto de los edificios, pero aquél parecía una prisión de alta seguridad: vallas, cámaras por todas las esquinas, detectores de movimiento, controles remotos. Jaime debió de sentir mi aprensión porque se acercó a mí y me susurró al oído:

—¡Tranquila, el perro del bozal no está loco!

Sonreí agradecida, pero seguía aterrada. Y no las tenía todas conmigo.

Avanzamos unos metros por un estrecho pasillo de cemento, lleno de rejas pintadas de distintos colores que estaban desconchadas. No nos topamos más que con un par de guardias uniformados y armados, que saludaron a sus compañeros con un sonido gutural. Los miré de reojo. Tenían cara de malos. Debía de ser el ambiente: se te mete en las entrañas y te cambia hasta el gesto. Di por sentado que el resto de los funcionarios estaban curioseando desde la sala de control, de modo que me quité la cazadora y me la anudé a la cintura. Si hay algo que me cabrea más que las referencias a mi pelo, es que me miren el trasero. Me da igual si los ojos que se me clavan son los de un colega del Supremo o los del tipo del mono que trabaja subido en un andamio. No obstante, la mirada de un hombre como el de la entrada, capaz de oler tu perfume de la misma forma animal que los reclusos a los que cuida, me pareció doblemente asquerosa.

El pasillo acababa en otra puerta metálica, que abrieron desde dentro. Entonces, el panorama comenzó a cambiar. Gente que vestía pijamas azul cielo (enfermeros o auxiliares, supongo) o ropa de calle relevaron a los tipos con pistola. Todos llevaban una identificación colgada al cuello con una cinta roja. Se oía una música ligera procedente de alguna radio. La gente parecía relajada. Debía de ser un lugar de descanso para el personal.

Llegamos a una segunda barrera con cerradura electrónica. El funcionario de

prisiones introdujo un código de seis cifras y la puerta se abrió con un zumbido. Reconozco que con cada nuevo ruido me ponía más y más nerviosa. Aquél, en concreto, me produjo una extraña conmoción. Supe de inmediato que había llegado la hora de la verdad.

En cuanto la puerta metálica se movió, me llegó el olor a comida.

Berza. Cocida, guisada, en sopa o como fuera, pero desde luego lo que estaban comiendo allí era de la familia de las berzas (no me gustan, por eso lo sé). Me estremecí. No por las berzas, claro, sino porque detrás de ese olor estaban los que se iban a comer las berzas: el mundo, tan estremecedor como extraño, que habíamos ido a ver se materializaba ante nosotros. Entrábamos en la zona de reclusión.

El tipo de los pulgares iba a despedirse, pero le retuve para decirle que preferíamos que, en vez de entrar nosotros, fuera el médico quien saliera.

—Lo siento, señorita. No crea: estoy de acuerdo con usted. Los locos que están ahí encerrados no serán culpables, pero son peligrosos. Algunos, mucho. Sin embargo, no soy yo el que dicta las normas. Si por mí fuera, muchas cosas cambiarían por aquí. Pero no deben preocuparse: todo está bajo control.

Eso dijo. Pero, claro, no le creí.

El policía nos dejó en manos de una mujer blanca, menuda, vestida con pantalón vaquero y jersey grueso color malva. Tenía el cabello recogido en una trenza que le caía por la espalda hasta la cintura. Varios pendientes agujereaban en fila su oreja derecha. Dijo llamarse Susan y ser asistente social.

Avanzamos. Seguía habiendo muchos pasillos, pintados de distintos colores, la mayor parte chillones, que daban paso a algunas salas sin puertas. Empecé a ver a varias personas sin identificación, internos. Vestían un mono de color grisáceo, pero la mayoría llevaba por encima prendas gruesas, lo que rompía con la monotonía de aquel lugar. Al avanzar me fijé en un hombre inmóvil, muy tieso, situado frente a una pared desnuda que estaba pintada de amarillo. No le separaban de ella más que un par de centímetros.

—Espera a que le abran —me explicó Susan, al notar que le observaba—. Es inofensivo, como todos los de esta zona. Los dejamos moverse libremente por aquí porque no son violentos ni suelen presentar conductas peligrosas.

Yo seguía mirando al hombre de la pared.

—Pero no hay puerta —observé.

Se echó a reír.

—¡Muy cierto! Por eso lleva tres años ahí. Sólo abandona el sitio para comer y dormir. Incluso orina ahí mismo, aunque solemos reñirle por eso...

Estaba hablando cuando se nos acercó otra persona, un hombre mayor. Por su aspecto pasaba de los setenta, aunque en estos sitios nada es lo que parece. Se puso a mi lado sigilosamente, como si fuera una serpiente. Llevaba gafas redondas y tenía

aspecto de bonachón, pero me asustó... ¿Cómo podría describir cuánto? Baste con decir que al cabo de un instante me hallaba refugiada detrás de la asistente social.

Si al hombre le sorprendió mi actitud, no dijo nada. Sonrió y se mostró cordial.

—Buenos días, Susan, ¿puedo saludar a tus amigos?

Noté que la asistente social no le quitaba ojo de encima.

—No creo que sea buena idea, Steven. Vamos a ver al director y no es prudente hacerle esperar, ¿no crees? Ya sabes que se enfada con facilidad.

—¿Se van a quedar?

—Me temo que no.

—Mejor, porque tú sabes que hay gente como ella encerrada en el infierno — insistió.

—Anda, Steven, ve a la sala verde, enseguida os llamarán para cenar.

Recibió la negativa sin inquietarse. Permaneció en el mismo sitio, viendo cómo nos alejábamos. Me apreté la cazadora en la cintura.

—Su apariencia era bastante... normal — señalé, sin saber qué decir. Me arrepentí de inmediato. ¿Qué significado tenía la palabra «normal» en aquel sitio?

—Parece inofensivo, pero no lo es. Siete palizas, dos de ellas con resultado de muerte. Todas mujeres de mediana edad... Cree que es un ángel enviado a la Tierra para meter a las mujeres pecadoras en cintura. A golpes...

En honor a la verdad, no me siento incluida en el grupo «mujeres de mediana edad», sino en el de «jóvenes con canas», pero de todos modos un fuerte escalofrío me recorrió la espalda. De nuevo sentí los retortijones, estériles gracias a los marines. Busqué a Jaime y me sujeté a su brazo. Al ver cómo había reaccionado, Susan desvió de inmediato la conversación hacia otro asunto.

—El despacho del doctor Raspy está muy cerca. Es el jefe de psiquiatría de esta unidad —nos aclaró—. Él les facilitará la información que necesiten. Y, si lo estima oportuno, les organizará la entrevista con el interno.

—¿Conoce usted al doctor Wilson, Susan?

Me miró con extrañeza.

—Wilson... No me suena ningún doctor Wilson, la verdad. Y llevo ya diez años trajinando entre estas paredes.

Entonces caí en la cuenta de que había empleado su nombre de guerra. Ernest Wilson, en la vida real, se llamaba Marc Ross i Roví.

—Perdone, quería decir doctor Ross, Marc Ross...

Reflexionó unos instantes.

—Ross... ¡Ah, sí, el español! Lo conozco, desde luego. Pero aquí nadie le llama doctor. Es un tipo interesante, callado, muy culto. Participa poco en la terapia, pero no causa problemas.

—¿Y qué opina de él?

—Está aquí, ¿no? He visto su historial. Cargadito. Nueve asesinatos, personalidad disociativa... La medicación actúa con lentitud en estos casos. Hay que tener mucha

paciencia... Aunque él dispone de todo el tiempo del mundo. No saldrá de aquí fácilmente —apuntó ensayando una sonrisa cínica, como diciendo que estaba claro que Wilson sólo saldría de allí con los pies por delante.

—Y el director, el doctor Raspy, ¿es un hombre competente?

Se encogió de hombros. Debía de ser el gesto característico de los funcionarios de aquella prisión.

—Verá, señoría, estos centros logran desanimar al más pintado. Se supone que un médico tiene como profesión curar, o al menos intentarlo. Pero aquí eso resulta prácticamente imposible. La reinserción es una utopía aún mayor que la paz mundial...

Recordé de pronto las conversaciones entre Wilson y Rodrigo acerca de las causas de la locura. Los genes, el ambiente social, la libertad personal... En aquel lugar, me inclinaba a aceptar la primera opción.

—¿Lo dice porque esta gente lleva la maldad en los genes?

Me miró con un atisbo de desprecio.

—Pues no. Lo digo por la absoluta escasez de medios. Esto debería ser un hospital, pero lo han convertido en un almacén. Aquí guardamos lo que la sociedad no quiere. Lo importante no es curar; de hecho, muchos empeoran. Lo que la sociedad espera de este tipo de centros es que los internos den la menor lata posible a los que están fuera.

Sabía que recibiría otra mirada de desprecio, pero tenía que saber qué tipo de persona era Raspy, así que disparé:

—¿Eso es lo que opina el doctor Raspy o es su propia visión?

Algo en sus ojos me indicó que había metido el dedo en la llaga. No era eso lo que yo pretendía.

—Verá, casi el uno por ciento de la población norteamericana está en la cárcel. Hablamos de más de dos millones de personas, casi tres. Uno de cada cuatro encarcelados presenta una patología psiquiátrica. Y la curva es exponencial. Los hay locos de atar y simplemente locos, pero es una multitud. Y eso es un dato, ¿me comprende? —Asentí—. Otro dato: cada día que una de estas personas pasa en un centro como éste cuesta una fortuna al erario público. Y suelen pasar reclusos unos quince o veinte años por barba. Algunos entran sabiendo que morirán entre estas paredes. Costes crecientes, presupuestos fijos. La conclusión: no hay medios suficientes, ni materiales ni humanos. Y tampoco existe voluntad política o social para solucionar el problema. Hay asuntos más urgentes. Por eso, como le decía, esta unidad psiquiátrica penitenciaria, como cualquier otra similar, no tiene por misión curar a nadie. Lo único que busca el sistema es evitar que esta población haga daño a la gente sana... Pongamos el ejemplo de esta prisión. Sólo tiene quince años. Costó la friolera de sesenta millones de dólares y fue diseñada por famosos arquitectos e ingenieros especialistas en prisiones. Iba a ser el no va más en reinserción. Hasta ficharon al doctor Raspy, que entonces era una eminencia. Como habrá podido

observar, está bien dotada. Posee abundante terreno y edificios sólidos... Pero el proyecto cayó por su propio peso.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que se construyó con capacidad para quinientas personas, divididas en cuatro niveles de seguridad, y para contener una unidad de hospitalización penitenciaria de cincuenta enfermos como máximo. Hoy estas paredes custodian a más del doble de la capacidad máxima. Concretamente, en este pabellón tratamos a ciento treinta y ocho internos con enfermedades mentales graves, muchos de ellos agresivos, y algunos muy peligrosos. Como ve, el trabajo se ha doblado, pero el número de funcionarios y de personal sanitario no se ha modificado. Estamos los que estábamos. Aún más: cuando alguien se pone enfermo y no puede venir a trabajar, cosa muy frecuente aquí, no nos envían a ningún sustituto. Por ello hace tiempo que la rehabilitación resulta prácticamente imposible. A lo sumo, un grupo de terapia con sesiones psicológicas una vez por semana y alguna visita de un especialista de vez en cuando... Aunque a veces sería mejor que no vinieran... Además, cada vez llegan peor. Casi el noventa por ciento de estos hombres padece los síntomas...

—¿Síntomas? ¿De qué síntomas habla? —preguntó Jaime.

—¿Es usted médico?

Jaime asintió.

—Hace años que no ejerzo. Estoy dedicado a tiempo completo a la investigación, pero he pasado mucho tiempo junto a los pacientes.

—Comprendo. Pues verá, doctor, aquí el problema no se encuentra en el nivel celular. Aquí el problema son los síntomas que caracterizan a los *outsiders*: hablo de las adicciones, de la exclusión; de la mierda, si ustedes me perdonan el lenguaje. Nueve de cada diez pacientes necesitan metadona. Seis de cada diez tienen VIH positivo o padecen hepatitis C... En fin, no quiero aburrirles con mis frustraciones. Me preguntaban por el doctor Raspy; pues bien, puedo decirles que es un buen médico que finalmente ha tirado la toalla. Ha estado desde que llegó luchando a brazo partido contra las autoridades federales y locales. Los hizo venir en varias ocasiones para que vieran las condiciones en que trabajamos, les llamó y les escribió. Pero no logró nada. Bueno, en realidad sí: nos mandaron más reclusos violentos, procedentes de la prisión de California, y privatizaron parte del sistema. Raspy se jubila dentro de seis meses y ya no quiere líos. Dice que bastante hacemos con sobrevivir y evitar que se maten entre sí o que nos maten a nosotros... —Se detuvo—. Bueno, hemos llegado. Ésta es la guarida del doctor Raspy. Yo me despido aquí. —Llamó a la puerta, pero abrió sin aguardar respuesta—. Su visita, doctor.

El despacho del doctor Raspy olía a comida, pero no a berza. De hecho, el psiquiatra estaba dando cuenta de un plato de macarrones con salsa boloñesa y queso gratinado. En la mesa, sobre una servilleta de papel desplegada, descansaban los restos de un bocadillo y un vaso de plástico de tamaño extragrande con un par de pajitas dentro.

—¡Vaya, perdonen! Les esperaba un poco más tarde. Lo siento. —Se limpió las manos con una de las esquinas de la servilleta de papel y se levantó para saludarnos—. Soy el doctor Raspy, jefe de este tinglado. No tengo sillas suficientes, aquí todo es escaso. Me temo que uno de ustedes tendrá que quedarse de pie... Las señoras primero, por supuesto... —Me senté sin hacer preguntas. Jaime también lo hizo, lo mismo que Joe. Iturri permaneció erguido, junto a la pared—. Bueno, ¿qué se les ofrece? ¿Quién de ustedes está al mando? Porque me dicen que son agentes federales. Estoy a su disposición...

Iturri me dirigió la mirada, pero no me inmuté. Yo no estaba al mando de nada. Es más, si estaba allí era por una causa de fuerza mayor y en contra de mi voluntad.

Habló Joe.

—Soy el inspector Lombardo, estoy al frente de esta investigación. Le agradezco mucho que nos reciba. Le presento a su señoría, la jueza MacHor, del Tribunal Supremo español; al doctor Garache, director del Centro de Investigaciones Superiores Científicas, también español; y al inspector Iturri, colega de la Interpol...

—¡Vaya, no sabía que fuéramos tan importantes! Parece como si los hubiera enviado el mismísimo Congreso. ¿De qué se trata? No me digan que ahora que me jubilo van a aumentar el presupuesto...

—Me temo que no —se disculpó Joe.

Mientras hablaban, me fijé en el psiquiatra. Andaría por los setenta; raza blanca, obeso, moreno, poco pelo y barba de dos días. Rozaba, aunque levemente, la dejadez. Su bata estaba limpia, pero muy gastada. Llevaba camisa oscura, sin corbata. Noté, también, que miraba de reojo los macarrones.

—Estamos aquí porque queremos conocer el estado y los progresos de uno de sus pacientes: Marc Ross i Roví. Antaño ejerció como psiquiatra... —decía Joe cuando le interrumpí.

—¿Por qué no termina su cena, doctor? A nosotros no nos molesta.

—¡Ah, estupendo! Este tipo de comida, si se queda fría, resulta repugnante. Gracias. —Cogió el tenedor de plástico y continuó comiendo—. ¿Qué me decían?

—Le preguntábamos por un recluso: Marc Ross i Roví... ¿Qué puede decirnos de él?

—Ross... El psiquiatra español... Sí, claro. Déjenme que lo compruebe.

Cogió las minúsculas gafas, que colgaban de su cuello con una cinta negra, se las colocó sobre el tabique nasal, casi en el borde, y volvió la vista hacia el ordenador. Buceó en él unos instantes hasta dar con lo que buscaba...

—¡Ah, sí, aquí está! Dentro de las circunstancias, se encuentra en buen estado. A diferencia de algún otro, se ha adaptado a este entorno y ha aceptado su enfermedad... Ése es el primer paso para la curación. Por lo demás, no ha dado problemas graves...

—¿Y Rodrigo? —le pregunté, sorprendida de oírme a mí misma.

—¿Quién es Rodrigo? ¿Cuál es su apellido? No recuerdo a ningún interno con ese nombre. Si está con nosotros, debe de ser desde hace muy poco.

Miré de reojo a Iturri. Esta vez fue él quien se encogió de hombros. Joe nos sacó del trance.

—Rodrigo es la segunda personalidad de Ross, doctor. La que emplea para matar...

Le miró con extrañeza unos segundos. Luego se limitó a decir:

—¡Ah, qué interesante! No lo sabía. Su historial narra una enfermedad disociativa, pero no ofrece muchos detalles.

Raspy cogió el vaso, atrapó las dos pajitas con los labios y sorbió. Quedaba poca cantidad de líquido, por lo que hizo mucho ruido. Se disculpó. Por un instante, mi mente volvió al cine y pensé que levantaría los pies y los pondría sobre la mesa. Pero no estábamos en el cine.

—¿Y cómo es posible que Ross no le hablara de Rodrigo?

Se echó a reír. Tenía la boca llena y un trozo de pasta grasienta salió disparado. Fue a parar a su bata blanca. Se lo sacudió con el dorso de la mano.

—¡Lo siento, esta comida basura es un asco! Pero la que sirven aquí es mucho peor. Me preguntaba usted por qué no sé nada de Rodrigo. Pues resulta bastante normal: veré, sólo lo veo una vez al mes. Le pregunto por sus «amigos», sin nombres. Siempre asegura que no hay nadie. Que sabe que las voces son falsas, que las identidades son ficticias. Es psiquiatra, ¿me comprende? Dice lo que yo quiero oír. Le suministramos la medicación adecuada y, en fin..., yo me doy por satisfecho. No puedo hacer nada más... Sé que les parecerá una falta de...

—Nadie está dudando de su profesionalidad, doctor... —le interrumpió Jaime—. Comprendemos perfectamente la situación.

—Díganme una cosa: ¿por qué tienen tanto interés en este interno? Ross no tiene nada especial...

—Ah, ¿no? —pregunté en un impulso. Otro más. ¡Cuándo aprenderé a callarme! —. Fue directamente responsable de la muerte de nueve personas, y parece que la historia continúa...

Asintió varias veces, meneando la cabeza.

—Ross es un asesino confeso, tiene toda la razón. Pero muchos de los que están

aquí tienen alguna muerte en su haber. Además, como bien sabe, no son directamente responsables: hubo delito, pero no culpa... Ross cometió sus crímenes con las facultades intelectivas y volitivas anuladas...

—*Touché!* —reconocí. Él inclinó la cabeza, como si se tratara de un lance y yo hubiera ganado—. Sin embargo...

No me dejó continuar.

—Supongo que iba a decirme que Ross tiene amigos imaginarios dentro de su cabeza... ¡Pues suerte para él, al menos no está solo! —Se rió unos segundos de su gracia. Ninguno de nosotros le secundó y volvió a retomar la seriedad que había mostrado hasta entonces—. Su hombre oye voces, no lo niego, pero aquí el que no oye voces es porque está sordo. Muchos las oían antes de entrar; otros han empezado a escucharlas aquí. ¡Hasta yo, a veces, creo oír mi propio cerebro! En fin, lo que quería decir es que lo mismo da de dónde vengan las voces, porque nunca les dicen nada bueno. Me refiero a que no les sugieren que escriban a su madre o que ayuden al viejo de al lado. Los advierten de que su vecino del quinto, ese que parece un oficinista simpático y eficiente, es el anticristo, y de que la esposa de éste, tan dulce y embarazada de seis meses, es la lugarteniente del diablo. De modo que tienen que matarlos. Al hacerlo, están ofreciendo un gran servicio al mundo, un mundo que les recompensa metiéndolos en una cárcel como ésta...

Traté de interrumpirle, se hacía tarde y quería respuestas.

—Doctor...

—Algunos de mis pacientes se sienten manipulados por extraterrestres disfrazados de enfermeras, de psiquiatras o de cocineros. Se quejan de que les insertamos cables, de que les envenenamos la comida o de que les robamos las ideas. Hay uno que se envuelve los testículos en varias capas de papel de plata porque cree que yo espero un descuido para apoderarme de sus espermatozoides... ¿Pueden creerlo? Es un tipo contrahecho, que ha perdido los dientes y el pelo; ¿por qué querría alguien robarle sus espermatozoides?... En fin, ésta es nuestra gente. Por eso les he preguntado qué interés tienen en Ross, porque él no es muy diferente del resto. Desde luego, el importe de sus crímenes es abultado. Y tardaron en cogerle... Sin embargo, no es de los peores. He visto las imágenes: no se ensañaba con las víctimas, no violaba a las mujeres ni destripaba los cadáveres; ni siquiera eyaculaba al contemplar su obra... Parece un tipo civilizado, incluso a la hora de matar. Por eso no logro comprender a qué viene tanto interés por parte de una jueza europea, un médico de altos vuelos y dos agentes federales. Esto es Norteamérica. Somos celosos de lo nuestro, incluso de nuestros locos.

Miré a Iturri, que permanecía impassible. Luego a Joe, que fue el que habló.

—¿Podemos verle, doctor? ¿Podemos hablar con él?

—Si no queda más remedio, accederé, pero no creo que logren nada. Tras el incidente de esta mañana está confinado en su celda, pero hemos de soltarle para cenar... —Volvió la vista hacia su muñeca y consultó el reloj—. Quedan diez

minutos. Si les parece, puedo acompañarles a la sala de visita y llevar allí a Ross cuando termine. Es la única que ofrece las condiciones adecuadas. Con la comida que se sirve aquí, acabará enseguida.

—¿Podemos saber en qué ha consistido ese incidente, doctor, y qué papel ha tenido Ross? —le preguntó Joe.

—Bueno, Ross no ha tenido nada que ver. Sólo estaba allí. Ha sido Tigris... Bueno, en realidad, él tampoco. La culpa la tiene esa gente, que no se toma estas enfermedades en serio. Me refiero a las autoridades del condado. De cuando en cuando, les entra cargo de conciencia y nos envían a alguien. Esta vez era una mujer blanca (gruesa, morena y fea, para dar más datos), de poco más de cincuenta años, con una túnica roja que le llegaba hasta los pies. Va de psiquiátrico en psiquiátrico enseñando terapia de rehabilitación a través de la música. A mí la música me gusta, y me pareció bien que nos visitara. Nos pidió algunos perfiles y seleccionó a quince pacientes. Los llevamos a una sala y dejamos las puertas abiertas para que nadie se sintiera agobiado y el que quisiera pudiera marcharse si no se sentía cómodo... No hubo problema cuando les mostró cómo respirar con el diafragma, ni tampoco cuando cantó los sonidos básicos; tenía una bonita voz. Pero luego se acercó al aparato que había traído y lo encendió. Tigris estaba justo a su lado, con la cara de siempre, amable y atenta. El CD empezó a sonar: era *chanting*, un tipo de música que los indios emplean en los ritos religiosos. Tigris se lanzó al cuello de la mujer sin mediar palabra; por poco le parte la tráquea. De no haberlos separado, la palma.

—¿Y por qué hizo eso? —pregunté espantada.

—No fue más que un mecanismo reflejo: cree que es un tigre de Bengala y trata de cazar como ellos cuando algún sonido le recuerda a la India. Tiene tres muertes a su cargo, todas fruto de la misma patología. Si la señora en cuestión se hubiera estudiado los historiales, esto no habría pasado. Tras el incidente tuvimos que encerrarlos a todos... Pero, como les digo, el confinamiento acaba ahora. Puedo conducir a Ross a la sala después de la cena o, si prefieren, puedo ir personalmente a preguntarle por ese tal Rodrigo... Aunque estoy pensando que sería mejor que lo hiciese mi ayudante...

—Eso sería estupendo, doctor —contestó Joe.

—Tampoco diría tanto, la verdad. Ustedes están en el territorio de los reclusos, supongo que me comprenden. —No lo explicó, pero, en efecto, todos lo entendimos—. Y ellos lo perciben todo. Incluido el olor...

—Se refiere a mi perfume —respondí, molesta.

—A eso también. Pero estaba pensando más en el miedo...

Estaba claro que aquél no era mi día.

—¿Cómo dice, doctor?

—No debe molestarse, es normal. Usted no está acostumbrada a esto y resulta lógico que se asuste. No es un sitio agradable. Sin embargo, señora, el miedo no es un sentimiento del alma, como tanta gente cree. Tiene también su lado físico. El miedo

huele. Los pacientes conocen bien ese olor. Los locos lo buscan, lo aprecian. A los nuevos funcionarios, por ejemplo, los descubren siempre por eso... Yo también he aprendido a hacerlo. Y usted huele a miedo... ¿Se lo causa el sitio o quizá ese tal Rodrigo? Si es por este último, no debe preocuparse: Marc Ross no ha abandonado este lugar ni cinco minutos en los dos años que lleva aquí. Y en las últimas semanas no hemos tenido ninguna baja...

—¿Ha leído las cartas, doctor? —le pregunté. De perdidos, al río.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—Las de Rodrigo...

Torció el gesto y respondió disgustado:

—Me temo que tendré que hablar seriamente con mi ayudante. Hay muchas cosas que ignoro, cosas que debería haberme contado... En fin, buscaré a Susan para que les acompañe hasta la zona de visitas. ¿Necesitan que yo esté presente? La verdad es que me esperan en casa desde hace rato. Es el cumpleaños de mi esposa. Cumple sesenta años. Lo celebraremos con mi hijo y su mujer. Y también con mi hija y nuestro nieto, han venido desde Arizona para la ocasión... No quisiera decepcionarlos si no es estrictamente necesario.

Nos miramos entre nosotros. Yo pensé que era lógico que él estuviera, pero, por otro lado, estaba claro que no tenía ni idea de la historia. Sería más fácil si lo hacíamos solos.

—Creo que nos las apañaremos sin usted, doctor, ya le hemos molestado bastante. Estoy seguro de que con Susan será suficiente —afirmó Joe—. Muchas gracias por su tiempo, y si se le ocurre algo que...

—¡Claro, si recuerdo algo importante le telefonaré!

Me levanté. Cogí la cazadora, que había colgado tras la silla, y volví a anudármela a la cintura. Cuando salíamos miré a Iturri.

«¿Tú entiendes algo?», le pregunté con un gesto. Alguna explicación debía de haber, porque yo tenía una copia de esas cartas en mi maletín. Iturri esquivó mi mirada. Entonces, me encaré con él y con Joe.

—Esas cartas son de Rodrigo. Las ha escrito él, sin duda. Vosotros lo sabéis y yo también. Pero, para mí, el asunto está zanjado. El doctor Wilson sigue encerrado y está estable. Podemos volver a casa... —Bajé la voz y añadí—: Y tú, Iturri, tienes que darte prisa. Yo he venido hasta aquí. Ahora cumple tu parte del trato.

—El trato fue que tú asistirías a la entrevista...

Era cierto. Pero Raspy me había dado la excusa perfecta.

—El doctor ha dicho que es mejor que espere fuera con Susan. Ya has oído lo del miedo. Será mejor que no vaya, no sea que me huela y eso lo fastidie todo...

No les quedó más remedio que transigir.

Comenzamos la peregrinación por el módulo. El despacho del médico se abría a un hall ancho, sin más mobiliario que unos bancos y unas papeleras de plástico, y con salas abiertas a ambos lados. Curiosamente, habían pintado la pared derecha de naranja, en tanto que la izquierda lucía una tonalidad azul metálico.

—Por favor, no se separen de mí. Permanezcan juntos —nos advirtió la mujer. Obedecemos sin rechistar.

Cruzamos el hall en estricto silencio pegados a la pared color naranja. Ni Susan mentó palabra. Según nos alejábamos del despacho del doctor Raspy, el olor a berza se fue intensificando. Al llegar a una de las salas, deduje que se trataba del comedor porque allí olía más que en ningún otro sitio. Al pasar eché una ojeada. Vi mesas largas con platos y vasos metálicos pero sin manteles. Continuamos. Enfrente, a poco más de cien metros, había una pequeña puerta pintada de color verde oscuro en la que destacaba una cerradura de seguridad. Susan la señaló con el dedo.

—Es ésa.

No habíamos andado una docena de pasos cuando de uno de los pasillos laterales surgió una fila de hombres ataviados con monos grises.

—¡Vaya por Dios! —oí susurrar a Susan—. Es hora de cenar. Pueden saltarse la terapia, pero ninguno se pierde la comida... Será mejor que nos detengamos y esperemos junto a la pared a que pasen. Los estómagos vacíos acrecientan el mal humor.

Lo hicimos. Yo me oculté detrás de Jaime y desde ese parapeto los observé de reojo. Presentaban distinto aspecto (los había altos y bajos, gruesos y delgados, negros, blancos, hispanos y orientales), pero compartían algo más que la vestimenta reglamentaria. Me refiero a la mirada, entre triste y extraviada. Al final de la fila pude apreciar a un funcionario bastante joven, que saludó a Susan con una franca sonrisa.

De pronto recordé las palabras de la asistente social: «Ninguno se pierde la comida». «¿Wilson tampoco?», pensé de inmediato. Porque, en ese caso, sería uno de los integrantes de aquella fila. Sólo por pensar en ello empezó a temblarme todo el cuerpo. Dudé de si necesitaría otro trocito de aquella pastilla marrón chocolate que los marines empleaban. Entonces reparé en lo del olor. Me refiero al olor del miedo. Y me quedé quieta, petrificada. Meforcé a concentrarme en el suelo. Empecé a recitar para mis adentros el Código Penal. Lo conozco de memoria. Cualquier cosa con tal de no pensar, de no ver y de que no me vieran, de no sudar, de no emitir olor alguno... Deseé con todas mis fuerzas que ninguno de ellos tuviera buen olfato.

En aquel momento, de uno de los largos fluorescentes del techo salió un chispazo

y se apagó. Uno de los internos cayó de rodillas y se puso a llorar. La fila se detuvo. El ruido de los pies arrastrándose por el suelo de cemento comenzó a convertirse en una colección de gemidos y gritos ahogados. Rápidamente, otro de los hombres se acercó al compañero postrado y le acarició el pelo.

—No pasa nada, Paul —aseguró—. Sólo es una bombilla fundida. No te preocupes. Nadie quiere hacerte daño. Nadie...

Estaba observando la ternura con que le trataba cuando noté la llegada del silencio. Denso, extraño, como de compás de espera. Levanté la vista y contuve de inmediato el aliento. Un tipo inmenso, de color, con melenas a lo Bob Marley y apariencia amenazadora se abrió paso entre sus compañeros y nos señaló con el dedo. En realidad, sus palabras se dirigían a uno de nosotros. Nunca supe a quién; si tuviera que apostar, lo haría por Iturri. Él también debió de pensarlo. Es un hombre duro y templado, pero noté que se le desencajaba la mirada: el miedo es un virus contagioso.

Recuerdo bien cómo iba vestido aquel hombre porque llevaba un atuendo extraño. O, más bien, por el brusco contraste que sus ropas provocaban. Sus oscuras manazas estaban envueltas en guantes de cabritilla blancos; un poncho de alegres colores cubría su mono gris. El interno susurró primero. No pude oír lo que decía. Pero sí escuché lo que dijo después, cuando empezó a chillar a voz en cuello.

—¡Antes de que cante el gallo, le habrás negado tres veces! —Tenía la potencia de un barítono experimentado y levantaba los brazos, como si entregara una ofrenda a los dioses del techo. Repitió—: ¡Tres veces! ¡Nada menos que tres veces, y eso antes de que cante el gallo! ¡Arrepiéntete ahora que aún estás a tiempo, porque el momento está por llegar; es más, ya está aquí!

El agente uniformado, que había salido a su encuentro en cuanto lo oyó, empezó a tomarse en serio su actuación. La sonrisa no le abandonó en ningún momento, pero vi cómo extraía lentamente la porra del cinturón. La llevaba colgada en una anilla y parecía poco usada, casi por estrenar.

—Profeta, ¿por qué no dejas el sermón para después de cenar? Se enfriará la sopa...

Su voz había sonado pausada y amable. El hombre le miró fijamente. Parecía calibrar sus palabras. Pero entonces escuchamos una voz aguda y desgarradora que salía de la fila.

—¡El Profeta tiene razón! ¡Ella es una pecadora! ¡Es una bruja, mirad su pelo!

Me puse de puntillas y miré al que hablaba. Destilaba una rabia que yo nunca había conocido. La mostraba con sus manos y con el gesto. Y le llegaba hasta los ojos, encendidos como antorchas. Me sujeté a la cazadora de Jaime, aterrada. De pronto, le reconocí. Me quedé helada. Era Steven, el tipo de rostro afable con el que nos habíamos topado al llegar. Tardé en darme cuenta porque su cara había sufrido una completa metamorfosis. Parecía un terrier fuera de sí.

—¡Arrepiéntete, pecadora! —me gritó el Profeta—. Todos vosotros, arrepentíos ya. El gallo acaba de cantar.

—¡Eso es, arranquemos de esa mujer su gran pecado o la espada caerá del cielo y la atravesará!

Los internos se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Alternativamente seguían con la mirada a Steven y al Profeta, quienes a su vez no quitaban el ojo de encima al joven funcionario, que movía la porra en círculos. De nuevo se hizo ese extraño silencio. Desconocíamos qué nivel de conmoción colectiva podían producir las bravatas en aquella multitud gris, aparentemente amaestrada. Y aguardamos quietos y callados. Sólo nos hizo falta un instante para resolver el enigma: caímos en el infierno. La atmósfera apática de aquel hall de colores pronto se tornó efervescente y, finalmente, violenta. Los silencios se volvieron vocingleros y repetían las palabras del Profeta o lo que decía Steven. No sé cómo ocurrió, pero lo siguiente que recuerdo fue que nos rodearon. Se mantenían a distancia, pero, de cuando en cuando, uno daba un paso y se acercaba. Los demás le imitaban, envalentonados. Al poco, la baba en la comisura de los labios se transformó en airados gritos que se derramaban sobre nosotros.

¿Contra qué chillaban? No lo sé. Puede que sólo protestaran por la invasión. Aquellos hombres vivían en su propia oscuridad; se hallaban sumergidos en su ruido particular. ¿Quiénes éramos nosotros para ir a despertarlos con ecos extraños y caras nuevas? ¿Por qué pretendíamos destruir su paz? El funcionario tenía razón. Molestarlos era, a todas luces, una temeridad.

Iturri miró a Joe. Joe miró a Susan y ésta al funcionario que acompañaba a los reclusos. Como he dicho, era joven (de hecho, todavía tenía acné), pero parecía tener experiencia. Se puso en mitad del círculo que se había formado, frente a Steven y al Profeta, buscó entre los pliegues de la camisa hasta dar con el silbato, se lo llevó a la boca y lo hizo sonar varias veces, algo que en modo alguno impresionó a los internos.

La algarabía subió de nivel y el funcionario decidió no esperar a los refuerzos. Sin mediar palabra levantó el brazo y la emprendió a golpes con Steven. Luego, cuando el Profeta fue en su ayuda, empezó a atizarles a ambos. El primero levantó los brazos para evitar los mamporros; el segundo se defendió con los puños. Los gritos se expandieron, como si los demás estuvieran contemplando una pelea de gallos. Tengo ciertos conocimientos sobre violencia policial y, para que nadie se lleve a engaño, debo decir que no me pareció que el funcionario perdiera los estribos ni que obrara como lo hizo porque fuese un hombre violento. Mi diagnóstico es otro: en el infierno hay que usar las armas del infierno. Dicho de otro modo, creo que, simplemente, no pudo evitar lo que ocurrió. Es cierto que, cuando uno está en peligro, no es muy objetivo juzgando a su defensor, pero he visto varias veces cómo un policía pierde los estribos y, en este caso, no me lo pareció.

En una de las refriegas, Steve consiguió sacar la cabeza y se dirigió a la multitud.

—¡Todo es por culpa de la bruja! ¡A por ella, nos traerá una maldición!

No pudo decir nada más, porque la porra le golpeó la cabeza, y, de inmediato, la sangre empezó a brotar. No obstante, su grito bastó para que todas las miradas se

volvieron hacia mí. Con todos esos ojos alucinados clavados en la cara, hasta yo pude notar mi olor a miedo.

Y, para mi desgracia, ese olor se mezcló con el de mi orina...

Me hice pis. ¡Por todos los demonios, me hice pis! ¿Por qué no podré asustarme como todo el mundo y temblar, chillar o llorar? No. Yo, desde pequeña, me hago pis. El líquido caliente bajó por la parte interna de los: muslos, empapó todo lo que encontraba a su paso y quedó hecho un charco a mis pies. Jaime se dio la vuelta y me rodeó con sus brazos. Rápidamente, la orina se enfrió y llegaron los escalofríos. Cerré los ojos y me puse a rezar. No soy especialmente creyente. Me acuerdo de Dios cuando truena y, por eso, últimamente lo hacía con frecuencia.

El pobre policía no daba abasto. Y los refuerzos no llegaban. Había que tomar nuevas medidas. Susan intentó convencer a Steven de que no era la encarnación de ningún demonio, pero sus buenas palabras recibieron por respuesta un bofetón. Me di cuenta de que las lágrimas le mojaban la cara, supongo que más por la frustración que por el miedo. No era para menos. ¡Había tanta parte de su vida desperdiciada entre aquellas paredes desagradecidas! La existencia nunca es perfecta, pero hay grados de imperfección que son intolerables.

«¿Tenemos alguna oportunidad?», pensé. Porque en un encuentro tan desigual entre locura y cordura, esta última suele acabar derrotada. Miré a Joe. Acoquinado, parecía haber encogido. Dirigí la vista hacia Iturri. Es un buen negociador, pero eso no le iba a servir de nada en aquel lugar. No se puede hacer entrar en razón a alguien que no la tiene. Luego pensé en Jaime. Podía hacer uso de su extraña capacidad de adaptación al entorno. Podía decir algo que los apaciguara. Sin embargo, no hizo falta. De pronto, llegó a nuestros oídos una voz imperiosa, densa, profunda, inteligente que puso en guardia mis cinco sentidos, ya que la reconocí de inmediato. Mis peores pesadillas se hacían realidad: era la voz de Rodrigo. Gracias a Dios, ya tenía vacía la vejiga.

—¡Me han dicho que es el cumpleaños de la mujer del director y que tendremos helado de postre! ¡Pero sólo hay raciones para los primeros cincuenta, el que llegue tarde al comedor se queda sin premio! —chilló.

«*Panem et circenses*», decían los romanos. Desde luego, habíamos tenido bastantes juegos de circo. Pero aquellos hombres no habían comido. Y el pan va antes que el circo. ¡Sí, Rodrigo, muy inteligente! Ante la visión de un helado, los músculos de aquel espécimen humano con rastas en la cabeza se volvieron frágiles. Ébano con pies de barro. Las palabras de Rodrigo descolocaron a sus compañeros de cautiverio, que miraban a un lado y a otro sin saber qué hacer. Volvió el silencio, una calma tensa y extraña. Sin mediar palabra, media docena de personas salieron corriendo hacia el comedor. Los demás los siguieron en pelotón, precedidos por el tipo negro de las rastas que había comenzado aquel jaleo. Sólo quedó Steven. Su rostro ensangrentado había vuelto a mutar. No conseguí ver a Rodrigo por ningún sitio.

—¿Puedo acompañar a tus amigos hasta la salida, Susan? —preguntó Steven.

—Creo que es mejor que vayas al comedor, o te quedarás sin helado —le respondió con inmensa serenidad. Pero cuando le vio a tres pasos, nos advirtió—: ¡Démonos prisa! En cuanto vean que no hay helado, la cosa se pondrá fea.

Abandonamos aquel lugar a la carrera. Estábamos a un paso del control cuando, por fin, llegaron los refuerzos. Nos detuvimos para explicarles lo sucedido. Yo me quedé algo rezagada, avergonzada de mi pantalón húmedo y de mi olor. Entonces sentí que me cogían de la mano. Supuse que era Jaime y le devolví el gesto con un cariñoso apretón. Pero la piel que toqué era áspera y rugosa. No era la mano de Jaime. Traté de soltarme y de darme la vuelta. Pero la persona que estaba a mi espalda me lo impidió. Me dejó una hoja de papel en la palma y se marchó. No dijo nada, pero no hizo falta. Por una parte, sentí un intenso terror. Por otra, una especie de liberación: no sé qué hubiera ocurrido en aquel pasillo si Rodrigo no hubiera intervenido. Prefiero no pensarlo.

Nos apelonamos ante la puerta exterior hasta que nos abrieron. Me acerqué a Iturri y le susurré al oído:

—Ésta no te la perdono, Juan.

—Lo siento. ¿Cómo iba a prever que...?

—Ni una sola palabra, ¿está claro? Y quiero lo de Jaime resuelto por la mañana. Me lo debes, cabrón.

Susan había visto el charco amarillo. Y también mi impotencia y la humillación que había sufrido. Se acercó y me susurró al oído:

—Tengo un pantalón de repuesto en la taquilla. Es de chándal, pero le irá bien. Vaya saliendo, se lo llevo a la puerta.

El funcionario y el perro con bozal (allí nada era lo que parecía) nos acompañaron hasta el coche. Nadie habló, a excepción de Joe, que les recriminó a voz en grito lo que había pasado (ya era hora: dentro se había quedado mudo). Iturri se subió cabizbajo al vehículo; yo, no. Toda aquella locura se deshacía por fin como un mal sueño. Susan no apareció. Me senté sobre la cazadora, para no mojar la tapicería del coche.

Arrancamos. Había anochecido. La finca, sin luz, parecía aún más tenebrosa. Llegamos al control exterior. La verja volvió a abrirse. Justo cuando íbamos a abandonar la prisión, un vehículo nos hizo varias ráfagas de luz y nos detuvimos.

Me volví. No era un vehículo policial y, en aquel momento, no supe calibrar si era buena o mala señal. Se abrió la puerta y descendió un hombre de mediana estatura que vestía pantalón de pana clara, un gorro de lana azul a la cabeza y plumífero rojo. Se acercó al coche. El agente Lombardo bajó la ventanilla, y entonces vi sus rasgos. Tenía la piel oscura y el pelo, muy rizado, le asomaba bajo el gorro. No parecía africano, más bien caribeño.

—Buenas noches, soy el doctor Hernández, ayudante del doctor Raspy. Creo que han venido para hablar de Marc Ross... He llegado en plena reyerta y no he podido saludarles. —Sonreía. Parecía un tipo agradable. Su acento era, sin duda, cubano. Levantó la vista y me miró—. Jueza MacHor, ¿verdad? Susan me ha dado esto para usted. —Metió el brazo por la ventanilla y me tendió una bolsa de plástico doblada.

—Muchas gracias. Dígale que se lo devolveré.

—Se ha hecho de noche y auguran que volverá a nevar. Quizá deberían pasar la noche en el pueblo. Así mañana podrían entrevistarse con Ross... Hay un motel de carretera a unos diez kilómetros de aquí. Voy para allá; si quieren les guío...

—Le agradecemos mucho el ofrecimiento, pero tenemos que volver a Boston...

—le contesté.

—Pero va a nevar...

—Si es así, nos detendremos, no se preocupe.

Volvió a acercarse. Esta vez metió la cabeza entera dentro del coche. El conductor tuvo que apartarse.

—Jueza MacHor, sería mejor que se quedaran...

Se detuvo. El papel que seguía en mi mano parecía quemarme, pero no dije nada. Lo arrugué y lo metí en el bolsillo. El me miró fijamente. Sus ojos oscuros hervían, como si quisiera decirme algo. Iba a decir que no, que por encima de mi cadáver, cuando la voz de Iturri se me adelantó.

—Creo que el doctor Hernández tiene razón. Iremos a ese motel. Usted vendrá con nosotros, doctor. Va a tener que explicarnos muchas cosas...

Se le iluminó la cara, como si le hubiéramos comunicado que había ganado la lotería. Eso me llamó la atención: estaba segura de que nuestra visita le causaría problemas.

—¡Perfecto! ¡Sígueme, por favor!

Lo hicimos. Fue un trayecto corto.

Del complejo penitenciario sólo salía una carretera, recta como una regla. La seguimos hasta dar con una desviación que, por medio de un poste torcido (tanto que era un milagro que se mantuviera en pie), informaba de la existencia de un motel. El camino conducía directamente a la entrada. Lo tomamos. No hacía falta llegar para darse cuenta de que allí no servían té ni disponían de confortables estancias pintadas en tonos pastel. Que las habitaciones no tenían vistas era obvio. No había nada que ver, a excepción de un erial teñido de blanco y un par de columpios oxidados.

En otras circunstancias, me hubiera negado a instalarme allí. No es que necesite el glamour de un puñado de estrellas para sentirme cómoda, pero hay unos mínimos y, a todas luces, aquel sitio no los cumplía: no alcanzaba ni el calificativo de fonda. El lugar era un muestrario de fealdades. Y de dejadez, lo cual es, a mi entender, mucho peor. Sin embargo, para aquel entonces ya me había encerrado en mi concha, con la rabia a cuestras, y todo lo que estuviera fuera de ella me daba exactamente lo mismo. El mal olor lo llevaba puesto, ¿qué podía importarme lo demás?

En el aparcamiento sólo había dos coches, un Chevrolet de la época de Thomas Paine (sin duda, propiedad de quien regentaba aquel antro) y un monovolumen japonés con una silla de seguridad para niños en la parte de atrás. Dejamos el nuestro al lado de este último y nos bajamos. Las ráfagas de viento parecían tan amenazantes como aquel edificio de mala muerte en medio de la nada. Entramos. La recepción no desentonaba con el resto del edificio. Lo mismo que la persona que se hallaba tras el mostrador: una mujer de color, obesa, con la cabeza completamente rapada y un gran aro colgado de la nariz. Nada más verla pensé que podría haber pasado por interna del pabellón D si hubiera existido una sección de mujeres.

Durante un breve instante, nos miró. Luego volvió a pasar las páginas de la revista mientras nos decía:

—Salida hasta las doce. Ochenta dólares por persona. Por adelantado. Toallas y desayuno incluidos. Café, tostadas y huevos. Se ha acabado el beicon.

Se me antojó un atraco a mano armada, pero no dije nada. Joe no pudo aguantarse.

—¿Ciento sesenta dólares por una habitación? ¿Se ha vuelto usted loca?

Con desgana, arrancó los ojos de la revista y levantó la cara.

—¿Tengo aspecto de perturbada? —respondió impasible—. Es lo que hay: o lo toman, o lo dejan. El hotel más cercano está a cien kilómetros... Se puede fumar, pero no chillar: tengo propensión a las jaquecas. Y nada de perversidades, que lo ponen todo perdido. ¿Se van a quedar a cenar? La cafetería está a la izquierda.

Asentimos. Pagamos la fianza y nos entregó las llaves. Por lo que pude ver (las llaves colgaban de la pared, sujetas por clavos) había doce habitaciones disponibles. Sólo un clavo estaba vacío. Salió de detrás del mostrador. Entonces pude ver que la mujer, vestida con unos vaqueros que parecían a punto de reventar, llevaba atado un delantal negro a la cintura. Estaba pluriempleada: también era la camarera y la cocinera.

Precedidos por la señora gorda, los caballeros se dirigieron a la cafetería; yo decidí subir a mi habitación, que estaba en el segundo piso. Quería cambiarme de ropa. Los primeros copos empezaban a caer. Atravesé un largo y oscuro pasillo, de paredes desconchadas, hasta encontrar mi puerta. Dentro, me saludaron unas colchas de dibujos geométricos en colores chillones que parecían sacadas de una mente tocada por LSD. En la pared, supongo que como una muestra de cultura cosmopolita, colgaba una reproducción de *Los girasoles*, de Van Gogh. Estaba torcida: aquella mujer debía de haber nacido en Pisa. Pero al menos olía a lejía y, aparentemente, en el baño no había bichos, una de mis peores pesadillas. El pantalón del chándal que Susan me había prestado me quedaba estrecho; un par de tallas menos, calculo. Y no había traído ropa interior de repuesto. Lavé la que llevaba y dejé el pantalón colgado en el baño. No pienso explicar cómo me las apañé, aunque admito que demostré bastante creatividad, pero sí diré que me anudé de nuevo la cazadora a la cintura y bajé para reunirme con los demás, que esperaban junto al doctor Hernández. Antes saqué el papel que me había entregado Rodrigo y lo arrojé con todo mi desprecio en la papelera que había en el cuarto de baño. Por supuesto, sin leerlo.

Nada más salir de la habitación, me eché a correr. El sitio estaba lleno de extraños ruidos: maderas que crujían, cañerías que sonaban, paredes que emitían leves quejidos. En el exterior, la tormenta había cogido cuerpo. El viento aullaba rabioso e impactaba en las contraventanas. Algunas de éstas, que no estaban sujetas, golpeaban rítmica y estrepitosamente la fachada. La decisión de quedarnos había sido un acierto: no hubiéramos ido demasiado lejos.

La cafetería era pequeña, apenas media docena de mesas. La fórmica de los tableros, de un tono amarillento, brillaba bajo los focos, a pesar de los múltiples rayones. Sólo una de las mesas estaba ocupada. Un matrimonio joven, con un hijo pequeño, de unos tres años, a los que probablemente había sorprendido la tormenta. El niño correteaba alrededor de las sillas con el brazo izquierdo en alto, jugando con un avión en miniatura.

Ya habían pedido. El plato del día: puré de patata con costillas adobadas, regado con cerveza. Yo no tenía estómago para algo así. Además, pese a que tenían puesta la calefacción al máximo y en la chimenea ardía un buen fuego, estaba helada. Pedí un vaso de leche caliente, aunque sabía que continuaría destemplada. El mío era un frío especial, inmune a las bebidas calientes y a la manta eléctrica. Se trataba de un frío interior, instalado en el tuétano. Lo provocaba el miedo.

El doctor Hernández se había quitado la cazadora de plumas. Cuando llegué yo,

como si no fuese suficiente, se desprendió también del jersey. Entonces pude calibrar su verdadero aspecto: era pequeño y huesudo, en consonancia con lo que parecía un nerviosismo congénito. Se le notaba ansioso. Enseguida se puso a hablar. La reunión fue cualquier cosa excepto un tanteo.

—Les agradezco mucho que hayan accedido a quedarse. Necesitaba hablar con ustedes. No deben preocuparse, pero...

Se tomó un segundo para buscar las palabras adecuadas, momento que yo aproveché. Protestar no arregla las cosas ni soluciona los problemas, pero te permite desahogarte. En ocasiones, eso vale tanto como las soluciones. Yo, en aquel instante, lo que de verdad necesitaba era estallar.

—¿Preocuparnos? ¿Por qué tendríamos que preocuparnos, doctor Hernández? ¡Todo es maravilloso! Acabamos de salir por piernas de una cárcel para internos con patologías psiquiátricas graves, algunos de ellos con sentencias firmes por asesinatos y violaciones. Han estado a punto de lincharnos. Y todo porque usted se ha dedicado a enviarnos unas cartas escritas por un demente que mata a gente por una especie de apuesta y que se ha encaprichado conmigo porque tengo el pelo rojo, lo cual, dicho sea de paso, no deja de ser una razón de peso... Nada de que preocuparse, desde luego que no... Aunque, claro, no sería justo echarle a usted todas las culpas. Su amigo Joe y mi amigo Iturri también han puesto su granito de arena. ¿Por qué, si no, dos decentes y pacíficos ciudadanos españoles residentes en Madrid se encontrarían en un sitio con tanto encanto como éste, en medio de una tormenta de nieve? De haberlo visto Hitchcock, habría rehecho su famosa película: este escenario es muchísimo mejor que el de *Psicosis*...

No había acabado. Uno se vuelve ingenioso en circunstancias estresantes. Podría haber continuado durante un buen rato, pero el doctor Hernández me interrumpió. Su gesto compungido me dejó sin palabras. Parecía un niño, arrepentido de haber roto el jarrón de la abuela.

—¡Tiene toda la razón, señorita! No sabe cuánto lo siento. Pero ya no puedo enmendar mi error. No hay marcha atrás, pero si me permiten que se lo explique... Lo cierto es que no esperaba que las cosas se torcieran tanto... ¡Ha sido un terrible fallo! Si el doctor Raspy se entera de lo que ha sucedido, estoy acabado. Necesito su palabra de que me apoyarán...

Se llevó las manos a la cabeza. Iturri le tendió su vaso de cerveza y, en tono imperioso, le animó a beber... y a hablar.

—Beba y luego cuéntenos, paso por paso, qué es lo que ocurre.

Se llevó el vaso a los labios, dio un largo sorbo y comenzó el relato.

—Marc Ross i Roví padece un trastorno de identidad disociativa. Es una enfermedad que, en ocasiones, se confunde con la esquizofrenia y con otros trastornos psiquiátricos, y que, por ello, tarda en diagnosticarse...

Le detuve.

—Doctor, a excepción de mi marido, los demás no somos expertos en medicina. Le agradecería que se explicara de forma que podamos comprenderle...

—Sí, por supuesto. Les explicaré directamente el historial del doctor. Marc Ross i Roví tenía once años cuando fue testigo directo de cómo su padre, un alcohólico crónico, mataba a su madre. Cogió un cuchillo de cocina y le cortó la yugular. Luego, le abrió el abdomen y le arrancó el feto que estaba gestando. La mujer estaba de siete meses: el marido creía que no era hijo suyo. Para terminar la faena, se suicidó.

—¡Qué barbaridad! —estallé. No había podido contenerme.

—Lo es, sí. Se trata de hechos terribles que impresionan especialmente a un chaval de esa edad. Tras esos sucesos, Ross fue adoptado por el hermano mayor de su padre, un hombre soltero y con una notable fortuna. Naturalmente, hizo que le examinaran varios psiquiatras. Estuvieron tiempo visitándole, preocupados por los efectos que el trauma pudiera causar en su personalidad y en su comportamiento a largo plazo. Pero el joven Marc les decía siempre que aquel episodio nunca había tenido lugar. Parecía habersele borrado de la memoria para siempre...

—¿Y ahora lo ha recordado? —le interrumpí.

—No es tan sencillo. En realidad, no se trataba de una amnesia, sino de una disociación.

El doctor Hernández hablaba mirando a Jaime. Al ver que él asentía, hizo ademán de continuar. Hubimos de frenarle.

—Disociación. ¿Puede explicarnos de qué habla?

—Naturalmente... Verán, la disociación no es otra cosa que un mecanismo psicológico de defensa. El conflicto interno que aquel niño de once años experimentó fue tan insoportable, el dolor resultó tan desgarrador, que su mente se negó a aceptarlo. Pero los hechos estaban ahí. Si cerraba los ojos, podía evocarlos una y otra vez. De modo que, inconscientemente, separó la información y los sentimientos. Su mente de niño repartió hechos y sentimientos entre una colección de identidades o personalidades; unas buenas, que encarnaban el cariño de su madre, la preocupación por los demás, el amor a los animales y cosas por el estilo, y otras malas. La más fuerte de estas últimas es Rodrigo. Esas personalidades tienen la particularidad de que interactúan en un complejo mundo interior. No ven lo que hacen las otras, y

viceversa; de esta manera se forma algo así como una colección de vidas paralelas. Hace unos años, lo denominaban «trastorno de personalidad múltiple»; un nombre bien traído, en mi opinión. De hecho, en muchas ocasiones estos pacientes personalizan sus identidades hasta atribuirles nombre, sexo, rasgos y muchos otros detalles. ¿Me siguen?

Asentimos. Pero no era suficiente para mí.

—Creo que todos le hemos entendido, doctor; le agradezco la claridad. Ha sido una clase magistral... Pero, una vez dicho esto, me gustaría saber qué es lo que ocurre. No acabo de comprender qué razones le obligan a reunirse con nosotros fuera del hospital, por qué se pone tan nervioso al hablar de Ross y de Rodrigo, y por qué su superior no había oído hablar de este último... En suma, doctor, ¿puede decirme en dos palabras, ninguna de ellas técnica, por qué estoy aquí?

Hernández volvió a taparse el rostro con las manos y permaneció así unos instantes. Iturri sacó su pipa y, sin pedir permiso, la prendió. El humo se extendió en el ambiente. Miré a Jaime, que continuaba en silencio.

—¿Entiendes algo? —le susurré.

Asintió. Luego, se dirigió a nuestro acompañante.

—¿Empleó la hipnosis, doctor?

Sin levantar la cara, movió varias veces la cabeza.

—Lo hice, sí... Tienen que asegurarme que Raspy no lo sabrá...

Le miré a él, luego a Jaime.

—¿Puedo saber qué importancia tiene eso? Usted no es juez, ni policía. Si lo fuera, entendería su preocupación. Una prueba como ésta puede menoscabar la libre decisión de un imputado. Pero usted sólo intenta conocer la verdad.

—Digamos que es una técnica controvertida —me aclaró Jaime.

Con eso fue suficiente.

Muchas de las pruebas empleadas en el terreno psiquiátrico están sujetas a mil y una controversias. Desde la eficacia del detector de mentiras (al que, según dicen, cualquiera puede engañar con un poco de práctica) hasta la huella digital cerebral, técnica que salió a relucir tras los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Sé algo de esta última prueba porque asistí a una conferencia en un congreso y me pareció interesante. Según nos explicaron, el sistema lo creó un antiguo profesor de la Universidad de Harvard, apellidado Farwell. Su descubrimiento se basa en un principio extremadamente sencillo: lo visto queda almacenado en el cerebro. Mediante unos electrodos convenientemente situados en la cabeza del sospechoso, es posible medir la evolución de sus ondas cerebrales ante determinados estímulos, entre ellos los visuales. Luego un ordenador las analiza. Sólo con eso, sin que el sujeto intervenga conscientemente, se podría saber si miente o dice la verdad.

A ver si logro explicarme. Si le enseñas a un asesino imágenes de la escena de un crimen que sólo él puede conocer, su cerebro responde generando unas ondas cerebrales llamadas P300, que probarían su participación en el asesinato. De no

emitirlas, querría decir que no responde a ese estímulo visual. No conoce ese escenario, no estuvo allí, de modo que no pudo cometer el crimen. El norteamericano que lo explicó en aquel congreso nos dijo que habían empleado aquel sistema en dos casos, uno por asesinato y violación, y otro por asesinato. En el primero, el acusado emitió dichas ondas. Su cerebro tenía esa información almacenada y, por tanto, se presupuso que estaba vinculado al delito. En el segundo caso, no las emitió. El juez admitió esta técnica como prueba y lo dejó en libertad. No obstante, se presentó una apelación, que se admitió porque la fiabilidad de la prueba todavía está en cuestión. Una cosa es medir y otra cosa es interpretar. Más o menos la diferencia entre una colección de palabras y una frase conscientemente formulada. El investigador dijo que necesitarían dos años y veinticinco millones de dólares para alcanzar la fiabilidad necesaria para que un tribunal admitiese aquel tipo de prueba. Aunque, claro, Guantánamo no era un tribunal... No sé si realizarán o no esa inversión, pero, desde luego, sería fantástico que lo consiguieran. Aunque si hubiera un falso positivo, el pobre acusado no podría defenderse... Quizá el caso de la hipnosis fuera similar. Se lo pregunté a Jaime.

—¿Es por la fiabilidad?

—En absoluto. No hablamos de una cuestión legal, sino de una controversia médica. Creo que el propio doctor Hernández puede explicártelo.

—Tiene razón su marido, señorita. No todo el mundo está de acuerdo con el empleo de la hipnosis. Sin embargo, en algunos casos difíciles, esa técnica consigue que afloren las diversas personalidades sin que el sujeto se vea obligado a afrontar todo lo que suele acompañar a este tipo de fenómenos. Pensé que ése era el caso del doctor Ross, de modo que lo sometí a hipnosis. Curiosamente, su susceptibilidad es inmensa. Alcancé su epicentro casi en la primera sesión...

—Si no hay implicaciones legales, doctor, aún comprendo menos su congoja... ¿Qué importancia tiene que fracase?

—La técnica puede presentar efectos secundarios... Sus detractores afirman que no es un método eficaz, ni seguro. Además de la posibilidad de engañar al médico, lo que no tendría demasiada importancia, puede ocurrir que en el proceso se generen artificialmente recuerdos inexistentes que terminen por dañar al sujeto, que de por sí ya está enfermo. Como si usted tuviera un sueño y, al despertar, creyera que lo soñado es real... Eso ocurrió en la unidad hace unos años. El interno en cuestión terminó por suicidarse. Desde entonces, el doctor Raspy ha prohibido terminantemente emplear esta técnica. No creo que la rechace *per se*. Pienso, más bien, que ha de velar por el centro. Es importante que no ocurran hechos que los políticos puedan malinterpretar y den pie a que nos reduzcan los presupuestos...

Comenzaba a comprender.

—Aun así, usted violó la norma y se saltó la prohibición...

—Lo hice, sí. Llevaba un año entrevistándome regularmente con el doctor Ross y nunca había admitido la existencia de Rodrigo o de cualquier otra identidad. Utilicé

incluso fármacos para predisponerle a hablar, pero fueron inútiles. Un día, de eso hará unos cuatro meses, aproveché que mi superior estaba de vacaciones y decidí hipnotizarle. Tengo experiencia y un cierto don para la técnica, que adquirí en... Bueno, eso no viene a cuento. El caso es que lo hice... ¡Fue increíble! En la escala Standford de susceptibilidad hipnótica, Ross dio la máxima puntuación. Fue prácticamente inmediato: desde la primera sesión.

»—He hablado mucho con usted, doctor Ross —le dije—, pero es posible que no conozca algunos *detalles* de Marc Ross. Es posible que exista otra parte con la que no he tratado, y con la que me gustaría comunicarme. Le agradecería, doctor, que si está aquí levante la mano izquierda. Acercaremos otra silla para que nos acompañe.

»La levantó de inmediato.

»—¿Puedo hablar con usted? —le dije.

»—Puede —me contestó. Su voz era extrañamente profunda. Como si saliera de un pozo; no sé si me comprende...

Le comprendía perfectamente. Pero no dije nada. El doctor Hernández continuó contándonos lo sucedido:

—Entonces le pregunté si era Marc Ross.

»—No soy Marc Ross —me respondió—, eso es evidente.

»—¿No es Ross? De acuerdo. ¿Puede decirme entonces quién es? Dígame algo sobre sí mismo. ¿Tiene un nombre por el que pueda llamarle?

»—Rodrigo. Puede llamarme Rodrigo... Y, naturalmente, puedo contarle muchas cosas sobre mí. Tengo una vida muy interesante.

»Desde aquel día, Rodrigo aparecía en todas y cada una de nuestras sesiones, sin necesidad de hipnosis. Emergió con tanta fuerza que el pobre doctor parecía haber quedado enterrado bajo su otra personalidad. Una semana después, Rodrigo empezó a escribir. Traía folios y folios a nuestras sesiones. En las primeras cartas, hablaba sobre sí mismo. Solía hacer referencia al doctor Ross, doctor Wilson para él, y a usted, señorita, pero sobre todo hablaba de lo bueno y lo listo que era en comparación con el resto del mundo. No obstante, poco después empezó a narrar extraños sucesos y a hablar de crímenes, unos relatos horribles que me asustaron... Entonces comprobé su historial y encontré el nombre del agente que lo había detenido. Y lo llamé...

—Ése soy yo —intervino Joe.

Hernández se frotaba las manos con evidentes muestras de nerviosismo. Me estaba sacando de quicio, de modo que me encaré con él.

—A ver, doctor: nos ha contado el historial psiquiátrico de Ross y también nos ha dicho que ha transgredido las normas del hospital. ¿Hay algo más que debemos saber? Lo digo porque si sigue frotándose las manos, se va a despellejar.

Asintió varias veces.

—Sí, señorita, tiene razón. Antes de continuar, quiero dejar claro que nunca quise emplear a Ross como conejillo de Indias. En mi ánimo sólo estaba el bienestar del paciente, nada más que eso. «En caso de necesidad, y cuando los demás sistemas no funcionan...» Eso es lo que dicen los cánones. Consideré que Ross entraba en ese supuesto y seguí exactamente la doctrina... Lo que quiero decir es que nada de esto tiene que ver con que esté acabando mi tesis sobre la hipnosis. Me gustaría dejar eso claro, por si Raspy pone en tela de juicio mi capacidad. Cuando el nombre de un médico se ensucia, no puede lavarse. No han inventado el detergente que quite una mancha así...

—Ése, doctor, no es problema nuestro. Debe resolverlo con su jefe. Y me temo que, tras la charla que hemos mantenido con él, lo hará pronto... Lo que sí me interesa son las consecuencias. Le seré sincera: no acabo de comprender qué es lo que ocurre. Porque Ross está aislado. ¿De dónde saca la información? ¿Tiene alguna fuente que desconozcamos o se trata de meras coincidencias?

El médico permaneció callado pero Iturri no iba a soltar tan pronto la presa.

—Usted es psiquiatra, doctor Hernández, sabe lo calenturienta que puede resultar la mente humana. Las cartas de este tío hablan de muertes que parecen accidentes. ¿Qué fue lo que llamó su atención hasta el punto de creer necesario avisar a la autoridad? Porque lo único que nos ha hecho venir hasta aquí es que Rodrigo se anticipa a lo que ocurre. Dicho de otra manera, ha habido tres muertes que podrían haber pasado por accidentes pero no lo son. Eso es, al menos, lo que señalan nuestras fuentes. No obstante, usted no tiene acceso a ellas. De modo que mi pregunta es sencilla: ¿por qué nos llamó?

Hernández siguió mudo. Joe se sumó al interrogatorio.

—La tercera víctima, el empresario japonés, no se suicidó, se lo cargaron. Rodrigo ofreció la primicia casi en tiempo real. Una descripción detallada de los hechos se colgó en un blog... Lo más probable es que Rodrigo lo leyese. Pero ¿cómo accedió a ese blog? Según me han dicho, los internos tienen muy limitado el uso de la Red...

El sudamericano permanecía quieto y sin soltar prenda.

Joe sacó su agenda electrónica. Buceó en ella unas milésimas de segundo y leyó en voz alta:

—«De Mission para Magister. Asunto: número tres.

»En la isla están a quince grados y llueve con fuerza desde hace rato. Pero el cuerpo de T no nota esas inclemencias. Se halla cómodamente sumergido en la enorme bañera de mármol blanco, llena casi hasta el borde de agua muy caliente aceitada con aromas. Sólo la cabeza, apoyada en un cojín suave, no está sumergida.

»Pese a la cortina de lluvia, la cristalera que tiene ante sí le permite divisar a lo lejos el mar, una vista que le fascina. Aquélla fue la casa que compró cuando ganó su primer millón. Pequeña y mucho más modesta que el resto de sus propiedades, es, sin embargo, una de las que más le gustan. Nació y se crió cerca de allí, a las orillas del Sai, y vuelve siempre que puede. Desde luego, la vida le ha sonreído. Todo ha salido a pedir de boca.

»Escucha el rumor de la seda a su espalda y sonrío. Quedan ya pocas geishas auténticas. El mundo de las flores y los sauces está extinguiéndose tan rápido como los tiburones blancos. Ha disfrutado como siempre de su compañía, aunque la sesión ha sido más corta de lo habitual. Le ha dicho que se vaya porque su visita llegará dentro de menos de una hora y ha exigido discreción. El té estaba muy sabroso, pero le ha dado sueño. Se relaja, tiene tiempo de sobra. Mientras hace conjeturas sobre la naturaleza de esa enigmática proposición, se queda dormido; el vapor y el dulce olor le envuelven. Es feliz.

»Lo siguiente que nota es un dolor lejano en la muñeca izquierda. Abre los ojos con dificultad y ve el agua teñida de rojo. Hace un gran esfuerzo para levantarse, pero sus piernas no le responden. Lo intenta de nuevo y se da cuenta de que alguien le sujeta por los hombros. Está atontado y débil. No sabe cómo, pero su visita ha entrado cuando la mujer se ha ido.

»“Se le nubla la vista. El sopor empieza a resultar invencible. Y, finalmente, se deja llevar. De haber escogido un sitio para morir, sin duda, habría sido aquél”.

»Puede que lo que acabo de leer no sirva de prueba ante un tribunal, pero lo cierto es que encontraron el cadáver de Tanizaki en una casa de su propiedad, desde la que se ve el río Sai. También la forma de la muerte coincide. Y respecto a la climatología, el día en que Tanizaki murió llovía a cántaros. Dígame, doctor Hernández, ¿cómo sabe Rodrigo todas esas cosas? —Como seguía mudo, Joe le chilló—: ¿Puede respondernos de una vez, doctor? Estamos esperando... ¿Ha hablado usted con Rodrigo sobre esto? En su opinión, ¿qué debemos hacer?

—Lo siento, inspector, no tengo respuestas. Yo sólo lo hipnoticé. A mí no me cuenta más que batallas. No suelta prenda. Cuando desea que sepamos algo, lo escribe.

Entonces intervine. Me estaba cansando.

—Dígame, doctor, ¿sabe qué tiene que ver todo esto conmigo? ¿Sabe por qué

aparezco en sus cartas? En la primera ocasión quizá fue casualidad. Me tenía al lado, en el hotel. Pero en ésta... No sé, parece una obsesión enfermiza. ¿Cree que es bueno alimentar esas obsesiones? —A Hernández no le quedó más remedio que negarlo—. Entonces, estamos de acuerdo. Voy a irme a casa. Al llegar, quemaré el manuscrito de Rodrigo para siempre...

—¿Tiene usted el manuscrito original? —preguntó el psiquiatra. Por el gesto, parecía que se trataba de la obra maestra de un genio.

—El original es una prueba. Lo habrán archivado con el resto de los datos de la causa. Yo tengo una copia; ¿por qué?

—Me gustaría poder leerlo.

—¿Por qué? Se trata de los delirios de un asesino...

—Lo sé, pero me permitirá discernir qué cosas coinciden y qué no. Para mi tesis sobre la hipnosis me sería de utilidad: es mi pasaporte para salir de aquí...

—Se está usted pasando tres pueblos, doctor —le recriminó Jaime—. Si sigue así, yo mismo pediré que le retiren la licencia y le pongan en tratamiento psiquiátrico.

Hernández se levantó.

—Lo siento, he de volver antes de que la nieve cierre los accesos: estoy de guardia. Si vuelven mañana, les veré allí...

Mientras los demás hablaban empecé a notar cómo Iturri, sentado a mi izquierda, golpeaba recurrentemente el suelo con el pie. Le miré de reojo. Sudaba. En una de sus carreras, el niño de la mesa de al lado tropezó con una de las sillas y cayó sobre Joe. Éste, al tratar de esquivar el golpe, empujó a Iturri. El vaso que sujetaba se volcó sobre la mesa y un poco de cerveza resbaló hasta alcanzar sus pantalones. No fue más que una pequeña cantidad, pero, en cuestión de segundos, la cara y el cuello se le tiñeron de rojo. Rabia. Supongo que estaba más enfadado conmigo que con el niño, pero éste se llevó un buen rugido. Los padres de la criatura, asombrados, lo recogieron del suelo y abandonaron apresuradamente la cafetería. Me incliné y le susurré:

—Tranquilízate, Juan, ¿vale?

—Este tío me está sacando de quicio. No puedo con ello...

—Con lo que no puedes es con el alcohol. Estás fatal... —le dije, en un tono aún más bajo. Luego, me levanté para despedir a Hernández. En cuanto se hubo marchado, elevé la voz—. ¿Sabéis qué? Pues que me da igual la hipnosis, la tesis de este tipo y lo que diga ese blog. Quiero acabar con todo esto. Me niego a ser la destinataria de sus cartas...

—Convendrá conmigo, señoría, en que eso no está en su mano —alegó Joe.

—No estoy de acuerdo. Tengo la convicción de que si no le hacemos caso, cejará en su empeño y todo volverá a la normalidad. ¡Cartas, blogs...! ¡Ya está bien de fantochadas! Rodrigo no es más que un exhibicionista. Otros visten camisetas de tirantes para lucir sus bíceps. Él exhibe su maldad. Es un pretencioso. Cuando estaba en la calle intentaba llamar nuestra atención matando a gente. Ahora ya no puede hacerlo. Con buen tino, se dio cuenta de que, si mataba dentro de los muros de la cárcel, se crearía muchos problemas. De modo que se ha inventado una historia que le permite apropiarse de las acciones de los demás. Dice que el asesino le imita, y así vuelve a la palestra. Nosotros somos su público; busca nuestra complicidad, nuestra proximidad. ¡Incluso nos ha obligado a venir hasta aquí! Tenemos que largarnos. Entonces todo esto acabará.

—No me importa aceptar que podría tener razón sobre lo de la puesta en escena, señoría. La cuestión es que, en esta ocasión, él no es el asesino. Desconocemos dónde obtiene la información, pero resulta cierta. Y la gente muere...

—Creo que eres tú el que se equivoca al juzgar lo importante, Joe. Lo que deberías pensar no es quién muere, sino qué tiene esa gente en común. Y qué tienen que ver con el doctor Wilson.

—Si se refiere a si eran pacientes de Wilson, la respuesta es no. A primera vista, lo único que une a esos tres hombres es su cuenta corriente: todos eran ricos, muy ricos. A veces, los ricos organizan fiestas para conocer a otros ricos... Es posible que hubieran coincidido en alguna. Aunque resulta improbable...

—¡Ahí lo tienes! Puede que todo lo que has dicho sea verdad, pero poco importa. No hay nada que los una entre sí ni nada que los una con el psiquiatra... Por eso es mucho más lógico formular otro tipo de especulaciones: ¿qué enemigo del magnate argentino quería quedarse con sus empresas, sus acciones o su mujer?, ¿qué exesposa del yanqui quería hacerse rica? En mi opinión, eso es lo que hay que dilucidar... Sigo insistiendo en que todo esto es un montaje. No va a rebajarse a contar los crímenes de otros, porque con ello sólo demostraría que esos criminales son más listos que él. Los ha unido a su historia por su ego...

Joe se aclaró la garganta.

—Señoría...

—Se acabó, Joe. Por favor...

El agente puso cara de desasosiego y continuó:

—Me preocupa que vuelva a sus fueros. La vez pasada se acumuló mucha sangre. Y en ésta... En fin, son gente muy importante...

—No me irá a decir que, como los de la última vez eran yonquis y prostitutas, no pasaba nada si morían, mientras que con estas personas tan importantes sí que hay algún problema. Así es como razonaba Rodrigo...

—Ya sabe lo que quiero decir. Hasta los jueces emplean el término «alarma social». Conoce lo que ocurre con los lunes negros: terminan afectándonos a todos. No sólo caen las Bolsas; la gente pierde sus ahorros o sus trabajos... Lo malo es que no podemos hacer nada: tenemos que ir a verle o esperar a que dé el siguiente paso.

Me estremecí. Jaime lo notó.

—¿Tienes frío, Lolilla?

—Un poco, sí —respondí. En realidad, hacía bastante calor en la sala.

Iturri se removió en su silla.

—¡Siempre has mentado fatal! ¿Qué es lo que pasa?

—No pasa nada, Iturri. Sólo quiero que este lío acabe.

Bebí un sorbo de leche, que se había quedado fría. Iturri me miraba fijamente; Jaime, de soslayo. Me mantuve en silencio. No estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer. Por nada del mundo.

—Puede haber vidas en juego, Lola. Tu marido sabe bien qué se siente cuando tu vida depende de alguien ajeno...

Monté en cólera.

—¡Ni se te ocurra, Iturri! Eres un hijo de puta. Ya he venido hasta aquí. He cumplido mi parte. Ahora cumple tú la tuya, y pronto. El plazo se agota. —Me levanté—. Lo siento, ha sido un día muy largo. Y el *jet lag* no perdona. ¿Vienes, Jaime?

—Sí, claro. Hasta mañana.

Subimos los tres tramos de escalera en silencio, cogidos de la mano. Fuera continuaba nevando, pero con menor intensidad. Al entrar noté el frío. La habitación estaba mal aislada. El aire se colaba por la holgura de la ventana y ululaba amenazante. Una de las contraventanas estaba suelta y golpeaba contra la pared. Abrí para sujetarla y una ráfaga de viento me abofeteó la cara. Busqué en el armario. En efecto, había dos mantas, viejas como casi todo lo que nos rodeaba. Las puse directamente sobre la colcha.

Ni siquiera teníamos cepillo de dientes; y mucho menos pijama. Sin embargo, en aquella ocasión no me importó. Ni a Jaime tampoco.

En las últimas veinticuatro horas, ambos habíamos puesto al desnudo mucho más que nuestros cuerpos. Nos conocemos bien, son muchos años. Nuestras flaquezas y miserias, incluidos mis orines, no constituyen novedad alguna, aunque no resultan agradables de recordar. Pero en aquellos momentos, abrazados para tratar de entrar en calor, con el olor a lejía como telón de fondo, todo lo ocurrido quedó en suspenso. Las manchas del alma no se perciben a oscuras. Ni desnudos. Por un momento sentí que la noche se volvía prematuramente clara, y que el motel adquiriría algo de categoría.

—Te he echado de menos —dijo.

Creo que fue la última frase que le permití pronunciar.

Cuando abrí los ojos, Jaime estaba delante, sentado en la butaca (si es que aquella silla envuelta en tela podía calificarse así), despierto. Había vuelto a vestirse y leía unos papeles. Los dobló apresuradamente cuando me vio. Se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Me aparté para dejarle sitio. Poco a poco iba recuperando su habitual forma de ser.

—¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien. Lo necesitaba, la verdad. Y tú, ¿has podido dormir? No tenías tapones.

No contestó, no hacía falta. Mis ronquidos, soy consciente de ello, pueden llegar a ser desesperantes. Se me acercó. Sus ojos azules brillaban con picardía. Nunca han sido extremadamente claros, más bien grisáceos, pero tienen un bonito brillo.

—El ejercicio es bueno para conciliar el sueño...

Se inclinó y apoyó la cabeza en mi pecho. Y se quedó allí, inmóvil. Empecé a sentir su respiración, lenta, pacífica. Le acaricié la cara. El mentón raspaba, y también la piel que bordeaba la boca. Extendió la mano y la introdujo bajo las mantas. Sonreí al notar que recorría mi estómago y se enredaba en mi cintura. De pronto, desistió. Se incorporó y me besó en la frente. Como si fuera un padre, pero no era mi padre. Y sabía qué significaba el gesto. Le había visto leyendo...

—Deberías darte una ducha, Lolilla. ¿No te apetece un café? Ha dejado de nevar...

—Prefiero que continúes con lo que estabas haciendo hace un momento... No tenemos prisa. Por lo que veo, tú ya has tomado café. ¿Qué hora es?

—Tarde. Casi las diez.

—¡Las diez! Vaya, no sospechaba que hubiera dormido tanto. ¿Ya se puede volver? ¿Están bien las carreteras?

—Perfectamente. Anda, Lolilla, levántate. Date una ducha. Tu ropa ya está seca...

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Por nada. Tienes que desayunar algo. Y tenemos que marcharnos. Me incorporé.

—Ni hablar. No pienso moverme de aquí hasta que me cuentes qué ocurre.

—Nada.

—¿Qué eran esos papeles que estabas leyendo?

Mi pregunta quedó sin respuesta. Insistí.

—Sabes perfectamente qué es lo que leía.

—¿Por qué? Hemos acordado dejar esta historia atrás. Estábamos de acuerdo, ¿no?

—No pediste mi opinión. Tampoco hubiera podido dártela sin leer sus cartas. Anoche se las pedí a Juan... También he leído la última, la que encontré en la papelera.

—No deberías haberlo hecho. Era para mí. Era mi decisión, y opté por tirarla...

Al responder, su tono fue suave pero serio.

—No sé quién está haciendo esto ni por qué. Pero te ha vuelto a pillar en medio. Y no puedo permitirlo: está muriendo gente.

—No quiero, Jaime. ¿Es que no lo entiendes? No quiero colaborar con un demente, ni siquiera por un buen fin. No olvides que los locos hacen locuras: te matan o matan a los tuyos; te violan, te vejan... Y encima creen que están sirviendo a la humanidad. No, ni hablar. Donde tiene que estar la carta de Wilson es en la papelera. Se cree muy listo, pero no voy a permitir que me utilice.

—Tú misma lo dices. Está loco. No te puedes fiar de un loco. Hasta que no pongamos freno a esta serie de asesinatos no estarás a salvo.

—Hay que desconfiar de los tipos como él. Por si lo has olvidado, es una invención. Ni siquiera es un fantasma o un espíritu: simplemente, no existe. Y nos está manipulando. No me siento amenazada, en absoluto. Volveremos a casa. Y pasaremos página.

—Ross existe, es suficiente para mí. Si hay algo detrás de esta historia tan rara, hemos de averiguarlo.

—Pero ¿no te das cuenta, Jaime, de que salir corriendo es la opción más prudente? Nada ha cambiado. El futuro es igual que el pasado. Va a ocurrir lo mismo. No sé qué os pasa a Iturri y a ti.

Volvió a apoyarse en mi pecho. Y se quedó quieto unos instantes.

—¿Sabes que las palomas tienen plumas verdes y moradas? Me refiero a las palomas callejeras, a las que andan por las plazas. Siempre pensé que eran grises y blancas. Pero no. Tienen plumas de colores en el cuello. Nunca me había fijado. Ha sido todo un descubrimiento... Me he perdido un montón de cosas por ir tan rápido...

—No me gustan las palomas —repliqué—. Lo ensucian todo. Sus excrementos son tan ácidos que no hay quien los limpie. Aunque supongo que no hablabas de los animales... No estoy hoy muy lúcida, la verdad. En fin, dejémoslo. Me daré una ducha y nos tomaremos un café. Y no hablaremos más de todo esto...

—Encenderé el grifo para que el agua se vaya calentando. Tarda un poco. Toma, envuélvete en la toalla...

Lo hice. Entré en el baño y cerré la puerta. Escuché cómo Jaime salía de la habitación.

«Se acabó, Lola...», me dije a mí misma.

Me lo repetí varias veces, intentando convencerme. No fue así. Bajé a desayunar, llena de recelo. La cafetería estaba vacía. Fui a la entrada. No había nadie.

Finalmente, pregunté a la adonis negra y pluriempleada. Me explicó que todos se habían marchado. Pero habían dejado un recado: volverían a buscarme.

«No, no se acabó», concluí.

Subí de nuevo a la habitación y busqué su última carta. La papelera estaba vacía. Pero la maldita nota estaba sobre la mesa.

Gracias por venir, señoría. La había juzgado mal. Disculpe mis palabras anteriores.

Espero que comprenda que mi misiva sea corta. Me he enterado esta misma tarde de su visita. Escribo de prisa, de ahí mis garabatos. Pero nada de eso importa. Ha venido. Eso me indica que se ha enterado ya del luctuoso suceso. El tercero. Supongo que lo habrá visto en las noticias. La televisión ha dado una amplia cobertura al asunto. Al fin y al cabo, era joven y rico. Un hombre de éxito, el soltero más cotizado de Asia. Pero si está aquí no es por eso. El noticiario ha hablado de un cáncer, pero usted y yo sabemos que ese dato no se ajusta a la verdad. Ha sido una cuchilla. La policía la encontrará y la analizará enseguida. No tendrá huellas ajenas, sólo las suyas. Ellos intuirán que no es lo que parece. Nada lo es. Pero la familia omitirá mencionar su zurdera. Si lo cuentan, todo el edificio se tambaleará. Caerá como si fuera un castillo de naipes.

No, ellos no harán tal cosa. Y la policía nipona accederá a guardar silencio. No hablo de sobornos, aunque puede que los haya. Hablo de que un suicidio en estas circunstancias no es honorable. Y los orientales necesitan su honorabilidad. Viven de ella casi tanto como del sushi o del aire contaminado que respiran. Y la Bolsa de Tokio y el índice Nikkei lo agradecerán. Porque el dinero es cobarde, escapa ante cualquier contrariedad, por pequeña que sea. Se asusta ante lo que no comprende. ¿Y quién comprendería ese suicidio?... Sus empresas, sus accionistas mayoritarios, los fondos de pensiones... Yo mismo dispongo de un pequeño paquete. ¿Sabe qué? No pienso venderlo: sigue siendo un valor seguro.

Dirán esto y aquello. Lo justificarán. Pero usted continúe alerta. Otee sin parar el horizonte, que se está volviendo gris. Es importante que se dé prisa, porque el siguiente no tardará. Está al caer. Nuestro hombre, quizá su reflejo (recuerde que el asesino es par), tiene prisa.

Restan dos. Sólo dos. Dos y la sombra. Y mi nombre estará junto a ellos.

Cuando le llegue la información del suceso, compruebe dónde murió, dónde vivió. Debe hacerlo, el dato resulta vital. Luego, cuando lo haya averiguado, pregúntese por qué un hombre se deja fotografiar así... Por cierto, he visto el percance. No se preocupe. Es normal. Las mujeres son asustadizas. Y Steven está muy enfermo. Sus genes están muy dañados. Pero no se inquiete. No volverá a asustarla. Lo prometo.

Rodrigo

SEGUNDA PARTE

—

JAIME GARACHE

Ronca. No sabría decir cuánto. Ni cómo. Parece que, al dormirse, la poseyera un demonio vengativo de voz cavernosa. O un animal prehistórico, cuyos rugidos taladrasen tus oídos hasta alcanzar el cerebro. Es un sonido insoportable. Hasta Lola despierta a Lola. Levantaría a un muerto de la tumba.

A veces se detiene y, durante unos instantes, parece sumirse en el silencio. Se diría que es el prelude de buenas noticias, pero no es más que un compás de espera. El segundo acto comienza; con más fuerza si cabe. Parece mentira que una garganta tan femenina pueda emitir tal estruendo. Ése es el motivo, y no otro, por el que dormimos en habitaciones separadas. Con esa música junto a la almohada terminas por perder irremisiblemente los nervios. Ni siquiera con tapones podía soportarlo.

Sin embargo, aquella noche sus ronquidos no me molestaron. Naturalmente, no logré dormir. Hice unas pelotillas con papel higiénico y agua, y me sellé lo mejor que pude los oídos. Luego, me senté a observarla. Su cara quedaba parcialmente iluminada por un rayo de la luna que lograba filtrarse por la contraventana.

¡Cómo la había echado de menos!

Todo. Hasta sus ronquidos. ¡Jamás pensé que diría algo así!

No soy un *voyeur*. Hay tipos a los que les divierte contemplar la vida íntima de la gente, especialmente de las mujeres. Se sienten malévolamente fascinados al saberse testigos invisibles de gestos privados. Presenciar sus miradas, sus cuerpos contoneándose ante el espejo, ora vestidos, ora desnudos, les produce una secreta satisfacción. A mí sólo me interesa contemplar a Lola cuando duerme entre un batiburrillo de mantas y sábanas. No hay nada memorable o extraño en ello; nada erótico.

Cuando ella duerme y arrimo una silla hasta la vera de su cama para verla mejor, siento que el tiempo se detiene. Parsimoniosamente, paso revista al día o a la semana. A lo que ha ocurrido y a lo que quedó en el tintero, y, sobre todo, a lo que nunca debió pasar. Pienso con ella, pero sin ella. Porque dormida no habla. Y es que Lola habla. No tanto como ronca, afortunadamente, pero sí mucho más que yo. De su boca llueven palabras, una tras otra, pasando de conversación en conversación, de pensamiento en pensamiento, sin orden ni concierto. Tantas palabras terminan por abrumarme. Cuando duerme, sin embargo, su rostro me da buenos consejos, porque al mirarla sé qué me diría si pudiera hablar.

Además, se acuesta temprano. Como decía, soy animal nocturno. Me gusta la noche. El silencio de la noche. Y la paz. La oscuridad me permite ver las cosas más claras. El amanecer siempre tiene lugar cuando la noche está más negra. Por eso,

cuando gracias a los tapones consigo superar las ganas de agarrarla por el pescuezo y obligarla a dejar de roncar, me pongo a repasar mi vida. Me vuelvo extrañamente lúcido, como un vampiro... Y me doy cuenta de que mi existencia es mucho más magra de lo que a simple vista parece. Dos oles y una faena de aliño. Eso es lo que soy. Eso y Lola.

Desde donde estaba, con aquella luz desteñida entrando por una de las tablas torcidas de la contraventana, sólo podía ver su pelo rojo. Pero fue suficiente para que mi perspectiva cambiara. Cuando miraba por la ventana de mi pequeño cuarto del Faculty Club, veía una calle distinta, personas cuyas voces sonaban en otro tono, en otro idioma. Nieva mucho en Boston, más que en Madrid. La gente se acuesta más temprano. La comida es peor; la carne, pésima. Lo mismo que la verdura. Los ruidos me resultaban desconocidos, como el permanente olor a especias. Sin embargo, ninguno de aquellos cambios me afectó. Fue Lola quien me despabiló. De pronto, mirándola, fui consciente de que no me conocía a mí mismo lo más mínimo.

Es curioso; al verla lo que experimento es indigencia. Soy más inteligente que ella, mi sueldo dobla el suyo, lo mismo que mi notoriedad a escala internacional. Soy un gran y templado conversador y, según dicen, mantengo intacto mi *sex-appeal*. Sin embargo, cuando estoy a su lado me doy cuenta de que, sin ella, lo pierdo casi todo. Como una botella sin sacacorchos que sólo sirve para que la exhiban...

Lolilla...

¡Cómo agradezco su inquebrantable tesón! Había venido a buscarme aunque sospechaba que el motivo de mi marcha era otra mujer. ¡Otra mujer! Agucé la vista. Lola había sacado la pierna por entre las mantas. Me pareció que se había pintado las uñas de los pies. La noche anterior no me había fijado.

Sonreí recordando lo que acababa de pasar...

Hubiera preferido algo de lencería. No me gustan las mujeres completamente desnudas. Quizá la desnudez me recuerde los muchos cuerpos que me tocó palpar en la consulta. Pechos flácidos, sudor, flatulencia, abdómenes agudos... Me gustan desnudas las de dieciocho, y tampoco demasiado. Las prefiero con algo de ropa. Suficiente para permitir que trabaje tu imaginación.

Aun así, me pareció maravillosa. Había adelgazado, supongo que debido al disgusto. Aunque Lola nunca será delgada. Por mucho que se alimente como si fuera una oveja (verde y sólo verde), mantendrá sus caderas de matrona. A mí, en todo caso, me gusta como es. O no, pero la quiero. Tanto que no me interesa ninguna otra, ni siquiera una de dieciocho, de esas a las que no les hace falta ropa interior.

No soy un mojigato. He tenido muchas oportunidades... Rectifico. «Mucho» es un concepto relativo. Digamos que no me han faltado ocasiones. No obstante, aunque me apetecía (soy, como todos, bioquímica con patas), nunca he sucumbido ante la tentación. Una vez estuve a punto (de nuevo un concepto relativo: ¿dónde está el punto de no retorno? ¿En los pantalones bajados o en el corazón abierto?). Era una enfermera, muy joven, con los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Pero

finalmente dije no. Por ella. Y por mí. Si lo hiciera, aunque fuera una sola vez, tendría con quién comparar a Lola, y eso lo estropearía todo. Además, no sé qué hechizo pelirrojo lanzó mi mujer sobre mí, pero me deshace a la primera mirada. Más bien al primer roce. Quizá mi sensibilidad sea extrema. Quizá, pero esa sensación no ha hecho sino acrecentarse con el tiempo. Debe de ser la crisis de los cincuenta. Aunque, pensándolo bien, quizá es que hemos aprendido mucho juntos. Para empezar (o para terminar), a reírnos.

Aquella noche, nuestro encuentro había resultado corto y extraño. Lola estaba agotada y nerviosa. Temblaba. Por el frío, desde luego. El aire se colaba por todas las rendijas. Pero también por un cierto sonrojo. Como las primeras veces, cuando no nos conocíamos apenas y aquella ingenuidad que nunca ha llegado a perder lo dominaba todo. Recuerdo que, entonces, exploraba mi cuerpo como si estudiase un tratado de anatomía humana.

—¿Cómo se llama este hueso?

—Húmero...

—¿Y este músculo?

—Supraespinoso...

Lo repitió.

—Creo que es mejor que lo llamemos Carlos. No seré capaz de memorizarlo.

—Carlos, entonces.

—¿Cuántas costillas tienes?

—Muchas, Lolilla, muchas... ¿Vas a ponerles nombre?

—No hace falta. «Costillas» está bien... Esto sí sé cómo se llama: abdominales. ¡Ya podía tener yo la mitad de los tuyos!

Entonces era una chiquilla flaca y larguirucha.

Luego, a trompicones, como si estuviese perdida, bajaba la mano y tentaba mi cuerpo.

—¡Vaya! —solía decirme como sorprendiéndose—. ¡Con esto deberías tener cuidado!

Tener cuidado... Debería haberle hecho caso. Me lo repitió hasta la saciedad. El trabajo me absorbía hasta no pensar en otra cosa. Ni siquiera en eso. De vez en cuando, para no perder la costumbre. Siempre rápido. Sin clase de anatomía. Ni visitas al zoo. Ni juegos, ni besos. Pero me resultó difícil darme cuenta. Cuando estás surfeando sobre la cresta de la ola no percibes que, por debajo, sólo hay agua. Y que esa bonita ola te arrastrará hasta la orilla y te lanzará sobre la arena. Un duro golpe, durísimo. Porque con el trabajo pasa como con el dinero: nunca es suficiente. Siempre hay un coche con más caballos, un barco con más metros, un nuevo reto y un puesto más apetecible donde puedes brillar como mereces.

No me tengo por mala persona. Me preocupo de mi gente, ayudo al que puedo y procuro no hacer daño a nadie. Compito con dureza si es menester, pero dejo en paz a las personas. Sin embargo, en aquel momento comprendí que no era suficiente. Para

ser feliz hace falta prescindir de las mayúsculas. A de arrogancia. I de irascibilidad. C de ceguera. Y, sobre todo, M de miedo. Miedo a perder lo que había conseguido; miedo a que alguien me superara, a que me vencieran; miedo a envejecer. Ese miedo se había instalado en mi mente y subrepticamente había echado raíces hasta obligarme a correr siempre delante de mí mismo. Era una huida hacia adelante. Nunca decía que no a nada. Siempre a por más.

Hasta el golpe. No esperas que algo así pueda pasarte a ti. Pero las cosas ocurren.

Si la jugada de Iturri, sea cual sea, no sale bien, jamás volveré a publicar un artículo en una revista de prestigio ni a dar una conferencia o a liderar un ensayo clínico global. Ya hace tiempo que dejé de ejercer como médico para convertirme en un investigador. ¿Qué hace un investigador que no puede investigar? ¿Quién le contratará? ¿A qué se dedicará? Sería peor que estar muerto.

Si estuviera solo, habría luchado para demostrar mi inocencia. Pero estaba en juego el nombramiento de Lola para el Supremo. La noticia, siquiera la sospecha, lo hubiera echado a perder. ¡Menudo cabrón! ¡Cómo lo aprovechó!... Pero a cada cerdo le llega su San Martín. Él tendrá el suyo. Pronto, espero. Pero, mientras, me encuentro en manos de la última persona a quien me gustaría confiar mis debilidades: Juan Iturri.

Iturri, ese policía crecido...

Siempre me he preguntado si de verdad la quiere. Y siempre me he respondido lo mismo: no. Porque Iturri es del tipo de personas que sólo se quieren a sí mismas. Lola empezó siendo uno de sus caprichos. Me consta que ha habido varias, y que no las ha tratado demasiado bien. Pero (quizá porque ella dijo no; quizá porque era de otro, y eso añade un plus a la caza) se encaprichó de mi mujer. Y del capricho pasó a la obsesión. Porque así es como está Iturri: obsesionado con Lola. No sé por qué. O sí, porque yo también lo estoy. Pero lo importante, el verdadero problema, es que ella le aprecia: valora a un hombre sin corazón ni conciencia, que carece de la más básica humanidad...

Esos ojos verdes... Noto cómo le brillan cuando la mira. Porque la mira. Él sí que se sentaría a escondidas para contemplarla.

Lola no es capaz de verlo tal y como es. La tiene engañada. Confía en él. Le ha sacado de muchos apuros, comparten casos e investigaciones. Adrenalina. Y él, poco a poco, ha aprovechado para ir infiltrándose en su vida. A veces he llegado a creer que hubo algo entre ellos. No obstante, cuando estoy con Lola, cuando la tengo en mis brazos y pone nombres a mis huesos, me digo que no. Porque hubiera cambiado y no lo ha hecho. O yo lo hubiera notado.

Conozco la situación desde que comenzó. La conozco a la perfección. Pero nunca he dicho nada. Alguien puede pensar que soy un cobarde. Quizá. Entonces me pareció que estar cerca, sin intervenir, era la mejor opción.

Aunque hay otras explicaciones...

Puede que no hiciera nada porque siempre me tuve por una persona mejor que

Iturri, que en el fondo es un agente de policía sin cultivar, y pensé que ella se daría cuenta de la diferencia. A de arrogante. Lo mismo que me hacía pensar que ninguno de mis colaboradores era capaz de hacer las cosas mejor que yo. Soy incapaz de delegar. Sin embargo, llevaba dos largas semanas fuera y ninguno de ellos había necesitado consultarme nada importante. Dos tonterías, y por *e-mail*. E de estúpido.

Pero eso ha acabado. He abierto los ojos y he cambiado de opinión. Porque siempre hay un peligro en quedarte sin hacer nada, un peligro que puede ser superior al de tomar cartas en el asunto. La C de cobarde, aunque yo la llamaba P de prudencia, murió aquella noche sin dejar rastro.

Pelirroja, piel clara, pecosa. Visceral, llorona, sentimental. Ojos oscuros, marrones con vetas verdes; pómulos marcados, labios finos. Caderas, ronquidos... Hay algo fascinante en esa mezcla. Algo que ese tal Rodrigo quería utilizar. Algo que Iturri me pretendía robar. Pero no iba a permitirlo. Esa mujer dormida era mi mujer. Y lucharía por ella. No volvería a permanecer con los brazos cruzados.

Pensé mucho aquella noche. En lo divino y en lo humano. En el todo y en la nada. En la vuelta a España y en el lío en el que estábamos metidos. Y en alguno de los pocos momentos de modorra llegué a la conclusión de que el asunto de Rodrigo era prioritario. Mi problema no tenía solución.

Rodrigo, ese loco...

Yo me tomo muy en serio a los locos. A todos. Pueden ser frágiles; débiles, psicológicamente hablando. Pero en algunas de sus muchas variantes, estas patologías producen individuos atípicos, extremadamente inteligentes. Y parecía que el caso de Rodrigo era de éstos. Lola podría tener razón. Entraba dentro de lo posible que la pareja Wilson-Rodrigo (o Rodrigo-Wilson, que era lo más probable) estuviera intentando utilizarnos con intenciones malvadas. Pensándolo bien, más que probable era seguro: ¿qué otro tipo de fines puede perseguir un asesino?

Pero ¿cuáles eran esos fines?

No conocía bien la historia, pero, cuando pasé al cuarto de baño a fin de improvisar los tapones que mitigarían sus ronquidos, me topé con aquel pliego arrugado, arrojado a la papelera. Entonces recordé el escalofrío de Lola y su gesto. Ella es mala mintiendo. Por eso nunca la he aceptado como compañera de mus. Se sonroja, se frota las manos, baja la vista, traquetea con los dedos... Había mentido, lo sabía, pero no le había dado importancia. Sin embargo, al ver aquella hoja de papel recordé la conversación.

«Rodrigo escribe cuando quiere. Tenemos que esperar a que vuelva a hacerlo», había señalado Iturri. Y Lola cerró un instante los ojos y la boca. Al parecer, no había que aguardar más. El asesino de humo había escrito, pero mi mujer había decidido ocultarlo.

¿Habría leído el mensaje? Era posible. Yo, desde luego, lo hice. Tres veces. No me pareció una amenaza inminente para Lola. Lo era, sin embargo, para las dos personas que mencionaba. Y de forma inmediata. «El siguiente no tardará. Está al caer», había escrito:

Restan dos. Sólo dos. Dos y la sombra...

Dos más la sombra... ¿De quién hablaba? ¿Quién era esa sombra? ¿Por qué era distinta? Si iba a morir, ¿por qué no la sumaba a los demás y escribía, simplemente, tres?

En todo caso, ese número era un dato. Y de los datos se extraen conclusiones. Dos que iban a morir más tres que habían muerto ofrecía una cifra de cinco. O media

docena, si sumábamos a esa sombra. O siete, si incluíamos a Rodrigo. Porque Rodrigo, de alguna forma, se metía en el mismo saco que los otros cinco, o que el sexto. Eso indicaba que se conocían. Que había algo, por minúsculo que fuera, que los unía. Ésa era precisamente la pregunta que Lola había formulado con acierto a Joe: qué era lo que los convertía en un grupo. La única respuesta que había recibido era el dinero. Los unía su abultada fortuna... Pero aquel punto, en vez de ayudar a encajar las piezas, estropeaba el puzle... Definitivamente.

Sabía que, antes de que lo detuvieran, el doctor Wilson no pasaba necesidad. Era un psiquiatra con una consulta en la Quinta Avenida y contaba con muchos pacientes. Sin embargo, aunque no era pobre, distaba mucho de estar en la misma posición económica que los muertos. Su fortuna, si la tenía (sabíamos que era mal administrador), no le permitiría figurar en los rankings de *Forbes*. No era el hombre más rico de Estados Unidos, ni el segundo más rico, ni el vigésimo, ni siquiera aparecía en la lista del millar de ricos y famosos.

No. El dinero no era el factor. Sin duda, la cuenta corriente unía a los muertos, pero no los enlazaba con Wilson. ¿Y la sombra? ¿La separaba de los demás con un punto y seguido porque tampoco era rica? Cuanto más lo pensaba, menos lo comprendía. Sin embargo, al menos teníamos un número. Mal que nos pesara, cuando el asesino lo alcanzara se detendría. El asunto tenía los días contados, aunque a los dos que faltaban, y a la sombra, no les arrendaba la ganancia.

«¿Y Rodrigo? —me dije—. Rodrigo no existe», me repetí, aunque hube de insistir, porque mi mente no se hacía a la idea.

No avancé más. Para ver si la cifra nos conducía a alguna pista más sólida, debía estudiar el resto del material. Porque Rodrigo había escrito varias cartas que yo no había leído. Iturri debía de tenerlas. Y seguro que Joe también. Hubiera preferido llamar a este último. Pero no tenía su número, mientras que el de Iturri figuraba en la memoria de mi móvil.

Era muy tarde. Le envié un mensaje escueto. Tres palabras.

«Necesito las cartas».

Su respuesta, también telegráfica, no se hizo esperar:

«Habitación doce. Tengo whisky».

Salí en su busca, no sin antes dejar a Lola bajo llave. Por si acaso. Aquel motel, con la prisión tan cerca y ruidos por todas partes, daba cierto miedo.

Ya ante la puerta blanca de la habitación número doce, se me ocurrió que debería haber esperado al día siguiente. Lo que estaba haciendo (correr sin pensar) era propio de Lola. Yo no suelo ser impulsivo. Detesto la precipitación. Pero aquel día dejé el talante en la cartera y llamé a la puerta con un par de golpes secos.

Iturri me abrió enseguida. Le observé mientras se apartaba hacia la izquierda para dejarme pasar. Llevaba un vaso en la mano, casi vacío. El alcohol se vengaba marcándole unas profundas ojeras. Estaba desaliñado; la barba, manchada; el pelo, alborotado. La camisa, fuera de los pantalones, estaba mojada, como si se hubiera

metido bajo la ducha. La tela se le había pegado a la piel y le marcaba los pectorales.

Iturri nunca ha estado gordo, pero no se me había ocurrido pensar que era un tipo atlético. Me refiero a que Lola podía haber visto en él cosas que yo no había percibido. Por un instante, me comparé con él. Desde luego, era un tipo alto y bien plantado, aunque en aquel momento tuviera mal aspecto: definitivamente, estaba hecho unos zorros. Pero yo no le iba a la zaga, con aquella ropa ridícula comprada en el Faculty Club y delgado como un galgo. Me obligué a dejar de pensar en ello y me concentré en Juan.

No llevaba zapatos. Me fijé en que tenía los calcetines muy gastados; el derecho, incluso agujereado. Le encontré nervioso. Por un momento pensé que le preocupaba Rodrigo. Pero enseguida lo descarté. Parecía algo más profundo, visceral. Absorbido por la botella. Me pareció una grosería comentar su estado, y entré sin más saludo que un escueto «hola». Me preguntó qué pasaba. Mi mensaje había sido nítido: o lo había olvidado, o pensaba que yo lo usaba como excusa. Respondí también con parquedad.

—Perdona, es tarde. Sólo vengo a recoger las cartas. Quiero echarles un vistazo.

—Pasa —masculló. Señaló una de las mesillas, donde descansaba una botella, más vacía que llena—. Yo tampoco podía dormir. Tomemos una copa. Estos sitios son deprimentes...

Lo más sensato hubiera sido decir que no, coger las malditas cartas y marcharme. Pero me picó la curiosidad.

—Whisky norteamericano. Suave como la coca cola *light* —me dijo, mientras se servía una buena dosis en un vaso de cristal—. Espera, supongo que habrá otro en el minibar...

Otra vez, mi cabeza dijo: «No, gracias, paso». Pero mi boca dijo otra cosa.

—De acuerdo, medio vaso... Me iré enseguida. Sólo necesito que me prestes un rato esas cartas. Quiero saber si Lola corre de verdad peligro...

En la habitación número doce también hacía frío. Pero, a diferencia de la nuestra, probablemente por la orientación, no llegaba más ruido que el de la brisa que acompañaba a la tormenta. Iturri no parecía notarlo. Pensé que, con la camisa húmeda, iba a cogerse un buen catarro, pero no le dije nada. No soy su médico ni su padre.

Juan se sirvió otro tanto, hasta llenar el vaso, y empezó a hablar. Pensé que lo haría de Lola, lo cual me producía, a partes iguales, curiosidad y miedo. Pero el objeto de nuestra conversación no fue ella, sino Rodrigo. Me explicó sus razonamientos con minuciosidad. Eso no puedo negarlo: es un buen policía y un estupendo detective.

—Veamos. La primera carta no es más que una bravuconada, fuegos de artificios. Aquí estoy. Me llamo Rodrigo, el admirado. Soy el mejor, hasta el nuevo psiquiatra ha caído fascinado a mis pies... Lo interesante empieza luego...

—¿Con las muertes?

—¡No, mucho antes! Las muertes no son más que una anécdota —exclamó.

—¡Ah! —contesté con inocencia. Siempre había pensado que la muerte constituía el meollo, lo más importante de un asesinato.

Debió de fijarse en mi cara de extrañeza. Se echó a reír y me explicó:

—Para la familia lo importante es el muerto; para el juez, el culpable. Pero, para el investigador, los hechos arrancan desde muy atrás. Desde el momento en que esa idea se materializó en el cerebro del asesino y comenzó a cocerlo todo. Despacio, a fuego lento. Por eso, si quieres ver algo, debes mirar mucho antes. Concentrarte en los detalles, en lo que se sugiere pero no se dice...

—Entiendo —aseguré, aunque no era verdad.

No sé si todos los asesinos piensan con antelación lo que hacen. Ni si son siempre tan listos. Pero me abstuve de contradecirle. Mis conocimientos de criminalística son bastante reducidos.

Iturri se levantó y se acercó a la cama. Su colcha era exactamente igual que la de nuestra habitación: un bosque de dibujos geométricos pintado de colores chillones. Sobre ella, desperdigados, había varios documentos y un sobre marrón de tamaño grande. Rebuscó entre ellos hasta dar con lo que buscaba.

—Ésta es la primera carta. Puedes saltarte el principio, ya sabes de qué va. Ve al final. Lee. Despacio. A veces, las cosas resultan tan evidentes que no se ven...

Leí, despacio. Él aguardó en silencio. Sus ojos, fijos en mí, se mostraban fríos, pese al nivel de alcohol en su sangre. Parecía paciente, pero sus dedos tamborileaban

sobre la mesa, cada vez más rápido. Le tendí la carta al terminar.

—Y bien, ¿qué conclusión sacas?

—Bueno, parece claro: dice que lo que le llevó a la cárcel, el experimento por el que asesinó a seis personas, no ha concluido. Le hemos detenido y encerrado en prisión, pero la gente sigue muriendo.

Juan estuvo de acuerdo.

—¡Muy cierto, sí señor! Eso es lo que dice: que se trata de una continuación. Lo llama incluso «cabo suelto». ¿Comprendes la importancia que tiene esto?

Negué con la cabeza, y luego de palabra.

—La verdad es que no. Si tiene alguna importancia, se me escapa.

—Pues la tiene, mucha. Si se trata de una continuación, no tenemos que investigar qué une a estos tres nuevos muertos, como dice la tozuda de tu mujer, sino qué tienen ellos que ver con la historia previa, ¿me explico?

—Te explicas, y parecería lógico, de no ser porque entonces Rodrigo mató a gentes atípicas, asociales, marginados, personas a las que nadie echaría de menos. Los cadáveres actuales reciben homenajes en los periódicos, funerales multitudinarios y ceremonias masónicas. Ambos perfiles no parecen tener nada que ver. Es raro que alguien los relacione...

—A simple vista, no. Debemos ahondar más hasta dar con lo que buscamos... Ha sido una pena que no hayamos podido entrevistarle... Tenemos que intentarlo de nuevo.

—Aunque hubiéramos visto a Wilson, Rodrigo podría no haber aparecido... Por cierto, ¿qué te ha parecido el doctor Hernández?

—No lo sé, Jaime. No puedo ser objetivo. Por lo general, los psiquiatras me parecen tan locos como sus pacientes. También les pasa a los policías que pasan mucho tiempo con criminales peligrosos: ellos mismos se vuelven violentos e inestables, y terminan siendo tan pendencieros como la gente a la que custodian. Por lo que nos ha dicho, el tío se ha pasado las últimas semanas hablando con un personaje imaginario. Lo que quiero decir es que, como médico, su cometido era que Wilson no tuviera otras identidades... ¿A ti te parece normal?

—Pues no. Es más, si estuviera bajo mis órdenes, lo cesaría de inmediato...

—¿Por qué? ¿Por el hipnotismo? ¿Tan grave es hipnotizar a un paciente?

—No lo digo por el hipnotismo en sí mismo. Su función debería ser ayudar al paciente a mejorar. El doctor Hernández ya conoce a Rodrigo; no necesita hablar con él, sino convencer a Wilson de que no es más que un producto de su imaginación. Quizá lo estoy juzgando con demasiada dureza, pero, desde mi punto de vista, Hernández ha utilizado a su paciente para elaborar su tesis doctoral. A veces, no nos damos cuenta de lo grave que es la experimentación... Entendemos bien que inyectarle a alguien un producto químico o someterlo a una sesión de rayos X puede resultar dañino para la persona. Pero la influencia sobre la mente puede hacer el mismo daño, o incluso más. Si he entendido bien lo ocurrido, Wilson había llegado a

aceptar que su mente había generado identidades imaginarias. Sin embargo, Hernández ha ayudado a que una de ellas haya vuelto a cobrar fuerza. Una verdadera pena...

—¡Brindemos por ello! —sugirió Iturri, y levantó la copa—. ¡Y brindemos por ti, que estás bien jodido!

Se me demudó el rostro. Me levanté y me serví más whisky. Cuando había dado un buen trago, me atreví a preguntar:

—¿Tan mal lo ves?

—Fatal —respondió lacónico. Se arrellanó en la silla, puso los pies sobre la cama y cerró los ojos.

Dejé que corriesen los segundos. Estaba seguro de que Iturri se explicaría. Pero se quedó callado y quieto. Hasta me pareció que dormía. Pensé en coger las cartas que estaban sobre la colcha y marcharme. Pero, con aquella losa sobre mi espalda, no iba a poder hacer nada. Así que cogí la llave y bajé a recepción. La señora gorda estaba tumbada en un camastro que había en la garita de entrada. Se había enfundado en algo que estaba a medio camino entre un chándal y un pijama, con corazones rojos estampados sobre fondo gris, y roncaba de tal manera que Lola, a su lado, era una zapatilla. Me tocó zarandearla un par de veces para que me escuchara. Soltó varios improperios (unos los comprendí; otros, no), pero insistí. Finalmente, me señaló un mueble que estaba detrás de la garita. Lo abrí. Estaba lleno de botellines de distintas bebidas. Cogí dos. Luego lo pensé mejor y cogí uno más. Y volví a la habitación de Iturri.

Seguía en la misma posición.

—¡Iturri, despierta! He traído más whisky.

No se movió. Pero la inquietud que me producía aquella situación era demasiado aguda para quedarme quieto. Le zarandeé, sin resultado. Así pues, cogí uno de los vasos que habíamos usado, me acerqué al baño, lo llené de agua y derramé el contenido sobre su cabeza.

—¡Me cago en...! —Se incorporó y me contempló de arriba abajo, con cara de extrañeza—. Pero ¿qué te ocurre, Garache, estás majara?

—No, que yo sepa. No por ahora. Pero te has dormido cuando ibas a hablarme de mi caso. Compréndelo, no podía quedarme así...

Me miró fijamente, sin mudar la expresión, entre enfadado y sorprendido, pero no protestó más. Le enseñé el licor que llevaba en la mano.

—Vale, hablemos... —dijo al cabo. Y cogió los botellines—. Es mejor que lo sepas pronto, se acerca la hora cero. ¿Cuándo dijiste que tenías que enviar los datos?

—Pasado mañana... —Miré el reloj y rectificué, no sin que me diera un vuelco el corazón. El tiempo se agotaba—. Mañana... ¿Has podido averiguar algo?

Se levantó y fue al baño a por una toalla.

—No gran cosa. Tampoco tú me lo has puesto fácil: sabes que han abierto una cuenta a tu nombre, pero no sabes en qué entidad, ni quién es la persona que ha ingresado el dinero. Hay muchos bancos en Suiza, ¿sabes?

—Lo supongo, pero tú eres policía de altos vuelos. Seguro que puedes averiguar esas cosas...

—No es tan sencillo, no en Suiza. Allí el secreto bancario se cuida más que el honor de la parienta. Viven de eso. Y ello permite a los propietarios de las cuentas ocultar su dinero al fisco, evita que las esposas saquen tajada de un divorcio y que los acreedores se lancen contra tus bienes... Salvo que un juez suizo lo exija, y sólo lo hace en casos penales, como blanqueo de dinero y cosas por el estilo. De lo contrario, no te dan ni los buenos días. Y tu caso no entra precisamente dentro de los delitos habituales.

—Si falsificaron mi firma, cometieron un delito...

—Por supuesto, pero habría que probarlo. Deberíamos demostrar que hay suplantación de identidad, es decir, que no fuiste tú el que abrió esa cuenta. Eso exigiría un análisis grafológico, entre otras muchas cosas. Pero incluso para eso necesitaríamos saber en qué banco se abrió la cuenta y quién lo hizo, y no tenemos esa información. Y, para averiguarla, necesitamos la autorización de un juez: es la

pescadilla que se muerde la cola.

—¿Y qué me dices de la empresa farmacéutica?... ¿No puedes hacer algo, ir a verlos, asustarlos o algo así?

—Serás un cerebritito, tío, pero pareces bobo. Yo no soy más que un simple policía; ellos, una enorme multinacional. Una hormiga frente a un elefante...

—O David frente a Goliat —le corregí.

Negó con la cabeza varias veces.

—No, esas cosas no pasan. Lo más sencillo es que lo dejes correr y recuperes tu vida. Deja pasar unas horas, que concluyan el estudio sin ti. Tú mismo lo dijiste: el medicamento es inocuo; no haces daño a nadie. Luego vuelves a tu lugar de trabajo y terminas la semana con el bolsillo lleno. Dos millones trescientos mil dólares, a tu nombre. Tardarás un poco, pero si quieres hacerte con ellos, lo conseguirás. Y cuando pase un tiempo pillas al capullo que ha organizado esto y lo cuelgas de un pino...

—Es lo más sencillo, pero no lo correcto.

—Entonces coge tu ordenador y envía los datos. Y atente a las consecuencias...

Alcé la vista y me enfrenté a sus ojos. Me ardía el alma por tener que suplicarle, pero lo hice.

—¿Tú eres el gran Iturri, el ídolo de mi mujer? Estamos aquí porque nos sometiste a un chantaje: dijiste que, si te acompañábamos en lo de Rodrigo, nos ayudarías. Para este viaje no nos hacían falta alforjas...

Cogió otro botellín. Lo abrió y bebió directamente de la botella.

—Lo siento, no sé qué más podría hacer. A no ser...

—A no ser... ¿qué?

—Déjame pensar un poco, ¿vale? Quizá haya una rendija por donde entrar... Lola podría ayudarnos. ¿Por qué no vamos a hablar con ella?

—No. Deja a Lola al margen. Con su actual cargo, tiene que parecer buena, además de serlo...

—Eso tendrá que decidirlo ella, ¿no crees?

—He dicho que no. Ni siquiera debería haber permitido que la enredaras en este asunto de Rodrigo...

—Era su deber...

—¿Su deber? ¿Quién dice que es su deber? ¿Tú? Además, ¿qué entiendes tú por deber? ¡Acabas de recomendarme que me embolse dos millones de euros!

—¡Brindemos por eso! —insistió. Parecía su coletilla de emergencia.

Cogí otro de los botellines y me serví otra copa. Estaba terriblemente enfadado.

Media hora después tenía tanto licor dentro que ya no podía razonar con coherencia. Habíamos vaciado la botella, el contenido del minibar y los repuestos posteriores, aunque no equitativamente. Juan, que me llevaba ventaja en la parrilla de salida, se mantuvo en cabeza durante toda la carrera. Pero el alcohol me sentó mal. Apenas había cenado (la comida de aquel motel era terrible) y sentía un ligero mareo. Una nube gris empezó a rondarme la cabeza y después se apoderó de mí hasta hacerme creer de naturaleza vaporosa. Y esa sensación, que Iturri compartía conmigo, empezó a desatarnos la lengua.

—¿Sabes qué? Ese loco de Rodrigo es un tipo peculiar... Dice cosas raras, pero con sentido... ¿No tienes esa sensación al leer lo que escribe? Parece saber lo que hace...

—A mí lo que me llama la atención es la referencia a los crímenes perfectos... — insistí.

—La verdad es que no he conocido ninguno.

—Eso es lo que dice Rodrigo, que es un contrasentido metafísico...

—Yo de metafísica no entiendo. Pero tengo experiencia en física de a pie y en psicología. Tardamos más o menos, pero los cogemos a todos. Incluso a él, y no nos lo puso fácil...

—Por eso me llama la atención. Por su interés en comparar estos nuevos asesinatos con su caso... Creo que tienes razón: habrá que repasar los crímenes que cometió...

Nos quedamos unos instantes en silencio, desconectados.

—¿En qué piensas? —me preguntó, sin mover la cabeza. Había vuelto a repanchigarse en la silla, con los pies sobre la cama.

—En Lola... Tal vez tengas razón y Rodrigo espere algo de ella, aunque no sé de qué se trata —respondí.

—Yo tampoco lo sé, pero seguro que busca algo. Nada en él es casual o inocente.

—Eso suena peligroso...

—No te quepa duda, Jaime.

—Pues tendremos que hacer algo. Además de beber...

Se incorporó.

—Lo único que podemos hacer es resolver este caso. Toma, ésta es la segunda carta. Lee, a ver qué se te ocurre...

—No vería ni con gafas. Cuéntamela... No, espera. Voy a mojarme la cara; si no, me dormiré.

Recuerdo poco de la siguiente escena. Sé que trastabillé hasta el baño, me mojé la cabeza y llegué a la conclusión de que tenía que volver a mi habitación.

—Tengo que irme, Juan. Me llevo las cartas... Las leeré cuando se me pase el mareo.

—Voy contigo y despertamos a Lola. Seguro que ella encuentra el eslabón perdido.

—Estaba agotada. Mejor esperar a mañana. Además, los dos estamos bebidos. Se levantó.

—En eso te paso tres pueblos, doctor.

—Lo sé. No es asunto mío, pero no deberías beber tanto. Vas a acabar convertido en un alcohólico. O con cirrosis.

—De algo hay que morir, ¿no? Aunque prefiero el coñac. Las de coñac son lloronas, pero mucho más dulces...

—No es una buena forma de encontrar la felicidad.

—Es un buen pretexto. Además, purga la tristeza. Y la mala conciencia...

—Si quieres verlo así, vale, pero tendrás que admitir que estás fatal. Sucio, con la camisa mojada...

—¡Alto ahí! Lo de la camisa no es culpa mía: me acabas de duchar...

—En eso tienes razón, pero cuando entré ya estabas empapado. Pillarás una neumonía.

—Siento volver a echar balones fuera, pero tampoco he tenido la culpa. La tiene este palacete en el que nos han metido. La manguera de la ducha está rota. Al ir a encenderla, un chorro ha salido disparado y me ha dejado calado hasta los huesos. Y no tengo camisa de repuesto... La segunda vez en esta semana. —Se echó a reír—. Por cierto, mira qué casualidad, la anterior fue en tu casa. No sé si lo sabes, pero la ducha de tu cuarto de baño tiene la goma picada. Debes echarle un vistazo cuando vuelvas. Lola tuvo que prestarme algo de ropa tuya...

No dije nada, pero de pronto sentí como si me arrancaran de la nube y me devolvieran a la Tierra de un trompazo. Empezó a faltarme el aire. Algún resorte se rompió en mi interior sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Estaba deteriorado de antiguo y, del golpe, se hizo añicos. Saltaba a la vista que aquel borracho se movía por mi casa como si fuera la suya. La pequeña anécdota evidenciaba muchas cosas. Porque, en efecto, la ducha de mi cuarto de baño estaba picada, pero yo no había encontrado tiempo para arreglarla.

Había ido demasiado lejos. No me molesté en buscar palabras que justificaran lo que iba a hacer. Me limité a apretar los dedos hasta que los nudillos emblanquecieron y luego solté el puñetazo.

Cuando quise darme cuenta le sangraba la nariz.

«Rojo. A Lola le gusta el rojo», pensé antes de lanzar el segundo derechazo, el que le tumbó.

De pronto, me sentí ridículo, en aquel cuarto miserable, golpeando al que se había

declarado como amante de mi mujer, aunque seguía convencido de que mi mujer no se veía con nadie. Ridículo y avergonzado. Porque no soy del tipo de personas que van batiéndose por el mundo. No creo en las espadas ni en los golpes.

Iturri se despabiló.

—Pero ¿qué coño te pasa, Jaime?

No respondí. Seguía con los puños cerrados, dispuesto a continuar. Se levantó. Con la mano se apretaba la nariz para tratar de contener la hemorragia.

—Eres un imbécil. ¡Un auténtico capullo! —Buscó el vaso y lo levantó. Los restos del licor resbalaron por su brazo. Se lamió la muñeca—. ¡Qué pena que se haya acabado el whisky, podríamos brindar por el valiente doctor Garache! Nunca he entendido qué ve Lola en ti. A mí me pareces un gilipollas que se escuda en su trabajo porque no sabe hacer otra cosa. Y, sobre todo, un imbécil. ¿Quieres que te diga que me acosté con ella, que la consolé cariñosa y hábilmente mientras tú estabas aquí, llorando tus pecados? Pues no. Ella nunca me lo hubiera permitido. Lola te quiere, pero tú no sabes lo que eso significa... Llevas veintinueve años con una mujer maravillosa a tu lado y sólo ves células madre. ¡Eres un idiota!

Los borrachos siempre dicen la verdad. Por eso, pase lo que pase, de ellos se aprende algo; a veces, mucho. Respiré hondo. La ira, esa rabia que me salía del mismísimo estómago, desapareció como por ensalmo. Sin embargo, continué con mi fijación. Celotipia pura. Algo que hasta aquel momento no había sentido nunca.

—La ducha está picada...

—¡Lárgate, capullo! —Se volvió, recogió las cartas que había sobre la mesa, incluido el sobre, y me las tendió.

Lo hice. Bajé, desperté de nuevo a la gorda de la recepción y obtuve de ella una mirada de desprecio, un paquete de esparadrapo y dos botellines de whisky. Luego volví a la habitación de Juan. Me abrió a regañadientes. Le tendí el licor. Era mi forma de pedir disculpas. Se los bebió seguidos, directamente de la botella.

Palpé su nariz, no parecía rota. Aun así, se la sujeté con varias tiras de esparadrapo.

—Un capullo. Tienes razón —dije como despedida.

Bajé la escalera hasta el hall, que estaba a oscuras. La puerta exterior estaba cerrada; la llave, puesta. Abrí. El frío no me había abandonado en ningún momento, pero a la intemperie era aún más intenso. Me detuve en el umbral, pero me obligué a salir. Estaba cansado. Cansado y hastiado. Caminé por el lateral del edificio, donde se alzaban, como estatuas de pacotilla, dos columpios herrumbrosos. Me senté en uno de ellos y me columpié durante unos segundos. Me agaché y cogí un poco de nieve recién caída. Blanca, supuse. Impoluta, supuse, aunque no podía comprobarlo, estaba muy oscuro. Me pasé la nieve por la cara.

El despuntar del alba me pilló en aquella posición. La luz primero fue tenue; luego, potente. Siempre me ha gustado ese momento, pero en aquella ocasión me pareció una burla. Una burla para la raza humana, una injusticia. Porque Dios nos

sumerge una y otra vez, y sin avisar, en esa noche ininteligible, que es una gélida y dolorosa forma de muerte. Y cuando la oscuridad es más negra vuelve a crear el día, para darnos una esperanza con fecha de caducidad, unas pocas horas de paz hasta que vuelven el dolor y los contrasentidos. Y así, sin sosiego, hasta que la noche se hace indefinida y te das cuenta de que estás muerto.

Pensé en mi subordinado y en Rodrigo. Y comprendí por qué los de su casta siempre ganan. Ellos son dueños de la noche, se mueven igual en ambos extremos del péndulo. En el lado soleado, a nuestra vera, nadan sonrientes en las corrientes claras. Y cuando nosotros nos retiramos, se zambullen en las aguas negras y hacen planes para exterminarnos.

Comenzó a nevar de nuevo, levemente. Ya no notaba el frío, de tan aterido como estaba, y decidí subir. Quizá Lola estuviera despierta y hubiera dejado de roncar. Quizá pudiera dejar de pensar en por qué Iturri había usado mi ducha. O acaso pudiera armarme de valor y enviar esos malditos datos...

Entré en el motel exhalando un suspiro de alivio. Dentro, la calefacción funcionaba. En la chimenea de la cafetería palpitaban aún algunos rescoldos. Añadí un par de troncos y me froté enérgicamente los brazos para sacudirme de encima el frío que me había traído pegado a los huesos. Todo estaba en calma. Se podía oír el silencio. Sin hacer ruido (la jefa del cotarro seguía dormida en su camastro), acerqué el mugriento butacón al fuego y me arrellané lo mejor que pude: le faltaban varios muelles.

El paseo no me había despejado demasiado, aunque sentía esa claridad de mente que, en ocasiones, te proporciona el alcohol; esa desinhibición que te arranca la careta habitual y te ayuda a enfrentarte sin tapujos a ti mismo.

Me hacía falta hacerlo, porque el popurrí que se me había formado en la cabeza era impresionante: una manguera de ducha picada, la imagen de Iturri en mi dormitorio junto a mi mujer, un asesino múltiple que nos señalaba con el dedo y dos millones trescientos mil euros en una cuenta... Podía pensar en cualquiera de aquellas cosas, pero opté por lo que me pareció menos peligroso para mi salud mental y saqué las cartas de Rodrigo. Creo que llegué a leer un par de folios. Al abrigo de la tormenta, junto al fuego, con el estómago encharcado en whisky, el cansancio empezó a pasarme factura. Además, había olvidado coger las gafas de cerca y me costaba leer. Primero aparecieron los bostezos y las cabezadas. A ratos se me cerraban los ojos, a ratos conseguía leer alguna frase. Poco a poco, el sopor fue creciendo. Entonces me vi sumido en una deliciosa modorra, un duermevela pacífico y reparador, del que me arrancó la recepcionista, que de pronto encendió todas las luces. Subí al dormitorio. Y allí, más despejado, seguí leyendo para llegar a la conclusión de que aquel tipo estaba como una chota. Considerar el asesinato como un arte, como la expresión de la creatividad humana, era, desde luego, la última chifladura de un loco. Es cierto que los hombres se matan unos a otros desde que su estirpe surgió en la Tierra. Pero la sociedad ha decidido por unanimidad que matar es una degradación de la conducta humana; una contravención; una excepción que confirma la norma de que la vida es un bien mientras que, por el contrario, provocar la muerte es una animalidad en el más estricto sentido de la palabra. Matar es un acto contra natura, vil en todos y cada uno de sus prismas. Y, no obstante, aquel loco quería que entendiéramos la vida como un coste, la muerte como un arte y su actividad como un virtuosismo. ¡Maldito engreído! ¿De dónde le había venido esa perversión?

El pensamiento resultaba tan extraño, tan estúpido y al mismo tiempo tan naíf que debería haberlo barrido inmediatamente de mi mente. Pero no lo hice. Me ha tocado

lidiar con más de un loco, y por eso sé que para entender a uno hay que intentar ponerse en su lugar, enloquecer. Por eso seguí el razonamiento hasta no dejar ni las migas.

Artista.

Perfección.

Maestría.

Lo primero que me vino a la cabeza fue cómo unir esas cosas. ¿Cómo podía evaluarse esa maestría? En el caso de los productos, existe un mercado organizado, que juzga su calidad o incluso su excelencia. En el campo de los especialistas se definen estándares, comisiones de evaluación, graduaciones, honores y condecoraciones. Pero ¿y para los asesinos? ¿Cómo podía medir Rodrigo su propia perfección? ¿Habría que crear una insignia al «mérito criminal», una medalla de alguna real orden que condecorase a los asesinos por la realización de crímenes de destacado mérito?

Leyendo sus sucias palabras no tuve duda de lo que quería decir. Para Rodrigo un criminal perfecto es el que puede seguir matando si así lo desea. Perfecto es el que sabe que no va a recibir castigo alguno por parte de la sociedad. Perfección era sinónimo de impunidad.

Jack el Destripador: un criminal perfecto. Un animal sin principios ni moral; un enfermo, muy probablemente. Pero, como asesino, un admirable ejemplo. Un tipo que salió victorioso del lance, pese a haberse manchado las manos de sangre. Un especialista sin alma, o con el alma negra. Muy negra.

Rodrigo (tenía su segunda carta delante) aceptaba que no era tan listo. No lo decía así, su orgullo no se lo hubiera permitido, pero reconocía abiertamente lo que, por otro lado, era evidente: le habían echado el guante, estaba en la cárcel. Pero su argumento no iba por ahí. Lo que venía a decir era que el Destripador de Londres representaba la excepción a la regla general, porque la perfección, la impunidad, la sonrisa cínica del que se siente capaz de amordazar para siempre a la sociedad no caben en este mundo. Y, a partir de esa argumentación, nos animaba a iniciar la caza del nuevo asesino. Nos impelía a poner las armas a punto y a dar comienzo a la batida. A actuar, a cazarle.

Eso me sorprendía enormemente. ¿Por qué? ¿Dónde quedaba esa solidaridad, tan característica entre artistas de un mismo gremio? ¿Qué razones incitarían a un asesino a denunciar a otros? Rodrigo no parecía encajar en el papel de acusador, de delator embozado. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué le llevaba a asestar esa puñalada tramera? Lo lógico habría sido que hubiera hecho un alegato clasista, que hubiera dicho que, por sus hazañas, aquel nuevo asesino había entrado en el selecto club de la sangre. No obstante, en vez de hacer algo así, se había convertido en un chivato.

«Chivato, acusica, la rabia te pica», cantábamos en el patio del colegio. En la escuela no hay nada peor. Puedes ser un mal estudiante o un imbécil; hasta una mala persona, pero nadie te perdona que hayas ido con algún cuento de un compañero a un

profesor. Acusica y cobarde son una misma cosa.

Y ahí estribaba mi duda. Saber por qué alguien acusaría a un vecino, a un amigo o a un compañero de fatigas o de sangre. Las guerras, especialmente la segunda guerra mundial, han puesto de manifiesto lo bajo que puede caer el alma humana. ¡Más que bajo, bajísimo! Buenos, respetados y modélicos ciudadanos que habían acudido con nocturnidad y alevosía a locales policiales o paramilitares para denunciar a quienes habían compartido con ellos escalera, piso o incluso mantel. Y no por miedo (lo cual, aunque no es una excusa, permite justificar o, al menos, entender muchas cosas) sino por un pequeño beneficio, monetario o en términos de reputación. Primero, franceses que habían denunciado a judíos. Después, judíos o franceses que habían denunciado a colaboracionistas.

Pero aquello no era una guerra, y Rodrigo no estaba en peligro ni tenía miedo. Estaba en la cárcel, a salvo. Eso implicaba que buscaba algún beneficio. Pero ¿cuál? ¿Qué ganaba él denunciando a otro asesino con el que, de alguna manera que aún se me antojaba etérea, se sentía unido?

«Allí donde está tu tesoro, está tu corazón», proclama la frase bíblica. «Allí donde esté tu beneficio, Rodrigo, estarás tú —me dije—. Debo descubrir qué buscas». Lola lo había captado desde el principio: Rodrigo tenía un fin y nos utilizaba para conseguirlo, igual que el maldito laboratorio farmacéutico pretendía ganar cientos de millones con un medicamento inútil tapándole la boca a un estúpido como yo.

Por un instante, el caso de Rodrigo y el del SCMR-E3 se fundieron, y me convencí de que ambos estaban en la misma línea, la de los delitos perfectos.

Rodrigo no se conformaría hasta ponerse a la altura de Jack *el Destripador*. Pero ¿cómo podría conseguirlo desde la cárcel?

Seguí leyendo las cartas, a ver si encontraba alguna pista...

A la vista del primer crimen esperaba otra cosa. ¿Quién arrasa una colmena para dar con la abeja reina? Un asesino torpe y estúpido. Sin embargo, el siguiente episodio (de cuya noticia envió copia) es distinto. Muy distinto. Muestra que nuestro hombre, si es que se trata de un hombre, no es torpe ni estúpido [...] habremos de esperar al tercer episodio para trazar un perfil de nuestro asesino. Lo que podemos certificar hasta este momento es que ambos crímenes no se parecen [...] ¿es posible (¡lo es, lo es!) que nuestro asesino sea par?

—Por todos los demonios, Rodrigo, ¿es que no sabes hablar como las personas?
—susurré.

Siempre he odiado los enigmas, las claves, los secretos. Incluso los del periódico. Me refiero a esos jeroglíficos que ponen junto a los crucigramas. Mis hijos pequeños los resuelven a la primera, y yo hago como que me dejo ganar, aunque la realidad es que carezco de esa habilidad. Mi mente es más bien cuadrículada. ¿Qué demonios quería decir «asesino par»? ¿Y quién era esa sombra?

—¡Mierda! —añadí.

La exclamación despertó a Lola. Bajé los pies, que había colocado sobre la cama, y me acerqué a ella.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Sí, gracias. Lo necesitaba, la verdad. Y tú, ¿has podido dormir? No tenías tapones.

No quise entrar en ese tema, que no dejaba de ser mortificante para ella. Hablamos. Me incliné hasta apoyarme en su pecho. La noté temblar mientras extendía la mano y la colaba entre las sábanas. Pero, en ese momento, sentí vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. No tuve ninguna duda de quién me llamaba.

—Deberías darte una ducha y bajar a desayunar. ¿No te apetece un café? Ha dejado de nevar...

Protestó. Pero no cejó y terminó por entrar en el cuarto de baño. En cuanto escuché el sonido del agua aproveché para llamar a Iturri.

—Ponte en marcha, Jaime. Rodrigo vuelve a la carga y la cosa parece ponerse fea. El doctor Hernández me ha llamado desde el hospital. Wilson ha ido a verle con una nota que le ha dictado Rodrigo. —En ese momento me pregunté por qué razón, habiendo tantos pacientes y tan pocos médicos, este asesino obtenía audiencia con tanta facilidad. El pensamiento se diluyó enseguida; Iturri continuaba—. Escucha: te lo leo...

Hay frases que pronunciadas por determinadas bocas suenan, cuando menos, impúdicas. Eso fue lo que pensé al escuchar de labios de Iturri el mensaje enviado por aquel maldito asesino, un mensaje en el que informaba a mi mujer de que la

cuenta atrás había empezado y en el que la responsabilizaba de lo que pudiera suceder.

—Voy a acercarme de nuevo hasta el hospital, Jaime. Y, esta vez, no voy a salir de allí sin que ese loco me ofrezca algunas respuestas. En la carta que le entregó a Lola, la que me leíste ayer, menciona cinco muertes. No quiero volver a las andadas.

—Cinco más la sombra, sea quien sea esa sombra. De modo que son seis.

—Tienes razón, seis. ¿Vienes conmigo? Al fin y al cabo, tú eres médico y eso puede ayudar...

No me apetecía lo más mínimo, pero no me sentía en condición de negarme. En primer lugar, por el estado de su nariz. En segundo, por Lola. Pero también por mi propio cuello, que seguía en sus manos. Aun así, apostillé:

—No entiendo ni una palabra de psiquiatría, Juan, pero si quieres que te acompañe lo haré, aunque hay un..., no sé..., algo que me dice que se trata de una trampa. Vamos, que el tipo nos está tomando el pelo.

—¿Una trampa? ¿Por qué?

—Ni idea. Pero no me huele bien... Y, hablando de olores, ¿cómo va tu nariz?

—Inflamada y de colores, pero dentro de un par de semanas no se notará. Vamos a hablar con ese tío. Joe y yo te esperamos abajo.

No avisé a Lola. Era preferible: se hubiera enfadado. Bajé. No había nubes agoreras en el cielo. Lucía el sol. Lucía pero no calentaba. Soplaba una brisa helada. Aterido, corrí desde el hall hasta el coche de Joe, que iba a llevarnos hasta el centro penitenciario.

La nieve acumulada cubría la carretera. Joe había puesto las cadenas. La calefacción estaba al máximo, pero no lograba calentar el habitáculo. Aun así, bajé la ventanilla unos centímetros. A estas alturas de mi vida he aprendido a no emplear frases gastadas. Ya no protesto por lo inevitable. Saliva perdida. Juan había encendido su pipa sin avisar y por supuesto sin consultar, y no la apagaría dijera yo lo que dijera. Joe también había sacado un cigarrillo. El aire se vició enseguida. Ropa ridícula de colegial pijo, que ahora encima olía a podrido. ¡Maldita suerte!

Cerré los ojos y me dispuse a dormir un rato. Estaba agotado. Pero tampoco aquel día había de tener suerte. Iturri me despertó.

—Jaime, creo que he dado con una solución para tu caso...

Me despabilé de inmediato.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Pan de azúcar... —dijo. Una sonrisa cínica marcaba su rostro. Le dejé seguir. No tenía ganas de bromitas—. Es un caso en el que trabaja la Interpol: blanqueo de dinero procedente de Brasil. Hemos pedido la apertura de diligencias a un juez suizo... No me cabe duda de que nos darán esa información. Lo del dinero sucio les preocupa mucho.

—Pues, salvo la palabra Suiza, nada de eso tiene que ver con lo mío...

—Suiza es suficiente. He pensado que quizá te pueda sumar a la lista de personas

que hay que investigar. Es un riesgo, porque cuando tu nombre aparece en un listado no se puede controlar quién lo verá, pero, al mismo tiempo, la inclusión nos permitirá pedir información sobre tu cuenta. Una vez que tengamos ese dato, ya podemos ponernos a trabajar... ¿Qué te parece?

—No lo sé. Déjame que lo consulte con Lola...

Pareció molestarle.

—¿Necesitas niñera o es que has optado ya por los dos millones?

—Todavía no lo he decidido... Hablaré con Lola.

Cerré de nuevo los ojos, pero ya no pude dormir.

Con la luz de la mañana, el panorama que la noche anterior habíamos visto velado se presentó plagado de nuevos detalles. El desalentador aspecto de la prisión, en medio de la nada, se mantuvo intacto, pero hubo que sumarle el deterioro, que de día era evidente. Al mismo tiempo, las medidas de seguridad (que la noche anterior se me habían antojado extremas) me parecieron más livianas. Se ve que el miedo está relacionado con el grado de luminosidad.

En la entrada de la prisión y en la del pabellón D, no tuvimos que esperar demasiado. El hombre de los pulgares en el cinturón no apareció. Tampoco su esbirro ni el perro. Sonreí pensando en Lola y en la cara que se le puso cuando insinuaron que las mujeres no eran bienvenidas.

Lolilla, mi revolucionaria...

No puede evitarlo. Lleva la reivindicación feminista en los genes. Emergen como los reflejos tenaces del sol, por reacción física, casi sin el concurso de su voluntad. Yo la comprendo en parte. Para ser sincero, en una pequeña parte. Resulta duro soportar determinadas injusticias. Un 25 por ciento menos de sueldo por no haber nacido con algo entre las piernas es difícil de encajar. Sin embargo, lo contrario también es cierto. ¡Cuántas mujeres viven del cuento! Del de las mujeres, vamos. De tener que ocuparse de sus hijos y de la oficina y del pesado del marido... Lola no puede comprender lo que digo, porque le ciega su tozudez, pero, en ocasiones, resulta difícil confiar en una mujer. No siempre saben asumir responsabilidades. No siempre son de fiar. Te dejan en la estacada en demasiadas ocasiones. Lo quieren todo, pero no están dispuestas a pagar el coste. Por descontado que también algunos hombres responden a ese perfil. Los hay listillos, terriblemente vagos y oportunistas; sin embargo, creo que el porcentaje es menor.

Yo, para ser sincero, me siento cómodo trabajando con mujeres. Pero no creo que soportara que una fuera mi jefa. Creen que mandar y organizarte la vida es una misma cosa. Eso nunca se lo diría a Lola. No estoy tan loco. Sería peor que mencionar la cuota...

Pero estoy yéndome por las ramas...

Aparcamos en la misma puerta. El frío era tan intenso que creo que no dejé de temblar hasta volver al motel. Bajo la mirada, tan escéptica como atenta, de los funcionarios, nos adentramos de nuevo en el pabellón. En el trayecto hasta el despacho del doctor Hernández (situado dentro del módulo de los internos, que el día anterior me pareció remoto) no empleamos más de cinco minutos. Durante ese tiempo pude hacer recuento de cámaras y alarmas. En muchas de ellas, la luz roja

estaba apagada, señal de que no funcionaban. Me preocupó. Estaba tranquilo porque Rodrigo, Wilson o como demonios se llamara ese asesino estaba definitivamente fuera de juego. En ningún momento me había planteado la posibilidad de que se escapara. Aunque en aquel momento no estuve tan seguro.

Cuando alcanzamos nuestra meta encontramos al doctor Hernández bastante nervioso. Lo evidenciaba la expresión amarga de sus labios y el sudor que le cubría la frente. Supongo que todo aquello tenía que ver con su superior, que se encontraba de pie a su vera. Si las miradas matasen, Hernández tendría que haber ido encargando lápida y sepultura. Al parecer, desde nuestra visita, el doctor Raspy había hecho los deberes. Sabía ya quién era Rodrigo y conocía tanto las razones de su reaparición como los motivos por los cuales nos interesábamos por él.

—Adelante, caballeros. Les estábamos esperando. Tomen asiento —nos invitó.

Esta vez había más sillas que personas. Nos sentamos. Todos menos Raspy, que permaneció de pie, con el trasero apoyado en la mesa del despacho y, en los labios, una sonrisa de compromiso.

—Antes de nada, quiero pedirles disculpas por mi comportamiento de anoche. Supongo que les resultó evidente que no estaba al tanto de la situación. —Cuando se volvió para mirar a su ayudante, su sonrisa se convirtió en una expresión tan acerada que parecía que al doctor Hernández iba a darle un infarto—. Pero ahora ya lo estoy: mi subordinado me ha informado de lo ocurrido...

—¿Y qué opina? —le pregunté.

—Si le soy sincero, no sé qué pensar. Marc Ross se ha comportado de manera exquisita. Ni siquiera se queja de las comidas, como hacen, con evidente razón, el resto de los internos. Nada de drogas, ni siquiera tabaco; trabaja en la lavandería y toma su medicación puntualmente. Me resulta desconcertante. Con el tratamiento farmacológico que sigue, sin duda el adecuado para su trastorno, las voces y las alucinaciones deberían haberse mitigado. Podría incluso llegar a seguir un ritmo normal..., tener casi una vida ordinaria. El doctor Hernández no debió hipnotizarle, sabía que en este centro esa práctica no está permitida, pero no creo que ese proceso pueda explicar la situación en la que ese hombre se encuentra... Es raro, muy raro. Me refiero a que el tratamiento, con el que llevamos casi dos años, no ha producido fruto... ¿No es así, Hernández?

—Así es, señor —acató éste, entre cohibido y aliviado. Parecía que la bronca amainaba—. Por algún motivo que no logro comprender, Ross ha vuelto a la situación original, la que le trajo aquí. Rodrigo ha escalado posiciones hasta hacerse con el control. Es el personaje principal de la obra, la *prima donna*, mientras que Wilson ha quedado relegado al papel de servidor necesario. Verdaderamente curioso... Como ha señalado el doctor Raspy, el trastorno agudo debería haber remitido ya. De entre los diecisiete internos con los que comparte patología, éste es el único que se aparta de la normalidad.

Iturri detuvo la conversación, que tomaba derroteros que no nos interesaban.

—Discúlpeme, pero lo que nos trae aquí no es la eficacia del tratamiento que emplean con este enfermo. Sinceramente, eso nos importa bastante poco. Lo que nos preocupa son las cartas que escribe. En ellas hace predicciones que acaban cumpliéndose. ¿Tiene idea de cómo hace eso?

Raspy volvió de nuevo la cabeza hacia su ayudante.

—Doctor Hernández, ¿puede contestar?

—Sinceramente, no tengo respuesta. Lo único que puedo decir es que es un tipo solitario. Ni siquiera se acerca a *Félix*, el gato de la prisión, que es el animal más solicitado del universo. Pasea solo y no participa en la terapia, sin que por ello sea un hombre descortés o malcarado. Salvo cuando se reúne conmigo, no se le oye.

Decidí intervenir. Comenzaba a impacientarme. Añoraba volver a mi rutina, a la cadencia de siempre. En casa, con Lola. Y con una cama para dormir. Además, me estaba helando.

—¿Podemos hablar con él?

Raspy asintió varias veces.

—Enseguida le llamamos, pero previamente me gustaría saber cómo vamos a proceder. ¿Qué esperan obtener de la visita?

Miré a Iturri. Me devolvió la mirada sin respuesta.

—No tenemos ningún plan —confesé—. Pero tenemos que hacer algo... Doctor Hernández, ¿cree que Rodrigo aparecerá voluntariamente?

—No puedo asegurarlo —señaló. Inmediatamente comenzó a frotarse las manos.

—¿Permitiría usted una hipnosis, doctor Raspy?

—Lo siento, eso no va a ser posible. El riesgo de que nos pongan una demanda es demasiado alto. Y Ross i Roví no es un pelagatos. Se trata de un hombre de cierta importancia. Sus abogados nos machacarían si se enterasen de lo ocurrido...

—Ya ha ocurrido, doctor. Una vez más no va a agravar ese riesgo.

—Me temo que no es posible, doctor Garache. Hablen con él si quieren o pueden. En otro caso... En fin, lo que sí puedo garantizarles es que le someteremos a vigilancia especial...

Joe, que había estado ensimismado desde que salimos del motel, pareció despertar.

—Disculpe, doctor Hernández. Dice que Ross no habla con nadie más que con usted. Me resulta extraño. ¿No hay ningún otro recluso con el que charle? Quizá un compañero de celda, alguien con quien trabaje en la lavandería...

—Las celdas son individuales. Y, respecto a lo que comenta, no digo que no sea posible, pero yo lo desconozco.

—Pregúntele a Andrews —ordenó Raspy—. Si alguien sabe qué ocurre en esta prisión, ése es Andrews. Es el peluquero oficial —nos explicó—. Bueno, ¿a qué espera, Hernández? ¡Vaya a buscarlo!

El ayudante se escabulló a toda prisa. Volvió al cabo de unos pocos minutos, sudoroso pese a la gélida temperatura del lugar. Le acompañaba un joven de rostro

simpático y muy amanerado. Llevaba un pañuelo de flores violetas anudado al cuello. Las uñas pintadas de rosa, como los labios. Por lo demás, el mono gris, idéntico al del resto, estaba oculto por varias capas de ropa.

—Buenos días, Andrews. Gracias por venir...

—Mire que es usted malo, doctor Raspy. ¿Por qué no me llama por mi nombre? Soy Christine, bien lo sabe usted...

—De acuerdo, Christine. ¿Serías tan amable de hablarnos de Marc Ross? Tú le cortas el pelo, ¿no? Quizá sepas con quién se relaciona aquí dentro...

—Es cierto. Le corto el cabello, el poco que le queda —rió—. Pero no sé casi nada de él. Apenas habla. No le gusta relacionarse...

—¿Alguna vez le has oído mencionar a un tal Rodrigo? —¿Quién es Rodrigo? ¿Su otro yo?

Hernández y Raspy se miraron perplejos. Va a ser cierto que los médicos y los padres somos los últimos en enterarnos de lo que pasa con nuestros pacientes o hijos.

—En efecto, su otro yo —le respondió el psiquiatra más joven.

—No sabía que se llamara Rodrigo. Tiene una voz muy musculosa, varonil. Qué pena que sólo sea una voz... Me hubiera gustado.

—¿Has hablado con él? —le pregunté extrañado.

—Sólo una vez. Hubo un pequeño altercado entre ellos. Ross no quería, pero su amigo insistía en que debía teñirse el pelo.

—¿Teñirse? —preguntamos todos al unísono.

—Sí, teñirse. Quería ser pelirrojo, como una tal Lola. Ross decía que no. Pero el otro reía con estrépito. «Será el precio que pagaremos por sus servicios», dijo. Bueno, algo así. Pero la discusión era estúpida, y así se lo hice saber: no tengo tinte rojo.

En ese momento, todo cambió.

En los largos días que había pasado en Boston, cautivo por las circunstancias, tuve tiempo para cultivar todo tipo de añoranzas. Extrañé los días ordinarios, el paso sosegado de las horas, los domingos, las tardes de sol con las persianas entornadas. Eché de menos la soledad acompañada: Lola o los libros. Escuchar la lluvia desde la terraza, oler mi despacho, el embeleso de la vida bajo el microscopio. Nostalgias de quien lo había abandonado todo. Futuro que sólo ansiaba pasado.

Al escuchar las palabras de aquel curioso peluquero, esa estampa saltó por los aires. Y resultó evidente a mis ojos que no hay paz en este mundo. Ni paz ni sosiego. Que se avecinaban malos momentos. Sombríos, opacos, crueles. Y el miedo se sumó al frío que sentía.

No sé exactamente por qué (conocía la peligrosidad de la situación desde mucho antes), pero en ese preciso instante se me despertó una extraña ola de ira. Fue una sacudida que removió cada una de mis células. Rodrigo era un fantasma mezquino, agazapado tras palabras huecas escritas a mano. Un tipo que se regodeaba de estar utilizando a mi mujer. Sus precarios informes, sus intromisiones, sus insolencias en papel tintado... De pronto, todo aquello me atacó hasta llegarme a las vísceras...

—El precio que tiene que pagar por los servicios de mi mujer —repetí en voz alta, al tiempo que me levantaba—. Quiero hablar con Wilson. Ya.

—¿Con quién?

—Con Ross, doctor Raspy. Inmediatamente. Esto pasa de castaño oscuro. Se acabó.

Iturri se levantó también. Me puso la mano en el hombro. Si quería tranquilizarme, logró el efecto contrario.

—Ni se te ocurra, Juan. La pelirroja en cuestión es mi mujer. No voy a permitir que ese asesino vuelva a enredarla en sus conspiraciones. ¿Lo entiendes?

—Lo que entiendo es que así no lograrás nada. Deja que Hernández lo intente. Si se cierra en banda, perderemos la ocasión.

Me volví hacia el médico, que seguía la discusión dos pasos atrás. Su raza le pintaba la piel de oscuro, pero estaba pálido, casi blanco. Parecía que hubiera cambiado de color como Michael Jackson. Me acerqué a él y le sujeté por los hombros. Estaba fuera de mí.

—Ha despertado a la bestia de nuevo, Hernández. Por su puñetera tesis. Y, ahora que está despierta, se vuelve contra mi esposa. Es intolerable...

Me cortó.

—No sabe cómo lo siento, doctor.

—Eso no me sirve. Quiero que lo arregle. Quiero que vaya y lo haga salir. Me da igual cómo. Quiero que le extraiga hasta la última brizna de información. Si se avecinan problemas, quiero saberlo. Todo. Ya. Prepárese para el Apocalipsis. No sabe hasta dónde puedo llegar por mi mujer. ¿De acuerdo, doctor?

—De acuerdo.

—Pues en marcha.

Me costaba respirar. Yo también parecía haberme disociado. Aquel Jaime no era yo. Aunque por lo que llevo narrado no lo parezca, soy un tipo pacífico. Odio la violencia; detesto las discusiones. Me había transformado de tal modo que Iturri estaba asombrado. La noche anterior casi le parto la nariz. En aquel momento poco me faltó para merendarme al doctor Hernández...

Nos llevaron a una sala contigua. Paredes blanco sucio, rejas en la ventana. Una mesa gris en el centro; encima, una grabadora, y cuatro sillas a un costado y otra al otro. Las sillas produjeron un extraño ruido cuando las arrastramos por el cemento. El estrépito me hizo recordar los prolegómenos de una guerra. Curioso pensamiento, ya que nunca he estado en una. Lo más cerca, en el cine.

Esperé en pie. Me preguntaba qué quedaría de aquel psiquiatra neoyorquino tras dos años de aislamiento. Porque aquel lugar no debía de ser muy agradable. Tenía dinero, eso podía protegerle de algunas cosas, pero no de todas. Y había muchos Rodrigos crueles por el mundo. Yo no soy cruel, pero estaba dispuesto a jugar según sus reglas.

Fueron diez minutos. Diez largos minutos los que esperamos. Cuando le vi entrar, mi mente estaba al borde de un ataque. No me encontraba allí como médico, sino como esposo, y por tanto no necesitaba controlar mis emociones.

Wilson caminaba encorvado y arrastraba los pies, pero sus ojos azules seguían vivos tras los anteojos redondos. El mono le quedaba estrecho y marcaba su estómago abultado. Christine tenía razón, su pelo no pasaba de ser una pelusilla pajiza y rizada.

Hernández le hizo sentarse en la silla que quedaba aislada y luego se sentó él. Permanecí de pie como el doctor Raspy.

—¿Qué tal se encuentra hoy, doctor Ross?

—Hace frío, más que otros días. Está siendo una primavera dura.

No hubo más frases de cortesía. No se lo permitieron. Tras un leve carraspeo de Raspy, su ayudante entró en materia.

—Doctor Ross, esta mañana me entregó una nota manuscrita.

Se alteró visiblemente. Comenzó a rascarse la cabeza, como si le hubiera invadido un ejército de piojos. Luego la emprendió con las manos.

—Doctor Ross... —le insistió.

—No lo recuerdo.

—Haga memoria —le exigí desde mi sitio. Iturri se dio la vuelta. De reojo, pude captar su reproche, pero no le hice caso. Wilson había levantado la vista. Le mantuve

la mirada hasta que no pudo soportarlo y cedió.

—Fue Rodrigo. Él me obligó a entregarla.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé —afirmó, compungido—. Aparece cuando quiere, no antes. Siempre es así...

Insistí.

—No es suficiente, necesitamos verlo ahora. Dígame, doctor Wilson, ¿quiere terminar con esto de una vez por todas?

Contestó con rapidez. Ni siquiera protestó cuando le llamé Wilson en vez de Ross.

—Quiero. Ésa es la verdad. Tomo toda la medicación que me dan. Se me están cayendo los dientes y la piel se me ha vuelto cetrina...

—¿Qué precio estaría dispuesto a pagar?

—El que sea —contestó sin dudarlo.

—Muy bien, convóquelo. Dígale que venga...

—No puedo, no me hace caso. Rodrigo actúa por cuenta propia, yo no tengo nada que ver en lo que hace...

Me aproximé, apoyé las manos sobre la mesa y acerqué la cara hasta casi pegarme a su nariz.

—Dígale que estoy dispuesto a ayudarle con ese cabo suelto, el que dejó su experimento...

Empezó a lloriquear. Llanto sin lágrimas ni sentimiento.

—No quiero saber nada de esos crímenes. Nada. Fueron horribles. Todos ellos...

—Si quiere recuperar su vida, le convocaré. Ahora mismo. Y vendrá...

Saqué del bolsillo una chocolatina que había cogido del minibar del motel. Según afirmaban las cartas de Rodrigo, Wilson era goloso.

—Coma. Le dará la energía que necesita.

Masticó con avidez. Lo terminó en apenas dos bocados. Aún con la boca llena, me dijo:

—Puede que no le guste lo que oiga. Rodrigo se ha obsesionado con su mujer...

—Ah, ¿sí? ¿Por qué dice eso?

—No sé las razones con exactitud. Ella no es nada del otro mundo. Pero es curiosa y entrometida. Eso beneficia a Rodrigo. Y es pelirroja.

Masqué sus palabras, desconcertado. Curiosa. Entrometida. Eso era medianamente cierto. Pero ¿por qué habría de beneficiar a Rodrigo? Lola afirmaba que había gato encerrado. Al final iba a tener razón.

—¿En qué le beneficia, Wilson?

—En sus planes...

—¿Y cuáles son? Porque en sus cartas dice que no tiene ninguno, que se trata de alguien ajeno que encontró ese cabo suelto.

—¿Aún sigue fiándose de él, doctor Garache? Poco ha aprendido entonces... Las

personas no cambian, no lo olvide.

Perplejo, le imploré.

—Necesito su ayuda, doctor Wilson: de médico a médico. Dígame, ¿de qué va todo esto?, ¿de qué cabo suelto habla?

—De los crímenes perfectos, ¿todavía no lo han entendido?

—No. Explíquemelo...

—Todo está en el texto. Cinco más la sombra...

—¿Quiénes son? ¿Por qué mueren?

De pronto, sin que mediara ningún cambio, sin que ocurriera nada, a Wilson empezó a cambiarle la expresión, la cara. No sólo sus gestos, sino su propia fisionomía. Sé que parece imposible, pero yo fui testigo de cómo ocurría. Dicen que algo similar acontece con los endemoniados en los momentos más álgidos de los exorcismos. Eso no lo puedo asegurar, porque nunca he asistido a uno, pero puedo dar fe de que Wilson cambió radicalmente. Se irguió, se atusó el cabello y se quitó las gafas. Entonces fue él quien clavó como arietes sus ojos en mí. Y su voz... No me extrañó que Lola lo temiera.

—Resulta conmovedor ver cómo se preocupa por su princesita, doctor. Verdaderamente conmovedor, pero muy poco eficiente. Ella debería estar aquí, es mi biógrafa...

—No vendrá.

—Pues es una lástima. Tendremos que retrasar la reunión.

—No me ha comprendido, Rodrigo. Su señoría no vendrá hoy, ni mañana, ni nunca.

—Nunca diga nunca, doctor. Ocurrirá pronto, y vendrá por su bien —afirmó con desprecio.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo, afirmo.

—¿De qué va todo esto, Rodrigo?

—¿No se lo ha explicado el doctor Wilson? Él es quien mejor lo hace...

En aquel momento comprendí que Iturri tenía razón. Tenía que aprovechar el momento y conseguir toda la información que pudiera. Y no lo estaba haciendo. Pero sabía por dónde atacar. Dejé que mis palabras fluyeran despacio, lentamente, para que él las saboreara mejor.

—El doctor Wilson está muy cansado. Y es algo torpe. Hágalo usted, *maestro*, por favor...

Sonrió complacido. Su tono se volvió amable, casi indulgente.

—Veo que las noticias vuelan. De acuerdo, se lo explicaré. Todo esto tiene que ver con los crímenes perfectos. Concretamente, con uno que parece perfecto, pero que no lo es.

—¿Y qué tienen que ver con ese crimen perfecto las muertes que relata?

—¡Todo, doctor, todo! ¿Cómo puede ser tan torpe?

—Habla usted de un crimen pasado y de varias muertes presentes. Y también de mi esposa, que no entiendo qué pinta en todo esto...

—Me temo que carece usted de la capacidad de comprenderlo...

—Pruebe.

—No me ha entendido. No he dicho que sea incapaz de explicarlo, sino que usted es extremadamente lerdo y no puede comprenderlo.

Tragué saliva junto con el orgullo y busqué otra salida que no me llevara a un callejón ciego.

—Lo sé, maestro, soy torpe. Pero se me dan bien los números. Dígame una cosa: ha escrito que en esta historia hay cinco implicados. Cinco más uno, creo recordar... Ha habido tres muertes, ¿quiere con eso decir que van a morir dos más? ¿O quizá tres?

—Cuatro —respondió con una extraña sonrisa en los labios.

Me gustaría haber podido fotografiarle en ese momento. La expresión de su rostro era tal que su sonrisa parecía socavarte el alma.

—¿Cuatro? No le comprendo. Cinco más uno son seis, no cuatro...

—Acaba de decir que han muerto tres personas, pero ese dato no está actualizado. Si la información de la que dispongo es fidedigna, y apostarí a que lo es, ya son cuatro. De modo que tendrá que hacer de nuevo las cuentas. Pero, como le gustan los números, no creo que le importe, ¿verdad? Son ejercicios sencillos...

—¿Quién es el cuarto? —preguntó Iturri a bocajarro.

Rodrigo echó los brazos hacia atrás y anudó sus manos en la nuca. Las llevaba esposadas. Luego, sonrió con picardía.

—¿No pretenderá que haga su trabajo, señor policía?

—No sabe quién es. Va de farol. Todo es una farsa —tentó Joe—. Dejémoslo en tres accidentes...

Le dedicó una sonrisa sarcástica.

—No va a atraparme en sus redes de principiante, agente. Es usted patético, burdo, infantil. Pero si se cree tan torpe como para tratar de averiguarlo por sí mismo, le ayudaré. Está muy cerca de aquí. Pueden incluso ir en coche, si la nieve lo permite. Busquen...

De pronto, me harté. Se me agotó la paciencia. Me acerqué a la puerta y puse la mano en el pomo metálico.

—Bueno, Rodrigo, ha sido un placer saludarle. Mi mujer y yo nos retiramos de esta comedia. Hasta nunca. Búsquese otro biógrafo. Aquí le dejo con la policía. Es su trabajo, no les queda otro remedio que aguantarle. Pero yo no estoy obligado. Escríbales a ellos a partir de ahora. ¡Hasta nunca!

Bajo la máscara me pareció leer no sólo perplejidad, sino también un ápice de fragilidad.

—¿Qué es lo que quiere, doctor? —me espetó.

Esta vez fui yo el que se rió. A carcajadas.

—¡Eso es lo mejor, Rodrigo, que no quiero nada! Usted es el que quiere algo, pero, sea cual sea su oferta, no voy a atenderla. Quédese con su gloria. Que le aproveche...

—¡Responderé a sus preguntas! —me chilló cuando vio que abría la puerta.

—Nada de lo que pueda ofrecerme me atrae, gracias —reiteré.

—¡Vuelva! Es una mujer y está muerta, ¿quiere que le diga dónde?

—Le he dicho que no me interesa.

Entonces cogió la grabadora que descansaba sobre la mesa y la lanzó contra la pared donde me encontraba. Pasó a escasos centímetros de mi cabeza. Los demás se levantaron de un salto. Nadie esperaba que Rodrigo se pusiera violento. Dos enfermeros entraron al oír el ruido y lo sujetaron. Sus ojos ardían. Comenzó a mascullar a toda velocidad lo que parecían cotizaciones del Dow Jones. Como una letanía. Me lo quedé mirando desde la puerta. No quedaba en él ni rastro del pobre psiquiatra Ernest Wilson.

Iturri le preguntó:

—¿Quién es esa mujer, Rodrigo?

No se hizo esperar.

—Elena Polvoskha —dijo, y volvió a recitar cotizaciones.

Miré a Joe. Yo nunca había oído hablar de ella, pero tampoco tenía por qué. Al parecer, él sí la conocía, porque se llevó las manos a la frente. Sacó el teléfono del cinturón y salió de la habitación. No podría describir la cara de satisfacción que mostraba Rodrigo cuando pasó ante mí. Pero yo ya había tomado mi decisión.

—No conozco a esa mujer, Rodrigo, y me importa un comino lo que le haya pasado. Lo mismo que a usted, que está fuera de este asunto. Sea quien sea el que lo haya hecho, no ha sido usted. No. Resulta evidente: a usted le pillaron y está entre rejas. Ya es historia. Jamás le pondrán junto a Jack *el Destripador*...

Trató de soltarse de los brazos de los agentes. No lo consiguió. Sus ojos destilaban ira.

—¡Yo lo empecé todo! Yo soy el genio, el que pasará a la eternidad. No hay mayor crimen perfecto que el mío, no lo olvide. Y aún le digo más: a esa mujer no la conoce, pero esto sólo se acabará con una pelirroja encerrada en un ataúd. Haga lo que haga, poco importa que lo resuelva o no, esto concluirá cuando su mujer yazca bajo tierra y se la coman los gusanos. Y, ahora, váyase si puede...

No le creí. Le dejé con la palabra en la boca y me fui, satisfecho. Por el motivo que fuera, Rodrigo se sentía partícipe de esos nuevos crímenes, pero eso era imposible. De modo que todo resultaba una gran mentira. Iría a buscar a Lola y volveríamos a casa...

Un grito estridente me detuvo, ya en el pasillo.

—¡Morirá, doctor! Es la última presa; ella cerrará el círculo. No podrá esquivar a su perseguidor. La sombra tiene un buen motivo: el mejor.

Tras la entrevista con Rodrigo, abandoné la sala y me encaminé a la salida. No había andado más de cincuenta metros cuando vi que Joe venía hacia mí. La preocupación se pintaba en su rostro, como en el mío el cansancio.

—¿Se va? —me preguntó.

—Me voy —respondí, contundente—. Os espero en el coche.

—¿Así, sin más? ¿No va a esperar hasta saber si es verdad? Me refiero a lo que dice respecto a la cuarta víctima.

—Pues no. No voy a esperar.

Me respondió como si no me hubiera oído.

—Acaban de salir dos unidades hacia la casa de la presunta víctima, Elena Polvoskha. Me llamarán de un momento a otro.

—Quizá sea un farol... Sí, es lo más probable. Ese tío es un mentiroso compulsivo. La vez pasada nos engañó como a chinos... —respondí. Me quedé pensando en el porqué de esa expresión. Conozco a algunos chinos y son, sin excepción, magníficos negociadores.

—¡Ojalá tuviera usted razón! Pero no lo creo. Tengo la sensación de que el círculo se estrecha más y más a nuestro alrededor.

—Lo que dice no es lógico, Joe. Está loco y encerrado...

—Es obvio que fuera hay alguien que le ayuda, doctor Garache. Existen miles de locos capaces de acudir a la llamada de un asesino famoso como Rodrigo. Debería esperar, al menos, hasta que nos confirmen si esa mujer está viva o muerta.

Negué varias veces con la cabeza.

—Ya ha oído a ese peluquero: es un tipo solitario. No habla con nadie. ¿Cómo podría haber conseguido un cómplice si lleva dos años encerrado?

—No lo sé. Pero los hechos son los hechos. Si esa mujer ha muerto, tendremos la confirmación de que dice la verdad.

En eso hube de darle la razón.

—Por cierto, ¿quién es ella? Me refiero a esa tal Elena.

—Elena Polvoskha, la mujer más rica del mundo, según los rankings. Viuda de un multimillonario ruso, posee pozos de petróleo, minas de diamantes, enormes reservas de cereales... Se decía que ella, y no el marido, era el alma de la empresa. Una mujer sin corazón. Tuvo algunos problemas con la mafia, tráfico de armas, si no me equivoco, y se trasladó a Estados Unidos. Desde entonces reside aquí.

—Pues lo siento por ella, pero mi mujer y yo nos retiramos.

Negó en silencio. Me recordó a mi madre cuando yo me cerraba en banda ante el

plato de coliflor.

—Hay que hacer lo correcto, doctor.

«Lo correcto», dijo. La expresión me cayó en el estómago como una salsa picante. Si hubiera dicho lo mejor o lo más eficiente, no me hubiera dado tanta rabia. Pero dijo «lo correcto».

—¿Y qué es lo correcto, Joe?

—¡Parece usted Poncio Pilatos, doctor! Lo correcto es lo correcto.

Taza y media. Mi enfado era tal que empezó a pasármelo el frío.

—¿Me está diciendo que no actué correctamente? —Asintió con un gesto. Y me sentí en la obligación de dar explicaciones—. Verá, lo que yo hago es priorizar. Sólo tengo una cosa en la cabeza: mi esposa. Y para mí lo único correcto es protegerla.

—No le digo que no. La cuestión es si salir corriendo va a protegerla más que quedarse y enfrentarse a los hechos, cosa que, por otro lado, es lo correcto.

—¡No me toque las narices, Joe! Si vuelve a decirlo, me voy —protesté.

—Como quiera, doctor, pero sabe que tengo razón. Huir no arregla nada.

—Me arriesgaré...

Entonces, su móvil sonó. Y, casi de inmediato, el mío. Era Lola. Contesté sin quitarle los ojos de encima. Joe respondía con monosílabos, pero su rostro era lo bastante expresivo.

—Jaime, ¿dónde andas? Estoy preocupada...

—En la prisión. Te lo explicaré en cuanto llegue...

Tras un corto silencio añadió:

—¿No habréis ido a verle?

No pronunció su nombre, como si estuviera maldito.

—Lo he visto, sí. Enseguida te lo cuento.

Joe acababa de colgar. Entonces, fue él quien clavó los ojos en mí. Y, entre susurros, mencionó de nuevo la maldita palabra. Desde que le conocí, me había parecido un personaje lineal, simple. Un policía con pistola pero sin muchas luces. En aquel momento comprendí que le había juzgado mal.

—Lo correcto, doctor. Lo correcto...

Rodrigo estaba en lo cierto. Polvoskha yacía muerta en su casa de Boston.

Al recibir los primeros detalles, Joe llamó a Iturri a su móvil y le contó lo que había sucedido. Apenas un minuto después, Juan salió de la sala y se reunió fuera con nosotros. Estaba impresionado; desesperado, quizá. Nos contó que, al salir yo de la sala, Rodrigo había vuelto a esconderse tras la estampa de Wilson y no había mentado palabra. Y, aunque lo intentaron por varios medios, no consiguieron nada, de modo que lo habían enviado de regreso a su celda.

Ya no teníamos nada más que hacer allí. Y había un cadáver sobre el que investigar. Nos despedimos del director y de Hernández, que estaba al borde de un ataque de ansiedad. Creo que el joven psiquiatra estaba más preocupado por su tesis, o por las deudas que no podría pagar si le despedían, que por las muertes. Pero eso cambiaba poco las cosas. Por su parte, nada más enterarse de la muerte de Polvoskha, el doctor Raspy se sumió en un tozudo silencio. De hecho, nos despidió con un movimiento de la mano, sin mediar palabra. Su expresión era difícil de descifrar. Quizá sopesara nuevamente el fracaso de la medicación, o los efectos secundarios de la hipnosis, o la mala pasada que le había jugado el destino a las puertas de una más que merecida jubilación. O quizá pensara lo mismo que nosotros. Porque el hecho, pertinaz, como suelen ser los hechos, era que Rodrigo había vuelto a acertar en su vaticinio: los muertos eran cuatro, no tres. Y eso implicaba muchas cosas. La primera, que él y el asesino estaban, de alguna manera desconocida, conectados. La segunda, que esa conexión era estrecha. Extremadamente estrecha: según los cálculos de la policía, Polvoskha había fallecido más o menos ocho horas antes, y, no obstante, Rodrigo ya disponía de los datos.

Era muy preocupante. Y así, preocupados y cabizbajos, volvimos al motel.

Nadie habló durante el trayecto. Yo, por mi parte, continué sopesando mi situación. Y la maldita expresión que Joe había empleado.

Soy un tipo serio. Siempre he hecho lo correcto. Creo que nací haciéndolo. Es como si al concebirme me hubieran implantado un gen y, por su culpa, lo incorrecto me produjera sarpullido. Me refiero a lo socialmente correcto, pero no exclusivamente. Por descontado que me importa lo que los demás piensen de mí. Menos que a otros, lo admito, y, desde luego, mucho menos que a Lola, quien ve como un fracaso personal que alguien no la aprecie. A mí suele afectarme poco lo que los extraños opinen sobre mi persona. Otra cosa es mi familia, mis amigos o mis colegas. Pero, como digo, no se trata de eso, sino de vivir conmigo mismo. De la desazón por fallarles a los demás: a la sociedad, al mundo, a los pacientes, a mi gente.

Además, soy navarro. Dentro de mí late un pequeño carlista. He nacido en un ambiente cristiano, con un profundo sentido de la responsabilidad: ser útil al mundo, como tantos y tantas compatriotas que han acudido a países más lejanos para ayudar a los pobres y los desahuciados. Dos de mis mejores amigos de la facultad se marcharon a África en cuanto acabaron la carrera; uno como seglar, otro como fraile. Yo nunca sentí inclinaciones de ese tipo, pero sí ese sentimiento de lo correcto, algo que significa mucho más que cumplir la ley, un aspecto espiritual que Lola nunca ha entendido.

En las últimas semanas había tenido mucho tiempo para pensar. Porque siempre he creído de oído. Mi fe de carbonero no había necesitado nunca ser probada. Sabía que la vida avanza entre espinas y que las cosas se tuercen; que, a veces, el suelo se mueve bajo tus pies. Pero hasta el último fiasco no había visto crecer esas sombras negras y amenazantes que se empeñan en cercarte. No entiendo mucho de sutilezas morales, pero, hasta que tuve que salir corriendo, busqué siempre una salida espiritual a lo que ocurría. Cielo para el que aguanta el mal; infierno para el que lo provoca. Sin embargo, esta vez no podía controlar la rabia. Quería justicia y solución aquí, no en el lejano cielo. Uno se adapta bien al hambre, a las penurias, pero la injusticia es otra cosa. La injusticia escuece hasta impedirte dormir.

Por esa ira contenida, la fe se me empañó de pronto. Y también mi peso y mi habitual medida. No sólo había intentado romperle a Iturri la nariz, también quería vengarme de mi subordinado listillo y arrancar de una vez por todas a Rodrigo de mi vida. Cayera quien cayera. Aunque sabía que ninguna de aquellas cosas era correcta...

La quinta víctima, ella era la que me preocupaba. Pensar que, de una manera tangencial, yo podría quitarle la vida, como mi colaborador había intentado hacer conmigo, me repugnaba. Pero, en el otro platillo de la balanza estaba Lola. Y su seguridad pendía de un hilo.

¿Qué habría querido decir Rodrigo al definirla como «la última pieza del juego»? Sus palabras retumbaban en mis oídos una y otra vez: «Esto sólo se acabará con una pelirroja encerrada en un ataúd. Haga lo que haga, poco importa que lo resuelva o no, esto concluirá cuando su mujer yazca bajo tierra y se la coman los gusanos. Y, ahora, váyase si puede».

Mi mujer, muerta. No lo creí en su momento, pero todo lo que decía terminaba convirtiéndose en realidad. De modo que la pregunta era: ¿cómo protegerla mejor? ¿Debía seguir con aquel caso o salir corriendo?

Lola no es una mujer conformista, aunque ella diga lo contrario. Es dulce con los niños y paciente con los débiles. Pero cuando se enfada... En fin, cuando se enfada no hay quien le haga razonar.

Es terca como una mula. O peor.

Mi madre, con la que Lola nunca se llevó bien (la animadversión era mutua), solía decirme que a Lola había ocasiones en que el pelo casi le ardía. «Sí, hijo, sí. Cuando le explico cómo se hacen las cosas, porque hay muchas que no hace bien, esa melena de león con que Dios la ha castigado se le pone de un tono tan rojo que creo que un día arderá». «Pues a mí me gustan las pelirrojas, mamá», le respondía, intentando nadar entre dos aguas.

Quien haya vivido una situación similar sabe lo complicadas que pueden ser las relaciones entre mujeres que compiten, lo admitan o no. Yo, como soy un hombre práctico, solía apostar por mi mujer, pues al fin y al cabo era a ella a quien había escogido, mientras trataba de frenar a mi madre, la mantenía alejada de Lola e iba a visitarla yo solo. Pero ni por ésas. Ella se empeñaba en aparecer por casa a deshora y, ya puestos, opinaba sobre casi todo: desde las arrugas de las cortinas hasta el corte de pelo de los niños... Y, naturalmente, sobre los «rojos» (en alusión directa a la guerra civil), sobre los bilbaínos y sobre los «inmigrantes» (poco importaba que la familia de mi esposa hubiera llegado a España varios siglos atrás: las persecuciones de Cromwell se remontan al siglo XVII). Y Lola, no sé si con el pelo ardiendo o no, entraba al trapo como si en ello le fuera la vida. Un auténtico desastre.

Puedo jurar que aquella mañana su pelo estaba especialmente brillante. Tenía motivos para el enfado, para qué voy a negarlo. La habíamos dejado tirada en aquel motel de tres al cuarto, sin noticias ni compañía.

—Fue para protegerte, Lola —le explicó Iturri.

—¿Protegerme? ¿Quién te ha nombrado mi protector? ¡Ya me cuido yo solita, gracias, no necesito a ningún inspector de la Interpol! Y lo tuyo, Jaime, es para nota. Salgo de la ducha y te has esfumado. Y, para colmo, dejas una nota en recepción, como si yo fuera una desconocida. La próxima vez puedes enviarme un telegrama. Sí, eso estaría bien.

—No te enfades. No queríamos comprometerte y que ese tal Rodrigo pudiera...

—¡Ni le menciones, Jaime! Ayer prometiste que nos marcharíamos de aquí sin hacerle caso. Te dije que nos está tomando el pelo, que nos utiliza, pero no me creísteis. ¡Pues lo hace! Tampoco la otra vez me hicisteis caso y, al final, tuvisteis que darme la razón.

—Aunque no lo creas, te tomé en serio. Y le dije que nos dejara en paz, pero no funcionó.

Sentados en la cafetería del motel, ante unas hamburguesas grasientas y unas cervezas calientes, le contamos lo que acababa de ocurrir.

Lola, muy digna, nos escuchó en silencio. Aunque trataba de disimular, apenas lograba esconder la angustia y el miedo. Hasta entonces, la historia había resultado extraña; inquietante, incluso. Pero, tras la última conversación con Rodrigo, el panorama había cambiado mucho. El riesgo se había vuelto real, cuantificable, se había materializado.

En su habitual estilo, Iturri fue directo (él lo llama así, «directo», yo lo considero imprudente y falto de tacto).

—Es posible que esas referencias a tu persona no sean más que fuegos de artificio. Intenta retenerte y busca una forma eficiente para hacerlo. Pero hay datos en contra de esta interpretación. Demasiados factores que desconocemos; demasiados elementos que no controlamos. De modo que es difícil aceptar que tu nombre ha salido de modo casual en la conversación. Te escribe a ti las cartas, te busca, les habla a otros de ti, se burla de tu pelo...

Traté de reducir el dramatismo de sus palabras, no porque pensara que estaba equivocado (desgraciadamente, tenía razón), sino porque me preocupaba Lola. No era necesario horrorizarla exponiendo con toda crudeza la verdad.

—Tu nombre ha aparecido junto a otros muchos elementos, Lola. Creo que deberíamos enfocar esto con objetividad, es decir, mirar los hechos más que a las personas.

—No mueren los hechos, Jaime, sino las personas. Quiero que me cuentes exactamente qué ha dicho de mí. Tengo derecho a saberlo. No voy a asustarme, y si me asusto me aguanto.

Juan me miró y yo le miré a él. Con un gesto, me dio paso. Cuando me volví hacia Lola me sorprendieron sus ojos. Brillaban como si tuviera fiebre, pero no era fiebre, sino decisión. ¿Quién fue el ciego que calificó a las mujeres como el sexo débil? ¿Débiles porque no levantan piedras o porque se quedan en casa atendiendo a otros débiles? No, no había debilidad en aquella mirada, por otro lado llena de miedo. De modo que tragué saliva y le conté, palabra por palabra, lo que Rodrigo había dicho de ella.

—Ese loco afirma que tú eres parte del juego, un elemento de la serie. Si le creemos, la opción de salir corriendo se anula. Deberíamos jugar. Y ganar.

—¿Y tenemos que creerle? —preguntó Lola.

—No estábamos seguros hasta que mencionó la muerte de Elena Polvoskha. Pero ha ocurrido lo que él vaticinó. En mi opinión, debemos creerle.

Lola se irguió, se recolocó la melena rizada y respondió con decisión.

—Vale. Entonces jugaremos. ¿Por dónde empezamos? Rodrigo habla una y otra vez de un cabo suelto. Tiremos de él, a ver si lo encontramos... ¿Con qué contamos?

—Tenemos un número —intervino Joe—. Habrá cinco muertes. Más la sombra, sea quien sea... Tenemos que saber de dónde viene esa cifra y entonces...

Lola le interrumpió.

—Se me acaba de cruzar un pensamiento negro, muy negro...

—¿Cuál? —pregunté nervioso.

—Que la sombra sea yo...

De pronto, se hizo el silencio en aquella desangelada cafetería perdida en mitad de la nada. Un silencio brusco y completo, tan expresivo como el cabalgar de mi corazón, que estaba desbocado. No había caído en ello, pero cuadraba. Lo que decía estaba cargado de lógica. No era rica, nunca entraría en el ranking de *Forbes*: no pertenecía al grupo de los cinco. Y, no obstante, Rodrigo certificaba que había de morir, de una forma u otra. Desvié la mirada. Lola volvió a su discurso como si hablara de otra persona y no de ella.

—Aunque no lo creo, la verdad. No parezco la sombra de nada. De todos modos, podemos centrarnos primero en lo más cercano. ¿Por qué cinco y no siete o diecisiete?

—Estoy convencido de que ese número enlaza con el pasado, en el que hay un cabo suelto.

—Juan, ¿has traído alguna copia del primer manuscrito de Rodrigo? —preguntó Lola.

—La he traído...

Lola sonrió, mostrando sus dientes blanquísimos, incluido el colmillo torcido. En casa solemos tomarle el pelo con eso.

—No esperaba menos de ti. Ve a buscarlo, por favor. Empezaremos a pasar páginas hasta dar con esa cifra.

Sorprendentemente, Juan no protestó (no le gusta que le manden). Se levantó sumiso y se dirigió a su habitación. En aquel momento, Joe recibió una llamada y se retiró para hablar con más tranquilidad. Tardaron poco en volver, pero al menos pude estar unos momentos a solas con mi mujer.

—¿Sabes una cosa, Jaime?

—Dime...

—No conozco Jerusalén.

Estaba pensando en la maldita cifra, y supuse que lo había oído mal.

—Perdona, estaba distraído, ¿qué decías? He entendido Jerusalén.

—Y eso es lo que he dicho. Que nunca he ido a Israel. Tú tampoco, ¿verdad?

—No, tampoco.

—Pues tenemos que ir...

—Hecho, en cuanto acabemos con Rodrigo...

—Con Rodrigo y con ese sinvergüenza que quiere quitarte el puesto. ¿Te ha dicho algo Iturri?

—Sí, pero quiero consultarlo contigo... Hay algunos riesgos.

—De acuerdo, lo estudiaremos. Pero no te olvides de que quiero ir a Jerusalén... Y recuerda lo que te digo siempre: si me pasa algo, compra la caja más barata que haya. Una vez muerta me va a dar lo mismo... Y no quiero esquela. ¡Recuerda que odio las esquelas!

—No empieces, ¿vale? Eres una pesada.

Lo es. Siempre que tiene miedo, viene con esas cantinelas.

—Lo soy —reconoció—, pero es que morir es un inconveniente carísimo. Si no lo prevés, dejas a tu familia anegada en lágrimas y con el bolsillo roto.

Iturri volvió con la copia del manuscrito bajo el brazo; Joe venía tras él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Lola a este último nada más llegar. En eso es demoledora, no se le escapa un gesto. Y, en efecto, el norteamericano traía cara de pocos amigos.

—Me acaban de llamar de la oficina del forense para darme detalles de la muerte de Elena Polvoskha. En realidad, me han leído el informe preliminar.

—¿Y bien?

—Coinciden con la apreciación de la policía: no llevaba más de ocho horas muerta. A primera vista parece un suicidio. Un único disparo en la sien. Una pistola con sus huellas ha aparecido junto al cadáver, que no presentaba signos de violencia. Una caja de balas abierta estaba sobre la mesa. La mujer vestía un chándal y se encontraba en uno de los pabellones de la inmensa vivienda, con la chimenea encendida. Nadie vio nada. Y si había huellas de pisadas, la nevada las borró. Están comprobando si la fallecida tenía restos de pólvora en las manos u otros restos.

—¿Nadie vio nada? Era una mujer rica, ¿no? Tendría servicio... —cuestionó Lola.

—Lo tenía, seis personas, amén del equipo de seguridad. Todos de nacionalidad rusa, y de *confianza*; ya me entiende. Vivían en una casita apartada en la entrada de la propiedad. Al parecer, a primera hora de la tarde la mujer recibió una llamada, a raíz de la cual se mostró manifiestamente excitada. Pidió que prepararan vodka y té y que lo sirvieran en el pabellón de caza. Luego, antes de que la visita llegara, cuando ya era de noche, ordenó que se retirasen. El servicio se fue hacia las nueve. Según el chófer, la visita llegó pasadas las nueve y media en un coche negro con los cristales tintados. El pabellón tiene una entrada independiente. La propia Elena se encargó de abrir. Y apagó las cámaras. Estaba claro que deseaba privacidad.

—Y nadie los vio marcharse.

—Nadie. De hecho, ha sido la policía quien ha alertado al servicio. La señora se levantaba tarde, y no le gustaba que la molestaran hasta pasadas las once, momento en que le servían el desayuno.

—De modo que la cuarta víctima es una mujer —comentó Lola; más bien era un pensamiento en voz alta—. Ya tiene la cuota, espero que no busque la paridad.

Joe la interrumpió.

—Si encuentran rastros de pólvora en sus manos, lo declararán un suicidio. En otro caso... En fin, podemos esperar las noticias, que no tardarán mucho, o podemos ir allí. Acercarnos y comprobar los hechos in situ. Con este tiempo, calculo que

tardaríamos unas dos horas en llegar. Quizá allí podamos descubrir algún detalle que, de otro modo, quedaría oculto.

Mientras hablaba, un recuerdo confuso inundó mi mente. Busqué la última carta de Rodrigo y la releí hasta dar con lo que buscaba.

—Joe tiene razón, tenemos que ir. Mirad lo que escribe Rodrigo: «Es importante que se dé prisa, porque el siguiente no tardará. Está al caer. Nuestro hombre, quizá su reflejo (recuerde que el asesino es par), tiene prisa. Restan dos. Sólo dos. Dos y la sombra. Y mi nombre estará junto a ellos. Cuando le llegue la información del suceso, compruebe dónde murió, dónde vivió. Debe hacerlo, el dato resulta vital. Luego, cuando lo haya averiguado, pregúntese por qué un hombre se deja fotografiar así...»

Nos miramos unos a otros y estuvimos de acuerdo con Joe: teníamos que ir a la casa de Elena Polvoskha. Quizá así comprendiéramos algo de aquel galimatías.

Pagamos. El motel era cutre, pero no sus precios. Nos cobraron cada café a tres dólares con cincuenta; las cervezas, a ocho. Joe se enfadó y alegó que era una auténtica tomadura de pelo, un robo a mano armada. Pero la señora parecía haber estudiado un MBA en Harvard.

—Aquí rige la economía de mercado, señor, el juego de la oferta y la demanda. Somos el único local de la zona —recibió Joe como única explicación.

Mientras era testigo de las airadas protestas sobre la cuenta, me volví hacia Lola y noté ese deje en su rostro, el que adopta cuando algo no le convence.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté en voz baja, casi al oído.

Mantuvo un instante el aire en los pulmones. Luego, también entre susurros, me contestó:

—Sigo pensando que actuamos como marionetas. De hecho, lo somos... Dice que vayamos, y vamos. No me gusta ser la marioneta de nadie, y mucho menos del tal Rodrigo.

—Lo siento, Lolilla, pero no te entiendo.

Era verdad. No la entendía. No con los nuevos datos. Horas atrás, me refiero a antes de acudir a entrevistarnos con Rodrigo y de conocer la muerte de Elena Polvoskha, yo también había pensado que ese asesino nos tomaba el pelo. Pero esos pensamientos ya no tenían sentido. Los hechos eran los hechos. Por eso dije que no la entendía. Porque ella no argumentaba apoyándose en hechos, sino en sus propias intuiciones. No niego que las intuiciones femeninas, y más las de Lola, pueden llegar a ser acertadas y útiles en ocasiones, pero si no se ven pronto respaldadas por la realidad, se convierten en pura superchería. Y eso es lo que mi querida meiga no entiende. Acepto que Lola ve cosas que yo no veo. Las percibe de manera incomprensible para mí. En su momento, me costó aceptar lo que, no lo niego, podría ser un don. Pero por encima de él hay algo más importante: somos seres racionales. La razón es el mayor don que poseemos. Y mi razón señalaba que, tal y como estaban las cosas, lo que Lola decía era imposible.

Percibí con claridad su tono de reproche al contestar.

—Pero ¿no te das cuenta?

—Lo cierto es que no.

—Piensa un poco, Jaime. Estamos en Boston: yo llegué hace dos días y regresamos a España mañana. Poco margen temporal, ¿no? Y, no obstante, tiene lugar un asesinato. Y no en cualquier sitio. Precisamente, a dos horas de coche de donde nos encontramos. ¿No te parece demasiada casualidad?

—Lo es, pero las casualidades existen... Son tan frecuentes que hasta la Real Academia les ha dado un nombre.

—¡Vamos, cariño, tú eres mucho más inteligente!

El halago me pilló desprevenido y me obligó a hacer esfuerzos para considerar su razonamiento, aunque seguía convencido de que lo que decía no tenía pies ni cabeza.

—¿Me estás diciendo que Rodrigo, o Wilson, o ambos, ya no sé de quién hablo, prevé nuestros movimientos con antelación?

—No. Lo que digo es que él escribe el guión y nosotros lo ejecutamos. Ésta es su obra; nosotros somos los actores que él ha escogido. Sus cronistas. Y trabajamos tal y como él ha previsto. Ajustados al libreto.

Como siempre, Lola impregnó de convicción cada una de sus palabras, tanto que estuvo a punto de convencerme. Aunque no lo conseguí.

—Supongamos que tienes razón. Dime, ¿cómo puede hacer eso desde la cárcel, aislado como está?

—No lo sé, Jaime. Pero lo hace. Un asesinato en un lugar lejano podría habernos desalentado, pero a poco más de cien kilómetros no. Sabe que no podríamos resistirnos y que iríamos a verlo. Allí habrá algo preparado para nosotros... —Se detuvo unos instantes, en los que, extrañamente, pareció envejecer. Luego me miró fijamente a los ojos—. Y eso me saca de quicio: recuerda que yo también formo parte del premio...

—Me parece que estás exagerando, Lola. La asesinada es una mujer extraordinariamente adinerada, que aparece, como los otros, en las listas de *Forbes*. Es imposible improvisar algo así, ¿no crees?

—He pensado lo mismo que tú, y debo reconocer que no tengo respuesta para esa objeción, pero estoy convencida de que estamos jugando su partida. Creo que, gracias a sus cartas, nos ha atraído hasta su celda, justo en el momento en que esa mujer iba a ser asesinada. Y lo ha hecho con una finalidad que aún se me escapa. Pero quiere que vayamos a esa casa. Allí habrá un mensaje para nosotros, porque estamos jugando su juego y él maneja los hilos. Como antaño. Y como pedirás hechos, piensa en lo que tenemos: la mujer murió hace menos de ocho horas, y Rodrigo ya lo sabe... Estoy segura de que, si miras en ese blog, te encontrarás un relato detallado de los hechos.

—Tienes razón en eso. Pero una cosa es que lo sepa y otra muy distinta que él lo organice, que es lo que tú insinúas. ¿Cómo puede manejar los hilos desde la cárcel? —insistí, tozudo.

—No sé desde dónde la dirige ni cómo, pero es su partida. Su juego, Jaime, su juego.

A nuestra izquierda, alguno de los presentes comentó algo en voz alta. No recuerdo quién fue, pero sí que discutían sobre el hecho de que la escogida esta vez hubiera sido una mujer. Puesto que los anteriores habían sido varones, ese detalle podía significar un cambio en la pauta de los crímenes. Recuerdo también que nadie se animó a especular. Todos estábamos desconcertados.

Subimos al coche. Pese al frío, el sol brillaba en lo alto. Sus rayos caían a plomo sobre la nieve y provocaban un brillo insólito. El mismo que descubrí en los ojos de Lola, que se había encerrado en sus pensamientos. Gracias a Dios, ya no queman a las meigas en la hoguera. Estaría viudo.

Iturri se sentó junto a Joe; Lola y yo, detrás. Me subí el cuello de la cazadora y crucé los brazos para entrar en calor. Pese a los esfuerzos de la calefacción, el frío persistía. Inmediatamente cerré los ojos. Estaba agotado, física y mentalmente. Demasiadas emociones en muy poco tiempo. Mi cuerpo pedía a gritos la desconexión. Pero Lola quería datos acerca de la farmacéutica y de la cuenta en Suiza y se lo pregunté a Iturri.

—¿Te acuerdas de la operación Pan de Azúcar? Te hablé de ella.

—Me acuerdo: el dinero secado, que no se plancha...

—El mismo —dijo Iturri riendo—. Podemos hacer pasar a tu marido por implicado. Si su nombre aparece, el juez me permitirá investigar sus cuentas.

—Los jueces no son tontos, Iturri. Que Jaime no tiene nada que ver con eso es algo que saltará enseguida a la vista —repuso Lola.

—Una vez abierto un melón, es difícil evitar que se escape alguna pepita... Aunque no deja de tener su riesgo, como supongo que comprenderás, Lola.

Se volvió y me miró.

—¿Has enviado los datos?

—Aún no.

—¿Y a qué esperas?

Me encogí de hombros. Era obvio.

—No sé, Lolilla, a que esto se solucione...

—No es mi vida, sino la tuya. Pero dices que has salido huyendo para que no me salpicara, por eso creo que tengo algo que decir. Mi opinión es que debes hacer lo correcto. Y, respecto a lo que dice Iturri, a falta de otra cosa, creo que debemos arriesgarnos.

No dije ni palabra. Aquella situación me ofendió enormemente. ¿Por qué tenía que hablar de ello ante Iturri y Joe? Era un asunto privado. Además, Lola había insinuado que no tenía narices para hacer lo correcto. No respondí. Lola ya se había olvidado del tema y estaba interpelando a Iturri.

—Juan, ¿puedes conectarte a Internet y mirar si ya hay un relato de la muerte de Polvoskha en ese blog de crímenes alfabéticos? Si es así, quizá tengamos alguna

pista... Y, por cierto, hablando del blog, ¿cuándo va a tener vuestra gente alguna noticia de quién lo escribe? Porque supongo que estaréis investigando a Mission y a Magister.

—Esas investigaciones resultan laboriosas, señorita, e impredecibles. Quizá tengamos un nombre dentro de una hora; quizá, dentro de una semana. O nunca...

Iturri irrumpió en la conversación con un grito de exclamación. Se había conectado a Google.

—¡Qué cabrón, aquí está! Escuchad:

»De Mission para Magister. Asunto: número cuatro.

»Era una noche muy fría, de invierno tardío. A la nieve se sumaban los remolinos de aire gélido y la falta de visibilidad. Mientras caminaba hacia el pabellón, los cuellos levantados, las manos enguantadas y el sombrero calado, le vino a la cabeza que era una velada propicia para un crimen, pero, al acercarse y ver tras la enorme cristalera la bandeja del té sobre la mesa y el próspero fuego de leña, dudó. Permaneció allí unos instantes, que empleó en recordarse que aquélla era una muerte necesaria, que cualquier noche es propicia si te mueve el honor. Pero cuando sujetó el picaporte aún no estaba convencido. Había segado bastantes vidas, más de las que podía recordar, y, sin embargo, aquélla sería la primera vez que matase a una mujer.

»E, según la costumbre, le recibió con tres besos, una oleada de perfume raro y cierta frialdad. Se sentaron alrededor de la chimenea, y le ofreció té y vodka. Rechazó con amabilidad el primero y aceptó el segundo. Sobre la mesa de cristal, soportada por dos enormes colmillos de elefante cruzados, descansaba una botella estrecha y larga sin etiqueta y varios vasos menudos. Llenó dos. E tomó el suyo, se retrepó en el asiento de cuero, rodeada de cojines, y escuchó muy quieta lo que su interlocutor había venido a proponerle. Adoptó una expresión de desdén, como si aquella conversación no le interesara y accediera a escucharla únicamente por respeto a quien había hecho un largo viaje en condiciones desfavorables. Pero los indicios eran evidentes: esperaba ávida la oferta. Para empezar, había accedido a despedir a la servidumbre y a los guardaespaldas, y a apagar las cámaras de seguridad. Decía haber comprendido que en Norteamérica las cosas no se arreglan como en la madre Rusia y que era mejor que no hubiera testigos, pero se la notaba nerviosa; a la luz del fuego, los ojos le brillaban con un fulgor difícil de confundir.

»Escuchó desgranar los detalles bebiendo vaso tras vaso, de un trago, sin respirar. Cuando concluyó la exposición, la botella estaba en las últimas. Entonces fue él quien bebió y clavó los ojos en ella. Pensó que no sería tan difícil: parecía un hombre, pese a que su físico dijera lo contrario. Tenía manos de matarife, voz barbada e hígado cirrótico. Y cuando la vio sonreír, se dio cuenta de que su alma fuliginosa era tan profunda como un pozo del infierno.

»E tardó tiempo en hablar, pero cuando lo hizo fue para decir que sí. No preguntó el precio, pero se interesó por el nombre del guía. (“¿Será el buen L?”, dijo, sin explicitar a qué se aplicaba el cumplido). También se interesó por la fecha. Las fechas

eran importantes para ella. A veces, no podía abandonar los negocios. Lo que sí preguntó explícitamente fue la edad de la víctima, aunque se conformó al escuchar que sería una mujer joven.

»De nuevo se impuso un largo silencio que una ardiente carcajada rompió. La mujer llenó su vaso y se levantó.

»—¡En pie, querido amigo! ¡Brindemos por la mejor cacería que se haya organizado nunca! ¡De una vez, al estilo ruso: за ваше здоровье, salud! —chilló. Lo vació de licor y lanzó el recipiente contra la enorme chimenea. Su interlocutor la imitó.

»Luego, volvieron a sentarse y a la mujer se le desató la lengua. Mientras notaba esa sensación de calor concentrado bajando hacia el estómago, la vio sonreír. Su gesto era pacífico, como si hubieran acordado una cita para tomar el té. Odiaba esa parte del proceso. Le gustaba pasar inadvertido, mantenerse callado y observar. Le disgustaban las conversaciones vanas y las divagaciones sobre el pasado glorioso. Prefería centrarse en el guión y emplear la mínima cantidad de energía. Pero aquella vez no pudo abstraerse. Era una mujer fuerte y estaban rodeados de armas. Además, le habían exigido que pareciera un accidente. Y aguantó estoicamente mientras ella aplazaba el momento y, apoyándose en esa supuesta complicidad que ofrece la camaradería de la sangre, le explicaba las acciones pasadas. Al parecer, no le importaba airear sus desinhibiciones, y el hombre llegó a pensar que terminaría abriéndole su cama. Si hubiera sido capaz de salir de sí misma y girar los ojos en dirección a la persona que se sentaba enfrente, hubiera podido captar la mirada áspera y fría, de hielo fundido. Si hubiera mirado, se habría dado cuenta de que aquel hombre gustosamente la hubiera degollado de un único y limpio tajo y se hubiera marchado en silencio mientras su sangre se derramaba lentamente sobre aquel cuerpo esculpido por un entrenador personal. Pero no miró y no vio, y siguió hablando de caza y presas. Y de armas.

»Entonces fue cuando el hombre vio la pistola que descansaba sobre la mesa, a la izquierda del juego de café de porcelana.

»—¡Ah, una Baby, qué maravilla!

»La cogió y la contempló con detenimiento. Alabó su ligereza y su poder de impacto en manos expertas, y resaltó sus impecables cachas de nácar, para acabar hablando de los antiguos maestros armeros. Y, cuando el oído de la mujer estaba lo bastante enjabonado, le preguntó si funcionaba, a lo cual ella respondió con una nueva carcajada que escondía algo maligno.

»—En esta casa, todas las armas están en perfecto estado. ¿Quieres probarla?

»Asintió. La mujer se levantó, se dirigió a una estantería cercana, volvió con una caja de balas y se la tendió. El hombre llenó el cargador con siete de ellas, se levantó y apuntó hacia la cabeza de ciervo que le miraba desde la pared de enfrente. La mujer parecía disfrutar del momento, medio tumbada en el sofá de cuero con las piernas cruzadas. En un movimiento rápido, el hombre dirigió el cañón a la frente de E. Ella

ni siquiera pareció desconcertada. Se echó a reír con la ocurrencia.

»Fue lo último que hizo. Su mente criminal quedó partida en los pedazos de un puzle de mil y una piezas que nunca llegaría a completarse.

—¡Santo Dios! —susurró Lola, y cerró los ojos.

Al resto, el realismo del relato nos sumió en un denso silencio.

Pasados unos segundos, a Joe el silencio le debió de resultar incómodo y sacó un CD de la guantera. Lo introdujo levemente en la ranura, y ésta lo engulló.

Música clásica: los Beatles.

No habían pasado un par de minutos cuando se repitió la misma historia que ya había sufrido por la mañana. Iturri intentó encender la pipa. Inmediatamente, Lola se le echó encima. Ella no es tan dócil como yo; al menos, en algunos temas. Insistió en que fumar ante no fumadores, y en un sitio tan pequeño y tan lleno, era una supina falta de educación. Casi un delito de lesa majestad.

Ni Joe ni Iturri fumaron. De modo que se vieron obligados a parar cada veinte minutos, bajarse del coche y, frotándose los brazos por el intenso frío, ejercer su derecho a matarse lentamente envueltos en humo. Y eso nos retrasó. Llegamos hacia las tres.

TERCERA PARTE

—

JUAN ITURRI

Me dolía la nariz. Mucho. Estaba hinchada, al igual que el pómulo. Notaba los latidos en la sien, como latigazos. La inflamación subía por los párpados hasta la frente. Pero lo que verdaderamente me dolía era el alma. Jode saber que ella le quiere, y más que tiene por qué: lo mires por donde lo mires, Jaime parece un tío legal. Calibré mis posibilidades y no tenía ninguna. Entonces caí en la cuenta de mi estupidez. ¡Supina! ¿Quién sino un estúpido teje una tela de araña y queda enredado en ella? La presa era Lola, pero yo era quien estaba atrapado.

En suma, que no sé cómo coño he llegado a esta situación. Porque, buscar, no buscaba nada concreto. Bueno, al principio sí; soy un hombre. Pero eso ocurrió muy al principio. Luego, poco a poco, ella fue infiltrándose en mi vida y ya no concibo vivir sin tenerla a mi lado. Está integrada en mi paisaje, como el móvil o la pistola. Cuando está cerca y arruga el entrecejo pecoso, con ese gesto que tanta gracia me hace, tengo la sensación de vivir en un planeta diferente. Debería hacerle una fotografía, enmarcarla y colgarla en la pared. En mi casa no hay fotografías. Sólo una de mi madre cuando era joven. Aun así, debería hacer una excepción con la de Lola, porque ese gesto me hace sonreír, aunque procuro que no se me note. El cielo continúa arriba; abajo, la Tierra. Pero el color cambia. De gris a los colores del arco iris, con el rojo en el centro. El silencio, sordo, que habitualmente me rodea se convierte en música celestial. He oído expresiones parecidas a compañeros enamorados. Pero yo no creo en el amor. Sólo en Lola.

Con ella no tengo que barajar opciones. El resto del mundo se convierte en una vía sin salida, muerta. No existe, desaparece. Su señoría es como una interestatal solitaria, cálida, en medio de mi desierto. Sólo ella, perfecta, rectilínea, aun en sus curvas pronunciadas. Su estampa reverbera bajo el sol, tanto que parece la esperanza de algo. ¡Qué lástima que el camino esté sembrado de señales de prohibido! No pasar, no adelantar, no correr. ¡Lástima de limitación de velocidad! Sólo amigos. Iría a por ella como si condujera un bólido de la Fórmula 1. Iría como fuese. Pero hay una señal roja, y la ha puesto Lola. Para mí.

Definitivamente, soy un gilipollas.

Es curioso, la desprecié nada más conocerla. Como a las demás. Las mujeres me atraen físicamente, pero no las soporto. Algunos colegas se quejan de que sus esposas no comprenden su interés por el fútbol, los amigos o los bares; de que no les ríen los chistes, con lo graciosos que son, o de que se levantan cada mañana con cara de cordero degollado. A mí no me importa nada de eso. Lo que me ocurre es que su comportamiento me repele. Son orgullosas, pesadas, entrometidas y empalagosas.

Intentan saberlo todo de ti, te absorben y, cuando lo han logrado, te reabsorben. Quieren conocer hasta tus pensamientos. Se sienten con derecho a invadir tu espacio, tu aire, tu paz. No soporto esa faceta de su carácter; ésa es la razón de que siempre haya procurado mantener las faldas fuera del círculo; de mi círculo; por eso nunca ha cuajado ninguna relación.

Pero, paradojas de la vida, no me importaría que Lola me quitase el aire, la paz y todo lo demás. Incluida la ropa. No me importaría que quisiera meterse dentro de mi mente mientras sus dedos cortos y sus uñas largas arrancaran las verjas de mi espacio, inútil sin ella.

Lola...

Cuando la miro me doy cuenta de que es la antítesis de las mujeres con las que suelo salir. Me gustan delgadas, angulosas, de piernas eternas y buena dotación de proa. Los ojos, claros; preferiblemente, morenas... Y, se mire como se mire, su señoría no da el perfil. «Se le caen las tetas, y tiene arrugas y caderas de matrona», me digo a mí mismo cuando noto que me estoy obsesionando con sus huesos. Pero no puedo hacer nada para evitarlo. Aunque sólo hablara en susurros, la oiría. Mis tímpanos cazarían cada uno de sus murmullos. Lástima que haya de hacerme el sordo, que haya de fingir que no tengo nada que ver con esa partitura, porque me comería cada corchea y cada rusa. ¡Hasta engulliría el ruido de fondo!

Pero eso no pasará. Empiezo a ver que seducirla es una meta inalcanzable. Sí, cada vez soy más consciente: sus defensas no cederán. No se desmoronará y caerá en mis brazos. Por eso la he ido cambiando por el coñac (francés, porque son los que saben hacerlo bien) y de vez en cuando por alguna morena. Sólo sexo, nada de intercambio de tarjetas, nada de confianzas. ¡Lástima de corazón muerto!

No siempre fue como ahora. O así quiero verlo yo. Ha habido momentos en los que estaba convencido de que terminaría en mis brazos, de que sería mía. A escondidas, seguro. Con cargo de conciencia (por su parte), sin duda, pero mía. Ya veo que me equivocaba. De punta a cabo.

Pensé que su «no, pero» (que pronto pasó a «sí, pero no») terminaría siendo un «sí». Que podría amarla como se merece. Que se dejaría amar, porque su marido siempre está en las nubes. ¡Lástima!

Lo he pensado muchas veces. Bueno, quizá no tantas, pero sí algunas, casi siempre cuando empezaba a ver borroso gracias a mi querido amigo francés. Pensaba en cómo habría sido nuestra relación si yo hubiera sido capaz de asaltar la fortaleza de su nariz pecosa. Debo admitir que no lo tengo claro, porque lo mejor de una partida es jugarla; ganarla no siempre importa. Y yo llevo muchos años jugando, algo estúpido a mi edad, a nuestra edad, porque ella también juega. Parecíamos un par de adolescentes en busca de un beso robado, de un roce de manos. Pero a mí me gustaba. Por eso creo que poseerla hubiera equivalido a perderla, como me ha ocurrido otras veces. De haberla logrado, quizá la historia hubiera caído sola, como un castillo de naipes. Porque una cosa es soñar con una mujer y otra bien distinta vivir con ella. Me

hubiera gustado probar ese dulce; trepar por su ropa, como una araña, abrirme camino entre sus pechos, mantener el paso hasta la meta, pero es probable que no hubiera salido bien. Por eso pienso que quizá sea mejor que permanezca petrificada, como uno de los pocos casos sin resolver por los que paso de vez en cuando, a tientas. Quizá sea preferible que siga enterrando su voz en coñac, en esas noches cenicientas, cada vez más frecuentes.

Ella no se prodiga, pero me llama de vez en cuando. «Me utiliza», me digo, porque sólo telefona cuando necesita algo. Pero, lejos de ofenderme, me alegra. Nuevas oportunidades para estar a su vera. De hecho, termino agradeciendo a los Rodrigo o Wilson de turno que nos salpiquen con su sangre. Yo siempre digo que sí. Para empezar, la apoyo. Me alegro de ser su amigo, su confidente, su guardaespaldas. Todo menos su marido.

No importa, o sí, pero qué le voy a hacer. Lo cierto es que me ha dado más que suficiente. Me devolvió el orgullo. Porque yo, en realidad, siempre quise ser abogado. Y no lo logré. Mi padre... En fin, no me gusta hablar de eso: todos los caminos tienen sus espinas. Simplemente, no lo conseguí, y me quedé en policía de provincias. Rabiando, aunque con complemento por peligrosidad. Nada. Un puro sabueso, sin casta ni pedigrí. El olfato de la ley, sólo una nariz. Entonces, cuando el hastío me impregnaba de pies a cabeza, cuando me hallaba preso por la más absoluta dejadez interior, apareció ella y, por la vía secreta de sus pecas, me llenó de valor. Poco a poco me di cuenta, no sin asombro, de que su señoría me escuchaba. Buscaba incluso mi parecer. Mucho más allá de la interpretación de un indicio o una prueba, quería mi opinión. No le importó de dónde venía, ni mi tedio, ni mi mal genio, ni mi frustración, esa que transmito hasta en el andar. Cuando se asomó a mi vida, me hizo sentir licenciado; doctorado cum laude... En realidad, acabo de graduarme, aunque ella no lo sabe. En Criminalística. Número uno de mi promoción. Entré en la universidad tras superar la prueba para mayores de veinticinco años, y he cursado mis estudios a distancia. Me ha costado memorizar. Pero lo he logrado.

Por ella. Pero, sobre todo, por mí: ha sido una dulce venganza contra el mundo y contra mi padre, que espero que se pudra en el infierno.

¡Ay! De nuevo ese agujero en el estómago. Círculos concéntricos que nunca se tocan. ¡Qué cosas haría con ella! Pero me tengo que conformar con la nariz rota. Ayer, cuando bebía con Jaime, me invadió el otro Juan, el negro, y estuve tentado de hacerlo. Lo tenía al alcance de la mano. Hubiera bastado con una frase para sembrar eternamente la duda, el cáncer mortal.

«Me acosté con ella».

Confianza, ese concepto escurridizo... Si hubiera dicho esa frase, es probable que Jaime me hubiera creído, y yo habría contado con una oportunidad. Por pura casualidad, sabía lo de la ducha de su cuarto de baño, y eso afianzaba el realismo. Pero hubiera sido una imagen robada, una violación. Desentonaría. De modo que le dije que era tonto, que no sabía apreciar el oro aunque estaba ante sus ojos. Y luego

volví al papel de sabueso, a mi eterno papel: lo que hago bien, lo que sé hacer.

Espero ser capaz y eficiente. Porque el asunto que tenemos entre manos resulta peliagudo. Extraño, como el tipo que lo produce. Un loco, dos identidades, muchos crímenes. Y un asesino par... No hago más que darle vueltas a esa expresión, que se repite en sus cartas.

Asesino par... ¿A qué se refiere? ¿Quiere decir que es un asesino peculiar? Porque dos es par, pero también cuatro y ocho. En todo caso, tendría que emplear el plural, hablar de asesinos, y no el singular. No lo entiendo, y, por las caras que veo a mi alrededor, los demás tampoco. Y luego está la implicación de Lola, que ha caído entre nosotros como un mazazo. Ahora, ese tipo nos tiene donde quería. Ahora, todos nos tomamos en serio al gran Rodrigo.

Cuando tu enemigo te supera, lo prudente es salir corriendo, aconsejaba el gran Cicerón, a quien me gusta leer de cuando en cuando. Huir, sin avergonzarse, con la cabeza alta. Negociar si hace falta, ceder. Pero el escritor latino añade: «Si puedes». He ahí la clave: nosotros no podíamos. No había forma de huir porque nuestro enemigo estaba empeñado en perseguirnos. Formábamos parte de su extraña estrategia, de su plan macabro. Y, en esas circunstancias, bajar la cabeza equivalía a perderla. Porque el asesino, par o impar, eso poco importaba, no estaba dispuesto a negociar. Aunque, visto de otro modo, si hubiera accedido a hacerlo tampoco habríamos sabido qué intercambiar. Sólo teníamos un dato: por lo que fuera, quería acabar con Lola.

Miré por el espejo retrovisor. Su señoría dormía junto a Jaime. Ella estaba apoyada en su hombro; él, en la ventana. Lola tenía mala cara cuando iniciamos el viaje. Los he visto discutir en privado mientras saldábamos la cuenta del hotel. Supongo que estaría reprochándole haberme pegado. Naturalmente, no he echado más leña al fuego. Me he portado como un caballero (ahora soy universitario) y le he mentado. He dicho que me había levantado de noche y que había tropezado con la puerta mal cerrada de un armario. Lola pareció creerlo, pero, al verla discutir con Jaime, me he dado cuenta de que no lo había hecho. En atención al estado de mi nariz, esperaba una bronca contundente, pero sólo ha sido una escaramuza. Supongo que no ha querido dejar a su marido en entredicho delante de Joe.

Para más fastidio, cuando he sacado la pipa se ha enfadado. Debería entenderme, ya que ha sido una fumadora empedernida. Pero ya se sabe que los ex son los peores. No obstante, por una vez, he aplacado mi genio y no he replicado. Hasta me he mostrado condescendiente. Debe de estar hecha polvo: no es agradable estar en el punto de mira de un asesino. Pero yo necesito fumar. Casi más de lo que la necesito a ella.

Estaban en brazos de Morfeo mucho antes de que el CD de los Beatles concluyera. Joe no es muy hablador, ni yo tampoco. Nos habíamos contado lo esencial de nosotros mismos: los destinos y el estado civil. Él añadió detalles de su equipo favorito; yo, no. Soy del Osasuna porque soy navarro, pero mi amor por los colores, como el del pelo de Lola, nunca ha sido correspondido con una Liga o una Copa, de modo que no lo conoce nadie. Intercambiamos un par de frases más y seguimos escuchando la música en silencio. Cuando las pistas acabaron volvimos a empezar, una y otra vez, como si tuviéramos que aprendernos las canciones de memoria. Joe no tenía otro CD. Pero hasta los Beatles pueden llegar a taladrarte el oído si, como era el caso, abusas. Y más si lo haces con el volumen rozando el límite (lo subimos cuando Lola empezó a roncar). Finalmente, hartos, decidimos apagarlo.

Tras unos minutos de silencio (con Lola detrás eso es un decir), cada uno enfrascado en sus propias reflexiones, y otros tantos de vana conversación, en los que pretendimos arreglar de un plumazo los problemas de la humanidad, la justicia y hasta la paz, terminamos hablando de lo que ambos teníamos en la cabeza. Resulta difícil abstraerse de algo así.

—Dime, Joe, ¿qué opinas tú de todo esto? Me refiero a Rodrigo, y a cómo ha implicado a la jueza en todo este lío.

—Pues la verdad es que no sé qué pensar. Resulta extraño, tanto que parece enfermizo, artificial, casi falso... —Se detuvo un instante—. Aunque, claro, los muertos están muertos. De hecho, nos dirigimos a ver a un fiambre. Y, por descontado, el tío está loco, como una cabra... Y tú, ¿qué piensas?

—Estoy poco más o menos como tú.

Conducía él, pero torció la cabeza y me miró fijamente. Algo más de lo que habría debido, tanto que le indiqué con el dedo que tuviera cuidado con la carretera.

—¿Qué te ha ocurrido en la nariz?

Contesté sin dudar.

—Un accidente: dejé la puerta del armario abierta.

—¿La misma puerta con la que el doctor se golpeó en los nudillos de la mano derecha? El pobre los tiene bastante magullados...

—¡Eh, muy observador, colega! —le dije riendo—. Pues sí, exactamente la misma. ¡Mala suerte!

Fue a echar mano de la cajetilla. Cuando la tocó con los dedos, recordó la prohibición. Suspiró y levantó los ojos para observar, por el espejo retrovisor, los asientos traseros.

—Mal rollo, ¿no?...

—No sé qué quieres decir —gruñí a la defensiva.

—Mírate, Juan, eres un tipo resultón: tienes buen sueldo, vistes como un banquero y estás en la edad perfecta. No deberías tener problemas para encontrar compañera... Una que esté a tu alcance; libre, quiero decir. ¿Crees que merece la pena? No es, lo que se dice, la última Miss Universo.

Me encogí de hombros. Era mi mejor explicación.

—¿Sabes una cosa? Anoche, antes de chocarme con la puerta, estuve repasando las cartas y los relatos del blog. Hay cosas que me llaman la atención, cosas que no comprendo o que no cuadran y que, sin embargo, parecen estar escritas con una lógica aplastante. Con lucidez, vamos... Por ejemplo, que diga que el asesino es par. No sé qué nos está queriendo decir...

Joe mantuvo unos instantes los ojos fijos en la carretera. Luego se volvió hacia mí.

—Pues reconozco que a mí eso no me ha llamado la atención ni me ha parecido descabellado. «Par» quiere decir «dos», lo cual resulta lógico. Parece difícil que estas muertes las ejecute una sola persona. En ese caso, sería un profesional como la copa de un pino, ¿no crees?

—Y si quería decir «dos», ¿por qué no lo dijo, en vez de emplear el singular? Creo que esa expresión esconde algo... Debemos tener en cuenta que es un tipo extraordinariamente inteligente...

—Y loco —me corrigió.

—De acuerdo, loco, pero listo. Dice exactamente lo que quiere decir...

Cedió.

—Puede ser. ¿Qué más cosas te extrañaron?

—Hubo algo que desgraciadamente no recuerdo. Había bebido un poco... Más bien, bastante.

Joe se echó a reír.

—¡Naturalmente, tanto que te diste un mamporro con la puerta del armario!

—¡Tú sí que me entiendes, Joe!

El yanqui llevaba la sonrisa colgada, como casi siempre. Pero, de pronto, adoptó una actitud solemne.

—¿Te la has tirado, Iturri? No digo que no sea estimulante: es una jueza de un alto tribunal. No es muy vieja y no está del todo mal... No me malinterpretes, yo estoy casado desde hace quince años, y me basta y me sobra con lo que tengo en casa, aunque, claro, los europeos sois más liberales. Sin embargo, en el otro platillo de la balanza hay demasiadas cosas. Quizá no ahora, pero con el tiempo... En fin, que hay que ver las cosas en perspectiva, y como con mala leche... No sé si me entiendes... Porque nadie te dará tregua. Y, por lo que veo, su marido tampoco está dispuesto a...

—Es complicado de entender, Joe —le corté. Era cierto. La gente suele contemplar tu vida como si asistiera a una obra de teatro. Pero se pierden lo que

acontece entre bambalinas, y no comprenden nada. Además, no quería hablar de ello —. Por cierto, ¿qué te ha dicho la policía científica acerca del último escenario?

Percibió enseguida mi malestar.

—Tienes razón, no soy quién para meterme en tu vida. El último escenario... No me han dicho gran cosa, salvo que a primera vista parece el de un suicidio. En el lugar de los hechos se encontró una pistola del calibre 6.35 milímetros y un proyectil procedente de dicha arma. En el cadáver, lo típico en estos casos: orificio estrellado de entrada en la región temporal derecha, bien definido, trayectoria lineal, y orificio de salida más pequeño en el hueso temporal izquierdo, irregular, con los bordes evertidos y con esquirlas de hueso. No hay signos de lucha.

—¿Podría ser un crimen?

—Podría. Hay que esperar a ver si el resultado de las pruebas confirma la existencia de pólvora y otros restos en la mano de la fallecida. En todo caso, la tal Polvoskha era una mujer atlética, que más parecía un hombre que una mujer: no sería fácil sorprenderla... Lo que quiero decir es que, si se trata de un crimen, es muy posible que conociera a su asesino. No habían tocado el té, pero sí la botella de vodka, que estaba casi vacía. Sólo había una copa usada, pero la criada asegura que había llevado varias, no recuerda exactamente cuántas... Cabe la posibilidad de que su asesino o asesinos se llevaran las suyas o que esas copas sean los restos de cristal hallados en la chimenea. Están peinando el pabellón en busca de huellas. Será difícil: habrá cientos...

Calibré los datos. Alguna pieza desentonaba, pero no sabía cuál.

—¿Tú sabes si los rusos toman habitualmente té?

—Creo que sí, pero también toman café. Aunque vaya usted a saber cuál era la costumbre en esa casa.

—Tenemos que preguntarlo. Porque, en otro caso, el té sería para la visita. Podemos pensar en un británico o alguien con el mismo mal gusto...

—Mucha gente bebe té, Iturri. Incluso en Estados Unidos. Yo, sin ir más lejos...

Arrugué el ceño y cambié inmediatamente de tercio.

—¿Has dicho que el arma era de 6.35 milímetros?

—Sí. La misma arma que describe el relato del blog, una Baby FN Herstal, Browning, registrada a nombre de la fallecida. Siete balas, cachas de nácar. La han encontrado junto al cadáver.

Permanecí callado unos instantes; demasiados, al parecer, porque Joe me interpelló.

—¿En qué piensas?

—En el arma. No es mi especialidad, pero dices que la fallecida apareció en un pabellón de caza. Si yo me suicidara, elegiría algo más contundente. Ese calibre puede ser impreciso...

—Te dejas llevar por los rumores. Requiere mayor destreza pero garantiza un poder de impacto brutal. Aunque, a la distancia a la que se efectuó el disparo,

cualquier cosa valdría. Según cuenta la criada, el arma descansaba habitualmente sobre la mesa del salón.

—¿Cargada?

—Eso no lo sé. Supongo que no. Pero si uno va a suicidarse, no piensa con racionalidad. Quizá cogió lo que tenía más cerca.

—Es posible que tengas razón... Mientras hablabas, me estoy acordando de algo... Rodrigo lo menciona varias veces. «Nuestro hombre, si es que es un hombre...» ¿Eso es tanto como decir «pensad en una mujer»?

—No intentes hacer cábalas, Iturri. Recuerda que está loco. De hecho, creo que le sobrestimas. Además, en el último relato del blog habla de un hombre.

—Puede que tengas razón... ¿Tienes más datos?

—Había varios ordenadores en la casa. Están analizando los archivos, *e-mails* y ese tipo de cosas, sobre todo las dos máquinas privadas de la mujer, la de su despacho y la de su dormitorio... Y su teléfono.

Le interrumpí, excitado.

—¡Eso era lo que había olvidado: el teléfono! ¿Crees que podríamos hacernos con un listado de las llamadas recibidas por los muertos, Joe? No creo que el asesino sea tan torpe, pero vete a saber: si encontramos un número que se repita, habremos dado con el asesino. Y no estaría de más enterarnos de si los internos del pabellón D tienen de alguna forma acceso a la Red...

—De acuerdo, paramos y lo pregunto. Así aprovechamos para fumar.

Por descontado, estuve de acuerdo e inmediatamente eché mano a la cachimba. Joe detuvo el coche en el arcén (las normas de tráfico son más laxas en Estados Unidos que en Europa) y telefoneó al móvil del doctor Hernández, que no contestó. Luego llamó al hospital, donde le informaron de que el psiquiatra había faltado a su guardia y no sabían dónde estaba. Contactó entonces con el doctor Raspy, que estaba furioso con su ayudante. Respecto a nuestra pregunta, nos confirmó que no había Internet en las celdas. Existía un ordenador para uso común en la biblioteca, dotado con un filtro potente (ni sexo ni violencia ni drogas) que podían emplear un día por semana. «Pero ya saben cómo son estas cosas, agentes. No es que me parezca bien, pero los guardias están mal pagados y obtienen un sobresueldo con cualquier excusa, incluido Internet».

Visto lo visto, Joe pidió que hicieran un seguimiento al móvil y tarjetas de Hernández, por si hacía falta hablar con él. Su papel en la historia no estaba nada claro... Estábamos a menos de cuarenta minutos de nuestro destino. Vací mi cachimba y me dispuse a subir de nuevo al coche. Pero Joe me sujetó del brazo. Tiró la colilla al suelo y mientras la aplastaba con su bota de cuero me susurró:

—Oye, tío, respecto al lío del doctor Garache... No querría meterme donde no me llaman, pero tampoco me puedo quedar con los brazos cruzados. Sobre todo porque parece buena gente... Los dos. Ese pobre hombre está entre la espada y la pared... Deberías pensar bien lo que vas a hacer. Machacar a una familia porque no hayas

podido mojar no está bien. No es... ético.

Sabía por dónde iba, también a mí se me había pasado por la cabeza, pero había barrido inmediatamente el pensamiento. Probé a hacerme el tonto.

—No sé qué quieres decir.

—Yo diría que sí, pero si hace falta te lo explico: sabes mejor que nadie que los procedimientos con la banca suiza son más lentos que los caracoles. Para cuando hayas averiguado en qué banco le han abierto esa cuenta, habrán tenido tiempo de abrirle en canal, sacarle los intestinos y comérselos. Y tu *amiga* estará jodida. Destrozarás su carrera sin remedio... Dime una cosa: ¿lo haces a propósito? Porque no creo que ese matrimonio vaya a romperse por una desgracia. Y les harías una buena putada...

—Bueno, no hay mucho más que yo pueda hacer —me defendí. Fue lo único que se me ocurrió—. Y ya has visto que he aconsejado a Jaime que no envíe esos datos. No hace daño a nadie porque el producto en cuestión no...

—Sabes bien que los enviaré.

—Yo no estoy tan seguro. Hay dos millones en juego...

—¡No me jodas, tío! Si quieres engañarte a ti mismo, adelante. Pero no lo intentes conmigo, que ya soy mayorcito. Lo correcto es lo correcto.

Los hombres (aseguran los filósofos como si todos fuéramos iguales) necesitan tener ideales. Según dicen, son tan necesarios que la sociedad se siente obligada a proporcionarles elocuentes ejemplos de virtud: grandes salvadores y magnas misiones capaces de compensar, al menos en parte, el peso de su animalidad denigrante. Productos del espíritu que ennoblezcan su aciaga vida: honor, amor, heroísmo, corrección...

Pero esos sesudos pensadores no hablan de mí. Yo carezco de ideales. Ni los tengo ni los necesito. Con el tiempo, los que tenía se desvirtuaron. Y, siempre incumplidos, acabaron por volverse viejos y dejaron de dar la monserga. La pena es que siempre hay un Lombardo cerca, dispuesto a resucitarlos.

Porque no quería enfrentarme a sus ojos, porque estaba molesto con él por haberme descubierto, me pasé el resto del viaje (monótonos y cansinos kilómetros de nieve y vacío) ocupado en la más estúpida de las actividades: convencerme a mí mismo. Quería pensar en otra cosa, pero mi cabeza no me lo permitía. Me esforcé durante un tiempo en mantener la naturalidad y evitar que mi cuerpo se revolviere por la rabia. Pero, viendo que no lo lograba, cerré los ojos y me hice el dormido. Me hubiera gustado poder fumar. En momentos como ése, llenar de tabaco la minúscula escudilla, prenderle fuego y aspirar su humo gris me calma el ánimo. Pero estábamos en el coche. Y no podía.

Desde luego, no dormí, pese a que había pasado una noche de perros: estaba demasiado nervioso para conciliar el sueño. Al principio, me refiero a cuando escuché la reprimenda de Joe, no podía creerlo. Me dieron ganas de sacar las uñas y mandarle a paseo. «¡Arréglalo tú, capullo, hermanita de la caridad!», pensé. Pero, aturdido por el golpe, bajé la vista y cerré la boca. Sin embargo, sus palabras despertaron mi conciencia. Bueno, no tanto: decir eso sería una exageración. La conciencia es algo que le queda muy grande a mi alma estrecha. Digamos que lo que dijo me hizo ponderar mi posición y tomar prestados sus principios. No es que hubiera adoptado ninguna determinación firme, pero el desasosiego ya había hecho mella en mí cuando decidí meditar mis opciones. Joe tenía razón. Lo sabía. De hecho, era consciente de ello mucho antes de que él lo mencionase, aunque había conseguido desoírlo, echar las persianas y pensar en otra cosa. Ya no me quedó más remedio.

Lo mío no es pensar en ese tipo de cuestiones. Lo mío es lo opuesto: el crimen, la maldad, la sangre. Por eso aguanté poco, calculo que un cuarto de hora, y finalmente le pedí que se detuviera. Saqué ávidamente la cachimba y ahuequé el pecho para llenarlo de humo. Una maravilla. Repetí la operación varias veces. A mi lado, Joe

fumaba un cigarrillo. Lo cierto era que yo esperaba una palabra de disculpa: «Perdona, no es asunto mío», o algo por el estilo. Pero el muy cabrón se mantuvo en sus trece; en silencio, un silencio que quemaba.

Finalmente, saqué el móvil y llamé a la central sin preocuparme por la hora.

—Soy Iturri, ¿quién eres?... ¡Ah, Sophie, me alegro de que estés de guardia! Averigua los datos del más alto ejecutivo en Estados Unidos de una empresa farmacéutica... Necesito toda la información que puedas recabar. No, el presidente no, el ejecutivo de mayor nivel... No, desconozco quién es, por eso te llamo. Busca su nombre, su dirección y teléfono; el nombre de su esposa e hijos, si los tiene; cuánto debe por hipotecas y por el resto de sus deudas; a cuánto ascendió su *bonus* el año pasado; dónde vive su amante, si es que la tiene; qué vicios conocidos o desconocidos posee, y, por supuesto, todo lo que tenga pendiente con el mundo, por pequeño que sea... Sí, lo necesito pronto. No, mañana no: hoy mismo. Dentro de un par de horas. Toma nota del nombre de la empresa... Gracias. Mándame el informe a la agenda, por favor...

Colgué.

—Ha estado bien, Iturri.

—¿Nos vamos? Tengo ganas de ver ese cadáver: los de su clase desconocen la palabra «corrección».

Recuerdo bien una ocasión (llevaba poco tiempo en la Interpol) en que me tocó redactar un informe para el gran jefe sobre un seguimiento. El tipo en cuestión era un hombre con una doble vida; una muy respetable; otra, no tanto. Monsieur Prineau, que así se llamaba, de hobby pederasta, hoy en tercer grado penitenciario, tenía un bonito ático en propiedad en una de las zonas más caras de la ciudad, y contaba con chófer, un yate de dieciocho metros fondeado en el puerto y un hijo que estudiaba en el extranjero. En aquellos folios lo definí, sin dudar, como «un hombre rico». Cuando mi superior, una extraña mezcla de genes franceses y modales británicos, recibió mi memorándum, el más detallado que he confeccionado nunca (era mi primer informe), me mandó llamar.

—Inspector, es posible que en España los perfiles sociológicos sean diferentes. De modo que, en aras de la precisión, algo que yo estimo casi tanto como a mi esposa, con la que sigo casado desde hace más de dos décadas, le voy a poner al día. Verá, el mapa de la población mundial toma forma de campana de Gauss. ¿Sabe de lo que le hablo? —Asentí, ya con la mosca detrás de la oreja—. En el centro, el gran segmento de la clase media; en el izquierdo, los pobres. Los ricos van en el derecho. Los investigadores dicen que la campana se está afilando, que la clase media está desapareciendo, y es una pena, porque es la que da estabilidad a una sociedad... Pero, en fin, no quiero hablar de ese asunto, sino de los extremos. Dígame una cosa, inspector: si le presento a un mendigo, ¿sabría distinguirlo de un albañil, pongamos por caso?

—Naturalmente, señor.

Me interrumpió justo cuando iba a explicarme.

—¿Ah, sí? ¿Sabría distinguirlos a pesar de que los dos llevan la ropa llena de polvo, pronuncian obscenidades y huelen a sudor?

—Afirmativo: el albañil posee ingresos, domicilio conocido y facturas por pagar...

—Muy cierto, Iturri. Veo que domina el mundo de los suburbios. Vayamos al extremo derecho: ¿sería capaz de diferenciar entre un hombre rico y otro de clase media?

—Naturalmente, señor —repetí. La respuesta se alzaba clara en mi mente—. El rico viaja en primera clase, se hospeda en hoteles de cinco estrellas y tiene ingresos que superan un listón de, pongamos por caso, trescientos mil dólares...

Mi superior sonrió con un gesto extraño, entre duro y condescendiente, de esos que parecen decir: «Te cacé, novato, mucho antes de lo que pensaba».

—Negativo, inspector... Eso es lo que dicen ustedes cuando quieren decir no, ¿verdad? —Asentí con la cabeza. Me ardía el estómago por la rabia—. Verá, un rico es aquel que puede hacer su santa voluntad sin depender de las decisiones de otros; a excepción de Dios, por supuesto. Si a ese tipo que ha descrito su empresa lo pone de patitas en la calle, se convierte en lo que es: un ejecutivo de tres al cuarto apuntado a las listas del paro. Si el piloto del Boeing 747 decide no salir, se queda en tierra, aunque su butaca se tumbe hasta convertirse en una cama. Y si al cliente de la habitación contigua del hotel de cinco estrellas le da por montar un numerito con tres amiguitas a las cinco de la madrugada, como mucho puede protestar en recepción. No, Iturri: un rico no viaja en primera clase, sino que tiene jet privado, posee casas por todo el mundo y contribuye con generosidad tanto a la campaña de los demócratas como a la de los republicanos. Por eso hay tan pocos... ¿Me ha entendido? ¿Ha quedado claro?

—Como el agua clara, señor.

—Pues rehaga el informe y sea más preciso. Su rico ha pasado a ser un tipo de clase media con pretensiones.

Aquel primer mentor que tuve en la Interpol hubiera aceptado sin pestañear que incluyéramos a Elena Polvoskha en el lado derecho de su campana. Era, sin lugar a dudas, muy rica. El tamaño de su finca era por sí sola una declaración de intenciones: «No quiero ver a nadie a menos de diez kilómetros a la redonda», decía. Los sistemas de seguridad eran tan avanzados que ni siquiera conocía algunos de ellos. Las cámaras se sucedían, lo mismo que las alambradas, la gente armada y la exuberante variedad de árboles con que nos cruzamos hasta alcanzar la casa; el palacio, más bien.

Joe pareció leerme el pensamiento.

—Treinta dormitorios y cuarenta baños. Sala de baile, cine, comedores, salones, biblioteca, caballerizas, pabellón de caza y, naturalmente, capilla: supongo que, con los pecados que cometerá diariamente esta gente, será un elemento imprescindible.

—¿Tú crees que el blanqueo de dinero es un pecado capital, Joe? —pregunté con cierto retintín.

—No lo sé, pero la pornografía, las drogas y el tráfico de armas y de mujeres deben de acarrear cadena perpetua en el infierno. Aunque yo pensaba en algo más... personal: juegos obscenos, adicciones... A la señora de la casa le gustaban los jovencitos; diecisiete o dieciocho años, preferiblemente de color. Un infanticidio, teniendo en cuenta que ella rondaba los sesenta...

—¿Crees que la visita que recibió sería de ese cariz?

—¿Te imaginas a uno de esos chavales tomando té?

—Pues la verdad es que no. En fin, los ricos también lloran —dije mirando a mi alrededor. Parecía un cuento de hadas envuelto en nieve.

—Joe...

—Si vas a preguntarme por las cámaras, la dueña de la casa mandó

desconectarlas antes de que llegara su visita. No hay imágenes. Los servicios de seguridad únicamente vieron un Mercedes negro con los cristales tintados y sin matrícula.

—¡Vaya, desde luego era una visita especial! ¿Sospecharía Elena Polvoskha que le esperaba la muerte?

—Imagino que no, o hubiera tomado precauciones...

Después de rodear por la derecha la plaza que había frente a la casa, nos detuvo un agente de uniforme tapado hasta las orejas; los cuellos, subidos; la gorra, calada. Joe se identificó, y el agente nos pidió que aparcáramos un poco más adelante.

Lo hicimos en batería, junto a uno de los coches de policía (había por lo menos seis). Vi también otros vehículos no oficiales. No dudé que fueran periodistas: aquella muerte bien valía que la prensa se cobrara todos los favores que la policía le debía. Tres coches negros, con gigantes de traje oscuro a los lados, evidenciaban que la embajada rusa también se había personado.

Habíamos despertado a Lola y a Jaime al traspasar la verja de entrada. Contemplaban el espectáculo en silencio, ensimismados. Joe bajó del coche y los demás le imitamos. Nos pidió que esperáramos por allí, alrededor de la entrada del edificio, que estaba abierta, y se encaminó él solo hacia la casa. El viento levantaba la nieve en forma de remolinos. Su sonido era extraño, casi fantasmagórico. Pero lo peor era el frío, glacial.

Empecé a moverme para entrar en calor. La gente entraba y salía constantemente. Algunos nos miraban con gesto adusto, pero nadie nos interpeló. Un par de minutos después de que Joe se alejara, tuvimos ocasión de ver salir el carrito de la morgue. Esta vez, la señora rica no pudo decidir el color, el tamaño, la forma o la textura de su taparrabos. Salió envuelta en una bolsa de plástico gris, sin ventanas. Y, por supuesto, sin marca.

La gente suele mirar con arrogancia a los recién llegados; en aquel caso, nosotros.

El tipo en cuestión estaba paseándose por los alrededores de la puerta de la vivienda, con su zamarra azul impermeable y sus gafas de espejo embutidas en la nariz. Por el modo de comportarse, creo que se duchaba con ellas puestas. No lo conocía de nada, pero tampoco importaba: los uniformes locales son todos iguales, y más cuando el que lo lleva trata de aparentar lo que no es. El hombre, casi un chaval, estaba muy rígido y parecía despistado. Era delgado y alto; con el pelo rubio, cortado a navaja. Saqué mi pipa del bolsillo y la encendí con parsimonia. Las pipas no admiten prisas. Luego me acerqué a él.

—Frío, ¿verdad, agente?

—Y que lo diga, señor...

Su voz era tan juvenil como su aspecto. Aquel chaval debía de afeitarse una vez por semana. Extendí el brazo.

—Soy el agente Juan Iturri, Interpol...

Se quitó el guante a toda prisa y me tendió una mano huesuda y muy blanca.

—¡Es un placer! Yo soy Farrell, señor...

—¿Su primer caso?

Sonrió vergonzoso.

—En realidad, ésta es mi primera semana. Nunca hubiera imaginado que fuera tan movida: llevamos dos asesinatos. Pero éste es, a todos los efectos, muy distinto del otro.

—Todos los asesinatos se parecen, agente Farrell: siempre hay un cadáver...

Se azoró.

—¡Sí, claro, por supuesto! Lo que quería decir es que el otro fue en un barrio periférico, lleno de yonquis... Este palacio... Nunca había estado en un sitio como éste...

—Yo tampoco, la verdad. ¿Ha entrado? Me refiero a si ha visto el escenario.

—Sí, cuando llegamos. Pero enseguida vinieron los de homicidios y me enviaron fuera. Vigilo por si llegan periodistas y pretenden colarse..., ya sabe lo que pasa con la gente famosa...

—¿Y qué impresión ha sacado?

Comenzó a acariciar el mango de la porra que llevaba colgada de una anilla del cinturón. Estaba impoluta, intacta. Sin usar. Cuando empezó a hablar enrojeció: señal de que algo no había salido bien.

—Yo entré el primero. Conozco el protocolo y tuve mucho cuidado de no tocar

nada: ésa es la verdad. Pero no logré sujetar a la doncella, que se lanzó hacia la muerta como si fuera su madre...

—¿Dónde estaba el cadáver cuando entró?

—En el sofá, apoyado sobre el costado izquierdo, con los brazos sobre el pecho. Hubiera parecido dormida, salvo porque era rubia, como casi todas las rusas... Bueno, ella era rusa... —Volvió a enrojecer—. Lo que quiero decir es que la sangre le cubría el pelo y resaltaba mucho... Cuando la doncella la levantó y vio que estaba muerta, soltó el cuerpo, que cayó al suelo. Y yo lo dejé allí, sobre la madera, sin hacer nada. Tenía los ojos abiertos. Y, desde luego, el tiro fue a bocajarro: la zona de entrada estaba abrasada a causa de los gases... Aunque, claro, de eso sabrá usted mucho más que yo...

Me quedé pensativo. La doncella lo habría contaminado todo, aunque lo único que yo quería saber era si había restos de pólvora en aquella mano. El policía seguía a mi lado, frotándose las manos. Parecía nervioso.

—Olía mal, ¿sabe, inspector? Un olor fétido...

—Sí, suele ocurrir. Ha hecho usted un buen trabajo...

Debió de ser la palmada en la espalda la que le hizo aproximarse a mí (¡pobre criatura, lo que tenía que aprender!) y confesarme:

—La muerta llevaba un reloj de oro lleno de brillantes y un anillo con una inmensa piedra verde. Y también muchas pulseras...

—A las mujeres les suelen gustar esas cosas...

—Lo sé. Tengo memoria fotográfica y soy capaz de contar cosas con rapidez. Llevaba siete pulseras, todas de oro, muy gruesas...

—Bueno, era rica, en algo tenía que gastar su fortuna...

Se puso muy serio y habló en susurros:

—Cuando me han mandado salir, a la muerta sólo le quedaban seis...

Me quedé de piedra.

—¿Pulseras?

Asintió.

—¿La doncella?

Negó con la cabeza. Decidí echarle una mano.

—Agente Farrell, ¿ha sido usted testigo del hurto? Sea preciso: ¿ha visto con sus propios ojos a la persona que ha sustraído ese objeto?

—No, pero no hay mucho donde escoger, porque en la habitación únicamente estábamos presentes...

Le atajé con voz fría y profesional.

—Si no lo ha visto personalmente, agente Farrell, mi recomendación es que no diga nada a nadie. Es lo mejor: se trata de casos muy complejos, y no va a sacar nada en claro.

—Pero...

—No se impacienta. Todo se andará. Espere: habrá más ocasiones, con esa gente

siempre las hay. En una de ellas, usted tendrá pruebas fiables y el sinvergüenza no se escapará...

—Sí, tiene usted razón. Le agradezco mucho el consejo. Creo que voy a ir dentro, a ver si me necesitan para algo... Me ha gustado saludarle, agente Iturri.

Volví a quedarme solo. Joe estaba tardando mucho. Tuve la tentación de irme a husmear, pero era plenamente consciente de no estar en mis dominios. Me encontraba en Norteamérica, la gran y peligrosa Norteamérica, y no me atreví. Pero estaba muerto de frío y decidí regresar al coche.

Me senté en el lado del conductor y cerré rápidamente la puerta. Eché el asiento hacia atrás todo lo que la palanca me permitió y puse la calefacción. Una vez en la gloria (no hay nada como el aire caliente envolviéndote los pies helados), recordé que le había dicho a Joe que revisaría el manuscrito de Rodrigo, el original, a ver si dábamos con la clave del cinco y, de paso, resolvíamos la dichosa duda sobre el asesino par. Cogí el texto de la guantera, abrí la primera página y comencé a leer:

Mi nombre no importa.

Algunos psiquiatras y psicólogos insisten en que asignar un nombre comporta importantes implicaciones psicológicas. Yo no lo creo. El nombre se parece a ese sobre barato que se abre y se tira, al papel de celofán que recubre la ansiada porción de chocolate. Lo que contiene, lo que se oculta bajo su pomposo envoltorio, es lo que llena de significado a una persona.

Sin embargo, ya que es costumbre tenerlo, voy a regalarte un nombre. Uno cualquiera. ¿Qué más da uno que otro? Lo hago porque te resultará más fácil ponerte en mi lugar si puedes asignarme un nombre y, a mí, dártelo no me importa... Pongamos que la gente me llama Rodrigo...

Tras unos minutos leyendo, volvió a llamar mi atención la frialdad de su lenguaje. No transparentaba odio ni rencor, ni siquiera una ligera acidez. Aquel texto había sido esterilizado. Carecía de sentimientos. Se trataba de un tipo que mataba por puro amor al arte. Manejaba aquellas muertes como piezas necesarias para su puzzle experimental. También me parecía muy extraña su discreción. No buscaba anunciar cosas extraordinarias para tratar de que el mundo recordara para siempre lo grande que era. Se mantenía oculto, discreto. Sus obras eran sus palabras; los crímenes de un maestro contados a su psiquiatra, que tenía la boca sellada. Porque él no buscaba descargar su alma, como hacen otros asesinos; tampoco contar al mundo su terrible drama. A lo sumo, a veces se le escapaba el ego, que, sin embargo, había quedado hecho trizas tras su captura. Rodrigo hablaba de la perfección del artista, pero ¿en qué se convierte un artista que no puede exponer su obra, un genio incapaz de compartir su arte? La lógica de la supervivencia exigía cuidado, precisión. Pero, una vez consumado el acto, aquella discreción me extrañaba. La mayoría de los asesinos en serie buscan publicidad, impacto mediático. Aunque, claro, el tipo distaba de ser un asesino en serie común.

Seguí leyendo. Pronto llegué al convencimiento de que las explicaciones sobre su vida, las interminables transcripciones de los almuerzos entre el firmante y su psiquiatra, no eran sino paja, disquisiciones filosóficas sin valor. Pasé rápidamente por encima hasta llegar a lo esencial: los asesinatos. El primero, la mendiga francesa;

el segundo, el yonqui ruso; luego Marilyn, la jovencísima prostituta de zapatos de plataforma... Pero tras rebozarme de nuevo en sangre, llegué a la conclusión de que tampoco allí había nada: se trataba de simples relatos de escenarios, modus operandi y rutas de huida. El cinco, que por cierto no es par, debía de estar en otro lugar. Maldiciendo, volví al principio. Al maldito nombre. «Pongamos que la gente me llama Rodrigo...»

Rodrigo. Siete letras. Ni cinco ni par. Ahí no había nada que rascar.

Estaba a punto de pasar la página cuando mi agenda electrónica soltó dos pitidos. Un mensaje. Dejé el manuscrito en el asiento del copiloto y la busqué en mi camisa. Era de la oficina: Sophie. Descargué el archivo y lo leí. Aquella chica era una auténtica joya. Había hecho un buen trabajo.

El alto directivo de la farmacéutica que extorsionaba a Garache se llamaba Lionel Cobbin. Tenía treinta y cuatro años, dos casas (Nueva York y Hawai), tres automóviles, dos hijos y un perro labrador. Podía pagar una buena hipoteca y contaba con una cuenta de ahorros cuyo saldo ascendía a 300 000 dólares. No disponía de amante conocida, pero sí había tenido bastantes escarceos. Su mujer era nieta de un senador norteamericano. Y entonces... ¡Eureka! La pantalla se iluminó. Allí estaba el plato fuerte. ¡Gracias, Sophie!

Tenía material de sobra. Marqué su número. Saltó el buzón de voz. Dudé una milésima de segundo. Cuando sonó el pitido que indicaba que podía grabar mi mensaje, mis dudas se habían desvanecido.

—Señor Cobbin, tengo que hablar con usted. Es importante. Llámeme cuando pueda a este número. Se trata de un problema con... En fin, tenemos que hablar de su casa de Hawai...

Colgaba, satisfecho, cuando la puerta del copiloto se abrió. Era Jaime. Temblaba como un flan. Se sentó sobre el manuscrito. Se levantó, lo rescató del asiento y volvió a sentarse.

—Me he cansado de andar por ahí fuera, esperando a entrar en estado de congelación. Veo que tú has sido mucho más listo. ¡Qué bueno hace aquí dentro!

—Es cierto. ¿Dónde está Lola?

—Ha desaparecido. La he buscado hasta debajo de las piedras. —Le miré con extrañeza, parecía tranquilo—. No te preocupes, ya sabes lo lagartija que es. Aparecerá pronto. ¿Sobre qué me he sentado? —Señaló el manuscrito.

—Sobre las memorias de Rodrigo, las primeras. Estaba buscando pistas sobre el número cinco y sobre el asesino par...

—¿Ha habido suerte?

—De momento, no. Cuando has entrado acababa de volver a empezar.

—No suele funcionar. Si has leído mil y una veces los mismos papeles, ya no ves nada; Aunque Rodrigo hubiera escrito hormiga con jota y sin hache, no lo notarías. En estos casos, es mejor contárselo a alguien.

Me eché a reír. Debía de estar tomándome el pelo. Pero Jaime se mantuvo serio, de modo que le pregunté.

—¿Cómo dices?

—Que me lo cuentes. Imagina que no conozco al tal Rodrigo. Imagina que no sé nada de él, de sus hazañas, de su psiquiatra «personal». Coge ese texto y ve pasando escenas. Resúmelas. Entre los dos lo encontraremos.

—Eso es una gilipollez, Jaime. El desafío no es la memoria, sino encontrar el maldito cinco.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

En eso tenía razón, de modo que accedí, aunque me sentía ridículo.

—Vale, empecemos. En las primeras páginas habla de sí mismo. Dice que es un *broker* eficiente y rico que acaba de jubilarse. Pronto, recién superados los cuarenta. Tiene dinero suficiente y, por primera vez, tiempo para gastarlo. Empieza a viajar, a practicar deportes exóticos, a conocer gente... Pero al cabo termina aburrido...

—La felicidad es un estado subjetivo y depende mucho de las expectativas del sujeto... —argumentó Jaime. Iba a contarme no sé qué experimentos sobre la relación entre la felicidad y la salud, pero le corté.

—Como decía, el tipo se aburre. Y decide probar nuevas experiencias. De modo que viaja a África para participar en una cacería ilegal: gorilas.

—¡De eso sí que me acuerdo! Los famosos gorilas. Son una especie protegida donde las haya... —me recordó.

Entonces, en aquel preciso momento, con el aire caliente irrumpiendo a toda potencia, lo comprendí todo. De inmediato, las piezas encajaron. Todas no, pero sí las suficientes. El corazón empezó a desbocárseme. Cerré los ojos e intenté sosegarlo. Inútil. Me abalancé sobre el manuscrito y empecé a pasar páginas hasta dar con la escena. Naturalmente, Jaime se quedó perplejo e interpretó erróneamente mi transformación.

—¿He dicho algo que no debía?

—¡Al contrario, Jaime, eres un genio! ¡Has dado con la clave!

Enarcó las cejas y contestó con esa sonrisa socarrona que suele adoptar.

—¡Ah, pues mira qué bien! ¿Y cuál es esa clave?

—Escucha lo que voy a leerte, pero antes ponte en situación. La cacería africana ha terminado. Los triunfos están en el suelo, a la vista. Rodrigo se encuentra ante el cuerpo de un inmenso gorila, abatido por un disparo de su rifle de precisión. Se agacha para cerrarle los ojos. León, el guía de la expedición, se le acerca y comenta la similitud entre los simios y los humanos: cinco dedos, la expresión del rostro, los ojos, hasta el grupo sanguíneo... Y, finalmente, mantienen la siguiente conversación. Leo textualmente:

»—¿Ha matado a un hombre alguna vez, Rodrigo? Quizá en una guerra o en un acto de defensa propia...

»—No, nunca —respondí extrañado, al tiempo que intentaba entender el motivo por el que aquel guía desconocido me formulaba esa pregunta.

»—¿Le gustaría? —contestó, sin permitirme siquiera madurar mi extrañeza.

»—¿Cómo dices?

»—Pregunto si le gustaría cazar a un hombre junto a las cinco personas que nos acompañan en la batida de hoy.

»Tomé una decisión casi con la misma celeridad con que él había preguntado.

»—No.

Me detuve. Dejé las palabras colgadas en el aire. Y saboreé el descubrimiento.

—Cazar a un hombre... —repetí—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—¡Es cierto! Según el relato, tras la batida de los gorilas le ofrecieron participar en esa salvajada. Él se negó.

—¡Ahí lo tienes, Jaime, el crimen perfecto! Rodrigo no acudió, pero las personas que participaron en esa batida son, de por sí, unos asesinos que no terminarán jamás entre rejas. Y además, según dice aquí, son cinco. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

—Pues por una razón muy sencilla: ninguno de nosotros se lo había tomado en serio. Al menos yo juzgué que formaba parte de su locura. Algún tipo de alucinación. Nunca pensé que fuera real. ¿Te imaginas a un pobre nativo tratando de ocultarse en la selva, exhausto, agotado por el acoso, corriendo para escapar de unos congéneres

que buscan nuevas emociones? Yo no puedo imaginarlo. Parece la película de un director tarado. No es posible...

—¿Estás seguro, Jaime? Creo que conoces muy poco la condición humana. De conocerla, te habrías dado cuenta de que somos unos desalmados.

—Exageras, Iturri.

—Ni un ápice. Te garantizo que, si pones un anuncio en el *Wall Street Journal* ofreciendo este tipo de cacería por medio millón de euros, tienes lista de espera...

Pero Jaime no me escuchaba. Seguía a lo suyo.

—¿Puedes imaginarte el miedo de ese pobre hombre, viendo el brillo del metal a lo lejos, escuchando aproximarse a la jauría de perros que le cerca?

—Yo me lo imagino perfectamente, Jaime, pero, claro, mi trabajo me obliga a tratar habitualmente con gentuza... Si lo que Rodrigo narra sucedió, como parece, entonces el asesino es simplemente un Robin Hood que se ha tomado la justicia por su mano. No voy a aprobarlo, desde luego, pero en el fondo me alegro. Y, respecto a Rodrigo, a él parece haberle ocurrido algo similar.

—Creo que tienes razón, Iturri. Deja que busque entre las últimas cartas que nos ha enviado. Sí, aquí está: «Es curioso, lo tenía delante, tan cerca que no lo vi... Mi error fue dar por sentado que aquel crimen execrable quedaría sin castigo. Wilson nos lo advirtió con gran sabiduría: no hay crimen perfecto».

Después de leer aquel fragmento, yo repliqué:

—«Lo tenía delante, pero no lo vi». «Crimen execrable». Estoy seguro de que habla de esa muerte. Y de las cinco personas que participaron en ella. Por cierto, no me extrañaría que fuera gente extraordinariamente rica. Aunque careciera de escrúpulos y de cualquier tipo de moral, no creo que el guía, ese tal León, se atreviera a organizar una barbaridad como ésa sin que le pagaran enormes sumas... Jaime, vuelve a mirar, por favor: ¿dice algo acerca de las personas que participaron en la cacería?

Pasó hojas hacia adelante y hacia atrás durante unos segundos.

—Nada, salvo que eran cinco. Bueno, cinco más la sombra, sea quien sea...

—La sombra... ¿Qué es una sombra? Pues algo así como la huella intangible de lo que no se ve... ¡Naturalmente, León debe de ser esa sombra! Quizá no disparó, no se manchó las manos de sangre, pero es tan cómplice como el resto. ¡Tienes toda la razón, las piezas encajan! Todas, salvo Rodrigo, que se retiró a tiempo... Y mi mujer, que nunca estuvo allí.

—Rodrigo se retiró, pero podría haberlo denunciado o haber tratado de evitarlo. En ese sentido, también es cómplice. Lo de Lola... Eso, la verdad, no lo entiendo...

Sonó mi móvil. Con la emoción ni siquiera me paré a mirar quién llamaba.

—Iturri...

—Soy Lionel Cobbin, ¿quién es usted?

Me quedé helado. No lo esperaba tan pronto. Me disculpé con Jaime y bajé del coche.

—Buenos días, señor Cobbin. Me llamo Iturri, Juan Iturri.

—Muy bien, señor Iturri. En su mensaje decía que había un problema con mi propiedad en Hawai. ¿Puede decirme de qué se trata?

Tragué saliva y puse la directa.

—Bueno, se trata de Hawai, pero sobre todo del SCMR-E3.

—¿Cómo dice? ¿De qué me está hablando? Ése es un producto en experimentación; ¿qué tiene que ver con mi casa?

—Todo. Depende de cómo se comporte, la conservará o la perderá... Por si lo duda, sepa que no estoy loco. Y si le entran tentaciones de colgar, aguánteselas: debe saber que pertenezco a la Interpol. División de blanqueo de capitales...

—¿Blanqueo de dinero? Pero ¿de qué habla? Yo dirijo una importante empresa farmacéutica.

—Lo sé, y sé también que su suegro es el máximo accionista. Por descontado, estoy seguro de que es un hombre honrado. Sus dos hijos, Paul y Martha, son encantadores, lo mismo que su perro *Xami*. Y no digamos nada de Rose, ¡la madre perfecta!

Su voz se volvió pétrea.

—¿Qué es lo que quiere?

—Justicia. Sólo justicia. Ojo por ojo y diente por diente. Su gente está presionando a quien no debe y me obliga a mí a hacer lo mismo...

—Nosotros no presionamos a nadie. No es nuestra política...

—El SCMR-E3 es un fracaso: usted lo sabe y yo también. Pero estoy seguro de que tendrá otros proyectos tan interesantes como ése entre manos. Y, si no, con unas lagrimitas seguro que su suegro le perdonará.

Se mantuvo en silencio. Lo suficiente para que yo supiera que él se hallaba al tanto de todo. De modo que pisé el acelerador.

—Verá, señor Cobbin, esos dos millones de dólares en Suiza... No sé. Estoy trabajando en una operación abierta por blanqueo, estupefacientes y tráfico de armas... Quizá su nombre y el de su compañía puedan aparecer casualmente en una lista. ¿Qué tal si añadimos el de su suegro y el del senador?

Me atajó.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que dejen en paz al doctor Garache. Retire ese dinero, cierre esa cuenta, y se acabó.

—Tengo su móvil. Llamaré a mis abogados. ¡Se le ha caído el pelo, estúpido, no sabe con quién se la está jugando!

—Por supuesto que lo sé. El que está despistado es usted. Creo que debería concentrarse, por ejemplo, en encontrar una vacuna contra el sida antes de que su mujer y su suegro lo descubran. VIH positivo, ¡qué difícil de explicar!, ¿verdad? ¿Dónde lo pilló? ¿En Asia? Allí los prostíbulos son de lo más sucios. La pobre Rose se va a llevar un disgusto de muerte...

—¿Cuánto?

—Sólo que le dejen en paz. Ahora. En este mismo instante.

—¿Y se acabará?

—¡Por supuesto! ¡Ambos somos gente honrada!

—De acuerdo —dijo, antes de que oyera el clic.

No sentía el frío, más bien lo contrario. Lo que acababa de hacer terminaría con mi carrera si alguien se enteraba. Pero Sophie era un hacha. Y lo del sida era una gran baza... Volví al coche.

—Perdona, Jaime, una llamada. Por cierto, respecto a tu asunto...

—No te preocupes. Lola tenía razón. Acabo de enviar los datos. ¡Que sea lo que Dios quiera!

—No pasará nada. El asunto está arreglado.

—¿Cómo lo has hecho?

—No preguntes. Volvamos a esa cacería...

Se abrió la puerta trasera. Por ella entró una ráfaga helada; luego, Joe.

—Los de criminalística han concluido. Podemos entrar... Por cierto, ¿dónde está su señoría? —oímos a la espalda.

Joe nunca hablaba de Lola por su nombre. Supongo que le daba cierto apuro. En Norteamérica, los jueces son instituciones respetadas y respetables (los que lo merecen, naturalmente).

—No lo sabemos, Joe. Se ha esfumado... —respondió Jaime.

—Supongo que habrá hecho buenas migas con el hombre del juzgado. Entre colegas, eso es algo que suele ocurrir. Podemos esperarla, pero creo que deberíamos darnos prisa y entrar antes de que caiga el sol.

—¿Qué opinas, Jaime? —le pregunté—. Podemos llamarla al móvil.

—¿A mi mujer? ¿Al móvil? ¡A saber dónde lo tiene! Si puedes preguntar a alguno de tus colegas si sabe dónde está, sería estupendo. En otro caso, estoy seguro de que ella se las apañará.

Si lo decía su marido, ni Joe ni yo teníamos nada que añadir. Salimos del coche y nos dirigimos al edificio principal. Frío y más frío; y viento helado.

—Mientras te esperábamos hemos estado leyendo el manuscrito de Rodrigo. Y hemos averiguado qué une a esa gente.

Se detuvo. No se mostró extrañado. Al contrario, abrió una amplia sonrisa y contestó:

—Todos ellos son cazadores.

—¿Cómo lo has sabido? —le espeté.

—Elena Polvoskha ha muerto en el pabellón de caza. Vengo de allí. He visto una fotografía suya junto al primer fallecido, el empresario argentino; entre ellos estaba el cuerpo de un inmenso corzo. De modo que he llegado a la conclusión de que los unía esa actividad: la caza. Seguro que, si indagamos más, certificamos que los demás también eran cazadores... Lo que no logro entender es por qué ese tío los mata. Quizá se trate de un exaltado de alguna organización protectora de animales.

—Me temo, Joe, que te has perdido la mitad de la historia... Vamos, te lo contamos cuando estemos resguardados.

Mientras recorríamos aquella explanada blanca, intentando sortear los obstáculos que la nieve ocultaba y las placas de hielo que empezaban a formarse, iba mirando a un lado y a otro con el fin de encontrar a Lola. Me di cuenta de que Jaime estaba haciendo lo mismo. Ni rastro de ella.

Avanzamos. Enfrente se erguía un edificio enorme, distinto por su magnitud de cualquier vivienda en la que yo hubiera estado. Se trataba de una mastodónica construcción rectangular de tres pisos con muchas más ventanas de las que pude contar. Sobre cada una, sin excepción, frontones triangulares y cabezas de ángeles. La fachada (atrio, columnas blancas corintias, muros en verde oscuro, ornamentación en oro y esculturas en el tejado) era tan imponente que amedrentaba. Hacia el norte se extendían algunas construcciones más pequeñas, de una o dos plantas, que albergaban establos, zonas de servicios y deportes, un spa y el pabellón de caza; estas dos últimas se conectaban con el edificio principal a través de unas galerías acristaladas.

Podríamos haber seguido por donde íbamos, aunque hubiéramos acabado con una pulmonía, pero Lombardo sugirió que pasáramos por el edificio central para ver si localizábamos a la *oveja perdida*. «No me parece bien ir sin ella», argumentó, para regocijo de Jaime.

Entramos por el atrio. Joe se alejó para preguntar a un policía de uniforme y nosotros permanecemos junto a la puerta dorada de doble hoja. Miré a mi alrededor. Como cabía esperar, el vestíbulo era inmenso, de una altura soberbia. La escalera, levemente curva, ascendía por ambos costados hacia el segundo piso. La perfección de los detalles se captaba a simple vista: la magnífica carpintería, las arañas del techo, los suntuosos mármoles, que formaban una especie de mosaico en tonos grises y blancos. La vista se quedaba presa entre la grandiosidad y el espanto. Porque aquel sitio, para mi ojo cuadriculado, resultaba horrendo, extravagante, a todas luces excesivo.

Joe volvió.

—Como suponía, su señoría está arriba, en el dormitorio de la muerta, acompañando al fiscal. Si os parece, pasamos a buscarla y luego vamos al escenario del crimen.

—¿Se confirma que es un crimen? —pregunté mientras ascendíamos.

—Ni rastro de pólvora en los dedos. Se descarta el suicidio.

Tras unos instantes de vacilación, Joe tomó la escalera izquierda y los demás le seguimos. Ya arriba, atravesamos un corto pasillo que comunicaba con una sala grande. Rocallas, volutas doradas, flores, ángeles danzantes, frescos... Recargado

hasta para un amante del rococó. Y, sin embargo, provocaba una sensación de auténtico vacío. Entre aquellas paredes sólo parecían habitar espíritus.

Tras la sala, llegamos a una puerta abierta. Desde el umbral pude comprobar que el dormitorio parecía el aposento de un rey. Antes de entrar, Joe nos preguntó:

—¿Cuál era el dato del que me hablabais?

Le pusimos rápidamente en antecedentes.

—La protectora de animales queda descartada, entonces. Puede tratarse de un familiar del africano asesinado: un hermano, un hijo, su mujer... O de cualquier tipo de color que se ha enterado y quiere vengar a los de su raza; de los cuatro muertos, ninguno era negro. En fin, la cosa se anima...

Entramos.

Nuestro periplo por la casa había sido corto, pero suficiente para sacar varias conclusiones. La primera, que Elena Polvoskha estaba en el extremo del extremo derecho de la campana de Gauss. La segunda, que era una absoluta horterera. Y no lo digo por los baños de oro, ni por los *jacuzzis* en los sitios más insospechados; lo digo porque aquella mujer tenía la sensibilidad artística de un puercoespín. No soy un hombre extraordinariamente instruido, pero me gusta el arte, y considero un pecado capital ponerle a un kandinsky un marco de arabescos plateados, aunque puedas permitirte. ¿Y qué decir de emplear una cerámica griega como pisapapeles?

La tercera conclusión, no por conocida, me resultó más llamativa: su señoría, Lola MacHor, tenía recursos. Como nos informaron, estaba en el dormitorio de la interfecta. Charlaba amigablemente con un caballero entrado en años, al que nos presentó como el muy ilustre fiscal Valentín Hernangómez, de evidente origen cubano. Al vernos se despidió de él con dos besos y prometió llamarle cuando volviera por Massachusetts.

—Lo siento. Se me escapaba y le seguí. Cuando me quise dar cuenta, me había alejado. Lo importante es que nos ha dado vía libre... —Los tres la miramos con cara de incredulidad, pero no nos permitió decir nada. Cuando tiene algo entre ceja y ceja puede llegar a ser terrible—. ¿Habéis andado un poco por ahí? —Asentimos—. Pues ya os habréis percatado de por qué estaba en la lista de *Forbes*. Venid...

Nos llevó al tocador, situado en el otro extremo del dormitorio (180 metros cuadrados para una cama, un vestidor, un baño, una zona de sillones y un despacho).

—Mirad este perfume. Me ha dicho Hernangómez que el envase cuesta veinticinco mil euros...

—¿De modo que, si simplemente lo huelo, ya me gasto cien? —repliqué con cierta sorna.

—No, Iturri, la cifra corresponde al envase: el precio del perfume alcanza los doscientos mil... Aquel armario de dos cuerpos, el de la derecha, es sólo para zapatos: tenía cuatrocientos treinta y dos pares. En el de la izquierda hay relojes y gafas de sol...

Noté el rechazo en el rostro de Jaime. Pareció molestarle que su esposa se dejara

embelesar por aquellas fruslerías. Y sentenció en tono severo:

—Pues la bolsa de plástico que han usado para transportar su cadáver era estándar, plástico burdo, sin pespuntos ni adornos: cuarenta dólares a lo sumo. La mortaja no tiene bolsillos, Lola.

Ella aceptó la crítica sin enfadarse.

—Tienes toda la razón. Lo que quería decir es que quien la mató no venía a robar. Con llevarse su colección de relojes ya se hubiera hecho rico.

—Lo sabemos. La razón es muy distinta...

Puso cara de desconcierto. Abrió la boca para decir algo, pero luego lo pensó mejor y se quedó callada, esperando nuestro informe. Hablé yo.

—¿Recuerdas cómo empezó toda esta historia? Me refiero a la primera parte.

—Sí, Rodrigo diseñó un experimento y se puso a matar a gente...

—Antes de eso. Haz memoria. ¿Sabes por qué se metió en ese lío?

—Naturalmente. Le ofrecieron matar a un hombre en una partida de caza y se sorprendió de que un grupo de personas civilizadas, sin otro motivo que el de vivir una experiencia nueva, fueran capaces de matar a un negro inocen... ¡Santo Dios, ése es el asesinato, ocurrió en realidad!

—Hasta ahora era el crimen perfecto...

Se tapó la cara con las manos. Y permaneció así unos instantes. Luego las bajó.

—Los muertos, ¿son los cazadores?

—Eso creemos, señorita. El cadáver de Elena Polvoskha ha sido hallado en el pabellón de caza. He ido a ver el lugar. En una de las estanterías me he encontrado con una fotografía de la víctima junto a Jorge Mauricio Vadertucci, el primer fallecido. No puede ser casualidad. Nos dirigíamos hacia allí. ¿Quiere venir con nosotros?

No contestó a la pregunta de Joe. Su cabeza estaba funcionando a cien por hora.

—De modo que, si averiguamos quiénes acudieron a esa macabra batida, podremos saber quién es el quinto hombre... O mujer, vaya usted a saber... Aunque, claro, no creo que ninguno de ellos lo publicara en el periódico. Pero si eran cinco... ¡León! El guía podría ser la sombra.

—Sí, Lola, eso ya lo sabemos. Te llevamos algo de ventaja. Vamos.

—Por supuesto, perdonad...

Con la maestría de un GPS, Joe nos condujo hasta el citado pabellón, que era una casa en toda regla. Doscientos metros de planta, dos alturas: un salón con una enorme chimenea, dos apartamentos perfectamente equipados y una silueta de tiza pintada en la tarima de roble.

A lo largo de mi carrera, me ha tocado contemplar muchos escenarios de crímenes. He palpado cómo la sangre y el hedor de la muerte estropean cualquier belleza. Parece como si la maldad se transformara en un manto negro que todo lo oculta, una nube tóxica que convierte en irrespirable el ambiente. En aquella ocasión no pude resistirme a admirar la grandiosidad del escenario... Como en el resto, no había belleza, sino opulencia, algo que buscaba deslumbrar, una faraónica obra que te abofeteaba al entrar. Baños de oro que te recuerdan por qué los necesitas. Camas de dos metros de anchura que no sólo te hacían sentirte minúsculo e insignificante, sino también sucio, porque parecen hechas para recibir a prostitutas. Armarios repletos, que no pueden menos que gritar que la percha vale poco; tan poco que se siente obligada a disfrazarse.

Pero aquella sala... Aquella sala no estaba cubierta por una nube de cenizas, sino que era el mismo volcán. Cabezas disecadas, trofeos esperpénticos, armas. La cultura de la muerte hecha edificio. Sólo la que podía exhibirse, claro, porque el gorila que habían cazado en África no tenía asiento en aquellas paredes, ni tampoco aquel pobre hombre cuyo único pecado había sido nacer pobre; un negro cuya única utilidad había sido servir para la distracción de un grupo de personas aburridas de sus riquezas blancas que, pese a todo, defecan como los demás, aunque en retretes de oro. Y encima cabía la posibilidad de pensar que había tenido suerte porque yacía bajo tierra, enterrado. Quizá en otro tiempo su asesino, orgulloso, lo hubiera disecado y expuesto al público. Como el Negro de Bañolas.

A decir verdad, no sentí pena por aquella mujer (que, dicho sea de paso, era guapa, dentro de los cánones eslavos) cuyas fotografías poblaban las paredes. Era una asesina despiadada. Rodrigo se había empeñado en demostrarlo. El perfil de tiza en el suelo expresaba sin palabras que el destino es implacable. Puede tardar, pero, cuando dice basta, su contundencia es inigualable. La cosmética social, la apariencia pública, el gran teatro del mundo, que diría Calderón de la Barca, caían junto con el telón. Sus largas piernas, labradas en el gimnasio y retocadas en el quirófano, se habían convertido en dos líneas paralelas pintadas en el suelo.

«El destino dispara con fuego real», me dije.

Jaime permanecía quieto en una esquina. Sus ojos, sin embargo, iban de extremo a extremo, observándolo todo, procesando. Lola se comportaba como siempre. Avanzaba por la habitación tocándolo todo (la he enseñado bien: previamente, había preguntado si los de la Científica habían terminado: sabe lo importante que es no mover ningún objeto, por minúsculo que sea, de la escena de un crimen). Joe hablaba

con los presentes y tomaba notas en su libreta. Y yo pensaba en Rodrigo, al que desgraciadamente teníamos que agradecerle que se hubiera dado cuenta de lo que ocurría. Supongo que, al ver los recortes del periódico, había caído en la cuenta. Aunque era mucha casualidad que un hombre aislado del mundo hubiera accedido a esas informaciones. Por no hablar del famoso blog...

¿Cómo se había enterado realmente de lo que ocurría? Porque, una vez descubierto el móvil, sacar conclusiones era sencillo. Era evidente que conocía el nombre de las personas que debían morir, puesto que había compartido batida con ellos. Pero ¿cómo sabía la identidad del asesino? Y no sólo la identidad. También conocía el orden en que morirían. De hecho, estaba al tanto de todo. Resultaba extraño. ¿Se habría asociado con el asesino? ¿Cooperaban? Rememoré las cartas. No parecía lógico, puesto que él se definía también como una víctima potencial... ¿Y qué papel desempeñaba Lola? Eso era lo que más me despistaba. Volví los ojos hacia ella. Se hallaba de puntillas ante una de las estanterías. Intentaba coger un marco de fotos colocado a demasiada altura. Estaba guapísima, con el pelo lleno de caracoles y las mejillas sonrojadas por el frío y la excitación. Logró por fin atrapar el marco de fotos. Disimuladamente, sacó las gafas del bolso. Se las puso y contempló la fotografía.

Entonces dejó escapar un grito. El marco resbaló de sus manos y el cristal se hizo añicos. Luego se agachó y, en cuclillas, se puso a llorar.

Hay imágenes que son como una navaja; se te clavan en el alma y destrozan todo lo que pillan a su paso. Por el lamento que Lola profirió, aquella foto debía de ser de ese tipo. Pero no sólo dejó escapar un sollozo, como digo, sino que también soltó de repente el marco, que se golpeó contra el suelo y se hizo añicos. Por una mala jugada del destino, un fragmento de cristal salió disparado y se clavó en la cara interna del muslo del pobre Lombardo. Enseguida, su pantalón empezó a teñirse de rojo. La mancha se extendía con rapidez. Se dejó caer en el sofá.

Jaime acudió alarmado.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy mareado.

La verdad es que se le había puesto una cara extraña. Estaba pálido. Por un momento, pensé que se desmayaría.

—Sangras mucho. Déjame ver.

Sin contemplaciones, le despojó del pantalón y se empleó con la herida. Desalojé lo más rápido que pude al resto de los agentes, que contemplaban con curiosidad lo que estaba sucediendo. La escena no tenía desperdicio: Lombardo llevaba unos calzoncillos largos y no demasiado limpios. Me quité la cazadora, me acerqué y le tapé. Él, sin embargo, ni se dio cuenta. Estaba a lo suyo, concentrado en su herida.

Es curioso. Nunca hubiera supuesto que Joe fuera hipocondríaco, pero lo era. ¡Y de qué modo! Hizo mil y una preguntas sobre las arterias que regaban la zona, la posibilidad de infección o el dolor. Pero, en realidad, la cosa no pasó a mayores. La criada de la casa (una enorme mujer de mofletes colorados, vestida con uniforme negro, delantal de puntillas blanco y una ridícula cofia ladeada) nos trajo una especie de «carro quirúrgico». Era imposible saber si la muerte de la señora de la casa le había dolido o, como mínimo, impactado. No la vi sonreír ni tampoco llorar. Parecía una máquina eficiente, rusa, un Kalashnikov doméstico. Nos dejó el carro en la habitación y después se retiró.

Aquel equipo médico era más completo que el de muchos dispensarios. Se diría que aquella mujer era muy precavida, aunque quizá sólo temiera alguna visita no esperada, pero algo menos violenta de la que acababa de robarle la vida. Fuera por lo que fuera, Joe, después de que lo instalaran en uno de los apartamentos del pabellón de caza, pudo recibir allí mismo un anestésico local y tres puntos de sutura de manos de Garache. Luego volvió a colocarse el pantalón tal y como estaba, es decir, roto y manchado de sangre. La criada sugirió que se pusiese algo de ropa de «los amigos» de la fallecida. Pero él se negó. No estaba dispuesto a vestir ropa de nadie, por muy

de marca que fuese. Ni siquiera por unas horas.

Lo que aceptamos, y con gusto, fue el tentempié que nos sirvieron en otro de los salones del pabellón: té (porque en aquella casa era lo que se tomaba habitualmente), pastas de chocolate y sandwiches de queso. La fotografía que tanto había conmocionado el ánimo de Lola, libre ya de cristales, descansó en la enorme mesa central hasta que los criados se hubieron retirado. Pero, nada más quedarnos solos, no pudimos resistirnos y nos abalanzamos sobre ella.

Era una escena de caza, en la que se veía a seis personas. Cuatro en pie y dos delante, en cuclillas. La imagen segaba las rodillas de estos últimos, de modo que la pieza o piezas cobradas no estaban al alcance de la vista. Me dio un escalofrío pensar que quizá allí debajo estaba el cadáver de un ser humano. Habían tomado la foto en un claro. A la luz de la tarde, la selva revelaba toda su exuberancia. El sol ardía al fondo. Los rostros de los protagonistas mostraban signos de cansancio, pero reflejaban también un extraño éxtasis en el gesto. La mayoría mantenía las armas en la mano.

Reconocí de inmediato a los que estaban en pie. Al primero por la izquierda lo había visto en una fotografía de periódico que Rodrigo nos había enviado. Se trataba de Jorge Mauricio Vadertucci, el magnate canadiense, primera víctima de aquella masacre. Sonreía complacido. A su lado estaba Elena Polvoskha, a la que no teníamos el gusto de conocer, pero cuyo rostro llenaba la mayor parte de los marcos que adornaban aquella habitación, amén del óleo de cuerpo entero de la entrada de su mansión. Con su brazo izquierdo sujetaba una arma; con el derecho, la cintura del tercer hombre. La instantánea debía de pertenecer a momentos próximos a la batida, porque la mujer tenía los dedos manchados de sangre. El hombre al que agarraba no era otro que Thomas Rodrick, la víctima número dos. El cuarto en la fila también sonreía, aunque ahora estaba muerto y enterrado: se trataba de Tashi Tanizaki, el asiático más rico del planeta y la víctima número tres.

Agachado, a la izquierda, apoyado en un impresionante rifle de precisión, posaba un hombre de mediana edad enfundado en un chaleco lleno de bolsillos. Rubio, con el pelo alborotado y la tez muy curtida por tantas horas a la intemperie, poseía unos ojos muy vivos, azules. Podía ser alemán; o nórdico, quizá. Fumaba. Supongo que, por efecto del viento, el humo de su cigarrillo se desviaba hasta alcanzar a la persona que tenía a su vera.

Esa última persona, acuclillada, a la que Tanizaki ponía la mano en el hombro, era quien había provocado que las manos de Lola hubieran perdido momentáneamente la fuerza y hubiera dejado caer el marco. Era un joven oriental, delgado y de pequeña estatura. Miraba tímidamente al objetivo con la vista extraviada y la expresión de quien tiene retortijones. Vestía ropa de camuflaje, que se notaba que acaba de estrenar, y se tapaba la cabeza con una gorra de la Universidad de Harvard. Llevaba la mejilla derecha hinchada y enrojecida: un culatazo, quizá; o puede que la picadura de uno de esos enormes insectos que se cuelan por algún agujero de las mosquiteras.

—¿Quién es? —le preguntamos al unísono.

Debo aclarar previamente que estábamos sólo nosotros cuatro: Joe, Jaime, Lola y yo. Antes de su accidente, Lombardo había logrado deshacerse del fiscal, alegando que se trataba de un caso federal en el que no tenía competencia. Le costó. Hernangómez, que había visto en aquella historia algo prometedor, con todos los ingredientes de un buen culebrón producido en su Cuba querida, no quería soltar presa. Aun así, la palabra «federal» le hizo desistir.

Lola respiró hondo. En su cara estaba aún marcado un rictus de angustia. Estaba muy seria. No se anduvo con rodeos.

—Es Kimio júnior, el hijo de Kimio y Sarah Shibata. Su madre me mostró fotografías suyas cuando estuvimos en su casa de Santorini. No tengo ninguna duda: es él.

Me quedé de piedra.

—¡No es posible! En esa fotografía a lo sumo tiene dieciocho o diecinueve años... —comenté.

—Mayor de edad —señaló Lola.

No creo que se refiriera a su madurez, sino a su edad penal. Un juez es siempre un juez. Un asesino mayor de edad, se mire por donde se mire, es un asesino.

Joe giraba la cabeza a un lado y a otro, intentando seguir la conversación. Pero no podía: él no había estado en aquella casa.

—¿Puedo saber de qué va todo esto? —preguntó.

Intenté explicárselo en pocas palabras.

—¿Recuerdas cómo pillamos a Rodrigo?

—Naturalmente. Lo capturamos en Clyde, el restaurante de Washington donde se reunía con su psiquiatra.

—Eso es cierto, pero saber dónde y cuándo se reunían no nos resultó nada sencillo. Dimos con él porque en sus cartas decía que vivía a orillas del Egeo, en una casa cuyas peculiares características detallaba. Hablaba de una vivienda levantada en el pico de una montaña, de difícil acceso, y desde donde se divisaba el mar. Líneas puras, sólo tres materiales y una fachada de tonos rojizos. Además, y ahí estuvo la clave, relataba que tenía una biblioteca que se hallaba literalmente colgada sobre el vacío, vertical al mar. Gracias a la descripción de la biblioteca y del tono rojizo de la fachada, conseguido mediante una técnica de oxidación con sulfato de hierro, dimos con el arquitecto, y con los dueños de la casa, que no era de Rodrigo, es decir, del doctor Wilson, sino de un matrimonio japonés. Wilson era el psiquiatra de la esposa, que le había prestado la casa en alguna ocasión. En la mente de Rodrigo, aquel escenario llegó a ser su hogar, el lugar donde planificaba los crímenes. Los dueños son los señores Shibata...

—Entendido...

—El marido, Kimio, es el presidente de la filial norteamericana de una empresa japonesa de mucho prestigio. Tienen dos hijos: un chico y una chica. El que aparece

en la fotografía es Kimio júnior. Y...

Jaime me cortó.

—Lo importante ahora es avisarle. A todas luces, es el siguiente. O quizá le toque a ese tal León, el tipo que aparece fumando...

—De él no tenemos dato alguno. Quizá por eso Rodrigo lo llama «la sombra». Pero al joven Kimio sí podemos localizarle...

—¿Los Shibata viven en Japón o en Norteamérica? —preguntó Joe.

—En Nueva York. Yo tengo los números de móvil tanto de Sarah como de Kimio. Hablé con ella la semana pasada. Inundó mi despacho de flores y globos cuando tomé posesión de mi cargo —añadió Lola, mientras enrojecía—, y yo les envié unas cintas de flamenco. Les gusta mucho la cultura española...

—De modo que puede contactar con ellos...

—Por supuesto... Pero antes deberíamos negociar algo...

—¿Negociar qué? —le pregunté. A veces, Lola me saca de mis casillas.

—Está claro que el asesinato de Elena Polvoskha tiene relación con la presa que la cámara no ha captado. Podría ser un gorila, lo cual supondría una ilegalidad, pero hemos de contemplar la posibilidad de que se tratara de algo peor...

—Un asesinato...

—Efectivamente. Y, en ese punto, nuestros intereses se dividen, y hemos de ir con pies de plomo... Lo que quiero decir es que, pese a ser jueza, no voy a llamarles como jueza sino como una amiga que quiere avisarlos de un peligro... Además, en su momento, me veré obligada a recomendarles que llamen a un buen abogado... Vosotros, que sois agentes de la autoridad, os veréis forzados a tomar las medidas oportunas. Por eso debemos estar de acuerdo en que lo prioritario no son tanto las repercusiones penales del hecho como la integridad del muchacho. ¿Es así?

Tanto Joe como yo acatamos lo que decía.

—Llamaré ahora mismo. Recemos para que estén en casa.

Sarah Shibata estaba en casa. En el momento en que llamamos, estaba recibiendo una lección de guitarra española. Seguro que el paciente y heroico profesor cobraba elevados estipendios. Lo intuyo porque la he escuchado cantar y tocar. Enseñar a una mujer que tiene una tabla rasa por oído (así lo confiesa hasta su propio marido) a rasgar las cuerdas de un instrumento tan pasional como la guitarra debe de ser un tormento. El mayordomo, que aseguró en primera instancia que la señora había ordenado que no la molestaran, se avino de inmediato a avisarla al saber quién la llamaba. Conecté el altavoz.

—¡Querida Lola, qué alegría oírte! Me llegó la cinta que enviaste: ¡espléndida! ¿Qué tal en el nuevo Tribunal? ¿Y cómo está tu guapo marido?

—Todo bien, Sarah. Y, respecto a Jaime, está aquí, a mi lado. En Boston...

—¡Estáis en Boston! ¡Qué cerca! No os perdonaré que dejéis de venir a vernos. ¡Qué pena de nevada! Podríamos haber ido de excursión... ¡Me encantan las excursiones!

Lola se cansó de palabrerías y pasó a la acción. No había tiempo que perder.

—Tenemos que hablar, Sarah. Es importante...

Al otro lado del hilo telefónico se oyó un ligero suspiro. Luego, una voz que había perdido la amabilidad.

—Del doctor Ross, supongo. Cuando te pones tan seria siempre es por él. ¿En qué lío se ha metido esta vez?

—Podemos conversar acerca de él, si quieres. Pero, sobre todo, querríamos hablar de tu hijo... De Kimio.

—¡Ah, Kimio, qué monada de hijo! Está en Japón; pasa un semestre allí, en la Universidad de Tokio. Es un buen centro... ¿Y por qué quieres hablar de Kimio? ¿Qué es lo que ocurre?

—Sería preferible que lo hablásemos personalmente. Salimos hacia tu casa. ¿Tu marido está en la ciudad?

—Sí, ha ido al despacho, temprano. Le dije que era mejor que se quedase, Nueva York está completamente blanca, pero no me hizo caso...

—Aquí también ha caído una buena nevada, pero las carreteras están limpias. ¿Por qué no le avisas y hablamos todos juntos? Es importante que estéis los dos.

—Me estás asustando, Lola.

—No es ésa mi intención. Charlamos cuando estemos todos juntos. He de advertirte que quizá lleguemos tarde... Con este tiempo, las cuatro horas previstas por el GPS pueden convertirse en seis.

—Si es tan importante, Lola, envió el avión a buscaros. Puede acercarse hasta alguno de los aeropuertos de Boston.

Lola nos miró y todos asentimos.

—¡Eso sería estupendo, Sarah! La verdad es que la cuestión lo merece.

Tras las nuevas, Joe ordenó recoger nuestros equipajes y llevarlos al aeropuerto para que pudiéramos asearnos y cambiarnos de ropa. A mí me daba más o menos lo mismo, pero Lola y Jaime lo agradecieron vivamente. La lavandería del Faculty Club se había esmerado con él. Le habían preparado un traje gris, una camisa azul y una corbata. Y, aunque le sobraba tela por todas partes, volvió a ser él. El doctor Garache, un *gentleman*. Lola regresó del cuarto de baño vestida con un traje pantalón negro y una camisa blanca con chorreras. Al pasar, me llegó su olor: Dior. Se sentó un instante a mi lado, pero evitó tocarme, cosa que sí hubiera hecho unas semanas antes.

Permanecí en silencio. Buscaba las palabras oportunas porque las que hubiera querido decir no lo eran. Finalmente susurré:

—Me gusta tu traje, señorita.

—A mí también. Es una delicia cambiarse de ropa. ¡Una ducha hubiera sido aproximarse al cielo! Por cierto, me han llamado del Supremo. Me esperan: he de volver. Me han reservado pasaje en el vuelo de mañana por la noche. Me temo que tendréis que seguir sin mí.

—¿Y por qué tanta prisa? Acaban de nombrarte.

—La Sala 61 necesita pronunciarse. Corre prisa... y tengo que estudiar muchos indicios antes de poder dar una opinión.

—¿Jaime va contigo?

—No. Se quedará para lo que necesitéis y para apoyar a los Shibata. Te está muy agradecido por lo que has hecho. Yo no. Me has chantajeado, has jugado conmigo y me has tratado como una mercancía barata. Estamos en paz.

Me gusta mirar por la ventanilla cuando aterrizo. No soy el único; mucha gente realiza el mismo gesto, la mayoría por miedo, aunque el aterrizaje no es la maniobra más peligrosa de un vuelo. En mi caso, el riesgo no es lo que me mueve a hacerlo. Se trata, más bien, de curiosidad; perplejidad, quizá. Llama mi atención la vuelta a una realidad que, a 8000 metros de altitud, se me antoja objetivamente absurda. Cuando las casas son puntos, las personas parecen pequeñas células y la sociedad queda tapada por las nubes, el placer, el talento, las condecoraciones y el aprecio social adquieren una importancia distinta. La vanidad aparece como vanidad y la gilipollez como gilipollez. Pero, en cuanto te acercas a tierra y recuperas la perspectiva del suelo, todo ese latir, esos deseos de ser alguien, esas irresistibles ganas de correr hacia ningún sitio retornan como una contracción involuntaria.

Por eso, porque estaba mirando por la ventanilla, me percaté de la presencia de una limusina negra, desmesurada como todas las limusinas, plantada en un lateral de la pista de aterrizaje. Apenas las ruedas del avión rozaron el asfalto, el ocupante del vehículo descendió. A aquella distancia no pude captar sus rasgos, pero sí noté que llevaba traje, pero no abrigo, y que le faltaba la gorra característica de los chóferes de limusina.

El aeroplano dio la vuelta, aminoró la velocidad y se detuvo a pocos metros de nuestro transporte. La azafata, una señora muy amable, entrada en años y carnes, hizo descender la pasarela y abandonamos el avión. El viento, que crecía por momentos, alborotaba la nieve almacenada en la vera de la pista y espesaba el ambiente. Recuerdo que me costaba respirar. Supongo que la pipa tendrá también algo que ver, aunque lo primero que hice al tocar tierra fue sacar mi cachimba y prenderla. O, más bien, intentarlo, porque con la ventisca sólo pude obtener un amago de humo gris.

El hombre que nos esperaba abrió la puerta trasera izquierda, que era la que nos quedaba más próxima. Cuando nos acercamos, nos saludó con un conciso movimiento de cabeza y un par de frases. Dijo llamarse Rikuto Itoo y estar al servicio de los Shibata. En ningún momento se presentó como el chófer de la familia, lo que, unido a la ausencia de la típica gorra (y a que no subió el cristal de separación), me hizo pensar que más bien se trataba de un hombre de confianza de la casa, del que habían echado mano debido a la urgencia. Itoo poseía marcados rasgos orientales (ojos achinados; cabellos lacios, oscuros pero entreverados de canas, y tez amarillenta), pero su complexión se aproximaba a los patrones occidentales. Y, además, como notó Lola, no estaba mal del todo, incluso para su edad, que calculé en casi sesenta y cinco. En realidad no se le parecía en absoluto, pero al verlo recordé la

figura del capitán de los guerreros rebeldes en *El último samurái*. Al entrar en el coche noté que la mirada de Itoo se desviaba levemente hacia Lola para, rápidamente, rectificar.

En el interior del vehículo, y pese a lo que pensara mi antiguo supervisor de la Interpol, pudimos comprobar cómo el dinero hace la vida más fácil. La temperatura era de veintidós grados (al menos, eso decía el termómetro incrustado en una de las maderas nobles que cubrían los laterales del vehículo). El bar estaba surtido y, a las bebidas frías, se les sumaban café y chocolate caliente, conservados en sendos termos. Me apunté a este último, al que disimuladamente añadí un toque de coñac (una proporción de sesenta por cuarenta, más o menos, en la que perdió el chocolate). Y, antes de que Lola pudiera protestar, saqué la cachimba y la encendí. Sorprendentemente, no dijo nada, de modo que Joe me imitó y encendió un pitillo. La queja de Itoo se limitó a una suave tosecilla.

—¿Cómo está la señora Shibata, Itoo? —le preguntó Lola, que ya se había aprendido su apellido (los japoneses emplean más el apellido que el nombre de pila). Mientras esperaba la respuesta, retiró con grandes aspavientos el humo que la rodeaba.

—Bien, señorita, aunque preocupada. La urgencia de su visita y la procedencia de sus acompañantes la han alterado. Espera impaciente.

—¿El señor Shibata ha vuelto a casa?

—Cuando llegemos estará allí con toda probabilidad. La cocinera ha preparado la cena, y también se ha dispuesto un cuarto de invitados para usted y su marido, y otro para los señores policías.

—No deberían haberse molestado —respondió Lola.

—Tampoco por nosotros —recalcó Joe.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —intervino Jaime. Se le veía agotado e incómodo.

—Unos veinte minutos, más o menos, señor. Por favor, pónganse cómodos. ¿Les apetece escuchar algo de música?

Uno por otro, ninguno contestamos. Itoo volvió a su silencio, y nosotros al nuestro. El mío, enganchado a mi impenitente vicio. Pienso mejor con la pipa entre los dientes. El humo caliente me abre las neuronas, me despeja, me ayuda a concentrarme y a sacar lo mejor de mí. Y, en aquel momento, lo necesitábamos.

Teníamos que informar a Sarah y a Kimio de que su hijo corría peligro, un peligro extremo; alguien buscaba darle muerte y, para hacerlo, había ideado un plan casi perfecto. Abatidos por aquella inquietud, meditabundos, llorosos, tardarían en reaccionar, pero finalmente lo harían. Porque estaban abocados a formular la pregunta del millón; una pregunta tan pertinente como inexcusable: ¿por qué? ¿Quién desea matar a un joven en la flor de la vida, un chico alegre a punto de culminar una exitosa carrera en la más reputada universidad del mundo? ¿Qué calenturientos motivos llevarían a alguien (un loco, sin duda) a segar aquella risa, el brillo de

aquellos ojos curiosos, con esa pizca de picardía que da haber comenzado a ver mundo? Pese a todos sus éxitos, Kimio júnior no era más que un chiquillo asustado, un candidato a algo que no sabía todavía qué era. Un proyecto, un chaval ordinario con una gruesa cartera.

Entonces, cuando formularsen esa pregunta, tendríamos que tragar saliva y encomendarnos secretamente a los dioses, porque estábamos obligados a informar a aquellos padres de que su hijito, que hacía tan poco gateaba por entre los sofás del salón, había crecido hasta hacerse un hombre; y no uno cualquiera. Y nos veríamos obligados a decirles lo que nunca hubieran querido oír: la verdad.

El último sol de la tarde nos recibió en Nueva York, aunque la Gran Manzana no lo necesitaba. Ella tiene su luz propia, una ingente cantidad de vatios que pintan por igual el día y la noche. Por más veces que visite ese trozo de mundo, no deja de maravillarme: marciano, extraño; innovador, pero terriblemente primitivo. Rascacielos y ratas. Oro y orines.

La limusina nos dejó en la entrada cubierta de un edificio. El portero, uniformado con clase (sombbrero incluido), sujetaba ya la puerta cuando descendimos. Cada uno de nosotros arrastraba su propia maleta, de modo que al pobre hombre le costó atendernos. Cogió, eso sí, el equipaje de Lola y salió corriendo para llamar al ascensor, gobernado por un muchacho con granos en la cara. Sonriente, pero sin mediar palabra, apretó la tecla estampada con el número veintiséis.

La cabina era inmensa. Los techos y las paredes estaban íntegramente forrados en madera (creo que era caoba, al menos ése era el color), a excepción de un gran espejo en uno de los laterales; al fondo, un sofá de color crudo, con dos pequeñas ménsulas que sujetaban sendas lamparitas, y un cuadro abstracto. Recuerdo que pensé en la estupidez de los ricos (medio ricos, para no olvidar la campana de Gauss), porque el trayecto fue rapidísimo: apenas tardamos unos segundos.

Cuando el ascensor abrió las puertas, con una suavidad envidiable, nos hallamos en un vestíbulo amueblado con gusto; en medio, una joven de rasgos orientales, vestida con un quimono negro con borde blanco que le llegaba a los pies. Al ver aquello sentí ese cosquilleo en la nuca, mezcla de adrenalina y cansancio, y me repetí a mí mismo que riqueza y honor no tienen por qué ir unidos. El caso en que trabajábamos indicaba, más bien, lo contrario.

Con varias inclinaciones de cabeza y un par de frases en perfecto inglés, la doncella nos hizo pasar.

—La señora aguarda en el salón. ¿Prefieren que les muestre primero sus aposentos o se presentarán directamente ante ella?

Todos estuvimos de acuerdo. Abandonamos el equipaje y la seguimos.

A diferencia de Elena Polvoskha, los Shibata tienen un gusto exquisito. Minimalista, la decoración estaba cuidada a la perfección, sin estridencias. Tonos claros, sobre los que destacaban maravillosamente varias antigüedades japonesas y europeas. De hecho, el bargueño de la entrada resultaba excepcional. Noté que también Lola detenía en él la mirada: ambos compartimos esa predilección que, en mi caso, se limita a disfrutar viendo lo que otros poseen. Mis rentas no dan más que para imitaciones, lo que no significa necesariamente vulgaridad.

Una Sarah con gesto serio y cargada de hombros nos esperaba en el salón, una amplia estancia a dos alturas dotada de tres juegos de sofás. Sentada en una butaca orejera, ojeaba una revista. Se levantó nada más vernos. Hizo esfuerzos para aparentar naturalidad, y casi lo consiguió. Nunca he comprendido esa manía tan británica que tiene la clase alta de tratar de ocultar sus sentimientos, errores o emociones.

—¡Ah, queridos amigos! Inspector... Lola, ¡qué delgada estás, tienes un aspecto estupendo! Aunque se te ve cansada.

Lola correspondió como se suponía que debía hacerlo. Sabe bien cuáles son las reglas de la cortesía, esas que yo desconozco por completo y que, de conocerlas, no aceptaría.

—¡Qué maravilla de vista, Sarah, y qué tranquilidad! No diré que es mejor que Santorini porque no sería cierto. Sólo es distinto e igual de magnífico.

La mujer asintió con poco entusiasmo.

—Es verdad, pero a todo te acostumbras y, entonces, dejas de apreciarlo. Yo, muchos días, ni siquiera miro la ciudad. ¿Y dónde está Jaime? ¿No ha venido contigo?

—Estoy aquí, Sarah. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? ¿Dónde anda el hipocondríaco de tu marido? Seguro que quiere hacerme alguna consulta médica.

En ese momento entraba Kimio Shibata.

—¡Aquí estoy, querido doctor!

Ambos se fundieron en un abrazo. Luego Kimio se acercó a mí y me apretó efusivamente la mano.

—¡Cuánto me alegra verte, Juan! ¿Qué te ha pasado en la nariz? ¡Parece un pimiento!

—Un estúpido golpe. Yo también me alegro de verte...

Se separó un par de pasos y, como retándome, añadió:

—Espero que no estés aquí por algo oficial.

—Me temo que estoy a caballo entre el trabajo y el placer, Kimio —contesté, sorprendido de mí mismo. No soy dado a estas florituras. Se ve que todo se pega—. Éste es mi colega, el inspector Joe Lombardo.

—Pues si es algo oficial, sugiero que cenemos primero. Estoy muerto de hambre. ¿Te parece bien, cariño?

Sarah aceptó de buena gana. Intentaba mantener la sonrisa y la compostura, pero la tensión podía cortarse. Por un momento, pensé que ellos estaban al tanto de todo, aunque luego me dije que debía de tratarse de los diferentes caracteres o tipos de educación. Si a mí me hubieran mencionado algo sobre mi hijo primogénito del modo en que nosotros lo habíamos hecho, con tanta urgencia y tanto misterio, lo último que desearía sería cenar. Iría directamente al grano. Pero, claro, yo estoy en la esquina izquierda de la campana de Gauss, con los pobres. O, al menos, con los pobres

ignorantes, que desconocen las costumbres de los ricos. De modo que cenamos hablando de banalidades, sobre todo de los detalles de la toma de posesión de Lola. He de decir que fue una buena cena, aunque es fácil complacerme: me encanta la comida oriental, especialmente la tailandesa.

La verdadera conversación comenzó tras los postres, con el café, y para mi alegría, el coñac. Todos notamos la inquietud en el tono de Kimio cuando se decidió a hablar. De hecho, su nerviosismo le traicionó y le impidió acabar la frase.

—Lola, Juan, querido Jaime... Sarah me ha dicho que habéis preguntado por nuestro hijo. La urgencia está a la vista, habéis venido sin dilación alguna. Podéis decirnos... Podéis... Por favor...

Los tres nos miramos, sin decidir quién debía iniciar aquella desagradable conversación. Finalmente, Lola comenzó, pero no de la forma en que yo esperaba.

—Sarah, Kimio... Si estamos aquí, si os hemos importunado con tan poca cortesía, es porque creemos que vuestro hijo puede estar en peligro...

—¿En peligro? ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con su estancia en Japón?

—Nada en absoluto, Kimio. De hecho, hasta hace un rato no sabíamos que estaba allí.

—Pasa un semestre en la Universidad de Tokio... —Kimio se detuvo. Parecía reflexionar. Cerró los ojos. Luego, los abrió decidido—. Perdonadme que sea tan directo, pero no entiendo nada. ¿Podéis explicarme cuál es vuestra conexión?... En fin, lo que quiero saber es por qué estáis aquí. No tenéis ninguna relación con mi hijo. Es más, creo que ni le conocéis. El único nombre que me viene a la cabeza es el del psiquiatra de Sarah, el doctor Ross, al que debemos agradecer que nos hiciera coincidir en Santorini. Espero que este asunto no tenga que ver con él. Que yo sepa, está en la cárcel...

—En un psiquiátrico, Kimio, que no es lo mismo.

—Está encerrado, Sarah, ¿qué más dará dónde?

Lola trató de terciar. Lo último que necesitábamos en ese momento era una riña marital.

—Lo cierto, Kimio, es que todo este asunto resulta difícil de explicar. Creo que el agente Lombardo, que es quien dirige esta investigación preliminar, es el más indicado para ponerlos en antecedentes...

Joe, que permanecía ensimismado viendo cómo el líquido ambarino giraba ante el impulso de su mano, dio un respingo. Se incorporó y se colocó casi al borde de la silla, aunque permaneció en silencio.

—Agente Lombardo... —le interpeló Kimio.

Joe carraspeó y dijo:

—De acuerdo, les expondré los hechos. En los últimos meses se han producido varias muertes, accidentes mortales a primera vista. Los fallecidos compartían un

rasgo poco común: eran inmensamente ricos. Se trata de los señores Vadertucci, canadiense de origen argentino; Thomas Rodrick, norteamericano; Tashi Tanizaki, japonés...

Kimio le interrumpió. En su tono sólo había extrañeza.

—No conocemos a los dos primeros, pero sí a Tanizaki. Es... era amigo nuestro. Amigo personal y muy querido. Sentimos mucho su pérdida y asistimos apenados a su despedida, allá en Nagasaki. Tiene que estar confundido, porque su muerte se debió a una infortunada enfermedad.

Lola me lanzó una mirada furtiva. Las piezas empezaban a encajar. Joe continuó como si no le hubieran interrumpido.

—El cuarto es cuarta: Elena Polvoskha, de origen ruso...

—No la conocemos tampoco —aseguró Kimio—. ¿Podemos entrar ya en materia, inspector?

—Eso intento, señor Shibata, pero me interrumpe usted a cada paso.

—¡Perdone, tiene razón! Siga, por favor...

—Como les decía, estas cuatro muertes desconectadas entre sí pasaron por accidentes...

Kimio volvió a la carga.

—La de mi amigo lo fue. Puede preguntar al doctor Garache, aquí presente. Él le informará de que la depresión es una enfermedad. Quiero decir que un suicidio puede y debe entenderse como una muerte natural, o como un accidente mental, el desenlace de una enfermedad...

—No se suicidó, señor Shibata.

—¿Cómo que no? ¡Estuvimos en su funeral! —protestó Sarah—. Creo que están buscando tres pies al gato...

—Tashi Tanizaki era zurdo. Lo esperable en un zurdo es una herida en la cara anterior de la muñeca derecha con mayor profundidad en el borde externo y menor en el interno. No fue eso lo que ocurrió. El corte en su muñeca fue realizado por alguien diestro.

—¡Pero no es posible! ¿Quién? ¿Por qué? ¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? Con Kimio, más bien, porque has dicho que era él quien estaba en peligro... Y también con usted, inspector..., porque esa pregunta no me la ha contestado.

Joe se humedeció los labios. Empezaba a irritarse con tantas interrupciones. Trató de serenarse, pero le conozco lo suficiente para saber que, de seguir así, pegaría un puñetazo en la mesa.

—Estoy tratando de explicárselo paso a paso para que lo entiendan, ¿de acuerdo?

Sarah y Kimio asintieron.

Joe se tomó su tiempo. Kimio se levantó decidido, se acercó a una de las estanterías lacadas en blanco que teníamos a nuestra espalda, cogió una caja de madera y la acercó a la mesa.

—Espero que no te moleste el humo, Lola. Necesito fumar...

—Estás en tu casa —recibió como respuesta.

Kimio nos ofreció un puro. Joe no lo aceptó; yo, tampoco. Él sacó su paquete de cigarrillos, prendió uno y, después de darle dos caladas atropelladas, lo aplastó en el cenicero. Yo aproveché para hurgar en mis bolsillos y dar con la cachimba. Necesitaba una limpieza urgente. Los restos del tabaco y la combustión suelen pegarse en la cazoleta y producen mal sabor. Sin embargo, no parecía el momento más oportuno para ponerme a limpiarla, de modo que la llené de tabaco y la encendí.

Joe continuó.

—Hasta el momento, he omitido un dato esencial: no hemos sido nosotros los que hemos contextualizado esos crímenes. Las noticias, al menos las iniciales, han llegado a nuestras manos por una sucesión de cartas del doctor Marc Ross i Roví, escritas desde su celda bajo la identidad de Rodrigo...

—¡Pero ese tío está loco, no se le puede hacer caso!

—Señor Shibata, por favor, le ruego que me permita terminar. Sus muchas protestas no van a cambiar lo sucedido, porque no se trata de hipótesis o de ideas, sino de hechos. Rodrigo ha ido anticipándose a cada uno de los crímenes, cuatro hasta el momento. Pero en su última misiva, fechada ayer, asegura que habrá cinco. Creemos que ese quinto sujeto puede ser su hijo Kimio...

—¿Y cómo han llegado a ese absurdo convencimiento? ¡Lleva todo el semestre en Tokio!

—Los asesinatos han tenido lugar en distintas partes del globo, señora Shibata. Estar en Japón no le libra del peligro...

Tras el reproche de Joe, Kimio parecía haberse encerrado en un extraño mutismo. Mantenía los ojos entornados y fumaba el habano con avidez. De pronto, pareció despertar. Sus ojos brillaban. Había encontrado alguna razón que desmentía lo que oía.

—Inspector, mi hijo no es más que un chaval. Me refiero a que no es rico. Heredará parte de mi fortuna, pero nunca se acercará, ni de lejos, a la de Tashi Tanizaki. Como ustedes dicen, no da el perfil...

—Todas las pistas apuntan hacia él.

—¿Y en qué se basan? ¿De dónde proceden esas pistas? ¡No puedo siquiera imaginármelo! —insistió Sarah.

Lola reaccionó, no sin ciertas dudas al principio. Abrió su bolso, sacó el sobre que contenía la fotografía encontrada en el domicilio de Elena Polvoskha y se lo entregó a Sarah. Ella se lo pasó sin mirarlo, casi sin rozarlo, a su marido.

—¡Ábrelo tú, Kimio, a mí me va a dar un ataque!

Kimio sacó la fotografía y la observó. Sarah acabó por abandonar el sillón y correr a su lado. Se volcó sobre él hasta hacerle tambalear. Tras observar la imagen unos instantes, el hombre volvió a la carga.

—Mi hijo fue algunas veces de cacería con nuestro amigo Tanizaki. No tenía hijos, y no le gustaba ir solo. Kimio era su ahijado preferido. A mí también me

invitaba, pero no me gusta ese deporte. Me ponen enfermo la sangre y el olor... —Le devolvió la fotografía—. Dime una cosa, Lola, ¿por qué nos enseñas esto?

Lola se adelantó hasta quedar sentada, casi suspendida, en la esquina del asiento. Habló en un tono suave pero austero: hechos, nada más que hechos.

—En esa fotografía hay seis personas. Habéis podido ver a Kimio júnior agachado, a la derecha. Junto a él, a su izquierda, el guía de la expedición, un tal León, sin apellido. Las cuatro personas que están de pie han muerto. La situada en la cuarta posición empezando por la izquierda es vuestro amigo Tanizaki. El resto de los nombres los acaba de citar el inspector Lombardo.

—¿Y esa fotografía qué prueba? No es más que una muestra de que fueron juntos a cazar.

—Es mucho más que eso: es un punto que une todos los asesinatos, un motivo, un patrón. Además, Rodrigo asegura que han de morir cinco: Kimio podría ser el siguiente —insistí yo; finalmente había entrado en la conversación.

—Pero hay seis personas, podría tratarse de ese otro, del rubio que está agachado. Creo que has dicho que se trataba del guía.

—En realidad, Rodrigo dice «cinco más la sombra». Creemos que la sombra podría ser León, el guía, aunque no estamos seguros. De ser así, vuestro hijo sería el número cinco.

—¡Es completamente absurdo. Es... es...! ¡Kimio, diles que no tiene ni pies ni cabeza! ¡No voy a aceptarlo!

La señal de alarma teñía ya el rostro del japonés.

—Lo siento, Sarah, creo que tienen razón. Si puede estar en peligro, aunque sea un peligro remoto, debemos tomar medidas... Llamar a la policía, ponerle un guardaespaldas...

—¿Tú también, Kimio? ¡Pero si está en Japón! Denunciaré a quien diga algo más... Llamaré a mis abogados y...

Kimio sujetó con fuerza la mano de su esposa. Si aquello supuso algo de alivio para su tensión, no lo demostró, pero al menos dejó de soltar amenazas.

—Sarah, tranquilízate. Es mejor pasarse que quedarse corto. Si le ponemos protección y no la requiere, no pasará nada. Pero si le ocurre algo y no hemos hecho lo que debíamos, no me lo perdonaría nunca... Inspector Lombardo, creo haber entendido lo que ocurre, al menos en la medida en que algo así puede comprenderse. Sin embargo, hay algo que no entiendo en absoluto...

«¡La pregunta! —me dije—. ¡Llega la hora de la verdad!». Esperaba estar dispuesto para la ocasión, pero temía que no fuera así. El coñac empezaba a hacerme efecto (había repetido un par de veces, ya he perdido el pudor) y a ello se le sumaba el cansancio. Contemplaba la escena como si estuviese en el cine. Un simple espectador. Sarah lloraba débilmente. Lola se mantenía erguida, rígida. En ningún momento hizo ademán de consolarla. Kimio tenía los ojos fijos en Joe, que sostenía la mirada mientras buscaba las palabras que le permitieran explicar lo inexplicable.

Jaime observaba a su esposa con gesto serio.

—Adelante, pregunte lo que quiera...

—Sólo dígame una cosa: ¿por qué?

Joe miró a Lola, que no perdió un segundo.

—No lo sabemos... con certeza.

La sorpresa me dejó frío. ¿Por qué no se lo había explicado?

—No me lo creo, querida Lola. Necesito la verdad. Seré capaz de asumirlo...

—Sobre ese punto sólo tenemos hipótesis.

—Me arriesgaré.

—De acuerdo, creemos que en esa cacería ocurrió algo... ilegal.

—¿Te refieres a caza furtiva?

—Podría expresarse así. Si te fijas, Kimio, la imagen se corta en la cintura de las dos personas agachadas. La pieza no se ve. Eso no es normal: en las cacerías se muestran los trofeos...

Kimio volvió a tomar la fotografía.

—Cierto. Y mi hijo tiene mala cara. No sonrío. Siempre lo hace: se cree muy guapo y muy fotogénico... ¿Estáis pensando en algún extremista defensor de los animales?

—No lo sabemos, pero creemos que es un tipo muy peligroso y que actúa con rapidez.

Joe aprovechó el momento.

—Señor Shibata, desde la Interpol podemos ponernos en contacto con la policía japonesa... Haremos que lo traigan de vuelta lo antes posible.

—¡Ni hablar! —protestó Sarah—. Si hacemos eso, terminarán metiéndole en la cárcel por cazar focas...

—Pero, mujer, son gente muy competente y se trata de un tema de seguridad...

—¡He dicho que no! Estoy segura de que no está en peligro. Lo van a asustar, y también a sus amigos. No quiero que la policía vaya a buscarlo.

—Lo harán con discreción, Sarah... —insistí. No podía comprender su cerrazón—. Y no te preocupes por lo de las focas... Diremos que ha recibido amenazas y que deben protegerlo hasta que llegue a casa.

—¡No, no y no!

—Le llamaremos por teléfono para avisarle. Estoy seguro de que no pondrá tantas pegadas como dices... Nuestro hijo es un chico sensato, Sarah. Y, bueno..., no le veo haciendo nada ilegal...

—¡Ni hablar, Kimio! Si te quedas más tranquilo, enviaré a Itoo. Le pediré que no se separe de él ni a sol ni a sombra... Y seguirá con sus estudios. Está en plenos exámenes...

Kimio se quedó pensativo un instante, y yo aproveché para preguntar.

—¿Itoo es la persona que conducía el coche que nos trajo desde el aeropuerto?

—El mismo, pero no es un chófer. Es, más bien, nuestro guardaespaldas

particular. Lleva en mi casa desde siempre —explicó Sarah— y tiene formación militar. Vino con nosotros cuando me casé. Su padre era el guardaespaldas de mi padre. Irá Itoo. Saldrá esta misma noche. Kimio, por favor, haz sonar la campanilla. Hablaremos con él.

Esperamos en silencio, un silencio tan denso como incómodo. Yo seguía con la cachimba en la boca, pensando que había algo que no me cuadraba. Desde que había visto aquella fotografía, una duda lacerante rondaba mi cabeza. Más preciso sería decir que se me había agarrado a las tripas y había despertado mi gastritis, que es lo que suele ocurrirme cuando me pongo nervioso. Luché conmigo mismo unos instantes, pero no logré arrancarme esa extraña garrapata interior, que se agudizaba cuando sorbía un traguito de mi copa de coñac.

Finalmente, estallé.

—Kimio, ¿puedo molestarte con una pregunta más? Me salgo un poco del guión, pero no acabo de comprenderlo. Y, cuando me ocurre algo así, no logro dormir.

—Por favor, Juan. No me molestas. Estáis aquí porque os preocupáis por la vida de mi hijo. Os lo agradezco infinitamente... ¿Cuál es tu pregunta?

Sentí por un instante la tentación de callármelo, de decir que no tenía importancia. No sabía si quería oír la respuesta. Pero la tentación perdió intensidad hasta evaporarse.

—Verás, Kimio, desde que vi esa fotografía... En fin, echo de menos a una persona.

—¿A quién?

—Al hombre que nos contó los detalles de esa cacería: el doctor Ross i Roví. ¿Por qué crees que no aparece? ¿Sería él quien tomó la fotografía?

—No creo. Estas cacerías son verdaderamente caras; prohibitivas, diría yo. El doctor no podía permitirse algo así. Kimio fue porque su padrino lo invitó. Pero a Ross no le conocía...

Miré a Lola, que me devolvió un gesto de incredulidad. Se incorporó.

—Pero entonces, Kimio, ¿cómo puede Ross conocer la lista de los asistentes y las piezas que cobraron? Describe los hechos con todo lujo de detalles —argumentó Lola.

—Para esa pregunta no tengo respuesta, querida amiga —confesó Kimio.

—Puede que yo sí —dijo Jaime, que había estado especialmente callado.

—Ah, ¿sí?

—Pensadlo un momento... Para mí, únicamente cabe una opción: que Ross conociera los detalles porque alguno de los que asistieron se lo contara. Estoy seguro de que uno de esos cinco es, o era, paciente del doctor.

Kimio miró a su esposa.

—¿Fue Kimio a ver al doctor Ross, Sarah?

Ella bajó la mirada e hizo como si se buscara algún padraastro.

—¡Sarah!

—¡De acuerdo, no hace falta que grites! La respuesta es sí: estaba deprimido y lo llevé a su consulta. Estuvo un par de meses visitándole. Cuando se encontró mejor lo dejó.

—¿Y por qué no me lo habías contado?

—Porque conozco lo que opinas sobre los psiquiatras, por eso...

En aquel momento, Ito entró en la habitación.

No consigo desprenderme fácilmente de las primeras impresiones, aunque sé que, a veces, engañan. Me dejo llevar más de lo que quisiera por ese impacto primigenio que los sentimientos, la mirada, la risa o incluso los andares de la persona despiertan en mí. Siento especial debilidad por los ojos y por la voz.

De Itoo no me gustó el tono, correcto pero con un punto de desdén, cuando me denominó «señor». Pareció decirme que no merecía el calificativo. Y, de hecho, no volvió a emplearlo y pasó a llamarme «inspector». Tampoco me gustó su mirada, gélida. Sus ojos eran fríos. Impenetrables e inquisitivos, como hielo negro, aunque en un descuido me pareció leer en ellos un ápice de rabia.

Reconozco que en ningún momento se mostró insolente. Por el contrario, su actitud fue pulcra, como su traje gris, y ceremoniosa, acorde con sus raíces orientales. No esperaba de él ni servilismo (ya he dicho que me había dado cuenta desde el principio de que no era el chófer de la familia) ni tampoco familiaridad, lo que hubiera resultado impropio.

Sarah Shibata no permitió que su marido abriera la boca, como si aquel hombre fuera exclusivamente de su propiedad. Fue ella la que le explicó los hechos. Curiosamente, lo hizo con todo lujo de detalles, algo extraño tratándose simplemente de un empleado.

—De modo, Itoo, que queremos que vayas a Tokio y no te separes de él ni a sol ni a sombra. Protestaré, pero no hagas caso. Dile que es una orden de su padre y que, en todo caso, mañana le llamaremos por teléfono. Prepárate. Sal en cuanto el avión esté listo. Quiero que sepas que no existen pruebas inculpatorias contra Kimio, ninguna. Se trata, simple y llanamente, de una fotografía.

Como respuesta obtuvo una leve inclinación de cabeza. Sin embargo, a mí escucharla me sorprendió, y no pude menos que aclarar la situación.

—Creo, querida Sarah, que no lo has comprendido bien. A Kimio no se le considera sospechoso de esas cuatro muertes. Lo que pretendemos es que su nombre no engrosé la lista.

—Ya lo había entendido, Juan.

—Pues no lo parece cuando mencionas las pruebas inculpatorias...

—¡No es más que una forma de hablar! —dijo, al tiempo que suavizaba ostensiblemente el tono de voz—. En fin, Itoo, ya puedes retirarte. No te retrases.

Lola se levantó.

—Creo que todos deberíamos hacer lo mismo. Es muy tarde. Yo, al menos, estoy rendida. Estoy acusando la diferencia horaria...

La propuesta se aceptó por unanimidad. Sarah hizo sonar la campanilla de plata y apareció la joven vestida con el quimono negro, que se ofreció a acompañarnos hasta nuestros respectivos aposentos. Nos despedimos. De hecho, nos besamos de nuevo como si no nos hubiéramos visto en años ni hubiéramos hablado de cosas tan desagradables (otro síntoma de que aquella familia estaba en uno de los extremos de la campana de Gauss). Después seguimos a la joven. La seda de su vestido producía un curioso susurro, que me hizo gracia.

Una vez en el pasillo me acerqué a Lola y le dije al oído:

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué? Pues de todo esto. ¿Por qué razón no les has dicho la verdad? Antes o después tendrán que enterarse, por muy desagradable que sea la noticia.

—No se lo he dicho porque no tenemos ninguna certeza. ¡Sí, no me mires así! Es sólo una hipótesis, no lo sabemos con exactitud. De hecho, ya has visto la respuesta a tu pregunta: Wilson nunca estuvo en esa cacería. ¿Cómo sabe que mataron a un negro?

—No estoy de acuerdo.

—Pues ése es tu problema.

La cama era dura; la almohada, blanda. Aun así, dormí ocho horas de un tirón, todo un logro, ya que suelo despertarme varias veces durante la noche. La ducha (un modelo modernísimo, que lanzaba chorros con olor a jazmín por todo el cuerpo) fue inconfesablemente larga. Después abandoné el dormitorio, dispuesto a explorar el entorno. No conozco las costumbres de los orientales. Tampoco sabía si los demás seguían dormidos o se habían levantado, pero fue mucho más fácil de lo que había previsto: al abrir la puerta me llegó el olor del café. Sólo hube de seguir su estela, que me llevó hasta un agradable comedor decorado en tonos verdes.

La luz entraba a raudales por el enorme ventanal. Hacía sol y reinaba una extraña quietud, como si todo lo ocurrido el día anterior no fuera más que un mal recuerdo. Las cortinas estaban recogidas y se podía ver la ciudad, completamente nevada y tan impresionante como siempre. El matrimonio Garache y Joe estaban sentados a la mesa dando cuenta de un desayuno continental. Me sumé agradecido. Recuerdo que habían puesto alguna especia desconocida en los huevos, que estaban muy jugosos.

No hablamos mucho durante el desayuno. Me comentaron que Kimio había tenido que salir temprano y que la doncella nos había presentado sus excusas. Sarah tenía clase de algo y también se había ausentado. Aun así, como si las paredes pudieran oírnos, nos limitamos a comentar la mejora del tiempo y la belleza de las vistas. Luego cogimos nuestros respectivos equipajes y nos marchamos.

El chófer (esta vez sí que era el chófer) se ofreció a acercarnos a donde quisiéramos. Se lo agradecemos, pero rehusamos. Queríamos salir de aquel ambiente y tomar el aire. Ya en la calle, nos dimos cuenta del error. La nieve se veía bonita con el reflejo del sol, pero no dejaba de ser nieve: frío e incomodidad. Joe nos dijo que podíamos refugiarnos en las instalaciones de su equipo, pero preferimos buscar un lugar neutral donde poder hablar con libertad. Finalmente, acabamos sentados en el Starbucks más cercano (apenas a una manzana de distancia). Son locales caros, pero a mí me encanta su café. Y su ambiente. Y eso que aquel día ni el lugar más hospitalario hubiera logrado alegrarnos las caras.

Confieso que me hallaba completamente perdido, perplejo. Por las caras que observé, me di cuenta de que no era el único. No sé lo que pensaban los demás, pero a mí que Wilson no hubiera asistido a la cacería me había dejado desconcertado. Lo había descrito todo con tanta precisión, con tanta contundencia, con tal lujo de detalles, que había logrado engañarnos. Y no era la primera vez: cuando empezó a matar, nos habíamos tragado sin dudarle que elegía los escenarios de los crímenes señalando con los ojos cerrados un mapamundi. Sin embargo, en realidad

aprovechaba los congresos de psiquiatría en los que participaba para cometer sus crímenes. Era, desde luego, un mentiroso muy convincente. ¿Y si Lola tuviera razón y Rodrigo estuviera empleando sus nuevas mentiras para llevarnos a su terreno? De hecho, visto con perspectiva, parecía habernos guiado como hace un pastor con sus ovejas. Con sus cartas nos había forzado primero a ir a verle y, una vez que lo había conseguido, nos había arrastrado hasta la casa de Elena Polvoskha, donde habíamos hallado la famosa fotografía. A través de ella habíamos dado con el joven Kimio.

Mientras saboreaba mi *cappuccino* en silencio me detuve a pensar por qué Rodrigo hacía lo que hacía. Y para mi desgracia me di cuenta de lo lejos que estaba de saberlo. Traté de ordenar los datos con los que contábamos. En realidad, no eran muchos. Lo único seguro era la muerte de las cuatro personas que aparecían de pie en esa fotografía, muertes que en absoluto eran accidentales. En ocasiones, entre un suicidio y un asesinato, o entre un accidente fortuito y un crimen, media una línea finísima. Pero, en aquel caso, los informes forenses resultaban concluyentes: aquellas cuatro personas habían muerto asesinadas. Y aunque, al menos en el primer caso, una bomba puede ponerse con antelación y detonarse con control remoto, en los otros tres casos el asesino había tenido que estar presente para cometer los crímenes... Y las víctimas se habían puesto voluntariamente en manos de su asesino. Todos disponían de sistemas de seguridad de última generación, pero no habían servido para nada. La mujer rusa incluso había desconectado las cámaras, echado a los criados y abierto personalmente la puerta a quien le daría muerte...

Estuve unos segundos pensando en ello, no muchos, porque sólo cabía una explicación: las víctimas conocían a su asesino. Todos los muertos eran ricos y poderosos, lo que significaba que sabían del peligro de que alguien los secuestrase y, por tanto, tendrían las espaldas bien cubiertas. Además, mucha gente los acosaría con peticiones de dinero para fundaciones, obras benéficas o contribuciones políticas. Estarían invitándolos permanentemente a impartir conferencias, a visitar universidades o a cenas de compromiso... Seguro que protegían celosamente su privacidad y, por ejemplo, sólo los más allegados tenían su número de móvil. En suma, que no debería ser fácil llegar hasta ellos y concertar una cita sin testigos. Sin embargo, en tres de los cuatro casos, el asesino había localizado a su víctima y, sorteando las casi inexpugnables barreras de seguridad, había conseguido que le recibiera en el más estricto secreto.

No había duda, se conocían y había un motivo... Porque conocer a la persona que te visita no hace que apagues las cámaras de seguridad, salvo que tengas una razón de peso. Algo que te empuje a mantener el secreto y a evitar que quede constancia de esa reunión... Reconozco que en lo primero que pensé fue en un chantaje, pero enseguida me di cuenta de que debía descartar esa opción. ¿Quién en su sano juicio pretendería chantajear a una mañosa como Elena Polvoskha? El riesgo de acabar flotando en el río con los testículos metidos en la boca era más alto que el de los incendios en verano. Si alguien pretendiera buscarle las cosquillas, en fin..., no creo que esa tía

apagara las cámaras; más bien avisaría a uno de esos tipos con cara de pocos amigos y cuerpo de armario (habíamos visto a varios en la entrada de su vivienda).

Si no se trataba de un chantaje, ¿de qué entonces? La única explicación era que el asesino le hubiera exigido algo a la víctima. Una mujer poco... moral, por decirlo de alguna forma, como Polvoskha no se avergonzaría de relacionarse discretamente con algo ilegal... Pero, quizá, la otra parte no quería fotografiarse con ella y la convenció de que la privacidad era necesaria... Lo pensé un poco más. El argumento no era muy sólido pero explicaba el asesinato del empresario argentino, un crimen que Rodrigo había calificado de chapucero: para cargarse al empresario se había llevado por delante a toda su familia. Quizá el asesino se hubiera puesto en contacto con Vadertucci y le había pedido una reunión privada, pero éste no había accedido. Era el primero de su lista... Al no poder matarle con sus propias manos, optó por sistemas alternativos... Sí, al menos es lo que el blog sugería: «¡Qué pena de helicóptero! El señor V debería haber contestado al teléfono. Hubiera sido más fácil. Y menos cruento».

Volví a concentrarme en la fotografía. Porque, si bien mis suposiciones tenían lógica, no me acercaban a la resolución del caso. Allí debía de haber alguna clave que se me había escapado. Seis personas, cuatro muertos, Kimio júnior (apenas un chaval) y el guía... León... Bueno, León era una posibilidad: conocía bien a los cazadores, tenía sus datos y contacto directo con ellos... Aunque, pensándolo mejor, ¿por qué León querría hacer algo así? No alcanzaba a comprender los motivos, aunque, claro, ¿quién sabe qué extrañas ideas pueden circular por las venas de un asesino...? En todo caso, me resultaba extraño: no se muerde la mano que te da de comer, ni se mata a los miembros de la tribu. Además, había un serio inconveniente: los viajes a lo largo del globo para realizar los crímenes habrían requerido una importante cantidad de dinero, y él era un mero guía... Por lo demás, si fuera él, poco podíamos hacer: no teníamos ni idea de quién era ni de dónde estaba. La alerta de la Interpol había sido enviada. Sólo quedaba esperar...

Estábamos de nuevo como al principio, sin pistas.

De pronto, mi oído captó la voz de Jaime y volví a la Tierra. El café se había enfriado.

—Iturri, ¿en qué piensas? —me preguntaba.

—En nada especial, analizaba los hechos.

—Yo también, y he llegado a la conclusión de que debemos dejarlo estar. Si Kimio júnior se encuentra a salvo y su integridad física no corre peligro, entonces no hace falta hacer nada más —aseguró—. Lola dispone de un buen servicio de seguridad. Cuando regrese puede hablar con el presidente del Supremo e informarle de cómo están las cosas. Si lo estima oportuno, ampliarán los efectivos. Aunque creo que ella está en lo cierto desde el principio: hablamos de un loco...

—Confieso que a mí este tío me produce escalofríos —señaló Joe—. Porque, si tener enfrente a un asesino en serie es ya suficiente castigo, pensar que encima no es

ni una persona real es algo que no puedo encajar. ¿Qué pasará por la mente de Ross i Roví? ¿Cómo puede desdoblarse de esa manera? Preferiría mil veces padecer una enfermedad física que algo así. Resulta..., no sé..., especialmente perverso... Pero, dicho esto, puedo certificar que esas muertes no son imaginarias. Las dos últimas parecen más precipitadas: quienquiera que esté haciendo esto tiene prisa por acabar. Hemos entrado en una espiral, pero si el chico está aquí y vigilado, tenemos muchas probabilidades de éxito...

—Pues yo sigo dándole vueltas al lenguaje que emplea —tercié—. Alguien del que sólo tenemos el dato de que es «par», sea cual sea el significado de ese término, está tomándose la justicia por su mano y matando uno a uno a los participantes en esa cacería. Sabemos que el asunto acabará cuando mueran las seis personas que intervinieron en el crimen y...

—Te equivocas... —me corrigió Jaime con contundencia. Me desconcertó. Él no pareció darse cuenta y continuó—: El asunto, como tú lo has llamado, no acabará cuando esas seis personas mueran. Lo hará cuando capturen al asesino y pague por sus crímenes. ¿No se trataba de eso, de demostrar que los crímenes perfectos son un contrasentido metafísico?

Lombardo asintió varias veces.

—Tiene mucha razón, doctor. Aunque, pensándolo con objetividad, lo que Rodrigo dice es una estupidez: estamos rodeados de crímenes perfectos, cometidos por políticos, empresarios, poderosos, ricos bien relacionados que se van de rositas no una sino mil veces; desde la evasión fiscal hasta el maltrato, pasando desgraciadamente en algunos casos por el asesinato. No sé por qué Rodrigo está tan empeinado en demostrar su tesis. Aunque quizá no se refiera a los crímenes perfectos en general, sino sólo a esa cacería... Y, en lo que respecta al asesino, debo confesar que no tengo ni idea de quién puede ser. La posibilidad de que hablemos de un familiar del africano fallecido resulta ridícula: no contaría con los medios necesarios...

Sin pistas, así era como estábamos. Salvo la posibilidad de que la mano asesina fuera la de León. Pero a mí su autoría no me convencía, y creo que a los demás tampoco. Aun así, seguimos charlando. Media hora después habíamos agotado los argumentos.

—Bueno, esto se acabó. Ha llegado el momento de que Lola y yo nos retiremos —afirmó Garache—. No hay estrategias que discutir ni pistas que investigar. Si os encargáis de que Kimio júnior esté a salvo y de que Rodrigo-Wilson continúe encerrado, nosotros regresamos. Estoy deseando volver a la normalidad y olvidarme de ese loco...

En algún momento de la conversación, no sé decir exactamente cuándo, me di cuenta de que Lola había dejado de intervenir. Estaba callada, ceñuda, metida en su

mundo. Sujetaba su enorme bolso entre las manos, como si ese asidero le permitiera concentrarse. Y lo que tenía entre ceja y ceja no parecía nada bueno. El rostro se le iluminó un instante, como si retornase a la realidad. Levantó los ojos y se chocó con los míos. Un contacto fugaz, pero suficiente. Conocía esa mirada. La había visto antes.

Iba a preguntarle en qué pensaba cuando su marido hizo ademán de levantarse.

—Bueno, nos vamos... Tenemos que solucionar el tema de los billetes.

—No cantes victoria, Jaime. Tu mujer se ha puesto a pensar...

Jaime se volvió hacia ella, extrañado.

—¿Hay algo que hayamos pasado por alto, Lolilla?

En una milésima de segundo, la cara de mi jueza preferida adquirió el color del pimiento de piquillo. Pero se mantuvo callada.

—Lolilla, por favor...

Sin mentar una sola palabra empezó a rebuscar en el bolso.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —pregunté con malos modos. Me pone muy nervioso cuando hace esas cosas.

Iba a decidirse a responder cuando al inspector Lombardo le sonó el móvil.

Al destino le gusta vivir camuflado bajo mil capas de normalidad. Pero sólo necesita un instante para salir a la superficie y cambiarlo todo. Con un solo fósforo enciende una hoguera y cambia drásticamente el rumbo de los acontecimientos. Las horas que parecían infaustas se dulcifican; las ordinarias estallan. Sí, en ocasiones el destino arroja en un instante más luz que una lámpara perpetuamente encendida. Marca de un modo rotundo el día y la hora, y deja en suspenso los antiguos planes. Eso fue lo que ocurrió en aquel café neoyorquino, cuando nos hallábamos dispuestos a escuchar los secretos de su señoría, la jueza MacHor.

Joe contestó al teléfono con impaciencia, no era para menos.

—Lombardo.

—Inspector, perdone que le moleste... Soy el doctor Raspy, del centro penitenciario...

El silencio se extendió. Joe conectó el altavoz para que todos pudiéramos seguir la conversación.

—Buenos días, doctor. ¿Qué se le ofrece?

—Me dijo que si tenía nuevos datos le llamara. Y eso es lo que hago...

—¿Se trata del doctor Hernández? ¿Ha regresado ya?

—No. Ha desaparecido. Estoy seguro de que ha huido. Por el hipnotismo, o por lo que sea, ha salido corriendo. De hecho, revisando su despacho he encontrado una copia de los relatos de ese blog del que usted habló... No me atrevo a aventurar si los sacó de Internet cuando hablaron de ellos o si los tenía de antes... Pero, de todos modos, no le llamo por eso...

—¿Nuevas cartas?

—No. Ross o Wilson, como quiera que se llame, sigue encerrado en su mutismo. Su segunda identidad, me refiero a Rodrigo, no ha aparecido... Pero ha tenido una visita...

—¿Una visita? Que yo sepa, Ross no tiene familia...

—Está en lo cierto, no la tiene. Pero se ha presentado en el centro una señora con mucha clase. Como usted comprenderá, a las mujeres ricas y distinguidas no les suele gustar venir a sitios como éste. Me han avisado y he estado atento. Ha permanecido aquí veinte minutos y luego se ha marchado a toda prisa y llorando. Me ha extrañado, de modo que he indagado un poco. Al consultar el registro he comprobado que este paciente sólo había tenido tres visitas en los últimos dos años, todas de la misma persona. La primera hace unos meses, poco antes de que Rodrigo decidiera volver a escribir. La última, hoy...

—¿Y sabe usted cómo se llama esa mujer?

—Es obligatorio apuntar los datos en el registro: nombre, apellidos y tarjeta de identificación. Pero ya sabe cómo son estas cosas: lo único que el libro ha recogido es que se trata de la señora Smith, lo que tiene todos los visos de ser un nombre falso.

—Probablemente. ¿Puede describírmela?

—Naturalmente: me he fijado bien. Estatura media, delgada, morena, pelo liso, entre cincuenta y cincuenta y cinco, rasgos orientales. Japonesa, diría yo...

Me esforcé en mantener la naturalidad, pero estaba aturdido, casi tanto como los demás. No podía ser.

—Perdone un momento, doctor Raspy, ¿ha dicho que la mujer era japonesa?

—Sí. Mi nuera es japonesa y he aprendido a distinguir a las mujeres de ese país de las chinas, las coreanas o las vietnamitas. Aunque los europeos dicen que son todas iguales, en realidad no se parecen lo más mínimo...

Joe se quedó pensativo. Luego, como en un impulso, se volvió hacia Lola y en voz queda le dijo:

—Señoría, ¿no tendrá, por casualidad, una fotografía de la señora Shibata?

Lola dudó un instante. Abrió el bolso y hurgó en él hasta dar con una inmensa cartera. Rebuscó y obtuvo premio. Se la tendió a Joe. Pude verla de reojo, era una foto hecha en Santorini: el matrimonio Shibata, los Garache y yo.

—Doctor, le envió una imagen a este número de móvil. Por favor, compruebe si se trata de la misma persona y llámeme.

Ni que decir tiene que aquellos dos minutos de espera me parecieron dos siglos en el infierno. Finalmente, oímos el pitido del teléfono y la voz de Raspy.

—No hay duda, inspector Lombardo: se trata de la misma persona. Ésa es la mujer que ha venido a verle.

—Eso no lo esperaba —escupió Joe al colgar—. Desde luego que no.

—Ni tú ni nadie —le calmé—. ¿Por qué ha ido a verle? ¡No tiene ningún sentido!

Pero aquel día Jaime estaba dispuesto a llevarle la contraria a todo el mundo.

—Pues a mí me parece obvio. Rodrigo nos avisa de crímenes que han ocurrido o que van a ocurrir, crímenes que terminan señalando a Kimio júnior como próxima víctima. Yo, si me encontrara en esas circunstancias, intentaría obtener todos los datos posibles, estén donde estén. Le hemos dicho que Rodrigo sabía de qué iba la cosa y ella, como es lógico, ha ido a entrevistarse con él. Además, fue paciente del doctor Wilson; tendrán amistad. Supongo que no habrá hablado con Rodrigo, sino con Wilson.

—¿Le habrá explicado los motivos de las muertes? ¿Le habrá dicho que Kimio júnior es un asesino? —insistí.

—Si lo es, Iturri. Recuerda que Rodrigo es un mentiroso. No tenemos forma de averiguar si miente o dice la verdad... —le recordó Jaime.

—Hay una forma —musitó Lola en voz tan queda que tuvimos que pedirle que lo repitiera. De nuevo, su cara adquirió un tono carmesí, desde el mentón hasta las

orejas. Comenzó a hablar en tono pausado, sin levantar los ojos.

»Cuando llegamos a casa de los Shibata, pensaba de otra manera, pero al escucharlos..., para ser más exacta, al escuchar a Sarah me di cuenta de que algo no cuadraba. Al principio, sus reacciones me sorprendieron, pero lo achaqué a las circunstancias. Sin embargo, pronto llegué a la conclusión de que mentía. Para empezar, no se extrañó demasiado de lo que le decíamos. Yo hubiera empezado a dar botes por la habitación, y ella no es menos impulsiva que yo. Además, insistió en alejar a su hijo de la culpabilidad: aseguró a Itoo que sobre Kimio no pesaba acusación alguna, error que tú le advertiste... Pero hay un factor mucho más significativo: se negó a dejarnos proteger a su vástago. Eso no lo haría nunca una madre que recibe una noticia como ésa...

Estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda, pero las elucubraciones de una mente femenina nunca te llevan a ningún sitio.

—Supongamos que tienes razón. Supongamos que Sarah mintió o nos ocultó información. Si no sabemos por qué, ¿de qué nos sirve? Estábamos hablando de conocer lo que ocurrió de verdad en esa cacería...

Volvió a enrojecer. Estaba verdaderamente nerviosa. Enrollaba una y otra vez el collar de perlas en su dedo índice, y luego lo soltaba.

—Lo vas a romper —le advirtió su marido—. Si tienes algo que decir, más vale que lo hagas cuanto antes...

—De acuerdo... He de confesar algo...

—¿Confesar? —le preguntó Joe, que no salía de su asombro. Son los reos, y no los jueces, los que confiesan.

Entono el mea culpa. Por un instante, un mísero nanosegundo, la idea de que Rodrigo contara con alguna razón para introducir a Lola en aquella serie se me pasó por la cabeza. Pero rectificué de inmediato. Era imposible.

—Ayer, durante la cena... En fin...

Se detuvo.

—¡Por todos los demonios, Lolilla, acaba de una vez, me estás poniendo nervioso!

—Después de la cena le robé el móvil... ¡Bueno, ya lo he dicho!

—¿Que le robaste qué? ¿A quién? —pregunté.

—¿Cómo dice? —continuó Joe.

—Cuando Sarah se levantó para dar instrucciones a Itoo, dejó su móvil sobre la mesa, y yo aproveché para cogerlo y guardármelo en el bolso.

No salía de mi asombro.

—¿Por qué?

—Ninguna madre negaría protección para su hijo amenazado. A no ser que existiese una razón inconfesable...

—¿Y eso qué tiene que ver con su móvil?

—Mucho. El único que puede aclarar este galimatías es el propio Kimio júnior,

con el que nosotros no podemos contactar porque desconocemos sus coordenadas...

Fue Joe el que concluyó la frase.

—Coordenadas que estaban en el móvil de su madre... ¡Bravo, señorita, el robo del siglo!

Lola volvió a mirar hacia abajo y añadió:

—Anoté el móvil del chico en el mío; luego, me levanté en plena noche y volví a dejarlo sobre la mesa. De modo que podemos llamarle y escuchar lo que tenga que decirnos. Es joven; creo que, con un poco de tacto, nos contará qué ocurre. Y quizá seamos capaces de averiguar por qué Sarah se va a ver a Wilson mientras se niega a colaborar con la policía...

Discutimos durante un par de minutos quién de nosotros era la persona más idónea para efectuar esa llamada. Joe o yo, como representantes policiales, teníamos muchos boletos para ganar la rifa. Debido al idioma, lo más lógico era que el agente Lombardo fuera quien hablara. Sin embargo, tras algún pequeño forcejeo por parte de Joe, que no quería soltar la presa, descartamos la opción. Lola argumentó, no sin razón, que recibir una llamada de un agente de la Interpol podría alarmar al muchacho y provocar que se cerrara en banda. Apenas tenía veinte años. Si era consciente de haber cometido un acto delictivo tan execrable como un asesinato con todo tipo de agravantes, tendría cierta idea de las responsabilidades que debía asumir y resultaría lógico que se negara a comentar los hechos con nosotros.

Una vez que lo convencimos, Lombardo sugirió que fuera Lola quien marcara ese número. No en calidad de jueza, claro, sino como amiga de su madre. Quizá se ablandara. Pero su señoría se negó. Adujo no tener suficiente mano izquierda: se pondría nerviosa y terminaría escapándosele que era jueza, con lo que sucedería lo mismo que si llamara Joe. De modo que sólo quedó Jaime. Jaime, que hablaba inglés con corrección, que podía presentarse como amigo de su padre y que, por carácter y por profesión, era capaz de ponerse fácilmente en el lugar de los demás. No se quejó, pero exigió que confeccionáramos un guión para que la conversación no se perdiera entre las palabras. Así lo hicimos.

Pero antes aceptamos el ofrecimiento de Joe y acudimos a una oficina gubernamental. Un Starbucks, pese a su magnífico café, sus astronómicos precios y su buen ambiente, no reunía la privacidad suficiente.

Somos hijos de nuestro tiempo. Yo, del mío. Kimio júnior, del suyo. Ningún chaval de veinte años es capaz de salir de casa sin llevar el móvil encima ni evita a un destinatario que prefiere mantenerse oculto. Sólo hicieron falta dos toques.

—Kimio, ¿eres tú?

La voz renqueante que escuchamos a continuación reflejaba extrañeza.

—El mismo; ¿quién eres?

Garache exhibió una especial maestría.

—Soy Jaime, el amigo de tu padre, el médico español. ¿No te acuerdas?

Naturalmente, no se acordaba. No podía, ya que no se conocían. A lo sumo, Kimio le habría hablado tangencialmente a su hijo del marido de la jueza MacHor. Pero Jaime habló con tanta convicción que hasta yo le creí.

—Lo siento, doctor. Soy bastante despistado y mi padre tiene muchos amigos...

—Es normal. A tu edad uno se fija en las chicas, no en los amigos carrozas de los padres. Por cierto, me ha dicho Kimio que estás en Kyoto... ¿O quizá era en Tokio? ¡Sí, claro, cómo no! Era en la capital. ¿En qué universidad?

Mientras esperaba la respuesta, me miró y me guiñó un ojo. Supe de inmediato que aquello saldría bien.

—En la Nacional.

—¡Ah, es magnífica! ¿Sigue Igawa de rector? Es de mi especialidad. Me invitó a dar una conferencia hace un par de años.

—No lo sé, doctor, nunca le he visto. Sólo soy un estudiante.

—No seas tan humilde, Kimio. Eres un alumno de intercambio, de acuerdo, pero procedes de Harvard, la mejor universidad del mundo...

—Sí, doctor, en eso tiene razón.

En aquel momento pensé que, si aquel chico era un criminal, no encajaba bien con el perfil. Parecía normal, educado y tímido. Jaime dio otra vuelta de tuerca.

—Oye, Kimio, te llamo para invitarte a una cacería que estoy organizando... ¿Has cazado últimamente?

—Yo no cazo, doctor.

—¿Cómo que no? Me contó tu padre que te fuiste a África con tu padrino Tanizaki: caza mayor...

—De eso hace ya más de dos años. Desde entonces no he vuelto a cazar. Me he dado cuenta de que mi padre tenía razón: no me gusta matar animales. Arrancarles la vida cuando están libres y, a su modo, felices me parece una aberración...

—Pese a la invitación, y si te soy sincero, a mí me empieza a ocurrir lo mismo. No con los conejos, pero sí con los animales grandes, sobre todo con los simios... — Oímos claramente el gemido, pese a que el chico trató de ahogarlo—. Kimio, ¿estás ahí? ¿Te encuentras bien?

—No pasa nada, pero tengo que dejarle. Me están esperando...

—¡No, espera un momento! Te noto raro, preocupado. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? Puedes contar conmigo como si fuera tu padre, con la ventaja de que yo no tengo que juzgarte ni guardar el honor del apellido...

—Estoy bien. Simplemente, su llamada me ha recordado a esa cacería, a la de mi padrino Tanizaki...

—¿Una mala experiencia? —tentó Jaime.

—Malísima. Eran, como usted dice, animales grandes. Lo pasé muy mal. De hecho, no pude siquiera empuñar el rifle. El tío Tashi... Bueno, en realidad, no era mi tío, sino un compañero de estudios de mi padre, pero le tratábamos como si lo fuera... Él se enfadó conmigo por eso, por ser un cobarde. Murió hace poco: tenía mucha personalidad, y un ánimo firme, pero yo no soy como él. No disparé un solo tiro, y aun así tengo cargo de conciencia. Me pareció..., no sé si me entenderá: inhumano. Cuando regresé regalé las escopetas.

—Te comprendo perfectamente: cualquier muerte resulta inhumana... No debes pensarlo más. En mi pueblo hay un dicho: «Agua pasada no mueve molino». Supongo que lo entenderás. Concéntrate en tus estudios, no hagas daño a nadie y sé feliz... ¡Ah, y si echas el ojo a una japonesita guapa, seguro que tu madre te lo agradece!

Esta vez oímos una risita antes de colgar. Nos miramos unos a otros, perplejos.

—Este chaval... O es un mentiroso consagrado o es más inocente que un pavo. Apostaría, sin duda, por lo segundo... —sentenció Jaime.

Todos estuvimos de acuerdo con él. Aquella historia no tenía pies ni cabeza.

Llegados a este punto, sólo restaba llevar a Lola y a Jaime al aeropuerto. Yo me quedaría con Joe, por si acaso, como los cabestros de escoba de mi amada Pamplona. Los sueltan unos minutos después del encierro, por si algún toro despistado se queda rezagado por el recorrido. No esperábamos más sorpresas, pero con los tipos como Rodrigo era mejor prevenir y estar preparado para cualquier morlaco. Además, el asesino par, impar o lo que fuera seguía suelto y perfectamente camuflado.

Reconozco que mi estado de ánimo era pésimo mientras los acompañábamos al JFK. Dejar las cosas sin terminar me produce habitualmente una extraña desazón... Seré sincero: evidentemente, no me gusta dejar cabos sueltos, pero lo que me ponía de mal humor era ver a Lola, mi Lola, salir de mi vida del brazo de su marido en lo que parecía una segunda luna de miel. Comenzaba a ser consciente de que, en aquella historia, yo, y no él, era la pieza sobrante. Rodrigo me había hecho tener la mente ocupada, atada a otras cosas, pero aquello se acababa. A partir de ese momento ni siquiera podría mendigar un poco de su compañía para mi vida privada, ya de por sí limitada...

Era temprano para su vuelo. Pasarían bastante rato en el aeropuerto. Pero todos estábamos hartos de la nieve, del caso y hasta de Nueva York. Un par de horas en una sala *business* parecía un buen plan.

Tras unos minutos de silencio, a Joe se le escapó un suspiro. Lola, sentada en el asiento trasero, a su altura, alargó el brazo y le palmeó el hombro.

—No te preocupes, Joe, el asesino cometerá un error y le cogeréis. Siempre ocurre lo mismo...

Su gesto, a todas luces inocente, avivó el rescoldo de mi rabia y tuve que buscar fuerzas bajo las piedras para no estallar... A veces, me gustaría entenderme... Comprender el porqué de mis reacciones, de esos saltos extremos entre la ternura y el odio, entre la risa y el desencanto. Sin ir más lejos, en aquel preciso momento me la hubiera merendado. ¿Por qué se dirigió a Joe en vez de a mí? ¿Por qué hubo de recordarnos que aquel asesino seguía suelto, que Rodrigo tenía razón y estábamos ante un crimen perfecto o, lo que es lo mismo, ante una muestra patente de la incapacidad policial?

Me dije que debería dedicar algún rato a averiguar por qué mi carácter cambiaba con tanta brusquedad. Pero, mientras llegaba ese momento, me limité a tragar saliva, a respirar hondo y a concentrarme en la nada.

La nada. Con el dolor funciona. No se esfuma, pero logras que se aleje y, en la distancia, se difumina. Cuando ni siquiera eso sirve, paso al ataque, me muerdo la

mano para que el segundo dolor arrincone al primero y luego me curo el dolor con el coñac... «También debería reflexionar sobre eso», me dije, pero arrinconé aquel pensamiento. Acababa de renunciar a Lola, ¿qué consuelo me quedaría si también prescindía del coñac? «El trabajo», me contesté sin dudar.

—Una mierda de trabajo que no logra atrapar a un asesino confeso —murmuré.

Joe me oyó, aunque no era ésa mi intención, y giró levemente la cabeza hacia mí. Fue sólo un instante. Luego, sin hacer ningún comentario, volvió a poner los ojos en la carretera.

Paramos en una zona en la que estaba prohibido aparcar. Lola y Jaime descendieron y, sin más frases que el deseo de que tuvieran un buen viaje, los vimos partir.

—Hasta siempre —me susurró Lola. Luego, desapareció sin mirar atrás.

Me quedé allí, frío y quieto, como una estatua sin cabeza y sin corazón. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué me parecía que en vez de «siempre» quería decir «nunca»?

«Hasta nunca, no quiero volver a verte. Lo nuestro acabó».

Si es que hubo alguna vez algo que fuera nuestro. Sólo nuestro. No nuestro y de Jaime. O nuestro y de la ley. La maldije para mis adentros. A ella, no a él. Él ya tenía la marca en sus nudillos. Un pequeño precio para acallar una duda. El dolor retornó. Joe debió de descubrir las señales porque, tras carraspear, como si aquel sonido no fuera lo suficientemente expresivo, me sujetó el brazo.

—Vamos, Juan. Ya no tenemos nada más que hacer aquí —me dijo.

En realidad no fue eso lo que me dijo, aunque fue lo que oí. Dijo que tenía que olvidarla, que debía hacerlo. Que no había nada que pescar en aquel mar muerto, salado por otro. La firmeza del tono de su voz contrastaba con la suavidad de su gesto, pero me puso de nuevo en tierra.

—Necesito un coñac —confesé sin ambages.

—Vale, pero vamos a otro sitio. Los precios del aeropuerto son prohibitivos. —Sonrió maliciosamente—. Venga, vamos, te voy a enseñar la Nueva York que todavía no conoces.

—¿Tú eras el que decía que tenía suficiente con su mujer?

—¡Y lo tengo, cabrón! ¡Pero no soy tan idiota como para despreciar unos huevos como éstos!

Le miré con cara extraña. Soltó una risotada.

—No me mires así. ¡Son huevos picantes!

No llegué a averiguar si hablaba de huevos revueltos o de otra cosa. No alcanzamos nuestro destino.

Tenía el teléfono en modo vibración. No sé si fue porque estaba pensando en el coñac o en los huevos revueltos, pero no me di cuenta de que sonaba. Al no dar conmigo lo intentaron con Joe, que cogió el móvil al primer timbrado.

Era Jaime. Hablaba atropelladamente. De Kimio. Lo sé porque Lombardo repitió su nombre en voz alta. Por la desazón con la que lo hizo, deduje que no se trataba de buenas noticias.

—¡Vamos para allá! Esperadnos en el mismo sitio en el que os hemos dejado: en la parada del *shuttle transfer*. —Cerró los ojos y se sujetó fuertemente al volante. Los nudillos se le pusieron blancos. Claramente, no le gustaba lo que oía—. Pues me temo, Jaime, que perderéis el vuelo... Sí, sé que Lola debe marcharse y que los billetes cuestan un ojo de la cara, pero, dadas las circunstancias, no queda otro remedio... Además, si se tratara de mi mujer, lo último que haría sería dejar que se marchara... De acuerdo. Hasta ahora...

Colgó mientras giraba el cuello a ambos lados, como si negara, aunque en realidad parecía como si se lamentase.

—¿Qué ocurre?

—Kimio Shibata ha caído.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que ha caído?

—¡Joder, Iturri, ¿qué voy a querer decir?! ¡Pues que se lo han llevado por delante!

—¿Kimio? ¿El padre o el hijo?

—El hijo.

—Pero ¿Ito no estaba cuidando de él?

—Sí, pero no ha servido de mucho.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé exactamente. Los Shibata han dejado a Jaime un mensaje en su buzón. Nos lo reenvía. Enseguida nos enteraremos de los detalles.

De pronto, volví a acordarme del coñac, aunque mi úlcera hubo de esperar para ahogarse de nuevo.

Recibimos el mensaje cuando habíamos dado la vuelta para regresar al aeropuerto en busca de los Garache. Kimio padre lloraba y farfullaba al narrar lo ocurrido. Acababan de encontrar a su hijo primogénito, el único varón, el sucesor, el protector del apellido Shibata y de la ilusión familiar, en la habitación de su residencia de Tokio. Con el cuello roto. A primera vista, se había resbalado al salir de la ducha. Un traspié y un poco de mala fortuna, decían los representantes de la universidad. A aquellas alturas, ninguno de nosotros se creía esa versión. Al parecer, Ito lo había

encontrado muerto al entrar.

Las lágrimas de Kimio sonaban tapadas por una sombra negra y densa, terrible. Pasaría el resto de su vida doliéndose de la pérdida y pensando en ello. Y no era para menos. En parte porque un hijo es un hijo, en parte porque pensaría que podía haberlo evitado. Su asesino había dado suficientes señales de peligro... No tengo hijos, pero no hace falta ser padre para calibrar la dureza de la situación y compadecerse al instante de quien tuvo un hijo y lo perdió. ¿Cómo estaría Sarah? Al fin y al cabo, ella había sido la culpable de que no avisáramos a la policía nipona.

De pronto, la imagen del guardaespaldas me vino a la cabeza y pensé, sin razón y sin justicia, lo reconozco, que debería pegarse un tiro, o hacerse el harakiri, o lo que tengan por costumbre hacer en Japón los que fracasan en una misión tan vital.

Estábamos a unos metros de nuestro destino cuando un coche se cruzó de pronto en la calzada (quizá por una placa de hielo). Pese al frenazo, el siguiente en la cola lo embistió y, entre los dos, cortaron el paso al resto de los vehículos. El ruido de los cláxones y las protestas de unos y otros, incluidas las de Joe, arreciaron. Aproveché aquellos instantes de caos para fijarme en los Garache. Les veía de lejos, aunque la luz ya estaba cayendo. Esperaban en el mismo lugar donde habían descendido, ni un milímetro arriba ni un milímetro abajo, quietos, ajenos al jaleo, con las maletas a cuestas y el ánimo a rastras. Me parecieron dos pajarillos, ateridos de frío, perdidos porque se habían caído del nido. Ella tenía esa cara... La que se te pone cuando crees que estás en la antesala del horror. Cuando te dicen que te mueres. Esta vez no se trataba de una manchita sospechosa en el pulmón; era algo más difuso, pero, al parecer, tan letal como el cáncer. Y más rápido. Porque el asesino par parecía tener mucha prisa. Restaba que alguien contestara a la alerta de la Interpol y diera parte del hallazgo de un blanco (blanco, rubio y extranjero) muerto en África a una edad poco propicia para una muerte natural. Entonces sabríamos que la sombra (si es que León era la sombra) había caído. Entonces, ella sería la siguiente. La última. ¿Qué había dicho Rodrigo? No recordaba el mensaje con exactitud, pero había asegurado que ella era la pieza que cerraba el círculo.

Por fin, los coches se apartaron, los cláxones callaron y la fila avanzó. Lola y Jaime nos vieron e hicieron señas con las manos para advertirnos de su presencia. Nos detuvimos en la misma zona prohibida en la que los habíamos dejado. Lola se me tiró al cuello nada más verme. El enfado parecía habersele pasado.

—Soy la siguiente —me susurró al oído, en un tono glacial que me desgarró el alma. Sonaba a sentencia firme, a pena de muerte.

Se soltó y volvió con Jaime. Él tenía los ojos del color de los carabineros cocidos: rojos y brillantes. Faltaba la salsa. También él se me abrazó. Su mensaje fue diferente, pero no menos desgarrador.

—¿Puedes localizarle, Juan? Te lo pido por favor. Es todo lo que tengo, lo único

que me importa...

No se trataba de una oferta, ni siquiera de una petición. Era una súplica de alguien desesperado. Su trabajo en el CSIC había adquirido, por fin, su verdadero valor. Cero. Porque ése es el precio que uno le pone a todo cuando lo que está comprometida es la vida. A todo: desde el Rolex a las lentes, pasando por el trabajo o la estima social. Un riesgo como el que él tenía delante te asciende, sin necesidad de cabina presurizada, a los ocho mil pies. Y todo se convierte en nubes sin consistencia, en puntos en el infinito, en nada.

—Lo intentaré... Lo intentaremos —susurré.

No debí de sonar convincente, quizá porque no estaba convencido y disimulo mal. Era la quinta muerte y estábamos igual que al principio, lejos del asesino par y cerca del crimen perfecto, así como del convencimiento de que Rodrigo llevaba las riendas de todo aquello... El imbécil de Rodrigo estaría regodeándose en su mundo imaginario. Pensé de pronto que debíamos ir a verle, sacar el arma y soltarle un tiro en la rótula, a ver si hablaba o no. No entiendo mucho de disociaciones de la mente, pero entiendo del dolor. Y sé que sangrando, con una bala dentro y el dolor alojado en tu cerebro, cantas *La Traviata* como el mismísimo Plácido Domingo. Estaba pensando en esto cuando Joe atravesó mi campo visual. Nuestras miradas se cruzaron apenas un instante, pero tuve la certeza de que coincidíamos, si no del todo (quizá él no pensara en la rótula), sí en lo esencial.

Metimos los bártulos en el maletero y regresamos a la ciudad.

—¿Has hablado con Sarah? —pregunté a Lola, en parte porque quería saberlo, en parte por romper aquel silencio tan doloroso.

—No. Lo he intentado sin éxito. La he telefoneado, pero ha sido Ito quien ha respondido. Han desviado su teléfono, porque ella ha sufrido un ataque y no estaba en disposición de contestar... No ha sido el corazón, creo. Sólo ansiedad. ¡Pobrecilla! De todos modos, la han ingresado por precaución en una clínica de la ciudad. Ito sigue en Tokio, ocupándose de los trámites. Tras la autopsia, incinerarán a Kimio. Su padre ha salido para Japón en un vuelo fletado por su compañía, ya que el guardaespaldas se había llevado el avión de la familia. Le acompañaba su hija. Sarah se queda aquí. Celebrarán un segundo funeral en Nueva York cuando vuelvan.

—Es comprensible —afirmé. ¡Y vaya si lo era!

De pronto, Joe dio un frenazo y giró el volante para acabar deteniendo el coche en el arcén. Lola y Jaime soltaron un grito; yo no, pero también me sobrecogí. No nos dio tiempo a protestar ni a pedir explicaciones. Abrió la puerta y bajó. Estuvo unos veinte minutos al teléfono, pero volvió con una respuesta.

—Se confirma: es el número cinco. Acabo de hablar con Japón. Ese malnacido ha vuelto a dar la cara. Kimio júnior presenta una fractura abierta en la cavidad craneal con pérdida de sustancia...

Omito los detalles técnicos, para no aburrir, pero no quiero dejar de resaltar que la ausencia de hematomas en los brazos sugería que a Kimio júnior o lo habían cogido

por sorpresa o conocía a su asesino, que, por cierto, no sólo debía de ser alguien fuerte, sino también un experto en ese tipo de acciones.

—¿Qué tal un tiro en la rótula? Wilson canta seguro —me atreví a sugerir.

Lola saltó como un animal salvaje.

—¡Ni hablar!

Me enfadé. Al fin y al cabo, era su culo el que estaba en peligro. ¿No era un caso claro de defensa propia? ¿A qué venían las ínfulas de defensora del Estado de derecho?

—¿No hay otra forma? —preguntó Jaime con candidez.

—Esto es la vida real —le espeté—, no hablamos de una aldea de células madre.

—Las células madre son tan reales como tú y como yo —me replicó. Pero había comprendido.

—Vayamos a verle —sugirió Joe—. Luego, decidimos sobre la marcha...

—Es casi de noche. Y estamos a cientos de kilómetros.

—Si salimos ahora, llegaremos de madrugada. Podremos verle después del desayuno...

—Por mí, adelante.

Jaime accedió con un gesto de cabeza. Lola no dijo nada.

Paramos en un McDonald's y compramos unas hamburguesas que nos tomamos en el coche sin decir palabra. Estábamos cansados y desilusionados. Con Lola a la vista nos sentíamos más tranquilos. Una estupidez, desde luego, teniendo en cuenta que a Kimio júnior no había sido capaz de protegerle ni siquiera un profesional como Itoo. Pero ya se sabe: el orgullo te hace pensar que, por estar cerca, por poder tocar las cosas, eres capaz de controlarlas. Lola estaba especialmente seria. Sin embargo, no olvidó recordarme que su coca cola debía ser *light*. ¡Esta mujer es increíble! Sería capaz de atusarse el pelo ante la horca.

Decidimos ir turnándonos al volante. Los tres. A Lola la dejamos fuera. No por ser mujer, o quizá sí: con un mapa en la mano es un peligro manifiesto. Podíamos aparecer en México si nos descuidábamos. Como es consciente de su enemistad con las carreteras, no protestó.

Eran más o menos las tres de la madrugada. Conducía yo. En el asiento trasero, Joe y la jueza MacHor dormitaban. Los ronquidos del primero eran tan escandalosos que los de Lola se me antojaron brisa marina. Apenas nos cruzábamos con otros coches. La carretera era recta, larga y con pilas de nieve a ambos lados... Me pareció que su asfalto tenía resabios de infierno. Porque la pregunta tenía todo el sentido del mundo. Porque ya habíamos tenido sentencia y, no obstante, volvíamos al tribunal. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—Y, cuando lleguemos a la prisión, ¿qué haremos? —me preguntó Jaime.

—No lo sé, Jaime, ésa es la verdad. Me gustaría decirte algo con lógica, contarte que tengo un plan perfecto, infalible, una estrategia que fuera a consolarte y a tranquilizarte, pero lo único que se me ocurre es el tiro en la rótula. Algo primitivo, desde luego, e ilegal, pero efectivo. Esos asesinos tan valientes para las vidas de los demás lloran como niños de teta cuando se hacen un rasguño...

—¿Lo harías? Me refiero a pegarle un tiro.

Lo pensé unos segundos. Por su tono supe que no era una interrogación retórica. Me estaba preguntando si estaba decidido a hacerlo. Y contesté negativamente.

—Me temo que no... Esto es Estados Unidos, ya sabes cómo las gastan los yanquis.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció. Su voz fue casi un susurro pero supe que hablaba en serio.

—Meter un arma en un recinto federal es prácticamente imposible.

—Sin armas, de acuerdo, pero seguro que hay otras formas de presionarle... No sé, esas cosas que se ven en las películas y que tan nerviosa ponen a mi mujer...

—Jugamos en campo ajeno, Jaime. Supongo que, in extremis, Joe podrá tocar algunas teclas. Pero tú y yo no podemos hacer nada.

—Actuaremos pacíficamente, entonces. Lo que me preocupa es cómo. Porque la vez anterior ya hablamos con él pacíficamente y no sacamos nada en claro. ¿Qué vamos a preguntarle ahora? ¿Y por qué nos va a dar los datos que antes nos negó? ¿Quieres que supliquemos, que lo pidamos por favor? Lo haría si sirviera de algo, pero me temo que no será así.

—Quizá se avenga a contarnos el motivo de la visita de Sarah Shibata...

—Eso estaría bien. Porque es toda una casualidad: unas horas después de esa visita se cargan al chaval. ¡Pobre chico, por teléfono parecía buena persona! Muy parecido a su padre: noblote, sano... ¡Cómo estará Kimio! Tiene que ser horrible enterrar a un hijo.

—Imagino que será peor para ella. Debe de tener el sabor de la culpabilidad en la garganta...

—Sí, tiene que estar destrozada...

Se detuvo y permaneció callado. El gesto se le contrajo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, sin quitarle los ojos de encima.

—Tienes que dar la vuelta —dijo.

Era una orden, y así lo entendí por el tono de autoridad de su voz. Me detuve en el arcén.

—¿La vuelta? ¿Puedo saber por qué?

—¡Tú mismo acabas de decirlo! Porque a Wilson no vamos a sacarle ni un «Buenos días», pero a Sarah sí. Ella es ahora extremadamente vulnerable. Su dolor se unirá a su sentido de culpabilidad. Será fácil interrogarla: sabremos si fue a ver a Wilson o a Rodrigo, por qué fue y qué le dijeron. No nos hará falta ni siquiera apuntar a la rótula. Sólo con nuestra presencia ya meteremos el dedo en la llaga. Estoy seguro de que cantará con facilidad. Si no funciona, siempre queda la posibilidad de volver. Rodrigo no se va a mover de donde está...

—Podemos ir a verla después de acudir a la cárcel.

—No. Ha de ser ahora que su marido está en Japón. En este momento no tiene a nadie para protegerla de nosotros. Cuando él vuelva será otra historia.

Dicho y hecho. Sin intermitente, ni rotonda, ni señales. Miré a derecha e izquierda, giré 180 grados y puse rumbo a Nueva York. La Gran Manzana llamaba de nuevo a nuestra puerta.

Despertamos a Joe cuando estábamos cerca de la ciudad.

—¿Cuánto queda? —preguntó, aún con los ojos cerrados.

La pregunta quedó en el aire. Se incorporó y miró a su alrededor. Luego, a su reloj.

—¡Me cago en diez, Iturri, te has confundido de camino! Llevamos un montón de horas en el coche y no hemos salido de Nueva York.

Le expliqué por qué habíamos dado la vuelta. Noté que se animaba.

—Ahora te toca trabajar a ti, Lombardo: necesito que averigües en qué hospital está ingresada Sarah Shibata. El tiempo nos pisa los talones.

Me pareció que su voz adquiría por primera vez desde hacía mucho tiempo un tinte de esperanza.

—Tengo buenas y malas noticias, Iturri. La buena es que no tengo que averiguarlo, porque ya lo sé. La mala es que está en la otra punta de la ciudad.

—En ese caso te cambio el sitio. La circulación es infernal: mejor que vayas tú al volante. Así yo podré echar una cabezadita.

Me detuve en el arcén y nos cambiamos el puesto. Jaime se había quedado dormido, de modo que me puse atrás, junto a Lola. Llevaba varias horas exactamente en la misma posición. Supuse que seguía dormida. Pero, al mirarla, me di cuenta de que tenía los ojos abiertos.

—¿Has logrado dormir?

—Un rato, sí. Luego, he estado pensando.

—¿En qué?

—En muchas cosas. Se ve que el miedo azuza la memoria. Creo que he recordado hasta mi primera comunión. Pero eso no tiene importancia...

—Sí que la tiene. Como sueles decir, somos lo que son nuestros recuerdos.

—Es verdad, pero yo me refería al caso. Hemos pasado una cosa por alto. Algo que pone las cosas un poco peor de lo que estaban, si eso es posible.

—¡Venga, Lola, no te pongas melodramática!

—No tiene nada que ver con el melodrama. Soy la siguiente, eso es un hecho. Pero la pregunta que nunca hemos logrado contestar es por qué. No lo sabemos. Mi cara no aparece en esa fotografía, no conozco a ninguna de las otras víctimas. Lo único que me relaciona con ellas es que he leído ese maldito manuscrito... ¿Tengo o no razón?

—La tienes. Continúa.

—Hemos dado por bueno que el motivo que anima al asesino es la venganza:

tomarse por su mano la justicia que el mundo no ha logrado ofrecer. Pero cuando Jaime habló con Kimio júnior, éste reconoció no haber sido capaz de disparar ni siquiera al gorila. ¡Es imposible que participase en una cacería humana!

—Quieres decir que la elección de ese pobre crío fue arbitraria...

—Eso es. Vengo diciéndolo desde el principio: Rodrigo está tomándonos el pelo de mala manera. No sé cómo eligió al resto, pero lo mío es tan gratuito como lo de Kimio. ¿Tú entiendes algo, Iturri?

—Lo cierto es que no.

—¿Agente Lombardo? —preguntó Lola. Sabía que Joe estaba escuchando.

—Yo tampoco, señorita, y creo que tiene usted razón. Y también que visitar a la señora Shibata ha sido una idea magnífica. Tiene que haber algo entre ellos. El centro penitenciario es un lugar desagradable, poco adecuado para ella. Si ha ido, y lo ha hecho tan rápido, inmediatamente después de hablar con nosotros, debe de ser importante.

—Carecemos de orden judicial, Lola —le advertí.

—Sólo vamos a consolar a una vieja amiga y a darle el pésame, ¿no es así? —argumentó Lola.

—Si lo quieres ver de esa manera... A ver qué opinan ellos.

—Bueno, improvisaremos... —De pronto se le iluminó la cara con una bella sonrisa. Hacía mucho que no veía esos dientes tan blancos y ese colmillo descolocado que tantas veces he soñado besar—. En otro caso, Iturri, siempre puedes sacar la pistola y apuntar a la rótula...

Las risas, por unos instantes, distendieron el ambiente.

Antes de llegar al hospital paramos a desayunar y a asearnos un poco. Es inconfesable, lo sé, pero la pura verdad es que me sentaron fenomenal las hamburguesas y los huevos revueltos (que no llevaban picante).

En el mundo de la gente acaudalada, nada es lo que parece. Los miembros de este club poseen extraordinarias dotes para el camuflaje, un don que viene con los millones. Sonríen cuando están tristes; guardan las formas, se besan y se invitan, pero en el fondo se odian entre ellos. Se matarían a mordiscos si no estuviera tan mal visto y no se les estropeará el brillo de sus dientes de marfil.

En aquel sitio, sin duda, eran especialistas. No lo digo por los precios, aunque puedo imaginarlos. Lo digo porque el hospital parecía cualquier cosa menos un hospital. Quizá no lo fuera. Quizá sólo se tratara de un centro de desintoxicación o de adelgazamiento o de lucha contra el estrés que provoca no hacer nada...

Estoy siendo mordaz. Debería decir que lo siento, pero no es así. Acepto que, dentro de este grupo, haya destacados especímenes que escapan del patrón: Kimio Shibata, sin ir más lejos. Pero, para encontrar a uno, hace falta desechar a mil. Doscientos mil si se trata del género femenino. Precisamente al que pertenecía la persona a la que íbamos a ver.

La finca carecía de placa en la puerta; sólo un cartel que señalaba que el sitio era propiedad privada y que se prohibía la entrada a los individuos que no fueran de la panda; por ejemplo, nosotros. Pero la altura de los muros y la disposición de las verjas no aseguran la calidad del personal. Quedaban cinco minutos para el cambio de turno. Y el guardia de seguridad, un tipo gordo y desastrado en edad de jubilarse, tenía ganas de volver a casa. Llevaba ocho horas en la garita. Le dolían los pies y tenía frío. El estómago le pedía un café caliente y un buen plato de colesterol con ketchup. Le dijimos que íbamos a ver a la señora Shibata, de quien éramos viejos amigos, al igual que de su marido y del alcalde (eso lo añadió Joe). El empleado comprobó que Shibata estaba en la lista y, sin más preguntas, nos dejó pasar.

Uno a cero.

Al avanzar volví a pensar en lo lograda que estaba la operación camuflaje. El lugar tenía jardines de club de golf (de hecho, vimos lo que parecía un hoyo de prácticas), edificios de cinco estrellas y seguridad de ministerio. Dentro, las enfermeras vestían chándal verde manzana y los médicos no llevaban bata, aunque se les distinguía a la legua: los dos que vimos tenían un fonendo colgado del cuello, muchos bolígrafos en el bolsillo y cara de benevolencia, como si fueran tan magnánimos que atendieran a aquellos pobres ricos por puro desinterés. Lo siento, he vuelto a pasarme. Pero ha sido un día tan aciago que se me ha disparado la bilis. Estábamos allí porque unos ricos aburridos decidieron probar nuevas emociones y se comportaron como alimañas. Estábamos allí porque ellos valoraron tanto sus costosas

vidas que pusieron precio a la existencia de otro ser humano, para quien ver cómo nacía un nuevo día era ya una alegría... O quizá estuviéramos allí porque un psiquiatra se había vuelto loco. Aunque todo acababa en el mismo sitio. Porque ¿quién era Wilson, sino un loco que hacía las veces de loquero de ricos locos? Fuera como fuera, yo tenía la úlcera en la UCI y a mi querida Lola, que ni era rica ni estaba loca, entre la espada y la pared.

Nos acercamos a la primera *señorita manzana* que encontramos. Le preguntamos por Sarah Shibata. Consultó la agenda electrónica, que llevaba colgada en el cinturón, y movió la cabeza en señal de compunción. «Unidad de agudos», nos informó. El lugar estaba separado del suelo que pisábamos casi un kilómetro. Se destinaba a personas que requerían un tratamiento particular, la atención de un especialista... Como si los médicos que acabábamos de ver no lo fueran. Aunque, a lo mejor, no lo eran... Desde que conocí al doctor Wilson me he dado cuenta de que lo que sabe un psiquiatra sobre el funcionamiento de la mente humana es, más o menos, lo mismo que sabemos los mortales sobre el origen del universo; es decir, casi nada. La *señorita manzana* nos subió amablemente en un carrito de golf acristalado y, apretujados y pelados de frío, nos dirigimos a la *unidad* sin que nadie nos hubiera preguntado nuestros nombres.

Dos a cero.

El edificio no sólo estaba apartado, también velado, rodeado por un seto de al menos dos metros de altura. ¿Querían alejar de la vista de los «no agudos» la enfermedad, la fealdad, la imperfección y la mierda que rodean al ser humano? Era seguro. Era muy loable por su parte intentar que sus pacientes no se dieran cuenta de su carácter de mortales y fallecieran de un infarto sin donar sus bienes al hospital homónimo para mascotas.

Nos metieron en una sala de espera, decorada con gusto, y cerraron la puerta. Odio los hospitales (supongo que se me habrá notado) y aquella ala sí que lo parecía, al menos por el olor a asepsia. Es un olor horrible, en mi opinión; me recuerda que me moriré; que mi querida pipa traerá un día, más temprano que tarde, el prometido cáncer de pulmón y que me enterrarán sin haber sido nunca feliz, sin haber tenido un hijo, plantado un árbol, escrito un libro o comido a Lola. Me quedé de pie. Los demás se sentaron. Yo también terminé haciéndolo porque nos hicieron esperar un buen rato.

Es curioso. Todo en este mundo es relativo. Me tengo por un ser impaciente, nervioso, acelerado (al menos, así opina Lola). Pero, en aquella habitación, me di cuenta de que poseo mucha más paciencia que Joe, quien carece absolutamente de ella. A los cinco minutos se revolvía en el asiento; a los diez, se había quitado la cazadora, pese a que su arma reglamentaria quedaba al descubierto. Pasados veinte minutos (momento en el que llegaron) se subía por las paredes.

La puerta se abrió de pronto. Aunque lo esperábamos, me sobresalté. Todos nos pusimos en pie. No se trataba de un médico ni de una enfermera, sino de una señorita morena pintarrajeada, fea pero con buenas piernas. Vestía un traje de chaqueta oscuro

y unos zapatos de plataforma altísimos, que Lola miró fugazmente.

Ni siquiera hubo contacto visual. La mujer clavó sus ojos en el cuadro del fondo (abstracto, como la riqueza) y nos informó de que la señora Shibata tenía limitadas las visitas. Prescripción facultativa. Además, su marido había prohibido expresamente que nadie la molestara. Había vivido un episodio traumático y necesitaba descanso y paz...

—Comprenderán que les ruegue que se vayan. Estaremos encantados de recibirles dentro de un par de semanas, si el médico lo estima oportuno, y siempre bajo su supervisión... Son personas especialmente vulnerables, que...

Joe no le permitió culminar el discurso aprendido. Echó mano a la cartera y sacó su placa.

—Tenemos prisa, señorita. Ahórrenos los detalles y condúzcanos hasta la señora Shibata.

Sus ojos abandonaron el cuadro abstracto y se dieron de bruces con la placa, real como la vida misma. Entonces sí que nos miró. Nos enfocó con sus ojos de cordero, coloreados por lentillas azules. Nos miró, nos vio y perdió la compostura. Porque carecía de discurso prefabricado para aquella situación. Noté cómo se le perlabo la frente y luego cómo se le iluminaba el rostro al dar con la palabra adecuada, aunque ya era tarde: estaba completamente descolocada.

—Esto resulta muy inusual... Tengo que avisar al abogado de la compañía. Si son tan amables de esperar aquí...

Joe estaba al acecho, como el lobo tras el arado a la espera de dar con el roedor pillado en un renuncio.

—No, espere usted un momento. Dígale al abogado de la compañía que se trata de un asunto federal. Dígale que, si lo prefiere, antes de una hora tengo esto lleno de coches de policía con las sirenas encendidas y un par de cámaras de televisión. ¡Será divertido ver este recinto tan discreto en los noticiarios de la noche!

En un instante, la joven (por cierto, no era tan joven: tras la capa de bote de recauchutado de primera clase asomaban ya bastantes arrugas) comparó el valor pecuniario de la demanda de la señora Shibata con la fuente de ingresos que se perdería irreparablemente si el mundanal (y televisivo) ruido violaba el recinto. Y, con la encomiable intención de proteger la jaula de oro y su magnífico sueldo, se avino inmediatamente a negociar.

—¡No hace falta ponerse así, inspector! Al fin y al cabo, ustedes son amigos personales de la señora Shibata. ¿Quién mejor que un amigo para ayudar a pasar un trago tan amargo? No se muevan, por favor: vuelvo enseguida.

Tres a cero.

Lo hizo al cabo de apenas dos minutos, acompañada por una enfermera, vestida con todos los parabienes, cofia incluida. Nos dejó en sus manos y se alejó a toda prisa. No tuve dudas de adonde iba. Pero, aunque su abogado acabara decidiendo que debía negarnos la visita, no llegaría a tiempo. La palabra «federal» tiene demasiadas

connotaciones para los de su clase. Requiere información no disponible, y, por tanto, petición de favores y mucho tacto. Y todo eso consume tiempo, justo lo que no tenía. Hiciera lo que hiciera lograríamos ver a Sarah Shibata.

Seguimos a la enfermera por interminables pasillos blancos, llenos de puertas blancas en las que había inscritos números de dos cifras. Yo iba el último, casi a la zaga. Cansado, tras muchas horas sin dormir, y nervioso al pensar en lo que nos esperaba. Lola, delante de mí, no iba mucho mejor. Tenía mala cara. Parecía angustiada, atribulada. Tal vez por Sarah, o por el procedimiento empleado (poco habitual, aunque también era extraño que la señorita fea no nos hubiera solicitado una copia de la orden judicial); o por su cuello. «Soy la próxima», me había susurrado al oído unas horas antes, no sin razón. Jaime, el padre de la idea, caminaba decidido junto a la enfermera, seguido por Joe. Él estaba en su salsa, entre células madre y amebas con brillantes en las orejas. Me acerqué a Lola y la cogí del brazo. Trataba de insuflarle ánimo, calor, pero ella se soltó, casi con rabia. En ese momento, la procesión se detuvo frente a una puerta. El número 17. ¡Al menos no era par!

Era temprano, pero la hora de levantarse se acercaba. Además, ya estábamos allí, de manera que la enfermera empujó la puerta, corrió las cortinas y dejó que entrara la luz. Al percibir el olor ácido, como de vómito, abrió la ventana batiente unos centímetros. Una bocanada de aire frío llenó la habitación, junto a los sonidos de los pájaros que poblaban el jardín. Noté el escalofrío de Lola, quien dio un paso atrás al ver a Sarah y se chocó conmigo, que estaba a su espalda.

Mis ojos se tomaron apenas un segundo para observar la habitación, del tamaño de una suite; el resto del largo minuto que permanecí boquiabierto lo dediqué a la mujer que descansaba en la cama, el único elemento que desentonaba en aquella escena. Creo que a todos nosotros nos ocurrió algo similar. La atención que merecía aquel extraño contraste, lujo entre tubos de látex, no era nada comparado con el estado de Sarah. Había tratado de raparse la cabeza, pero sólo lo había conseguido a medias. Las zonas de pelo, de distinta largura, que habían resistido los embates de las tijeras, o de lo que fuera con lo que había intentado trasquilarse, aparecían completamente blancas. Los años habían caído sobre ella tan rápido que, por un momento, pensé que nos habíamos confundido de habitación.

Durante el tiempo que llevo dedicado a este oficio, me he enfrentado muchas veces (quizá demasiadas) a situaciones similares. No veo a ancianos que mueren pacíficamente en su cama presas del yugo de los años, veo a víctimas inesperadas, desapariciones violentas, mutilaciones, horrores tales que incluso no somos capaces de devolver un cadáver que enterrar... Cuando los familiares, especialmente si la víctima es joven, se dan de bruces con esa realidad, sufren una brutal descarga. Y digo «sufren» con toda intención, porque les duele tanto como si se les hubiera caído una sartén con aceite hirviendo sobre la cara. La mezcla de estupor, miedo, sensación de desprotección, rabia y desesperación se convierte en un cóctel explosivo: en un verdadero *shock* postraumático.

Inmediatamente después de recibir las noticias, suelen sumergirse en una especie de anestesia emocional y hacen como si no te hubieran oído. En una ocasión, después de comunicar a una madre que habíamos encontrado el cadáver de su hija, desaparecida diez meses atrás, se ofreció a hacerme una tortilla de patata, pues, al parecer, le salía muy bien. Naturalmente, rehusé, pero se puso tan pesada que la acompañé a la cocina. Estaba pelando patatas y hablando de cómo pochaba la cebolla cuando, de pronto, la realidad se impuso y llegó la rabia. Lanzó el cuchillo contra la pared con tanta fuerza que rompió la hoja. A renglón seguido llegó la desesperación. Ésa es la peor parte. Se trata de una sensación similar a la de estar abrazado a la nada

sobre un precipicio. Hasta que la persona reordena su vida sin ese ser querido, es imposible que el trauma ceda.

Pero, como digo, aunque he visto muchos casos, lo de Sarah Shibata me pareció completamente nuevo.

—¿Por qué está atada? —preguntó Jaime.

Con el impacto no me había dado cuenta del detalle, pero era cierto: sus manos y pies estaban sujetos por correas blancas a las barras metálicas de la cama. Llevaba puesto un gotero.

—La señora Shibata estaba muy agitada y el médico consideró que, por su seguridad, era preferible no arriesgar. Pero tengo órdenes de desatarla ya.

Se acercó a la cama y comenzó a quitar las sujeciones, mientras le hablaba en tono dulce y condescendiente.

—Buenos días, señora Shibata, ¿ha podido descansar? Han venido a verla unos amigos. Mientras habla con ellos pediré el desayuno. Le vendrá bien comer. ¿Quiere algo especial para hoy?

Ella no contestó. Mantuvo los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil. La enfermera estiró el edredón y el embozo de la sábana de encaje. Le recolocó los brazos y, empleando un mando electrónico, levantó el respaldo de la cama.

—Me voy un momento, Sarah; regresaré con una buena taza de té —le dijo sonriendo. Cuando se volvió hacia nosotros ya no sonreía—. Regresaré dentro de cinco minutos, ni uno más ni uno menos. Y no lo haré sola, me acompañará el servicio de seguridad. ¿De acuerdo?

Joe asintió y la mujer se marchó, no sin antes cerrar la ventana. La temperatura empezó a subir rápidamente. Joe volvió a despojarse de la cazadora.

Jaime no perdió el tiempo. Se acercó a la cama y comprobó el estado de las muñecas de la enferma. Estaban vendadas: intento de suicidio, como cabía esperar. Buscó un asiento con la mirada y cuando lo vio, una pequeña butaca en un tono entre rosa y granate (seguro que ese color tiene un nombre preciso, pero lo desconozco), fue a por ella y la arrastró hasta el borde de la cama.

—Sarah, querida, soy Jaime Garache. Siento muchísimo tu desgracia. Sé que Kimio era vuestro mayor tesoro. Pero no lo has perdido para siempre: muy pronto os encontraréis en la otra vida. Él está feliz allí. Debes ser fuerte. Este dolor pasará.

Me había colocado enfrente de la cama y vi a Sarah abrir los párpados lentamente. Como si, al mencionar el nombre de su hijo, Jaime hubiera apretado un resorte interno. Detrás de sus ojos, rasgados y llenos de agua, percibí una angustia insoportable. Empezó a hablar con una voz seca y ronca, pero lúcida.

—Yo quería a Kimio, Jaime. Recuerdo cada instante de su corta vida. Desde que le tenía en mi seno y sus patadas me impedían dormir, hasta su graduación. Estuve veinticuatro horas de parto; no quería salir. Era un chico fuerte y bien formado, deportista. Pero su carácter era débil, suave como el mío. Eso siempre desagradó a su padre, pero no a mí: creo que la sensibilidad es una gran virtud...

Sarah continuó desgranando recuerdos. A veces, sonreía; en otras ocasiones, lloraba. Siempre miraba en lontananza, como si hablara con la pared. Joe lanzaba miradas ansiosas al reloj. Los minutos pasaban. Pronto vendrían a echarnos y esta vez tendríamos que obedecer. Hizo un gesto a Garache. Éste asintió.

—Entiendo cómo te sientes, querida amiga, y no sabes cómo me duele venir a molestarte en estas circunstancias, pero necesito desesperadamente tu ayuda. Amo a Lola casi tanto como tú amabas a tu hijo. Y, en este momento, su vida corre peligro. Le acosa el mismo asesino que acaba de matar a tu pequeño. Necesito que me ayudes, debemos detenerle. Hay que parar de una vez esta carnicería, Sarah. Sólo tú puedes hacerlo. Por Kimio...

Sarah siguió hablando.

—Desde su nacimiento, fuimos de la mano. Le enseñé a andar; luego, a leer y a escribir. Aprendió conmigo a nadar, a esquiar, a montar en bicicleta: ¡hasta le ayudé a escribir su primera carta de amor! Cuando nos dejó para irse a Harvard, creí morir... Pero no ha sido nada comparado con esto. Tú me crees, ¿verdad, Lola? Tú eres madre, y sabes que le quería...

Lola avanzó hasta ella. Se puso de rodillas junto a su marido y cogió a Sarah de la mano.

—Por supuesto. Has sido una buena madre...

Era una frase sencilla, casi de trámite, pero produjo en Sarah un tremendo *shock*. Se soltó de los Garache, se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar con tal desesperación que a mí, que no soy especialmente sensibilero, se me mojaron los ojos. De pronto, bajó las manos...

—¡Tienes razón, he sido una buena madre! La culpa la tiene ese monstruo, que me convenció de que era mi deber...

Lola y Jaime se miraron sin comprender.

—¿Cuál era tu deber, Sarah? ¿Y de qué monstruo hablas?

—Hace unos meses, un hombre me llamó al móvil y me dio un recado de parte del doctor Ross. Me pidió que fuera a verle.

Quería advertirme de que mi familia estaba en peligro. Naturalmente, fui a toda prisa a esa fea cárcel... Dijo que tenía que hacerlo. ¡Era por el bien de mi familia! ¿Lo entiendes, Lola?

—No, Sarah, no lo entiendo. ¿De quién hablas? ¿Qué te obligó a hacer?

—El doctor Ross me dijo que tenía información sobre unas personas que querían atentarse contra el apellido Shibata. Lo arrastrarían por el fango sin remedio. En Japón lo más importante es el honor, lo demás carece de importancia... Sin él, mi marido caería en desgracia. Él y su padre y sus hijos y toda su estirpe... Perderíamos todo lo que tenemos. Y lo que es peor: aseguró que mi hijo terminaría encerrado en una cárcel, rodeado de perversos que le violarían sin cesar. Es un chico muy frágil. No iba a poder soportarlo...

Tras unos instantes de estupefacción, Lola se puso en pie y, mirando fijamente a

la mujer, la interpeló. Su voz se había vuelto pétrea.

—¿Tú cometiste esos crímenes, Sarah?

—Me dijo que mi hijito había asesinado a un hombre, un africano, en una especie de cacería ritual. Alguien lo había descubierto, y los demás miembros de la batida se habían compinchado para denunciarle y hacer de Kimio su chivo expiatorio... Nunca he comprendido cómo pudo hacer algo así. No va con su carácter. Al principio, no lo creí. Pero el doctor Ross me aseguró que tenía pruebas inequívocas, y me enseñó una fotografía... Pensé en hablar con él, al fin y al cabo era mi hijo, pero Ross me lo prohibió, no fuera que su cargo de conciencia resultara insoportable y se entregara voluntariamente a la policía: entonces no habría nada que pudiéramos hacer... Dime, Lola, ¿cómo pudo cometer mi niño, un niño tan bueno y tan cariñoso, una atrocidad como ésta? ¿Puedes entenderlo?

—Entonces decidiste matarlos...

—Si no lo hubiera hecho, Kimio habría acabado con sus huesos en prisión y mi marido como un apestado...

—Pero, Sarah, tú no eres capaz de hacer una cosa así. ¿Pusiste bombas, administraste veneno, pegaste tiros?

Sonrió sarcástica.

—¡Claro que no, Lola! Lo hubiera hecho todo mal. Pero el doctor Ross lo tenía todo previsto. Dijo que todos los crímenes perfectos debían ser pares... Él tenía su par, un tal Rodrigo. Y yo el mío: mi fiel Itoo. Sé que es horrible, pero el primer deber de una madre es proteger a los miembros de su familia, aunque hayan hecho cosas espantosas, ¿no lo crees así, Lola?

—Tu hijo no fue a esa cacería, Sarah. Jamás disparó. Nunca mató a nadie. Esa fotografía sólo mostraba a un grupo de personas con armas en la mano. No era culpable de nada en absoluto. Tu psiquiatra te ha utilizado. Ha jugado contigo como si fueras una estúpida muñeca de plástico, y tú has sido el brazo ejecutor de sus locuras. ¿Cómo lo has permitido? ¡Estamos hablando de la vida de cuatro personas que, como tú, también tienen hijos!

Sarah cerró los ojos y volvió el silencio. Nunca he visto un silencio tan terrible. Finalmente, tras unos instantes, los abrió. Sonreía.

—¿Sabes que fui yo quien le enseñó sus primeras palabras en español, Lola? Kimio aprendió enseguida porque es un chico muy listo.

La mirada de Lola, cargada de reproche, no se apiadó de aquella piltrafa humana cubierta de remordimientos. Ni un ápice de piedad, algo que me extrañó enormemente.

—Sarah, no puedo creer que mataras a esa gente, que no te apiadaras de esas cuatro personas, que no temieras a la justicia... Pero, aunque fuera así, ¿quién mató a tu hijo? ¿También fuiste tú?

Asintió dos veces muy lentamente. Lola repitió la pregunta.

—¿Ordenaste a Itoo que se cargara a tu propio hijo?

—Lo hice, sí. Cuando viniste a casa, me asusté y fui inmediatamente a hablar con Ross. Me había prometido que todo cesaría con el asesinato de esas personas, que nadie se enteraría porque todas las muertes parecerían accidentales. Pero llegaste con Iturri y ese otro agente federal tan antipático diciendo que lo sabíais todo. Ross me aseguró que tenía un plan alternativo, pero que tenía un coste: debíamos sacrificar a mi hijo. Kimio por el honor de mi familia. Me dijo que ese gesto le convertiría en un héroe y se transformaría en un verdadero *kami*. Debía elegir entre tener en la familia a un *kami* o a un preso al que hubieran violado y contagiado el sida. No dudé. Y mi sombra obedeció mis órdenes...

—¡Pero tu hijo no había hecho nada malo, nada de nada! —chilló Lola fuera de sí.

—Tras dar la orden, me tomé unas pastillas para dormir. Cuando desperté me di cuenta del error... ¡Pero ya era tarde, lo entiendes, Lola, era tarde! Itoo había actuado. ¡Qué he hecho, Lola, qué he hecho! ¡Él es un monstruo, pero yo le supero!

—¿Dónde está Itoo, Sarah? ¿Qué le has ordenado?

—Sólo una última cosa...

—¿Cuál?

Sarah pareció tranquilizarse. Miró a Lola, luego a Jaime y finalmente paseó la vista por la habitación.

—Hoy va a hacer un día espléndido. Podemos ir de compras, Lola, ¿no te parece?

Por su gesto, pensé que su señoría se lanzaría sobre ella sin piedad, pero entonces Sarah empezó a agitarse, como si le estuviera dando un ataque. Respiraba ruidosamente y todos sus músculos se sacudían violentamente.

Me acerqué para ayudar, pero no sabía qué debía hacer. En aquel momento se abrió la puerta y apareció la enfermera, que se quedó pasmada al ver lo que ocurría.

—¿Por qué no me han llamado? ¡Código rojo! —chilló, y salió corriendo a buscar ayuda. Pero no vino nadie.

Jaime empezó a apartar los objetos que había alrededor de la cama, para que no se golpeará, y a gritarnos que buscáramos algo blando para meterle en la boca, con el fin de que no se mordiera la lengua. Me puse a revolver la habitación.

—Joe, aflójale el camisón y todo lo que lleve al cuello...

Escuché esa orden a medias, porque acababa de dar con un tubo de pasta de dientes que había en el cuarto de baño y estaba intentando llamar la atención de Jaime.

Entonces, oímos el disparo.

Un disparo es un sonido que no se olvida fácilmente. De hecho, aquél lo tengo almacenado de forma indeleble en la memoria, aunque sea de modo equivocado. Joe usa una Glock. Por el polímero con el que está construida, al liberar el percutor ese tipo de arma produce un retumbo más hueco. Sin embargo, a mí me recordó a la mismísima Winchester 73 de John Wayne.

Lo demás permanece almacenado en mi memoria como un extraño sueño. La

sangre contaminando la impoluta almohada de encaje; los fragmentos de cerebro diseminados por el cuadro abstracto, a modo de moscas de diseño; las uñas de los pies de Sarah perfectamente pintadas con laca roja... Recuerdo también, como en una nebulosa, el rostro desencajado de Joe. Sólo cuando oyó el disparo de su arma fue consciente del error que había cometido. Se había despojado de la cazadora y había dejado al aire la pistola. Yo debería habérselo advertido, pero no lo hice. Teníamos otras cosas en la cabeza. Sarah utilizó el descuido para hacerse con el arma y volarse la tapa de los sesos.

Pero, aunque parezca mentira, el recuerdo que se alza por encima de todo aquello es la estampa de Lola en pie, sin mover un músculo, como un maniquí enfundado en su traje oscuro y su camisa de chorreras. En mi memoria, Lola lloraba en silencio y yo me apresuraba a avanzar hacia ella cuando su marido se me adelantó y la rodeó con sus brazos.

—Todo acabó, Lolilla.

Esta vez, ella, siempre tan dada al sentimentalismo, no le devolvió el abrazo. Por el contrario, respondió con frialdad.

—No es verdad: esto acabará cuando los asesinos paguen por sus crímenes. Porque los crímenes perfectos no existen...

—Cursaré una orden de detención contra ese tal Itoo —respondí.

CUARTA PARTE
—
JOE LOMBARDO

Odio a los abogados.

No hay nadie que denigre más la esencia de la justicia que un abogado. Deberían exterminarlos de la faz de la Tierra; descuartizarlos y tirar los trozos a los cerdos, que comen cualquier cosa. El mundo estaría mucho mejor sin esa colección de leguleyos de mierda. Sacan tanta punta a los lápices que pueden apuñalarte con ellos. Sí, deberían encerrarlos a todos.

Y no lo digo porque esté confinado en casa y haya tomado unas cuantas cervezas. Siempre he opinado de la misma forma; lo que ocurre es que, escribiendo la crónica de aquellos días, me he acordado del abogado de la clínica, ese tipo ampuloso, calco de todos los que conozco.

Los de su oficio son inconfundibles. Me refiero a la vestimenta, que forma parte del rito, pero más a su empeño por hacerse notar. ¡Qué esfuerzos despliegan para mostrar que saben lo que hacen! Algo que, dicho sea de paso, y según he podido comprobar en mis propias carnes, es rigurosamente falso...

Me estoy acordando del bueno de Juan Iturri. ¡Qué cabrón, qué hijo de puta! Cuando testificó a mi favor parecía tan pulcro y modoso como el pastor de una iglesia. ¡Como si nunca hubiera roto un plato! Lo hizo bien, el tío. ¡Muy bien! A él se le indigestan los hospitales y los políticos; a mí, los abogados. Aun así, me encuentro en manos de uno, precisamente el que Iturri me recomendó.

Estoy solo en casa. Mi esposa se ha ido a casa de su madre. Dice que la anciana necesita su ayuda. Mi mujer es muy lista. Sabe que, en momentos como éste, prefiero estar solo. A mí no me ayuda estar rodeado de gente y, mucho menos, del infernal ruido que hacen los niños. Pero, claro, con la casa vacía bebo como una esponja y zampo como un animal. Pero eso no hace que olvide lo ocurrido.

La culpa, no lo voy a negar, fue toda mía. Una jodida imprudencia. Por muchos atenuantes que mi abogado, del que dice Iturri que es muy bueno, se empeñe en contar a asuntos internos, sigue siendo una imprudencia que, al parecer, todos se empeñan en perdonarme.

Lo que todos ignoran, sin embargo, es que mi expediente cuenta demasiadas mentiras sobre mí. ¿Cruz de la Armada al valor? Una mierda: eso fue una casualidad y otra imprudencia. La verdad de las verdades es que nunca quise ser un agente de campo: soy un inspector. Lo mío es eso: inspeccionar. Y llevo la pistola porque toca, no porque me guste. Ni siquiera cuando estaba en el ejército me gustaba. Allí hacía más o menos las mismas labores de policía que hago aquí. Debería haberme dado cuenta pero, hasta esta historia de locos, no lo he visto claro...

El tal Rodrigo me puso los pelos de punta... Hay que echarle de comer aparte...

En fin, que aquel maldito día tuve que dar explicaciones de hasta cómo me destetaron. Un interrogatorio en toda regla. Y, como cabía esperar, hasta que concluya la investigación estoy suspendido.

Mis jefes y mis colegas dicen que todo acabará bien. La muerta en cuestión era una mujer rica, casada con un tipo importante, pero se trataba de una asesina confesa más loca que una cabra. Que hubiera estado implicada directamente en la muerte de cinco personas, una de ellas su propio hijo, aplacó en gran medida las iras del juez instructor. Mis galones y las palabras de Iturri y de su señoría, la jueza MacHor, ayudaron. Pero por encima de todo eso se alza el hecho de que intentaba auxiliarla cuando me robó el arma reglamentaria.

Aun así, como digo, hubimos de justificarnos de mil maneras y tuvimos que dar un sinfín de explicaciones. Y esperar y esperar...

Recuerdo que habían pasado lo menos tres horas desde que Sarah Shibata se levantó la tapa de los sesos, y mucho más desde que tomamos aquel extraño desayuno a base de hamburguesas y huevos, cuando el doctor sugirió que fuéramos a comer algo. Ni Iturri ni MacHor le secundaron. Estaban aún en estado de *shock* y, desde luego, sin hambre. Yo tampoco tenía apetito, pero me moría por salir a fumar.

Acababa de aguantar otro insufrible *speech* (el tercero) del abogado de la compañía, que por fin se había presentado en el centro hospitalario; el tipo olía a colonia y lucía un traje caro. En aquella ocasión intentó atacarme por lo sentimental y me echó en cara que había privado a una pobre niña indefensa del cariño de su madre. La *niña* en cuestión tenía lo menos veintitantos y el bolsillo forrado en oro fino. Aunque no niego que una madre es una madre...

El picapleitos tenía los ojos tan opacos que parecían de mármol. Su gesto de superioridad era, más o menos, como el de todos los abogados, pero le sobraba agresividad. Y yo no pude contenerme.

Y le dije que tenía razón: yo tenía delante un buen marrón, pero él estaba completamente jodido. Porque lo mío había sido un accidente, un estúpido descuido al intentar ayudar a una mujer que estaba teniendo un ataque. Pero la falta de seguridad de aquel centro resultaba tan cierta como la muerte de Elvis. El seguro de responsabilidad civil iba a subir como un cohete y a él lo iban a enviar al mismísimo infierno. Por cretino.

Después de decirle eso y alguna cosa más que prefiero no recordar, su señoría decidió que había que sacarme a pasear, como a los perros.

«El aire fresco te vendrá bien, y así podrás fumar», dijo, y se vino conmigo. Algo más tarde, se sumaron Iturri y el marido de la jueza.

«Fresco» no era la palabra correcta. El aire estaba más frío que el cadáver de Sarah Shibata, que llevaba medio día muerta. Pero los tres pitillos que me fumé, uno después de otro, sin pausa, me supieron a gloria.

—No te preocupes más de lo necesario, Joe. Todo saldrá bien... ¿Habías matado

a alguien alguna vez? —preguntó la jueza con candidez, como quien no quiere la cosa.

Aún no sé si se comporta así porque es muy lista o porque es jodidamente tonta. ¿Cómo se le ocurre hacer preguntas de ese calibre en situaciones como ésta? El caso, sin embargo, es que hablar de ello me tranquilizó.

—Muchas, señoría. En Iraq. Pero siempre de lejos, ya me entiende...

—Más o menos. ¿Lo pasaste muy mal al volver?

—Bueno... Un poco de ansiedad... Y llegas sin ganas de nada y como descentrado. Tanto tiempo pensando en la familia y luego, cuando la tienes delante, no la aguantas... Nada grave, pero, claro, yo no veía las cosas tan de cerca como otros soldados... O como esta vez. Lo del cerebro esparcido por aquí y por allá... En fin...

Asintió. Me palmeó la espalda y cambió completamente de conversación.

—En momentos como éste me gustaría no haber dejado de fumar... Dime, Joe, ¿daréis con Itoo?

—Sí. Aunque quizá tardemos un poco.

—Mejor cuanto antes, ¿o no?

Íbamos paseando por el jardín. Yo me sentía incómodo. Por las circunstancias, desde luego, pero también por estar a solas con ella. Tras la conversación con Iturri, no hacía más que pensar en qué era lo que habría pasado entre ellos. Su señoría seguía pensando en voz alta.

—¿Te acuerdas de que Rodrigo auguró que los asesinatos se cometerían en orden alfabético?

—Sí, señoría, lo recuerdo.

—Pues tenía razón. No había vuelto a pensar en ello hasta que, hace un momento, ese abogado insufrible recalcó que Sarah Shibata tenía pasaporte estadounidense. Y entonces todo cuadró. Lo había tomado como otra de las mentiras de Rodrigo, porque el primer muerto se apellidaba Vadertucci, el segundo Rodrick y el tercero Tanizaki. Pero una trampa como ésta era demasiado burda para un tipo como él. De modo que pensé que se refería a otra cosa. Probé con los nombres de pila, y luego con las nacionalidades. Argentino, norteamericano, japonés, rusa... Tampoco cuadraba: el segundo elemento lo estropeaba. El error está en pensar en utilizar la palabra «norteamericano» en lugar de «estadounidense». En este caso, todo encaja: A-E-J-R ... Orden alfabético.

Yo ya lo había pensado, incluyendo lo de estadounidense, pero hice como si no.

—Tiene razón, pero Kimio júnior, la quinta víctima, era japonesa, señoría —la contradije.

—Al parecer, nació en Sudáfrica. Me contó Sarah que, por aquel entonces, sus padres estaban allí destinados. A-E-J-R-S. Todo cuadra. Sólo falta la última pieza... Doy por hecho que sabes a quién se refería Sarah Shibata cuando dijo que había dado a Itoo una última orden.

—Lo sé, sí. La duda está en saber si cogemos a Ito antes o después de obedecer a su ama...

—Mejor antes, ¿o no? —repitió.

Todavía hoy no sé qué como me quiso decir. Pero, ateniéndome a los hechos, diré que lo hicimos después, mucho después. Y que, hasta ese momento, pasaron muchas cosas.

Me ha dicho el abogado que me van a tener otro mes en dique seco: sin empleo y sin sueldo. Pasado ese tiempo, ha asegurado, me mandarán a una oficina donde no tenga que llevar pistola. Me quedaré allí hasta que esto se olvide. Leer papeles y hacer informes me aburrirá una barbaridad, pero ha insistido en que es el mejor trato que ha podido conseguir. Porque, al fin y al cabo, hay un cadáver.

Abogado, como todos. Siempre dicen que lo hacen bien pero nunca sabes si te están mintiendo.

Por los mismos hechos, a Iturri lo han ascendido. Así es la vida. Me ha llamado desde París, su nuevo destino, para decírmelo y preguntarme cómo van las cosas. Lo primero que me ha pasado por la cabeza es que París está lejos de Madrid y, por tanto, de su querida jueza; supongo que ella sigue a lo suyo en ese tribunal madrileño. Tanto mejor: esa tonta historia terminaría pasándole factura. Del marido de MacHor, el doctor, no he sabido nada.

Pero de ella sí, aunque de una forma curiosa.

A ver si logro explicarme. Llevo demasiadas cervezas entre pecho y espalda.

Estaba aún caliente el lío del disparo cuando me telefoneó el doctor Raspy desde el hospital. Me vino bien que lo hiciera porque, con el jaleo, no había tenido ocasión de advertirle personalmente acerca de las medidas de seguridad que debían adoptar con su «paciente par». Le habían llamado desde mi oficina, eso sí, aunque no es lo mismo. Pero no telefoneaba por eso, sino porque Rodrigo había escrito «una especie de testamento»; así lo llamó.

Aunque yo estaba suspendido, le pedí que escanease esos folios y me los enviara a mi dirección de correo electrónico; no puso ninguna pega. Recibí enseguida los dos documentos: el primero, una carta dirigida a MacHor; el segundo, su explicación de los hechos. No tenían desperdicio. La carta decía lo siguiente:

Querida jueza:

Ésta es mi postrera voluntad y los datos que precisa para escribir mi historia. Supongo que estará al tanto de los hechos principales, pero tengo por seguro que la mayoría de mis sutilezas le habrán pasado desapercibidas. No se inquiete. Todo está explicado de modo sencillo y accesible.

Seis víctimas necesarias. Ése era el plan. De ellas, cinco están enterradas y la última proeza está a punto de consumarse. Estamos ante la hora decisiva, la que confirmará los hechos.

Yo aguardo tranquilo. Él está al llegar y yo estoy preparado. Pero antes debo completar esta crónica.

Tiene ante usted, señoría, las actas de un crimen que, en un brevísimo espacio de tiempo, se tornará en hazaña perfecta. Disfrútelas como merecen. Ha sido usted tozuda y lo ha conseguido: ha sido elegida.

Para que esto tenga rango de documento oficial, escrito de mi puño y letra dispongo:

Que cuando hable de mi segundo experimento, se refiera a él como «Prueba de la existencia del crimen perfecto». No lo abrevie. Tienen que aparecer, y en ese orden, todas y cada una de esas palabras.

Que cuando hable de mí emplee mi sobrenombre: Rodrigo. Siguiendo la senda abierta por el gran Jack el Destripador, mi predecesor, he decidido mantener mi anonimato. No obstante, debe insistir en que no se trata de ninguna coincidencia. Mencione expresamente que soy el mismo hombre que logró demostrar que son los motivos, y no la adicción a la sangre, lo que vuelve loco al criminal. Por ello, exijo que esta prueba figure en los manuales de psiquiatría junto al experimento Rodrigo & Wilson.

Que doy mi expresa aprobación para que los pormenores del desarrollo de la «Prueba de la existencia del crimen perfecto» sean recogidos en los anales de la historia de los valientes. Con el tiempo, a los especialistas que lo estudien les será de utilidad.

Que confío la tarea de transcripción y publicación de dichos detalles, en forma exclusiva, a la jueza española Lola MacHor.

Hágase tal y como queda dicho.

El maestro

«Nada nuevo: Rodrigo en estado puro», me dije cuando leí esa carta.

Pero me equivocaba. No había visto el memorándum que adjuntaba. Sólo por tenerlo entre las manos se me ponen los pelos de punta. Lo copio tal y como lo recibí.

PRUEBA DE LA EXISTENCIA DEL CRIMEN PERFECTO

Informe para la jueza MacHor

El mundo es desagradecido.

Como premio a mi magistral hallazgo, conocido en el mundo científico con el nombre de «experimento Rodrigo & Wilson», fui encerrado en este agujero infesto donde malvivo junto a mi socio, el doctor Wilson, quien por fin ha reconocido mi genio y ha pasado a convertirse en mi primer adepto.

Tan alto nivel de ingratitud social sólo puede significar una cosa: me temen. ¡Más les valdría alabarme, en vez de temerme! Pero el ser humano es, por lo general, torpe y obstinado, miedoso ante todo aquello que no puede comprender. No importa. No está en mi ánimo quejarme, sino mostrar cómo un maestro, si verdaderamente lo es, supera cualquier adversidad.

Porque soy un maestro, un genio irrepetible; este forzado aislamiento no ha logrado adocenarme. Lejos de eso, me ha brindado una oportunidad de oro para diseñar y culminar con éxito un nuevo y apasionante reto, que consiste en demostrar, por encima de toda duda razonable, la existencia del crimen perfecto.

Tiene ante usted las actas originales de ese experimento, señoría. Sin embargo, no puedo avanzar sin hacer una precisión que es de justicia.

Como bien sabe, el primer experimento fue una creación íntegramente mía. Yo lo ideé y lo ejecuté. Diseñé hasta los más mínimos detalles: desde los escenarios hasta el arma homicida, pasando por la elección de las víctimas o el plan de fuga. Esta segunda prueba... En honor a la verdad, la idea inicial no ha sido tanto mía como suya, y eso debo reconocérselo. Por lo demás, lleva mi sello.

Sí, es cierto, fue usted, jueza entrometida, la que me puso sobre la pista. Al principio me resultó una mujer exasperante. Mostraba por mí un interés sólo calificable de enfermizo. Me siguió por el mundo, como un perro de presa, hasta que dio con el doctor Wilson; y él, torpe como es, le condujo hasta mí.

En los arranques de esta historia no alcancé a comprender por qué su nivel de obsesión llegaba hasta esos extremos. Pensé en una histeria, tan típica del sexo femenino. Pero usted es demasiado inteligente para eso. Finalmente, he comprendido que buscaba ser mi cronista, contar mi historia y mis experimentos. Pues bien, de acuerdo, lo ha logrado: será la narradora del crimen perfecto.

Ahora volvamos a lo nuestro. Le decía que la idea fue suya. Aquella aciaga jornada, cuando me localizó en aquel restaurante de Washington (yo almorzaba tranquilamente con el doctor Wilson), me lo escupió en la cara. Se presentó allí rodeada por una docena de policías... (¿tanto me temía, jueza?), se puso delante, en pie, con su roja melena al viento y, mirándome a los ojos, me dijo con vocecilla de santa pero con un gran cinismo:

«Rodrigo, se acabó. Está detenido. Porque los crímenes perfectos no existen».

Lo afirmó con tanta suficiencia que cada una de esas palabras quedó grabada a fuego en mi subconsciente. Pero hubieron de pasar muchos meses hasta que entendí su reto sibilino. Estaba cuidando al doctor, y aproveché para repasar los detalles de mi primer experimento. Consultaba mis notas y completaba experiencias cuando di con ello. Entonces, lo vi clarísimo. Allí, ante mis ojos, estaba, en todo su esplendor, la descripción de un crimen perfecto: un negro hambriento, un sacrificio ritual, un tiro de gracia al son de los aullidos de la jauría... No sé si tenía esa intención, pero sentí cómo me interpelaba. Fue como si me dijera:

«Tú no has sido capaz de ejecutar el crimen perfecto, pero otros sí lo han sido... ¿Lo dejarás así?»

Obviamente, no podía. Porque yo soy Rodrigo, el maestro, el digno de alabanza. Yo soy el Picasso del crimen; recibiría el Nobel de no ser por su intromisión y por la torpeza de la humanidad. Había que vengar un crimen magistral... con uno mucho mejor, con uno perfecto. Su reto, señoría, fue mi estímulo. Aceptar su apuesta me hizo recobrar las fuerzas y, sobre todo, mi genio.

Ahora, en este momento, camino hacia la gloria.

Sí, querida Lola, porque los hechos son más fuertes que las palabras. Y la justicia es un hecho. Por eso triunfo. Por eso usted, una obstinada jueza que no pudo resistir mi atractiva personalidad,

finalmente escribirá mi historia. Y yo no moriré. Viviré eternamente como el más perfecto ejecutor del más perfecto de los crímenes. Permaneceré en la memoria del mundo por los siglos, junto a Julio César o Sigmund Freud; junto a Cicerón o Jack *el Destripador*.

En breve, el mundo me enterrará bajo toneladas de tierra. Pronto los gusanos horadarán las cuencas de mis ojos hasta dejarlas vacías. Sí, pronto, muy pronto, estaré muerto. Me visitará el asesino par y usted podrá escribir mi historia completa. Tiemblo únicamente de pensar cómo me juzgará la humanidad, cómo valorará mi genio, mi sacrificio final, tan necesario, querida jueza MacHor, como su miedo. Moriré, pero eso no importa. He vivido en la opulencia; ahora lo hago en la escasez. Pero la riqueza o su ausencia no crean carácter. Sólo lo crea el arte. Sólo la maestría. Y yo soy un maestro, el maestro, ese que usted metió en la cárcel y ahora, dentro de muy poco, va a convertirse en dios.

En este complicado y excitante proceso he hecho que tema por su vida. Lo siento. Créame, formaba parte del plan. Era necesario. Usted necesitaba un estímulo. Pero no ha de asustarse. Supongo que, a estas alturas, lo habrá adivinado: usted vivirá.

Un párrafo para una tesis doctoral mediocre. Eso me costó poner el reloj en marcha. Podría habérmelo ahorrado y haber enviado un e-mail desde el ordenador que está en la sala común. Pero los crímenes tienen su estética y necesitan privacidad. Naturalmente, tras recibir nuestro recado, a Sarah Shibata le faltó tiempo para venir a vernos.

Esa estúpida mujer es lo más parecido a una víctima propiciatoria. Me recuerda al corderito que se dirige al matadero dando saltos de alegría por caminar junto a su amo. Éste, al acariciarle el lomo, no lo está amando; lo que hace es relamerse con la visión de sus costillas asadas o de las cenizas de la ofrenda que va a hacer a los dioses. Pero Sarah Shibata es un ser débil e inestable con la inteligencia de un cordero...

Se preguntará, señorita, de qué conozco yo a esa japonesa. ¡Eso es lo más interesante del destino: que siempre te sorprende! La cosa fue más o menos así:

Me hallaba cuidando del doctor. Como le dije en su día, aquí no está permitido el alcohol. Esa prohibición se lleva a rajatabla, básicamente porque no quieren salir en los periodicuchos locales (la droga, en cambio, corre como las ratas). En fin, como usted sabe, el pobre Wilson era un borrachín, y hubo de pasar, casi sin ayuda, por un terrible síndrome de abstinencia. En varias ocasiones intentó autolesionarse y, finalmente, se ganó una plaza en el agujero del sótano, el que está acolchado y tiene una camilla. Le sujetaron de pies y manos, le inyectaron sustancias y cerraron la puerta. Pese a que odio los espacios cerrados, decidí permanecer con él.

Los primeros días fueron espantosos. Resistir un delirium trémens nunca es fácil ni agradable, pero sin medios, como es el caso, resulta peor. Sudores, tiritonas, taquicardias, fiebre, dolor de estómago... Se le inflamaba la lengua y, de cuando en cuando, tenía convulsiones, pero lo que me pareció más llamativo fue la desorientación. Había momentos en los que Wilson no sabía quién era ni dónde estaba. Permaneció unos días en ese terrible estado; luego, poco a poco, mejoró.

Comenzó a dormir sin medida, a veces el día entero. Hablaba en sueños. En ocasiones, recobraba la lucidez; entonces conversábamos razonablemente y me contaba cosas interesantes. Otras, prorrumpía en discursos delirantes, donde mezclaba elementos inconexos o... o me hablaba de sus pacientes, algo que nunca hubiera hecho de estar en sus cabales.

Así fue como la familia Shibata salió a la palestra. Me contó tantas cosas que llegué a estar al cabo de la calle del comportamiento de esa madre japonesa, alegoría del enflaquecimiento y la debilidad de carácter... Conocí los cargos de conciencia del hijo primogénito, el único varón, el intelectual sensible, incapaz de matar a un animal... Y los éxitos del señor Shibata, feliz exponente de una familia de abolengo, admirada en todo el Imperio del Sol Naciente. Entre crisis y crisis, Wilson me narró con pelos y señales aquella cacería: el nombre de cada uno de los participantes y, sobre todo, el tamaño de sus fortunas, porque a Wilson el mundo de las clases altas, a quienes siempre ha soñado emular, le fascina... Mencionó cinco nombres, además del de Kimio júnior.

No podía contar con mejor campo de pruebas.

Cuando el doctor Wilson se encontró mejor, le permitieron abandonar el agujero y, tras unos días en la enfermería, se reincorporó a una vida más o menos normal. Una de esas tardes (yo estaba preparando notas sobre el segundo experimento), vino a verme a mi celda. Quería darme las gracias por la compañía y ayuda que le había prestado durante aquellos días oscuros. Quitó importancia a mi sacrificio, hice que se sentara en el camastro y procedí a explicarle paso por paso el nuevo proyecto. Confieso que me hallaba especialmente nervioso mientras lo hacía. Soy un ser único, irreplicable, autosuficiente. No dependo de otras personas, jamás lo he hecho. No obstante, era consciente de que,

en aquella ocasión, la contribución del doctor Wilson resultaba esencial. En primer lugar, Sarah Shibata no me conocía; en segundo, aunque me la hubiera presentado, carecía de influencia alguna sobre ella y no podría obtenerla en un corto plazo. Wilson, su psiquiatra, era quien la tenía comiendo de su mano. Lo sé porque, desde que nos encerraron, cada mes le enviaba un paquete con dulces, galletas, revistas y libros. Wilson solía regalarme estos últimos y yo los leía con fruición.

Pensé que convencer a Wilson de que me prestara su ayuda iba a resultar difícil, si no imposible. Para mi sorpresa, aceptó a la primera. Y nos convertimos en el primer par.

Permítame que haga un aparte para hablar de la contribución del buen doctor Ernest Wilson. Si este experimento no incluye su nombre no es porque se negara a colaborar, sino porque él no morirá, y la muerte es necesaria en un crimen perfecto. No obstante, quiero dejar claro que participó en el juego desde el principio. Se avino a ayudarme sin sentir vestigio alguno de compasión o de remordimiento. Estaba débil, física y psicológicamente, pero se sobrepuso por mí y por el experimento. Quiero que quede mi testimonio escrito sobre ello: durante estas semanas, Wilson ha mostrado la locuacidad de un narrador experto y las manos de un mago que saca un conejo de donde no hay sino aire.

Un genio, sin duda.

Se preguntará cómo convencí al doctor con tanta facilidad. Es difícil que pueda comprenderlo: usted no está aquí; si lo estuviera, lo entendería. Si pudiera vivir esta sensación de irrealidad, de vejez prematura, lo haría.

Las primeras semanas, de eso hace ya casi dos años, Wilson y yo solíamos dedicar largos ratos a estudiar el lugar en el que deberíamos pasar el resto de nuestra vida. Pasar. Ése es el verbo correcto, porque nadie habita en una cárcel. Entre estas paredes no es posible asentar algo que pueda identificarse, siquiera mínimamente, con un hábitat. El buen doctor cejó pronto, pero yo seguía estudiando el sitio, que, por malévolo, causaba en mí una profunda fascinación. Estoy convencido de que este lugar ha sido diseñado por una mente criminal: entran hombres y, sin exclusión, salen cadáveres. Fuera creen que estos barrotes mugrientos sirven para confinar a los seres indomables que no encajan en la sociedad. Piensan que se trata de una especie de trastienda donde se arrumban las piezas con defectos o los trastos inútiles. Pero aquí hacen mucho más que quitarte los galones. Todo está pulcramente dispuesto para hacerte morir por asfixia. Saben que los genios, como los peces, perecen si no avanzan, y, por eso, todo (el olor, los colores, la comida, la compañía) está preparado para hacer que te conformes con la nada.

El olor es lo primero que te atrapa. En cuanto llegas, te cubre como si fuera tu ropa interior. Te embadurna como una crema de la que no puedes desprenderte. Un solo olor para todos, todos iguales, como ese mono color gris. La comida es una ecuación, siempre la misma, a hora fija, ni medio minuto arriba o abajo. Sin sal, hecha puré, como si fuera pienso. Han pintado las paredes de colores; en ellos se estrellan tus ojos y, ya muertos, te impiden ver en qué te estás convirtiendo. La luz pálida exagera la penumbra del alma. Es una fuerza tan gris que llegas a pensar que hay presencias ocultas, transparentes, que te cercan. El aire mismo está fatigado, sin oxígeno, y llega a parecer marciano.

Sí, todo eso te va preparando para el proceso, eso que llaman lavado de cerebro, lo que intentaron con Wilson y con lo que buscaban romper nuestra larga amistad. Ellos incubaban ideas y en la terapia se las incrustaban a modo de neuronas de repuesto. Pero a Wilson no le cabían, porque llegó con la mente llena, por eso trataban de arrancar las suyas, aunque no todas, sólo las punzantes, las que no se amoldan. Si no lo hubiera impedido, tendría tantas cicatrices en la mente que ni él mismo se hubiera reconocido.

No lo hacen abiertamente. Son cazadores furtivos. Van poco a poco, como el veneno, tratando de que no te des cuenta. Yo siempre estuve alerta; él, no. Conmigo no avanzaron gran cosa, pero con él... Fui notando cómo cambiaba. Esa partitura de una sola nota le dañaba el cerebro. Empezaba a perder el equilibrio. Sus minutos cristalizaban cada vez más rápido. Si se esforzaba por evitarlo, llegaría un momento en que su silencio se haría definitivo. Quedaría vacío, sin nada dentro salvo la soledad.

Por eso, aquella tarde, le convencí de que teníamos que romper el círculo. Ni él ni yo éramos hombres capaces de vivir razonablemente satisfechos con dos postres decentes al año. No podíamos despilfarrar su genio ni el mío esperando a que llegara el día en que nos diera lo mismo estar vivos que muertos. Parecía abstraído en sus cavilaciones, pero sabía que me oía. Le demostré pieza por pieza que podía evocar cada rincón de mi casa de Santorini porque mi mente seguía allí, aunque mi cuerpo estuviera encerrado en aquella cárcel. Le dije que había que hacerlo, que los Shibata eran nuestra llave para la inmortalidad.

Noté que el reto le había encendido los ojos y le había rejuvenecido. Se irguió. Entonces, llegó el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

—La prueba, doctor, es sin duda excepcional, pero estamos encerrados. No sé cómo superar eso —le confesé.

—Par es múltiplo de dos —me respondió sonriendo—. Como usted y yo, Rodrigo, que formamos un buen equipo. Ahora necesitamos a alguien fuera.

—Otra persona...

—No, con Sarah es suficiente...

—Pero usted mismo lo dijo: es un ser débil y de alma escuálida.

—Lo sé, pero, a su modo, ella es también par. Cuatro es un bonito número par, aunque nunca llegará a ser como el dos.

—No le comprendo, doctor. ¿Habla de su marido?

—No. Sarah es sólo media persona. Siempre ha necesitado de alguien que compensara su propensión al desaliento. Lo encontró hace tiempo, vestido de samurái...

Sabía bien de quién me hablaba.

—¿Él será capaz?

—Desde luego, su alma está raída, y su corazón, plano.

Como decía, tras recibir el mensaje, Sarah vino de inmediato. ¡Espíritu de mosca! Nunca en mis ya cuarenta y dos años me he topado con algo similar: un ser carente de cualquier viso de personalidad que duda hasta en las decisiones más sencillas. Una mujer en la que las risas y los llantos intempestivos se suceden; que está triste, pero no sabe por qué; que odia a su marido, al que ama... En realidad, todo en Sarah Shibata es desacomodo e inestabilidad. Esos rasgos convirtieron nuestro plan en algo sencillo.

Aun así, lo planificamos con cuidado. Wilson siguió al pie de la letra mis dictados y, si añadió algunas cosas de su propia cosecha, fue sólo para mejorar la idea original. Sarah cayó como una fruta madura y cumplió una tras otra las órdenes del doctor. A pedir de boca...

El guión fue magistral. El gran Wilson empezó la función creando para Sarah un círculo dantesco, demencial, en el que la familia Shibata y la suya propia, tan estimadas durante generaciones, aparecían como víctimas del cruel destino, que los dejaría para siempre en la cuneta. Porque una mancha como ésa es permanente. Puso en escena la obra con tal maestría que la mujer salió de esa primera conversación completamente convencida de que su hijo del alma, ese que parecía un flan de huevo, había cometido el error de su vida, un error tan grave que le llevaría de por vida a la cárcel, un lugar sucio lleno de ratas y de homosexuales negros e hispanos que gustaban de los inocentes jovencitos de piel clara.

El segundo acto no fue menos sublime. Se trataba de convencerla de que por una vez, en lugar de ser el problema, ella encarnaba la solución. Cuando abandonó la cárcel estaba segura de que de su mano, menuda y frágil, pendía el futuro de su marido y el honor de su familia por toda la eternidad. Ella, que siempre había estado a la zaga, a la sombra de un esposo tan bueno como capaz, tenía la llave del abismo. Y lo que es más importante: cuando se subió a su coche de lujo, que su sombra conducía, para regresar a su casa perfecta, Wilson y yo éramos conscientes de que no diría nada a su hijo ni tampoco a su marido. El doctor argumentó (la idea era mía) que, si hablaba con el chico, él podría venirse abajo y hacer una tontería: el suicidio, por ejemplo; o una confesión ante la policía, que era casi peor. Respecto al marido, seguro que no lo comprendería... Wilson le insistió en que ella, y sólo ella, debía asumir su propia responsabilidad. Ella era, fundamentalmente, quien había educado a su hijo. Si había hecho lo que había hecho era por un déficit educativo que sólo se le podía achacar a la madre... De nuevo, la mujer acató lo que su psiquiatra sugería.

Sarah era consciente de que su hijo había participado en una cacería en África junto con su padrino Tanizaki. Cuando Wilson afirmó que no había sido una cacería normal, que en ella se había derramado sangre humana, la mujer no lo puso en tela de juicio ni un insignificante instante. Contemplé la escena desde mi escondite, fascinado. ¡No lo dudó ni por un segundo! Los argumentos de un psiquiatra casi desconocido pudieron más que la confianza en la bondad de su propio hijo... ¡Inaudito!

Cuando volvió al día siguiente, ya estaba completamente convencida. Sólo preguntó qué debía hacer y cuándo. Ésa era la parte más difícil. Una historia bien tramada puede convencer a cualquiera. Pero de ahí a lograr que el sujeto forme parte de ella y se convierta en el brazo ejecutor, media un amplio trecho. En esa fase fue donde Wilson desplegó todo su genio.

—No debo decirte nada que no sepas, Sarah. Lo hemos hablado otras veces: el carácter se prueba en las circunstancias adversas, no en los días propicios...

—Tiene razón, doctor, como siempre. Pero ¿qué podría hacer? Soy una mujer indefensa...

—Eso es falso, Sarah: estás tratando de rehusar tu responsabilidad...

—Pero, doctor, ¿cómo voy a conseguir deshacerme de esa gente? Conozco personalmente a alguno de ellos, para empezar a Tanizaki. Son tremendamente ricos, carezco de instrumentos para comprar su silencio...

—No tienes que comprar nada, Sarah.

—¿Cómo, si no, voy a lograr que cambien de opinión y dejen a mi hijo en paz?

Wilson tragó saliva, dulcificó el tono y aseguró:

—Tienes que hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra. Recuerda que han sido ellos los que han ido a tu guarida con la intención de destruir a tu familia.

—Eso lo comprendo, doctor, pero ¿cómo lo hago?

—Para los animales, Sarah, proteger la vida de sus crías es lo primero y lo esencial. Para proteger a su carnada, una madre haría cualquier cosa... ¡Mataría si fuera necesario! No se moverá si no te acercas, pero si amenazas a sus crías, la leona no tendrá piedad. Yo te veo a ti como a esa leona, como a la mejor de las leonas...

Sarah comenzó a morderse las uñas. Las llevaba pintadas de rojo. Un rojo oscuro, como sangre coagulada. Respiró hondo y miró a Wilson fijamente.

—¿Quiere decir que...?

—¿Qué, Sarah?

—¡Ni siquiera puedo pronunciarlo! ¿Cómo voy a hacerlo?

—Empieza por hablar de ello. Dime qué debes hacer y por qué.

Se puso muy seria, irguió la espalda y respondió:

—Deben desaparecer por el bien de mi familia...

—Exactamente. Repite conmigo: esas personas deben desaparecer por el bien de mi hijo y el honor del apellido Shibata.

Lo hizo. Wilson volvió a repetirlo y luego lo corearon juntos. Entonces, Sarah pareció volver en sí y comentó:

—¿Cómo ha podido Kimio hacer algo así? ¡No puedo comprenderlo!

—Son locuras de juventud, no se lo debes tener en cuenta. No significa nada. Hay que pasar página y empezar de nuevo. Volverán los días felices. Incluso te diré una cosa: serán mucho más felices. Pero antes...

—Antes hay que hacerlos desaparecer...

Fue emocionante ver cómo se debatía en la duda, que convenientemente Wilson se encargó de alimentar. Hasta que con una voz suave y envolvente pronunció la frase definitiva:

—Debes matarlos, Sarah. No hay otra solución...

—¿Matarlos? No son leones, doctor, son seres humanos como usted y como yo.

—Pensaba que querías ser una buena madre; ellas asumen cualquier riesgo; ¡hasta dan la vida por sus hijos!

—¡Lo haría, doctor Wilson! Usted me conoce, sabe que digo la verdad.

—Te estás mostrando cobarde. Prefieres ver a tu hijo al servicio de una panda de depravados, que se lo disputarán cada noche y le contagiarán Dios sabe qué enfermedades, a arriesgarte a hacer lo correcto, lo que haría cualquier madre con agallas. Prefieres ver a tu marido volver a su tierra con deshonor que asumir tu papel de heroína en esta historia...

Sin dejar de llorar, se puso en pie y empezó a pasear por la habitación, una sala de visitas privada que conseguimos gracias a un billete de cincuenta dólares y al doctor Hernández, esa pulga estúpida. Yo, que me mantenía oculto tras el biombo blanco del fondo, seguía la conversación mirando por entre las rendijas que separaban ambas tablas. Sarah, de frente; Wilson, de espaldas.

Volvió con decisión y se sentó.

—No soy capaz de matar a nadie, doctor, se lo aseguro. Y aunque pudiera, no saldría bien. Me cogerían al primer intento y el resultado sería peor que lo que tenemos ahora... Ni siquiera pude resistir una corrida de toros. Odio la sangre... No la aguento.

Habló de la sangre, y no de la vida. En ese preciso instante supe que Wilson había triunfado.

—No tienes por qué encargarte personalmente, Sarah. Puedes mandarlo hacer... Busca a alguien de tu confianza, de tu total confianza...

Wilson no mencionó el nombre, pero no hacía falta. Sarah había comprendido. La posibilidad de poder delegar aquel horror pareció tranquilizarla. Permaneció un rato pensativa y luego, con decisión, preguntó:

—¿Cómo, doctor?

—No te preocupes por eso, te ayudaré. Todas las muertes parecerán accidentes. Te lo aseguro... Sólo necesito que hagas algo por mí: localiza sus números de teléfono, los particulares. El de Tanizaki ya lo tienes. Los demás están en la memoria del móvil de tu hijo.

Desconocía que el doctor Wilson mintiera tan bien.

A partir de ese momento, empezó la caza. Abrimos sendos e-mails: yo, con el nombre de Magister; la sombra de Sarah, que desde el principio mantuvo a la dama al margen, con el de Mission. Desde esa dirección le enviábamos los detalles, entre los que estaban la identificación de la víctima y alguna sugerencia sobre el modus operandi. La sombra nunca respondía, pero nos mantenía puntualmente informados a través de un blog, en el que describía los hechos como si se tratara de un relato de ficción.

Wilson conocía a la sombra; Sarah le había dicho que era un experto. Por eso le dejamos un cierto margen, aunque con el primer crimen nos disgustó mucho. Fue una carnicería, y las víctimas inocentes no son negociables. Cuando le mostramos nuestras objeciones, cambió y empezó a actuar de manera mucho más precisa. Los relatos que escribía en el blog, normalmente el mismo día del crimen o, a lo sumo, el siguiente, parecían confeccionados por un escritor novel; cuentos negros que narraban los hechos tal y como su ejecutor lo había vivido. Quizá fuera una maniobra de defensa; quizá, una forma de entrar también en el juego.

Yo, por mi parte, me puse en contacto con usted, jueza entrometida, y empecé a escribirle, porque un experimento no es válido si alguien objetivo no puede certificarlo. Hasta ahora se ha portado bien. Recogió el guante cuando se lo tiré y siguió las pistas hasta donde le conducían. El resto del camino... En fin, usted no puede recorrerlo, únicamente yo. Por eso le escribo estas páginas.

En las cuatro primeras muertes, todo discurrió como la seda. Pero, una vez llegados a ese punto, había que poner toda la carne en el asador. Por eso la necesitábamos. Sabía que, si venía a verme y se enteraba de que la cuarta muerte se había producido cerca, iría a aquella casa. Entonces, encontraría la pista de Kimio. Luego, todo rodaría solo. Sarah se quedaría sin palabras al recibir la noticia. Porque ella había delegado ese «asunto» y lo había borrado de su mente. No pensar, ésa era su consigna. Pero allí, en su casa, estaban dos agentes de la Interpol y una jueza.

En un tiempo récord habían seguido las huellas de los crímenes y llegaban preguntando por su hijo. Los agentes no irrumpen en casas ajenas sin tener pruebas en la mano... Pero eso no fue lo peor; lo peor fue que usted llegó con ellos. Es fácil eliminar el rastro de dos policías, pero no el de una jueza. Su presencia engendró innumerables celos en el corazón de Sarah Shibata.

Comenzaba la hora decisiva. Estaba seguro de que vendría de inmediato a vernos. Y así fue... Aguardamos en la sala de visitas, la misma donde hablé con su exasperante y maleducado marido. Sarah tenía la cara tan pálida que, por un momento, me pareció de raza blanca. Estaba a punto de darle un ataque: sus labios se movían sin alcanzar a expresar lo que contenía su atribulado corazón; sudaba, tenía ojos febriles. Imploró la ayuda de Wilson, pero éste le hizo ver la verdad.

El doctor le hizo ver en toda su crudeza que tenía las manos manchadas de sangre: era culpable de cuatro asesinatos. Poco importaba que no lo hubiera hecho en persona: debía cargar con ese miserable fardo. Su apellido no iba a protegerla: ella también acabaría en la cárcel con el pelo infestado de piojos. Era cuestión de tiempo que dieran con el móvil de los crímenes. Quedaba poco, estaban al caer. Esta vez, Wilson hizo que imaginase el futuro, un panorama demoledor en el que ella y su hijo estaban encarcelados, y el paterfamilias había caído en la más absoluta de las desdichas.

Cuando Wilson acabó de hablar, la mujer se sumió en la angustia; la culpa invadió de inmediato su mente y rompió a llorar. Entonces, el doctor volvió a adoptar su melódica voz. Y llegó el alivio.

—No puedes reprocharte nada, Sarah. Has hecho lo que debías, lo que estaba en tu mano. Yo hubiera actuado como tú. Pese a lo que la justicia piense, esa sangre, lejos de deshonorarte, te confiere dignidad. Pero a estas alturas no puedes rendirte.

No entendió el sentido de sus palabras, pero dejó de llorar y levantó la vista.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Los cuatro testigos han desaparecido. Los agentes de la Interpol no tienen más que una pista: tu hijo. ¿Crees que él podrá aguantar su envite?

Rompió de nuevo en sollozos mientras, una y otra vez, negaba con la cabeza.

—¡No, es incapaz: se derrumbará!

Wilson aguardó unos instantes, en los que dejó que ella se desahogara. Luego se levantó, se agachó junto a ella y le tomó la mano.

—Debes terminar lo que has empezado, Sarah. Tu marido no merece ese destino. No es culpable más que de cuidar de vosotros. Vuestras familias serán sepultadas con los criminales. ¡Eso es terrible!

Asintió.

—Sabes que debes hacerlo, ¿verdad? Él no sufrirá. Es más, su muerte le liberará de la angustia que siente. Es un chico infeliz, lleno de miedo: no puede con su conciencia...

—Pero es mi hijo... —pronunció entre suspiros.

—Y tú su madre. Una madre buena que le evitará la lacra de la deshonra. ¿Sabes que ha tratado varias veces de suicidarse? Lo sé porque me lo contó cuando fue mi paciente.

—¿Y qué será de mí?

—Te recuperarás. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Y yo te ayudaré. Ahora eres el único bastión de la familia: la única salida de toda una estirpe. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió. El doctor volvió a exhortarla, para que se ratificase. Pero Sarah no dijo más. Se limpió con un pañuelo la cara y se marchó. Yo había contemplado, entre absorto y fascinado, la escena entre aquel hombre y aquella mujer tan diferentes. Cuando ella se marchó, volví la cara hacia Wilson: le embargaba el entusiasmo.

—¿Lo hará? —le pregunté.

Asintió lentamente.

Ayer recibí la noticia de la muerte del joven Kimio y, como era de esperar, la del suicidio de su estúpida madre. Mission envió a Magister un *e-mail* sin texto. Sin embargo, la casilla correspondiente al asunto sí estaba llena: «El asesino era par», rezaba. Sonreí pletórico. ¡Al fin lo había entendido! Ahora sólo espero que venga a buscarme y me conduzca a la gloria. No sé cómo lo hará, pero sé que será pronto. Ya me he despedido de Wilson, del gran Wilson.

Ahora sólo le queda una misión, señoría, si quiere que su sentencia sea cierta: asegurarse de que la sombra pague por sus crímenes. Estoy seguro de que lo hará.

Adiós, jueza. Hasta siempre.

Sin habla. Hasta la voz se me fue al leer la crónica de los hechos enviada por Rodrigo.

Tres cervezas después, lo releí y recuperé aquella frase: «La sombra nunca respondía, pero nos mantenía puntualmente informados a través de un blog, en el que describía los hechos como si se tratara de un relato de ficción».

De inmediato, encendí el ordenador y me conecté con la web de los asesinos alfabéticos. Navegué por ella hasta dar con el relato que buscaba. Bueno, exactamente no fue así.

Yo iba a la caza de la crónica de la muerte del joven Kimio: la entrada furtiva en la habitación del joven, el golpe certero y cómo lo había abandonado en el suelo, convertido en un bulto inerte. Pero Itoo no había sido capaz de describirlo. Al fin y al cabo, lo conocía desde pequeño. Lo había tenido en sus brazos. Lo había visto crecer. Era el hijo de su señora, tan querida...

No, el relato de esa muerte no estaba en el blog. Pero había otro mucho más ilustrativo.

Éste:

De: Mission

Para: Justice

Asunto: Número seis

Siempre hay bajas laborales en los centros psiquiátricos. Esos sitios producen sus propias enfermedades, a las que nadie es inmune. De todos modos, la sombra tardó algo más de lo esperado en conseguir un pijama hospitalario. Le hubiera gustado hacerlo inmediatamente, porque la venganza es un plato que debe servirse caliente, pero no había prisa: tenía todo el tiempo del mundo.

Tras la ola de frío, la temperatura había ido subiendo y casi hacía calor. Muchos de los internos se habían despojado de las prendas que cubrían sus monos y lucían ánimo de primavera. El doctor W, sin embargo, mantenía su chaqueta marrón. Comió con desgana la cena (un puré que olía a nabos) y se retiró a su celda a descansar. Arrastraba los pies al andar, y su mirada parecía extraviada. Tras los últimos acontecimientos, el director del centro no había tenido piedad y le habían triplicado la medicación. Ni siquiera se molestó en lavarse los dientes. Se quitó las gafas y se tumbó directamente sobre el camastro. Pero no había cerrado los ojos cuando sintió que la puerta se abría. Se incorporó y aguzó la vista, mientras, a tientas, se hacía con las gafas redondas, manifiestamente sucias.

—¡Ah, un enfermero! Ya me he tomado la medicación. ¿Es nuevo? No le conozco.

—Se equivoca, R. Me conoce perfectamente: vengo de su pasado.

Al doctor se le iluminó la vista, se irguió y mudó ostensiblemente la voz.

—¡Por fin! Le esperaba desde hace tiempo. Ha tardado mucho...

La sombra se extrañó, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, estaba loco.

—¿Cómo lo va a hacer? —inquirió R.

—Al modo japonés. Seppuku: ustedes lo conocen como harakiri.

—¡Ah, estupendo, magistral! El sistema más idóneo para un mártir. Espero que le haga llegar todos los detalles a la jueza, para que ella pueda culminar su crónica. ¿Ha visto alguna vez un crimen más perfecto?... Por cierto, ¿cómo desea que me coloque?

—Tumbado, por favor.

La sombra sacó del bolsillo una cinta aislante, con la que le sujetó manos y pies. Luego, cortó un trozo más pequeño. Antes de taponarle la boca susurró:

—Adiós, doctor W, nos veremos en el infierno...

—¡Un momento! Yo soy R. El doctor tiene que quedar al margen de todo esto. Es algo entre usted y yo... El sólo completaba el par. Y debe permanecer vivo: he ahí el crimen perfecto.

La sombra le contempló con estupefacción durante unos segundos, en los que el asesino que respondía al nombre de R no dejó de defender al doctor W. Finalmente, sin mediar palabra, le pegó la cinta en la boca. Cuidadosamente, extrajo la daga del interior de su pijama. Se colocó en posición, la empuñó con fuerza, la levantó y se la clavó a R en el costado izquierdo del abdomen, bajo el ombligo. A continuación, arrastró lentamente el arma hasta el costado derecho, donde se detuvo para mirarle. Los ojos del herido se debatían entre el infame dolor y la perplejidad. La sangre manaba abundantemente. Pero el que hacía justicia no se inmutó. Un segundo después, la daga emprendió el ascenso hacia el corazón. Y allí permaneció.

La sombra sacó una fotografía del bolsillo, la observó detenidamente y pronunció en voz queda:

—Ya está, señora: el asesino par ha muerto. Puede usted descansar en paz.

En aquel momento, sonó el teléfono.

Era el doctor Raspy.

Acababan de encontrar a Ross en su celda; lo habían asesinado. El forense decía que llevaba más o menos cuarenta y ocho horas fiambre, aunque, misteriosamente, nadie había reparado en su ausencia. Me aseguró que se abriría una investigación interna. Yo sabía que no daría ningún fruto, pero no se lo dije.

En cuanto colgué, llamé a Iturri. Le pillé dormido, pero, en cuanto le dije de qué se trataba, se despabiló. Le expliqué las novedades, incluido el relato que había encontrado en el blog. Mientras hablábamos, debió de conectarse a la página web, porque de pronto empezó a maldecir y a blasfemar.

—¡Coño, tío, qué te pasa! Sabíamos que esto podría ocurrir —le recriminé.

—Conéctate a esa página y luego hablamos —me contestó.

Eso hice. Y me encontré con lo siguiente:

De: Mission

Para: Justice

Asunto: Crímenes perfectos

Siempre he agradecido la sencillez en la escritura. Pero, por muy planas que sean las palabras, hay textos que resultan impertinentes como las suegras y aburridos como los exnovios; por ejemplo, los suyos.

No insista: no conseguirá que nadie se los publique.

Si aguarda algún tipo de agradecimiento, sepa que huele usted a cloaca, igual que el doctor Wilson o que su muy querida ama. Si espera que le diga que no cejaré hasta dar con usted, se equivoca de nuevo: no voy a hacer nada. Tengo fe en el sistema y, más aún, en los largos dedos de la casualidad. Cuando menos se lo espere, alguien le reconocerá. Cuanto más oculto se halle, antes le verán. Y si cree que no hay pruebas contra usted, sepa que se equivoca. Para empezar, su número de móvil está en el historial de todos los muertos. Y la unidad de delitos informáticos del FBI está sobre su pista.

Lo que sí debo decirle, aunque sólo le he visto una vez, es que tuve la sensación de que era usted un hombre de honor. Pese a que los hechos parecen refutar mi primera sensación, quiero insistir. Corrijame si me equivoco: en Japón, ¿no es el que ha causado el deshonor quien debe practicarse el harakiri? Lo he consultado en una enciclopedia y, según parece, estoy en lo cierto. Si esto es así, ¿a qué espera?

Antes de cerrar esta carta, quiero pedirle un favor. Cuando haga lo que el honor le exige, le ruego que ponga en el bolsillo de su pantalón, su quimono o lo que sea que lleve en el momento en que decida dejar este mundo, un papelito con un mensaje para mí. Si no se le ocurre nada, le sugiero uno. Ponga: «Yo soy el otro asesino par». O si lo prefiere: «Yo soy la sombra». La verdad es que me vendría bien tener esa aclaración, porque me he quedado un poco confundida. Dígame, ¿cuántos pares hay: uno o dos? ¿Usted y su ama por un lado, y W y R por el otro; es decir, dos? ¿O el par son S y R, y usted es la sombra?

Gracias por su colaboración.

—¡Qué brava es tu jueza, ¿no, Iturri?! No me lo esperaba...

—Yo tampoco, tío, yo tampoco. ¡Cuando le sale el genio hasta me da miedo!

¿Sabes que le escribió una carta a Rodrigo? Se la hizo llegar a Raspy para que se la dejaran en la tumba.

—¡Anda ya, qué melodramática!

—¡Como lo oyes! ¿Quieres saber qué decía? Tengo una copia...

—Bueno, si no tienes nada mejor que hacer, me gustaría...

—Espera, la busco... Aquí está, escucha:

»Tú ganas, Rodrigo. Voy a escribir tus memorias. No necesitaré muchas páginas. Tu pobre herencia se disuelve en medio vaso de agua; tus jardines secretos han resultado eriales diminutos, y tus bravatas, torvos alaridos. Creías engendrar la más elevada ciencia en el borde de la muerte, pero el germen de tu veneno llevaba su propio antídoto. No ha quedado nada de ti. Eres la nada. Sangre enjuagada con lejía. Tu maldad ha levantado el vuelo y muere contigo. Nuestros días se alzan una y otra vez felices entre tus escombros.

»Porque tenías razón en una cosa: no hay nada perfecto en el hombre. No es perfecta su justicia, pero tampoco lo son sus crímenes. Por eso, de nada ha servido tu maldad, Rodrigo, la tuya y la de todos los Rodrigos del mundo. Creías jugar con los demás, con el rebaño de los torpes corderos, pero nosotros seguimos aquí mientras tú conjuras sombras. No lo niego: puede que el penúltimo afán del hombre sea la sangre. Pero el postrero es la justicia. Hagas lo que hagas, todo nacerá de nuevo.

»¡Ah, qué equivocada estaba! ¡En cuántas ocasiones me he sentido desconcertada, horrorizada al ver el mal en toda su sañuda ostentación! ¡La fuerza del átomo oscuro parecía tan grande...! Sin embargo, en estos últimos meses me he dado cuenta de que Rodrigo no es sino una partícula oscura; tan oscura como pequeña.

»En el pasado escribí al dictado del ruido, de tu ruido. Hoy lo hago libre, con conocimiento de causa. Y te digo que te equivocas: el cordero es más fuerte que el lobo. La bondad, finalmente, se abre paso entre las penas. Llega a trompicones a la meta y desde allí impera. No, Rodrigo, no hay ni crímenes perfectos ni maldad absoluta. No puedes matar la bondad. El amor termina atrayendo con su imán a todo hierro humano.

»No has sido nada. Y como nada mueres.

»Descansa, aunque no sea en paz.

»“Postdata: los números pares son muy ordinarios, Rodrigo. Todos caen subyugados bajo el imperio del uno. O bajo los tacones de una torpe pelirroja premenopáusica...”

EPÍLOGO

—
JUAN ITURRI

Nunca leo el periódico ni veo las noticias cuando estoy de vacaciones, salvo que haya fútbol y juegue España. Es una costumbre que mantengo contra viento y marea. Pero aquella tarde salí a pasear por el borde del Sena con una amiga y nos sentamos en una terraza. El periódico descansaba sobre la mesa, mostrando la portada. Las letras eran enormes y no pude evitar que mis ojos se fijaran en ellas.

Le pedí disculpas a mi amiga y me alejé unos metros para hablar por teléfono.

—Jaime, soy Iturri. Perdona que te llame, pero acabo de ver en el periódico que el SCMR-E3 empezará a comercializarse el mes que viene. Los titulares dicen que los ensayos clínicos han demostrado su efectividad...

—Y me llamas para preguntarme si envié esos datos como dije, o si fue todo una farsa para guardar las apariencias...

—¡Hombre, yo no lo hubiera expresado mejor! —Me detuve—. ¿Los enviaste?

—¿Lo dudas?

Lo pensé unos instantes.

—La verdad es que no. Estoy seguro de que lo hiciste. Pero ¿entonces?

—A mí tú me salvaste el culo. Pudo haber otro que no tuviera tan buenos amigos... o que se quedara con los millones...

—Comprendo. En fin, qué le vamos a hacer. ¿Estáis todos bien? ¿Qué tal le va a Lola en su nuevo cargo?

—¡Ah, muy bien! Creo que, si sigue unos años, todos terminarán jo... Bueno, voy a callarme, ya sabes que las paredes oyen... Por cierto, vamos a ser abuelos. María espera un niño para febrero. ¿Te imaginas a Lola de abuela?

Me eché a reír. Me despedí y colgué. Cuando volví a la mesa, Beatriz sonreía. Pero ya no me apetecía tomar el *cappuccino*.

—¿Me perdonas? Tengo que hacer un par de llamadas. Será sólo un minuto.

Telefoneé a Sophie a la central y le pedí dos números de móvil.

—No recuerdo el apellido, sólo que son respectivamente la esposa y el suegro de Lionel Cobbin, director de la empresa farmacéutica que investigaste hace un par de meses... ¡Espera, sí, ella se llama Rose! Con eso será suficiente.

Esperé en pie hasta que los datos llegaron. Entonces, escribí un breve SMS al que adjunté la analítica del señor Cobbin. Antes, subrayé su pequeño secreto. Levanté el dedo por encima de la cabeza y lo dejé caer sobre la tecla de enviar.

—¡Lo prometido es deuda, querido Lionel! —dije, y volví a la terraza. Pero Beatriz ya no estaba. Sólo un periódico atrasado sobre la mesa.

AGRADECIMIENTOS

A veces, no sin un punto de estupidez, los seres humanos ciframos nuestra valía comparativamente: mejor que aquél, más rápido que éste, más rico que la mayoría... En la oscura escala de la maldad, también hay quien describe clases y virtuosismos. Resulta espeluznante, pero los asesinos más despiadados y monstruosos reciben en prisión mensajes de amor, regalos y cartas de admiración, en los que sus fans los tildan de «maestros», «artistas» o «modelos».

Entre esos peculiares virtuosos, existe aun una escala superior, una categoría que sobrepasa cualquier otra, tan especial que merece nombre propio: asesinos perfectos. Antes de comenzar esta novela, pensaba que, en materia de crímenes, la perfección se equiparaba a la impunidad que encarnan figuras sin rostro como *Jack el Destripador* o Zodiac Killer. Sin embargo, al leer las cartas de este último comprendí que ellos hablan en otra clave, una mucho más orgullosa, donde especulan sobre la gloria de pasar a la historia... matando: «Estoy esperando una buena película sobre mí. ¿Quién hará mi papel? Ahora yo lo controlo todo», escribió Zodiac junto a uno de sus jeroglíficos.

Comenté este extremo en una cena y obtuve una inesperada respuesta: «No existen los asesinatos perfectos, como tampoco existe el amor perfecto». Me extrañó la comparación, tanto que investigué sin piedad para llegar a una conclusión evidente: hay que ser un asesino para entender a un asesino y estar enamorado para comprender el amor. Ya otra mucho menos evidente: debía diseñar el crimen perfecto.

Cierro esta novela en Estocolmo, sentada en la poyata de la ventana, contemplando el lago de aguas rizadas. Media docena de barcos atracan en el muelle. Ya ha oscurecido, pero la ciudad, iluminada por miles de bombillas navideñas, conforma una extraña luz oscura; un brillo apagado, que sabe cálido tras el cristal. Como la obra que hoy entrego a imprenta. No es una novela negra, ni siquiera gris. Como digo, habla del amor perfecto y de los crímenes perfectos, dos hechos que, a estas alturas, no sé si calificar de utopías o de grandes verdades.

Empieza a nevar tímidamente. Los copos se fusionan con el agua helada sin emitir sonido alguno. El silencio es brutal, como la soledad. Aunque yo no estoy sola. Nunca lo he estado. Si lo que tienes entre manos tiene algún valor se debe a ese factor. La profesionalidad, delicadeza y buen humor de todos mis asesores y amigos, sobre todo amigos, se ha fundido sin ruido con las letras que salían de mi pluma, formando un asesino par.

Juan Manuel Fernández, presidente del TSJ de Navarra, en el campo jurídico; Rafael Tejeria, desde el Instituto Anatómico Forense; J. P. y J. C. P., en el banquillo

psiquiátrico; Nacho Vicens, desde la Arquitectura, y Fernando Valbuena, desde el bando de la Policía, son ya viejos amigos de la jueza MacHor. Se suma Lourdes Candel, encarnando la visión femenina. A los magistrados Fernando Román, jefe del Gabinete Técnico, y Carlos Lesmes, miembro de la Sala Contencioso Administrativa, les debo conocer de primera mano los entresijos (visibles) del Tribunal Supremo. Entre bambalinas, Antonia Kerrigan, mi agente; Puri Plaza y Ángeles Aguilera, mis pacientes editoras. Esta novela no existiría sin vosotros. ¡Gracias a todos!

La que no existiría sería yo sin Juan y los chicos. En una ocasión, entre bromas, alguien me tildó de excéntrica por tener nueve hijos. Es más que posible que lo sea, pero desde luego no por ese dato. Como tampoco por escribir sobre crímenes, viviendo en la pacífica Pamplona y habiendo estudiado en un colegio de monjas. El ser humano, capaz de las más loables acciones y de los sucesos más execrables, se parece mucho a la ciudad donde me encuentro, llena de luz oscura. Me quedo con la luz, el silencio y la paz. Y dejo la oscuridad para el dios Thor y los hados del destino. ¡Mamá, prometo que la próxima vez escribiré poesía! Y a ti, querido lector, gracias por seguir a Lola MacHor. Dicen que la amistad supera siempre las circunstancias. Espero que sepas perdonar si en alguna de estas páginas he permitido que impere la penumbra.



Reyes Calderón compagina escritura y Academia. Doctora en Economía y Filosofía, es profesora en la Universidad de Navarra, de cuya facultad de Economía es decana desde 2008. Visitante en las universidades de Berkeley y La Sorbona, su firma es asidua en artículos y conferencias. Público y crítica aplaudieron su saga, protagonizada por la juez Lola MacHor, en los exitosos *Los crímenes del número primo*, *El expediente Canaima*, *El último paciente del doctor Wilson* y, ahora, *La venganza del asesino par*.